

rocaeditorial novela



TAMAR YELLIN



EL

DESVÁN

de la CASA de los

SHEPHER



«Adéntrese en *El desván de la casa de los Shepher* y disfrute de una fascinante visita a un mundo de corte académico, a la vez que de una placentera lectura.» **Noah Gordon**

Tamar Yellin

EL DESVÁN  
DE LA CASA  
DE LOS SHEPHER

Traducción de Roser Berdagué



Rocaeditorial

Título original: *The Genizah of the House of Shepher*  
Copyright © 2005 by Tamar Yellin  
"Published in agreement with the author,  
c/o Baror International, Inc. Armonk, New York, USA  
and Howard Morhaim Literary Agency, Brooklyn, New York, USA"

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona  
correo@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-9918-069-4

# Prólogo

*El desván de la casa de los Shepher* o *The genizah of the house of Shepher*, de Tamar Yellin, es una novela premiada e interesantísima cuya línea argumental nos presenta la vida en la Jerusalén moderna y que nos habla de tesoros de libros antiguos que versan sobre teología y cultura hebreas.

*Guenizá* es una palabra hebrea derivada de la palabra persa *ginzakh* (almacén), que tiene raíces en las palabras que significan «escondrijos» y «guarida». Esconder los libros santos durante los aciagos tiempos de conversión forzada o de guerra forma parte integrante de la historia judía. En 1947, en una cueva de Ayn Al-Fashkha del desierto de Judea, se descubrieron rollos y libros bíblicos: los Rollos del Mar Muerto. Más tarde, tras escudriñar concienzudamente unas cuarenta cuevas más de la zona, en once de ellas se encontraron rollos, libros y diversos fragmentos. Es probable que todos aquellos escondrijos fueran utilizados en diferentes periodos. En la primera cueva se conservaban los rollos en grandes jarras de arcilla, cuya finalidad era protegerlos. En otras, tanto los rollos como otros materiales se encontraban amontonados desordenadamente, cual si hubieran sido abandonados aprisa y corriendo.

A veces, las *guenizás* estaban alojadas en el interior de muros de piedra o en los cimientos de los edificios santos. Aun cuando la conservación de los documentos constituía de por sí una razón importante para tener almacenados rollos y libros sagrados, muchas de las *genizot* se utilizaban simplemente para guardar los textos sacros que habían dejado de tener utilidad. Dado que nadie que fuera religioso podía desembarazarse de aquellos textos debido a que en ellos figuraba el nombre de Dios, se almacenaban en una *guenizá*, ubicada por lo general en el sótano o en el desván de una sinagoga. Cuando la acumulación de esa clase de libros y otros materiales era excesiva, una congregación se encargaba de trasladarlos a un cementerio y de enterrarlos; acompañaban el acto de una conmemoración festiva con música, danzas y juegos.

En la antigua ciudad egipcia de El Cairo, los judíos construyeron en el año 882 la sinagoga Ezra, tras comprar y restaurar la ruinosa iglesia copta de San Miguel. Diez siglos más tarde, en 1882, un poeta y comerciante de libros alemán llamado Simon von Geldern viajó a El Cairo y quedó maravillado al enterarse de que la rica *guenizá* de la sinagoga no se había vaciado nunca. A

pesar de que intentó explorarla, se le negó la correspondiente autorización con el supersticioso pretexto de que todo aquel que tocara las páginas allí guardadas atraería la calamidad sobre sí. Más de un siglo después, Joseph Saphir, erudito oriundo de Jerusalén, quiso visitar también la *guenizá* de la sinagoga Ezra, pero también le fue negada la entrada. En 1896, dos hermanas escocesas de visita en El Cairo compraron varias hojas robadas de la *guenizá* y se las llevaron a Inglaterra, donde fueron a parar a manos del rabino Solomon Schechter, profesor de estudios talmúdicos en la Universidad de Cambridge. El estudioso judío pudo comprobar que aquellas hojas correspondían a una parte del *Libro de la Sabiduría*, original hebreo. Dicha obra, atribuida a Ben Sira, escrita en hebreo y fechada alrededor del 180 a. C., ha contribuido tanto a la liturgia judía como a la propia doctrina bíblica cristiana. Hasta entonces se conocía únicamente a través de su traducción griega y eran muchos los eruditos que creían que la versión hebrea original había desaparecido para siempre o, incluso, que nunca había existido.

Solomon Schechter viajó a El Cairo y consiguió convencer a los ancianos de la sinagoga Ezra de que le permitieran el acceso al tesoro que guardaban en el desván, una acumulación de documentos que cubría más de mil años. El rabino Schechter tuvo que trepar por una escalera de mano e introducirse a través de un pequeño boquete de una pared de la galería de las mujeres para acceder a un atiborrado desván oscuro, polvoriento y privado de puertas y ventanas, lugar perfecto para la conservación de documentos. Schechter estuvo varios meses trabajando en El Cairo y al final de la estancia pudo llevarse a Cambridge alrededor de cien mil preciosas páginas. Más tarde, hubo otros investigadores que consiguieron rescatar unas cien mil páginas más, todas las cuales se conservan hoy en día en distinguidas bibliotecas de todo el mundo.

El material encontrado en la *guenizá* de la sinagoga Ezra revolucionó los estudios de toda una época y ha sido equiparado a los Rollos del Mar Muerto porque, como ellos, ha iluminado con una nueva luz el mundo medieval del Oriente Medio.

Hasta aquí hablamos de la realidad; no de la trama del libro de Tamar Yellin, sino de los cimientos históricos en los que se asienta su novela.

Lo que más me impresiona es que sus personajes —y, de hecho, todos nosotros— tengan también desvanes íntimos en los que encerrarse y en los que mantienen sus inseguridades y sus infortunios, sus amarguras y sus esperanzas malogradas. Descargarnos de esas *genizot* personales corresponde, por supuesto, tanto a la psicoterapia como, en el caso de los católicos, al confesionario.

La protagonista que nos presenta la autora, la doctora Shulamit Shepher, está magistralmente descrita: descendiente de rabinos, especialista en estudios bíblicos y atea declarada, es en realidad una mujer para quien Inglaterra es el único hogar posible, pese a que se siente vinculada por lazos viscerales a Israel.

Como yo también soy novelista y detesto a todo aquel que divulga fragmentos importantes de mis obras antes de que los demás puedan leerlas, reprimo la tentación de dar más detalles.

Por fortuna, podéis descubrirlos de inmediato.

Recorred, pues, las páginas de *El desván de la casa de los Shepher* y disfrutaréis de la fascinante visita a un mundo que rebosa conocimientos bíblicos y que constituye al mismo tiempo una placentera lectura.

*Noah Gordon*

A la memoria de mis padres:  
Arie Leib Yellin, 1913-1977  
Edna Yellin, 1920-1981

קלרחדמד

Extrapolad.

Los Rabinos

No hurtarás.

Deuteronomio 5:19



**Parte primera**

**Shalom Shepher  
y las Diez Tribus Perdidas**

# 1

Una semana después de su *Bar-mitzvá*, en la primavera de 1853, se casó mi bisabuelo, Shalom Shepher de Skidel. Se trasladó a vivir con su suegro, el rabino de Bielsk.

En aquel entonces estudiaba a más y mejor, y comía en la misma medida. Dedicaba dieciocho horas al día a los libros sagrados, una hora a caminar y cuatro a dormir. Le quedaba una hora entera para comer, un espacio de tiempo que le permitía consumir mucha comida.

La habitación matrimonial estaba amueblada con un arcón, una silla y una cama. Shalom Shepher instruyó a su esposa en los ritos del matrimonio. Por la noche, ella se escapaba y se iba a dormir con sus hermanas.

Shalom Shepher dijo al rabino de Bielsk:

—Si me habéis casado con una niña que desatiende a su marido y prefiere dormir con sus hermanas, me divorciaré y me casaré con una mujer.

A partir de entonces, el rabino prohibió a su hija que siguiera durmiendo con sus hermanas.

Shalom Shepher comía mucho y estudiaba mucho. Leía los comentarios y los comentarios de los comentarios. Leía el Talmud, tanto la Mesná como la Guemará, y sobre todo leía la Torá, hasta el punto de que si uno hubiera cometido el sacrilegio de hincar una aguja en las hojas del libro santo traspasándolas, nuestro héroe habría sabido decir todas y cada una de las palabras que había atravesado la aguja.

Tenía grabadas en su espíritu dos máximas de los sabios. Una era:

No tienes el deber de terminar el trabajo;  
tampoco eres libre de abstenerte de él.

Aquel epigrama paradójico, con su eterna incitación al remordimiento y a la ineptitud, le encantaba.

La otra era:

No digas: «Cuando tenga tiempo, estudiaré».  
A lo mejor no tienes tiempo.

En Bielsk perfeccionó las aptitudes que había comenzado a cultivar en Skidel. Aprendió a hilar muy fino y a rizar el rizo en materia de lógica. Aprendió a practicar la zancadilla y a andarse por las ramas, a eliminar la blandura de las argumentaciones. Desarrolló el arte del análisis en profundidad, ese tira y afloja académico tan del gusto de los rabinos, y fomentó la capacidad de ponerse prestamente en el otro bando a fin de prevenir que el debate llegara a alguna conclusión.

Tenía la costumbre de enroscarse uno de los tirabuzones en torno al dedo mientras hablaba, lo que recordaba a los demás su extrema juventud y tenía la virtud de irritar sobremanera a sus oponentes. Era conocido por su erudición y su apostura. Aunque esto último la leyenda lo ha exagerado un poco. Era corto de piernas y desparramado de pecho, y, como muchos miembros de mi familia, sufrió una tendencia a la flatulencia y a la hipertensión en la fase final de su vida. Pero tenía una abundante cabellera de un color rubio rojizo que, al decir de las gentes, era indicio de parentesco con el rey David, y también de generosidad.

Al rabino de Bielsk le puso las cosas difíciles. A los dieciséis años, Shepher era un notable estudioso. Poseía, por otra parte, un agudo sentido del humor, cualidad esencial para entender los escritos de los sabios. El rabino decía algo *kosher*, es decir, conforme a la ley judía, y Shepher le llevaba la contraria; el rabino, aturullado ante su brillante pupilo, cedía, con lo que Shepher podía construir otro precedente y elevarlo de nuevo a la categoría *kosher*. Se habría podido afirmar que daba sopas con honda al rabino de Bielsk.

No había cumplido los dieciocho años cuando ya se había establecido como corrector de rollos manuscritos. A partir de entonces, fruto de su gran diligencia, hubo un aumento del número de pergaminos consignados a la *guenizá* de la sinagoga local, debido a que los errores que contenían no permitían usarlos y a que, como en ellos figuraba el nombre de Dios, no podían ser destruidos. ¿Dónde iban a dejarlos, pues, como no los enterraran o los pulverizaran o, como había ocurrido a veces, los convirtieran en pasto de las llamas?

Le encantaba particularmente instalarse en el desván de la sinagoga de Bielsk. Allí, con una escalera de mano de cinco peldaños entre él y el mundo, estudiaba textos y documentos que el uso excesivo había dejado inútiles. Aunque no tenía más que dieciocho años, en la sinagoga se dirigían a él llamándole Reb Shalom. Mi bisabuelo aceptaba aquel título de respeto. Por algo era el corrector de manuscritos más importante de Lituania.

## 2

A los dieciocho años, Reb Shalom cayó enfermo. Pese a que su mujer le servía a diario un pollo entero, cada día estaba más flaco. Al final, por vez primera en su vida, perdió el apetito.

Pasado un tiempo, viendo que no conseguía ninguna mejoría, decidió visitar a un gran médico de Vilna, la Jerusalén de Lituania.

El gran médico lo examinó y observó que escupía sangre. Y le dijo:

—No puedo hacer nada por usted, pero si va a Italia, tal vez mejore.

Reb Shalom reflexionó unos instantes. Finalmente, dijo:

—¿Y si voy a la tierra de Israel?

El médico no sabía de qué le hablaba.

—¿Se refiere a Palestina? —dijo.

Reb Shalom no sabía de qué le hablaba el médico.

—¿En qué ciudad está pensando? —preguntó el médico.

Reb Shalom replicó:

—En Jerusalén.

—¡Ah, sí! —exclamó el gran médico—. Jerusalén le iría igual de bien que Italia.

Shalom Shepher volvió a Bielsk y comunicó a su mujer que se iba a vivir a Jerusalén. La mujer rompió inmediatamente en llanto.

—¿Cómo voy a abandonar a mi padre y a mi madre? —dijo entre sollozos.

—Si es lo único que se te ocurre, podemos divorciarnos

—contestó él—. Como no tenemos hijos, la ruptura será fácil.

Fue a ver a su suegro y le dijo:

—Me voy a vivir a Jerusalén y mi mujer no quiere acompañarme. Como ella lo quiere así, le concedo el divorcio. No tenemos hijos y, por tanto, no será difícil para ella. Le mandaré algo de dinero todos los meses hasta que encuentre otro marido.

Y se divorciaron.

Después hizo un hatillo con el *taled*, las filacterias y el salterio, y emprendió el camino a pie hacia el mar Negro.

Tardó dos años en llegar al mar Negro. Durante el viaje se sintió enfermo, pero dondequiera

que estuviese siempre encontraba judíos que lo asistían hasta la convalecencia. No recuperó nunca el apetito y por su aspecto parecía un moribundo, pero él sabía muy bien que de su cuerpo no se había posesionado la muerte, sino un gran anhelo espiritual.

Si los judíos que encontraba descubrían quién era, le llevaban rollos para que los corrigiese. Se demoró en muchas comunidades examinando pergaminos sacros. Debido a esto tardó mucho tiempo en llegar a su destino.

Cuando mi bisabuelo llegó al mar Negro, subió a un barco griego que se dirigía a la costa de Palestina, pero tuvieron que pasar seis meses más antes de que el barco avistara el puerto de Jaffa.

### 3

En noviembre de 1938, mi padre subió a un barco, de nombre *Matusalén*, en el puerto de Jaffa y se embarcó con rumbo a Southampton. Se había apoderado de él un gran anhelo espiritual que lo empujaba a abandonar Palestina e ir a Inglaterra.

Como su antepasado, era bajo y fornido y tenía su misma tendencia a los ardores de estómago y a unos dolorosos gases que lo atormentaron a lo largo de toda la vida. Me he llegado a preguntar si no habrá alguna relación entre los grandes anhelos espirituales que sentían y las dificultades que tenían para digerir. Hay mucha gente que no ha sentido nunca anhelos espirituales y ha gozado siempre de excelentes digestiones. En cuanto a mí, experimento mis anhelos como un bulto molesto y duro situado en algún punto detrás del esternón: comer equivale para mí a sufrir. En este aspecto, soy la heredera espiritual de mi bisabuelo.

«Mi corazón está en Oriente y estoy en el lejano Occidente —cantaba el poeta Judah Halevy—. ¿Cómo voy a saborear lo que como? ¿Cómo voy a tener apetito?»

Mi bisabuelo embarcó rumbo a Oriente, y mi padre rumbo a Occidente; yo, en Inglaterra, padezco indigestión crónica.

Subir a un barco no es, en realidad, curación efectiva para ese tipo de enfermedad. No lo es subir a un barco ni tampoco a un avión. Cuando mi padre llega a Southampton anhela volver a Palestina; cuando Shalom Shepher atraviesa las puertas de Jerusalén, se siente poseído por otros sueños. Esa clase de hombres engendran hijos angustiados.

Sé muy poco acerca de aquella aciaga partida de 1938. Llevaba una camisa blanca sin corbata. Fumaba un cigarrillo. En su frente se dibujaba un largo y desabrido fruncimiento. En el labio era visible el rastro de una llaga que se renovaba todos los inviernos. Tenía veintitrés años, pero le parecía haber vivido siglos. Estaba cansado de vivir como sólo puede estarlo un muchacho de veintitrés años. Desde el muelle, la mujer que amaba le dijo adiós agitando la mano.

No se tomó ninguna foto de la ocasión. Nadie me ha descrito la escena. Pero tengo este momento decisivo grabado en la mente.

Hay ciertas opciones de las que deriva todo lo demás. Mi bisabuelo viajó hacia Oriente y engendró a mi abuelo. Mi padre viajó hacia Occidente y conoció a mi madre. La línea tensa entre opción y azar es el hilo del que cuelga el milagro de la existencia.

## 4

Llegué a Jerusalén de noche, a oscuras, tras una larga ausencia, con la lluvia aporreando las ventanillas del taxi mientras recorríamos el camino que transcurre entre la llanura y las colinas. Fuera, al principio del trayecto, vi anuncios luminosos, un huevo de oro, comidas para conductores, una gigantesca sonrisa circundada por destellos de luces. Igual podía haber sido América. Igual podía haber sido cualquier sitio. Después, la autopista. Ningún sitio. Oscuridad, árboles encorvados. Un cambio en el aire. Tufo de gasolina y de alquitrán, un atisbo de mar o de desierto. Extrañeza. Lluvia.

Después, a medida que íbamos ascendiendo, cerré los ojos y me pareció reconocer la antigua carretera, las cuestas y curvas inscritas en mi memoria. Pero había cambiado. Más llana, menos retorcida, se desplegaba convertida en algo menos familiar. Y cuando abrí los ojos, en lugar de la oscuridad de las colinas vi multitud de luces, ristas y racimos de luces hasta allí donde alcanzaba la vista.

—¿Qué es eso? —pregunté.

El conductor respondió:

—Eso es Jerusalén.

El motor se esforzaba y la lluvia inundaba el parabrisas. Y de pronto me di cuenta de que estaba en el camino que reconocía: una curva pronunciada, una gasolinera, ruinas y, colgando del borde de un profundo valle, una covacha que tal vez estaba allí agarrada desde hacía más de cien años y que había conseguido no despeñarse aún. Jerusalén es la ciudad con la puerta de entrada más descorazonadora del mundo; entre o salga, uno siempre recibe el saludo de las tumbas.

El conductor tenía la dirección: Kiriath Shoshan. Y de callejón en callejón, pasó rápidamente los semáforos, paró en la primera luz roja siguiente, hizo chirriar la radio. ¿Conocía yo aquel tramo? Había vuelto a perderme en un laberinto de tráfico, asfalto, hoteles y galerías comerciales, estaba metida en el mar de una ciudad transformada. Sin embargo, me acordé de aquel camino cuando entramos en una tranquila avenida bordeada de edificios de apartamentos, una calle larga y recta con todo un ejército de árboles que en su extremo más lejano se abría a una pequeña plaza con un espacio para niños, un arenero y una sinagoga. Y allí, en una esquina de la plaza estaba la casa, más vieja que nunca, más consumida y maltratada por el tiempo, con una de las persianas

colgando medio desprendida y, más oscuros y frondosos que en mi recuerdo, los cinco cipreses que había plantado en hilera mi padre.

Flotaban nubes tenues; una luna que parecía la uña de un dedo del pie estaba suspendida de un cielo deshilachado. Me quedé con la maleta en aquel trozo de tierra que conocía tan bien, como subida a un disco en medio de un extraño universo.

Y sentado junto a la ventana vi a mi tío Saul, tal como me lo había imaginado, encorvado ante la mesa de la cocina y vestido con el caftán de mi abuelo, acurrucado delante del hornillo de petróleo, escuchando la radio. Se puso de pie y me miró a través de las gafas redondas.

—Hola, Saul —le dije—. Soy yo, Shulamit.

Veinte años no habían causado gran diferencia en él. Antes ya era viejo, ahora lo era más. Entonces tenía el cabello plateado y ahora seguía siendo plateado. Caminaba igual que siempre, encorvado y arrastrando los pies, ahora trabados sus pasos por los pliegues del caftán de mi abuelo, que le caía muy holgado y estaba muy usado y roído por la polilla y que despedía un olor mefítico a cosa podrida. Dios sabe de dónde lo habría desenterrado; del fondo de un cajón de la barriguda cómoda de nogal, tal vez, o del armario del dormitorio de atrás, el que olía a alcanfor. Lo llevaba, supongo, porque lo guardaba del frío y quizá también por otra razón: imaginaba, tal vez, que en virtud de la transustanciación se había convertido en mi abuelo.

Era tal como lo recordaba, un hombre de pocas palabras y de pocos gestos, aunque muy vivos, capaces de expresar con el movimiento de una ceja lo que suponía el silencio de veinte años y una ausencia sólo puntuada por una postal barata el día de Año Nuevo.

—Shulamit —repitió.

Me invitó a entrar con gesto reverente, como el conservador de un museo cuando está próxima la hora del cierre.

Dejé caer mi bolsa de viaje y di un paso adelante para impregnarme de toda la sordidez de aquella casa que había sido un tiempo el corazón palpitante de la familia y que ahora no era más que un tugurio. El mobiliario se acumulaba en oscuros rincones. Había torres de cajas y montones de sábanas, frágiles pirámides de cacharros de cocina; desechos domésticos apilados en inestables rimeros. Las ventanas estaban decoradas con cenefas bordadas rotas. Las paredes estaban desnudas, pero del dintel de la puerta, allí donde yo lo recordaba, todavía colgaba un polvoriento móvil de cristal verde azulado de Hebrón.

Me volví a mi tío, que miraba a través del mar de la memoria con la misma mirada interior de siempre, agrandada por los cristales de sus viejas gafas, y que ahora me observaba como si yo no fuera más que un fantasma venido para acechar su ya acechada soledad. Me las arreglé para sonreír.

—He venido a hacerte una visita —dije.



## 5

Cuando pienso en el anhelo que se posesionó de mi padre y de mi bisabuelo, me acuerdo de que eran jerosolimitanos: mi padre por nacimiento y mi bisabuelo por adopción. Jerusalén engendra anhelos.

No puedo dejar de ver la ciudad como un extraño accidente. No está situada en ninguna ruta comercial. No ocupa, en realidad, la posición ideal para ser una capital política. La región es tan hostil a la industria como a la agricultura. Las naciones han estado siglos soñando que le devolvían la gloria que supuestamente tuvo alguna vez, pero Jerusalén sigue siendo obstinadamente provinciana, prisionera de ese espíritu de desolación que tan a menudo se asocia a la presencia de Dios.

La carretera que se despliega desde la costa a Jerusalén serpentea a través de llanuras hasta las colinas. Atraviesa el territorio de Abu Ghosh, pasa por el monasterio de Latrun y salva el oscuro barranco de Bab el Wad, «la Puerta del Valle». Si alguna vez los pueblos fluyen hacia Sion, deben pasar por esa siniestra garganta. Siempre ha sido punto de emboscadas.

Los judíos arrebataron Jerusalén a los jebusitas; los babilonios, a los judíos; y los persas, a los babilonios. Los griegos se apoderaron de la ciudad de manos de los persas; los macabeos, de los griegos; y los romanos, de los macabeos. El templo de Salomón fue derruido y reedificado, fue consagrado, profanado y resantificado, hasta que finalmente fue destruido en tiempos del emperador Tito, cuyo acto lo hizo merecedor del siguiente castigo: se le introdujo un mosquito en la cabeza, que permaneció siete años en su cerebro, y cuando murió, le abrieron los sesos y le encontraron dentro una especie de gorrión.

En cuanto a los tesoros del Templo, fueron esparcidos por todo el mundo: dos pilares en San Giovanni in Porta Latina, de Roma; un candelabro de bronce en la catedral de Praga; otro en Constantinopla. La bandeja de oro del Sumo Sacerdote fue trasladada a Roma; otros objetos de oro y plata se escondieron en una torre de Barsippa y bajo el gran sauce de Tel Beruk. El trono mismo de Salomón fue transportado de Babilonia a Persia, de allí a Grecia y a Roma, y, según escribe el rabino Eliezer, hijo del rabino Yossi: «Yo vi sus fragmentos en Roma».

Los bizantinos desposeyeron de la ciudad a los romanos; los árabes a los bizantinos; los cruzados a los árabes. Volvieron los judíos, fueron exiliados, volvieron de nuevo; fueron

tolerados, proscritos, readmitidos. Los cruzados cedieron paso a los mamelucos; los mamelucos, a los turcos otomanos.

Los judíos sefarditas se refugiaron en Jerusalén huyendo de la Inquisición desde el sur de Europa y de los países árabes. Los judíos askenazis vinieron de Polonia vestidos con sus túnicas blancas junto con su líder, el rabino Judá, *el Piadoso*.

Cuando llegaron a Jerusalén, el rabino Judá, *el Piadoso*, fundó una sinagoga y murió. Sus seguidores hipotecaron la sinagoga y sus viviendas con un elevado interés que no pudieron pagar. Fueron expulsados y la sinagoga incendiada. Aquél fue el final del primer asentamiento.

Cien años más tarde, setenta discípulos del Gaón de Vilna viajaron a Jerusalén: desde Shakluy en una balsa a través de ríos, y desde Odesa en una barca de pesca hasta Jaffa. Pudieron entrar en la ciudad gracias a ir disfrazados con indumentaria occidental y se instalaron en los alrededores de las ruinas de la sinagoga fundada por Judá, *el Piadoso*.

Cuando mi bisabuelo llegó a Jerusalén, la ciudad todavía estaba contenida por sus murallas. Por la noche se cerraban las puertas y se abrían por la mañana, y a su alrededor no había más que tierra yerma, animales salvajes y ladrones.

Quizá se ha exagerado lo yermo de las tierras. También había aldeas: Et Tur, Lifta, Deir Yassin. En el pueblo de Silwan se cultivaban hortalizas, de Kolonya se traían rosas. Las rosas se vendían a peso y en temporada podía verse a las labriegas árabes mojándolas en el acueducto camino de la puerta de Jaffa.

Había la ciudad de calles y la ciudad de tejados. Se podía cruzar Jerusalén sin tocar el suelo con los pies. Lo sabían todos los gatos y también todos los ladrones. Para disfrutar de la brisa, los habitantes de Jerusalén, caída la tarde, subían a los tejados de las casas a tomar el fresco. Las mujeres se sentaban detrás de las paredes horadadas a fin de observar sin ser observadas. Para ir a ver al vecino se saltaba de tejado en tejado.

La ciudad estaba abarrotada y las casas eran pequeñas. Pese a ello, se desaprovechaban habitaciones enteras, ya que existía la costumbre de arrojar la basura a la habitación inferior de la casa, donde se descomponía hasta que los chicos del pueblo la cargaban en un asno y, a través de la puerta de la Boñiga, la llevaban a los vertederos de desechos que adornaban el perímetro de la ciudad.

Y cuando les hablaban de la puerta de la Boñiga, decían: «Vale más la basura de Jerusalén que todas las joyas del mundo...».

Al terminar el verano, las cisternas estaban bajas y la gente se veía obligada a comprar agua a los habitantes de Silwan. Los chicos jóvenes del pueblo acarreaban el agua en odres de piel de cabra que se cargaban en la espalda desde el manantial de Ein Rogel. Cuando las cisternas estaban bajas, a veces asomaba porquería a la superficie, las cisternas secas se agrietaban y por las grietas rezumaban las aguas negras de las letrinas cercanas. Y aunque las cisternas estuvieran limpias, se alimentaban de agua de lluvia, que no siempre era limpia. El agua de la lluvia se filtraba a los sumideros, cegados por el polvo y los desechos que arrastraba de la calle, por la que discurrían cuesta abajo albañales abiertos congestionados con hojas de hortalizas y excrementos de perros y camellos.

En Jerusalén proliferaban los perros, que se multiplicaban sin freno. Los musulmanes los odiaban como al demonio, pero no a los gatos. Les encantaban los gatos. De noche, los perros seguían a todo aquel que llevase un farol y llenaban las calles con sus aullidos y extraños ruidos.

Rebuscaban entre los desechos del mercado de verduras de la calle de David y merodeaban por los alrededores de las tenerías junto a la iglesia del Santo Sepulcro. Se peleaban por las tripas que tiraban junto a la puerta del matadero del barrio judío y devoraban los asnos y camellos muertos, abandonados a la podredumbre en mitad de la calle donde se habían desplomado. Hasta que el pachá pensó que haría un favor a los ciudadanos de Jerusalén si ordenaba a sus soldados que acabaran con todos los perros, lo que provocó un incremento de las fiebres en la ciudad debido a que ya no había perros bastantes para consumir los despojos en fase de putrefacción.

En octubre terminó el bloqueo de las cisternas y empezó a llover. Se dijo de aquellas lluvias que eran un tiroteo porque las gotas parecían balas. La lluvia bailó en toda la ciudad de Jerusalén: rebotó en las cúpulas de los tejados, chorreó en los sumideros, las torrenteras y los canalones, y bajó a todos los pozos y cisternas de Jerusalén, se escurrió en antiguos desaguaderos y hoyos en la tierra de los inmensos depósitos que había debajo de la montaña del Templo, el corazón líquido, pero vacío, de Jerusalén.

Jerusalén era una ciudad de modestos comercios donde los judíos encontraron su sitio. Había abaceros judíos, pero también hojalateros judíos, vendedores de azúcar judíos y muchos, muchísimos zapateros judíos. Hubo treinta y cuatro sastres judíos, ni uno solo musulmán. En cambio, los sesenta y seis constructores de ataúdes eran todos musulmanes (a los judíos los amortajaban).

No había ningún judío dedicado a las labores de la tierra, ni a tallar piedra ni a construir casas. Ninguno tampoco que poseyera propiedades. Sus comercios estaban concentrados en la calle de los Judíos: un callejón apestoso bordeado de toldos rotos y mugrientos, de míseras tiendas de vino y despliegues de baratijas diversas. Aquí tanto se podían comprar antiguos libros del Talmud como libritos en yidis que describían los milagros del Baal Shem Tov, o amuletos de cuero que protegían de las enfermedades. La judía podía comprar, si lo deseaba, un ejemplar de segunda mano de *La mesa servida*, de Yosef Caro, que la informaría de las leyes y los límites de su vida de casada.

Cerca, Reb Jacob, el ropavejero, tenía el tenderete tapizado con los restos de armarios de difuntos. No miraba nunca a sus clientes a los ojos. Las transacciones se hacían sobre el salterio; el regateo estaba aderezado con versículos sacros. A menudo habría sido imposible afirmar si se dirigía a Dios o al cliente, ya que al tiempo que volcaba sus iras sobre los paganos, elevaba la mirada a las colinas y cantaba las excelencias de un chaleco de seda.

Los niños se agolpaban en torno a Reb Israel, *el Justo*, encorvado para sacar agua del pozo para las instituciones. No sonreía nunca. No hablaba nunca. De los siete días de la semana, consagraba dos al ayuno. Pero a los niños les gustaba verle izar el cubo desde la oscuridad del pozo e imaginar qué podría salir de aquella agua chispeante que sacaba de él.

Sentados en restos de obra romana, fuera de la sinagoga, estaban los viejos zánganos que habían vuelto a Jerusalén para morir. En su juventud habían sido educados para talmudistas, y nunca habían ejercido oficio alguno, pero como eran malos estudiantes, habían sido holgazanes toda su vida. Su único medio de subsistencia consistía ahora en rezar para los muertos. En verano estaban sentados al fresco con sus libros de oraciones, bisbiseando fragmentos litúrgicos y escupiendo con aire reflexivo a los pies de los viandantes. En invierno hacían la ronda de las sinagogas y se dedicaban a observar las casas, procurando situarse siempre lo más cerca posible de la cocina. Entraban y salían durante las ceremonias, cotilleaban mientras se hacían las lecturas

y cantaban con vigor cuando todos oraban. Unos pocos llevaban unos mugrientos cuadernos en los que recogían y registraban las limosnas recaudadas: «las dotes para las novias pobres», por ejemplo, o el depósito necesario para la publicación de obras eruditas escritas en años jóvenes y roídas por los ratones desde entonces.

A veces se congregaban en la vecina casa de baños, donde Reb David de Vilna, autor del famoso almanaque, dirigía sesiones diarias de justas numerológicas. Reb David, que en circunstancias diferentes habría sido un gran matemático, era un numerólogo de excepcionales facultades. La numerología había sido la pasión de su juventud y la obsesión de su madurez. Gradualmente fue invadiendo toda su vida hasta que, ya viejo, se entregó por completo a sus cálculos. Rara vez se le veía sin papel y lápiz; siempre estaba con esa mirada perdida en el espacio de quien suma mentalmente.

Todos los otoños publicaba un diario de citas sagradas cuyo número total era equivalente al año judío. Podían verse como profecías o como curiosidades. Entre tanto trabajaba en secreto en un proyecto de mucha mayor envergadura: la fecha del fin del mundo. Como disponía de suficientes versículos relevantes con números lo bastante sugerentes para situar el apocalipsis en cualquier punto de los varios miles de milenios siguientes, lo único que consiguió fue refrendar lo que el mundo ya sabía; de todos modos, siempre es bueno tener una confirmación.

De madrugada, después de una noche insomne consagrada a los cálculos, se reunía con Reb Zalman, el sereno, cuando andaba de ronda por el barrio gritando:

—¡Levantaos, gente santa, y honrad al Creador, bendito sea su nombre!

Reb Zalman era un letrado piadoso, y tenía muchas esposas. Para la que tuvo de joven, la primera, que había muerto de parto, conservaba el mayor afecto. Pero después de ella nunca se había mantenido soltero mucho tiempo. Casarse no era difícil: bastaba comprar un contrato en blanco en la papelería del barrio. El divorcio era más complicado: requería una dispensa del rabino. Y a los rabinos no les gustaba que Reb Zalman estuviera divorciándose tan a menudo, pero como ya era viejo y sus esposas eran ancianas continuaban tomándole el pelo.

Reb Zalman tenía curiosas costumbres de exagerada piedad, aunque quizá no tan curiosas en Jerusalén. Se tomaba el té hirviendo en la puerta de su casa estudio a medianoche mientras farfullaba bendiciones con la boca escaldada. Si acaso veía pasar una comitiva funeraria, se unía a ella. A veces se quedaba en la empinada calle que iba desde la calle Habad hasta el barrio armenio, famosa por ser la colina más abrupta de Jerusalén y porque debajo de ella estaban enterrados los cadáveres de Hannah y de sus siete hijos. Allí apostado, paraba a los viandantes e insistía en llevarles los fardos colina arriba, ante el agradecimiento de algunos y la profunda turbación de otros.

Jerusalén dormía sobre las cenizas de sus diecisiete destrucciones. Se habían construido casas sobre casas; ruinas que se balanceaban sobre los cimientos de ruinas. De vez en cuando había temblores de tierra y las ruinas se desmoronaban como panales viejos. Ocurrían cosas extrañas: meteoritos, lluvias de barro amarillo. Todos los años, el día del aniversario de la destrucción del Templo, se apagaban todas las luces de la montaña del Templo. Y de las piedras del Muro de las Lamentaciones brotaban lágrimas.

Jerusalén era una ciudad con muchos pozos. Hubo un tiempo en que los pozos de Jerusalén se dejaban al descubierto, lo que podía ser muy peligroso cuando la boca del pozo estaba a ras de tierra. En la plaza Hurvah, en pleno corazón del barrio judío, había varios pozos de esa índole.

Ocurrió que una vez desapareció un niño de la *yeshiva* Árbol de la Vida. Lo estuvieron buscando tres días, pero no lo encontraron.

Entonces se reunieron los ancianos de la *yeshiva* y decidieron echar a suerte la labor de averiguar su paradero.

Lo que consultaron fue: «¿Está vivo o muerto?». La respuesta que llegó fue: «Muerto». Preguntaron: «¿Dónde está?». La respuesta: «En el pozo». «¿En qué pozo?» Y la respuesta: «En Hurvah».

La gente, pues, inspeccionó los pozos de Hurvah y lo encontraron en el tercero. Estaba cabeza abajo y tenía la merienda en el bolsillo.

Después de aquello se cubrieron los pozos de la plaza Hurvah y sólo se autorizó a destaparlos a Reb Israel para que todos los días pudiera sacar agua para la *yeshiva* Árbol de la Vida.

## 6

Al parecer, alguien había estado amasando cemento en el baño. En medio del cuarto de baño había un cubo de zinc que parecía un niño abandonado: dentro del mismo había una especie de calzoncillos y una floración científica de un humus acuoso verde azulado.

Me remojé con agua fría y herrumbrosa del grifo —las axilas, la cara y el cuello— y me sequé con una toalla que olía excesivamente a lo que olía la casa. Al salir choqué torpemente con Saul.

—¡Oh! ¡Huy!...

Éste fue nuestro saludo matinal.

En la semiabandonada cocina había una marmita vieja sobre un hornillo de petróleo y, sobre la mesa, encima de un lecho de migas, una hogaza vaciada de su interior y mi tío, escuchando la radio, sentado y ocupado en extraer la miga a puñados para la cena sin preocuparse de usar cuchillo. Las migas se mezclaban con los fósforos usados para encender el hornillo, ya que los aprovechaba para hurgarse las orejas.

El frigorífico estaba vacío y su interior aparecía recorrido por sucios regueros amarillentos.

Treinta años atrás aquella habitación había sido el corazón de la casa, el centro palpitante de donde salía el alimento y la conversación, un lugar donde hervían ollas, se majaba la comida, se horneaba; un lugar dedicado a la conversación. Aquí había visto a mi tía Batsheva yendo de aquí para allá, majando la harina en un mortero de bronce para preparar la *matzá*; en esa mesa de la cocina mi abuela había amasado y cortado los fideos para la sopa del sabbat. Aquí nosotros, niños famélicos siempre, acudíamos a asaltar el frigorífico, cuyos estantes crujían bajo el peso de las manzanas y de la uva, de las ciruelas y de los melocotones del mercado Machane Yehuda, de las piezas de queso blanco salado, de las bandejas de tarta de miel, de *halva*, el postre llamado mono relleno.

Ahora la cocina había retrocedido a su primitivo estado: exigua, minimalista, como la situación caótica militar, con sus grifos oxidados y su hornillo de petróleo. Las baldosas marrones, colocadas en algún momento de los años cincuenta, y los elementos más o menos provisionales incorporados por algún primo impetuoso habían ido desprendiéndose de las paredes y detrás asomaba la piedra desnuda; aparecían telarañas, prueba camuflada de la existencia de un pasado más básico.

Pero aquella casa siempre había sido primitiva, una especie de cueva que exhibía su piedra de una manera natural, la desnudez de sus paredes; siempre había tenido todo el aire de una vivienda temporal. Ya de niños sabíamos que tenía los días contados, que cada visita que le hacíamos iba agotando un depósito limitado, como cuando se visita a un pariente viejo y enfermo y, al decirle adiós, uno no sabe si aquella vez será la última.

—¿Y dónde está tu hermano Reuben? —me había preguntado Saul la noche anterior, como si esperase que tuviéramos que llegar los dos en tándem, como siempre, uno detrás de los talones del otro, uno alto y la otra baja, uno pelirrojo y la otra con el pelo oscuro, pese a que los dos éramos ya jóvenes adultos cuando nos había visto por última vez: niños aún después de los veinte años.

—Mike, ahora —lo había corregido yo—. Se hace llamar Mike.

No podía decirle que Reuben no tenía ningún interés en verlo; que Reuben había procurado olvidar; que Reuben no iba a venir.

Lo que me había traído aquí era la carta del tío Cobby; un frágil garabato escrito con temblorosa caligrafía escolar que constituía un acontecimiento de por sí, ya que sólo un hito en la historia familiar podía inspirarlo hasta el punto de escribirme. La tía Batsheva había muerto; la casa había revertido a sus legítimos propietarios; se había agotado el tiempo para sus sacrosantas paredes. Cuando llegara el verano, la casa habría desaparecido. En el sitio que ahora ocupaba se levantaría un bloque de cinco pisos de apartamentos. Si quería verla una vez más, tenía que visitarla de inmediato.

Difícilmente habría podido definir, ni siquiera podría hacerlo ahora, el remolino de sentimientos que me invadió y se apoderó de mí entonces; qué torbellino de nostalgia, congoja y pesar me sobrecogió de pronto al leer aquella carta. Hacía años que vivía en una especie de letargo, esa calma profunda que sucede a una violenta tempestad. Ya no me creía capaz de sentimientos tan intensos. Mi vida era ordenada, vivía sola, el pasado y mi corazón estaban enterrados y olvidados. Y ahora de pronto aquel resurgimiento, aquel arrebatado impulso de lanzarme hacia todo lo que había rehuido hasta entonces, sometido, amortajado en el olvido.

Llamé a mi hermano para preguntarle si quería acompañarme.

—¿Bromeas? —me soltó—. ¿Para qué demonios voy a volver? —Y añadió—: Tampoco tú deberías volver. Te trastornará.

Pero yo quería ir; quería trastornarme. Quería sentir algo después de tanta vacuidad. Así pues, a la primera oportunidad reservé un pasaje individual y preparé mi solitaria bolsa de viaje. Volví montada en las alas de águila de un jumbo que, elevándome por encima de un mundo ajetreado y relumbrante, me dejó contemplar desde lo alto el minúsculo y distante punto que, como el pinchazo de una aguja, había sido mi vida hasta entonces.

Empujé la rígida puerta trasera con sus nueve paneles de vidrios multicolores y salí al exterior. La mañana era cálida y suave; ni rastro de humedad, sólo un cielo azul de indefinida profundidad y un hálito de primavera en el aire, aunque en esta época del año podía caer en cualquier momento un inesperado chubasco. La plazoleta era como había sido siempre, bordeada de turbintos y rodeada de bloques de apartamentos; más grises ahora que antes y con las cicatrices de parches leprosos, pero escondidos detrás de crecientes hileras de cipreses y oleandros. La casa, sin embargo, había cambiado: las persianas rotas, el jardín cubierto de basura, decorado con un descoyuntado cochecito de niño que coronaba las inmundicias como la extraña guinda de un repugnante pastel. La pared de la esquina del solar estaba desmoronada y los cactus acartonados,

medio muertos, extendían sus negros brazos como serpientes que culebrearán a través del abrupto sendero.

Rodeé el sendero y subí los pocos peldaños que llevaban al porche, donde en medio de una marea de hojarasca seca había dos sillas desvencijadas encaradas una frente a otra como en larga y abandonada conversación. La plaza estaba tranquila. Una madre joven empujaba un cochecito más allá de la sinagoga y un judío religioso con caftán y tirabuzones se entretenía al otro lado, debajo de un turbinto.

Recordé aquella casa en otro tiempo llena de gente, me recordé a mí, niña visitante, pálida y extranjera con mi piel inglesa; recordé cómo había tocado las púas de las plantas desconocidas y el miedo que tenía de los alacranes. O cómo, sentada a la sombra de los cipreses, observaba las pacientes hormigas siguiendo hora tras hora sus laboriosos caminos sumidas en extática pereza. La casa estaba vacía ahora, pero yo volvía a estar aquí, inglesa y pálida aún, con miedo a los alacranes aún, a pesar de que en todos esos años jamás había puesto los ojos en ninguno; aunque una tarde, al regresar de una excursión, había visto a mi padre que, con mano experta, arrancaba una negra serpiente del corazón del oleandro.

Pero eran cosas que cabía esperar: mi padre se había recuperado a sí mismo, volvía a sus instintos, se encontraba a gusto, se sentía como el animal enjaulado liberado de pronto en el bosque; subía a los árboles a coger algarrobas, se sacudía, indiferente, del hombro una cucaracha de siete centímetros de largo. Era el nativo devuelto a la tribu, nunca lo habíamos visto tan feliz. Nosotros, Reuben, mi madre y yo, entre tanto, éramos los forasteros que luchaban con las quemaduras de sol y las picaduras de los mosquitos, con extrañas costumbres, con trastornos estomacales y con una lengua extranjera. Mi madre pasaría los días de un verano tras otro tendida a oscuras en la habitación de los invitados, que estaba tapizada de fotos de familia, con los ojos cubiertos con un pañuelo empapado en agua de colonia; no temía quizá los alacranes, sino algo más fiero y aterrador: la ausencia de mi padre, su abandono.

—No reconocerás la casa Plotsky.

Me sobresalté. Como la de una descolorida marioneta, en la puerta ventana había aparecido de pronto la cara de Saul. Y al momento se abrió de golpe. La madera estaba dilatada y el montante restregó las baldosas del suelo arrancándoles un chirrido doloroso y desgarrador.

—La casa Plotsky ha desaparecido. Y el jardín de los Plotsky. Todo, bloques de apartamentos. La vendieron por tres millones.

—¿Y Avram?

—Avram se marchó a América. Avinoam Plotsky se suicidó. —Saul atravesó el porche arrastrando los pies, las zapatillas abriéndose camino a través de las hojas secas y del polvo, parpadeando como una criatura subterránea no avezada al sol—. Es terrible matarse cuando se tienen tres millones —exclamó mientras escudriñaba la plaza como si buscara algo.

—Es terrible matarse cualquiera que sea la circunstancia —dije.

De pronto me sentí invadida por el remordimiento: el remordimiento provocado por tantos años de penosa demora, por una ausencia tan larga. Como si el simple hecho de haber venido alguna vez hubiera podido frenar el paso del tiempo, detener el avance, salvar incluso al pobre Plotsky, en cuyo jardín tropical, yo, niña de nueve años, había jugado a exploradora de la jungla. Ni una sola vez, en todos los años que había durado mi ausencia, había pensado en él. Y ahora había muerto.



Con aire ausente, ahora Saul empezaba a sondearse la oreja derecha con el dedo meñique, se la machacaba moviéndola para adelante y para atrás, examinaba el contenido que había extraído, sin dejar de mirar la plaza entre tanto. Parecía observar al desconocido del caftán, aunque lo que pudieran ser uno para el otro era algo que yo no imaginaba siquiera. Tal vez lo único que hacía era recordar. Mi tío solía permanecer aquí, en ese mismo sitio, cuando yo era niña y me observaba mientras yo jugaba a saltar sobre los neumáticos; luego, cuando entraba en casa, me daba una palmadita en la cabeza y me decía que yo era la reina de Inglaterra.

Se dio un golpecito en los labios —oí el ruido peculiar de los dientes postizos— y soltó un profundo suspiro.

—Cuéntame, pues, Shula. ¿Sigues de profesora?

—Sigo dando clases —le corregí—. De estudios bíblicos.

—¿Y aún cantas?

—¡Oh, no! Hace tiempo que no canto.

—¡Qué lástima! Cantabas tan bien...

Del mismo modo, Saul había desertado de su vocación. Hacía diez años que se había retirado de su oficio de maestro y que vivía en un apartamento de espantosa sordidez junto al mar de Galilea, cuyas tranquilas aguas lo habían tenido más de medio siglo mesmerizado. Y de todos los miembros de la familia, era él, quizá, quien más había amado esa casa. Ahora había descabalgado aquí como un caballero errante venido del norte para montar la guardia junto a sus oscuras paredes.

—Todos hacemos de maestros —observó de forma críptica—. Ninguno ha hecho lo que quería hacer. Bueno —añadió cambiando súbitamente de tono—, sé por qué has venido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Por el código —dijo, volviendo hacia casa arrastrando los pies.

Lo seguí. Parecía haber abdicado del aire distante que observaba poco antes; entonces, al volver a mirar la plaza, vi que el desconocido de los tirabuzones había desaparecido.

## 7

Un año después de haber llegado a Jerusalén —corría el invierno de 1862—, mi bisabuelo se casó por segunda vez. Se fue a vivir a Kovno con su nuevo suegro, Isaac Raphaelovitch.

Isaac Raphaelovitch desesperaba ya de encontrar marido para su hija. Como la chica tenía veintitrés años, sobrepasaba en cuatro o cinco la edad de las muchachas casaderas. Era alta y morena, no tenía nada de guapa. Se habían pasado años vendiendo libros y baratijas metidas en una maleta. La chica tenía fama de difícil y, peor aún, de sabionda.

Isaac Raphaelovitch quería casar a su hija con un hombre culto. También él se consideraba culto y sabía, además, que su hija no tenía un pelo de tonta. Fue, pues, a ver a Shalom Shepher y le dijo:

—Eres joven y sigues soltero. Mi hija tiene la edad adecuada para ti. ¿Por qué no vienes a echarle un vistazo? No es guapa, pero es lista y sabe cocinar un buen *kugel*.

Shalom Shepher replicó en tono despreocupado.

—Me importa poco que sea lista, con que sepa preparar el pollo me basta.

Isaac Raphaelovitch, entusiasmado, exclamó:

—¡Pues vaya pollo el que prepara! Tienes que probarlo. ¿Vienes mañana, entonces?

En aquel tiempo, mi bisabuelo vivía en un sótano tenebroso donde la lluvia se colaba por una reja e iba a parar a un cubo de plomo y donde se oía el ruido constante de las pisadas que venían de arriba. El único mobiliario de que disponía era un colchón, un hornillo y una lámpara; su único lujo era una mugrienta cafetera que mantenía envuelta en unos trapos para que se conservara caliente durante sus largas ausencias de la celda subterránea.

En Jerusalén observaba la misma rutina que había iniciado en Bielsk. Pasaba las horas del día en la *yeshiva* Árbol de la Vida; las de la noche, debatiendo en la Casa Estudio Consuelo de Sion hasta la segunda guardia. Se levantaba antes del alba a rezar con el Vatikín, que tenía por costumbre entonar la plegaria «Él redime Sion» así que los primeros rayos de sol incidían en las cúpulas de la ciudad.

En aquellos tiempos estaba muy delgado porque se alimentaba de higos secos, que llevaba en una bolsa de tela colgada del cuello con un cordel. Iba de aquí para allá vestido con un caftán que había pertenecido a un zapatero y que todavía olía a cuero y a betún. En cuanto al *streimel*, se lo

había comprado en la tienda del ropavejero Reb Jacob, quien le aseguró que había sido propiedad de un gran rabino.

No tardó en establecerse como corrector de manuscritos. Lo apodaban «Ojos de Águila» porque, según se rumoreaba, sabía detectar un error en un rollo a diez pasos de distancia, y también «*shayner Yid*» o «Judío Guapo», eso a causa de sus maneras aristocráticas. Se alimentaba de higos y se dedicaba a escribir plegarias para los amuletos y pergaminos que se guardaban en las filacterias y rollos de la Torá para su uso en las sinagogas.

Realizaba su labor de escriba de la siguiente manera: adquiría a un tendero de la calle de los Judíos pergamino procedente de la parte baja del cuerpo de los animales, remojado por espacio de nueve días en agua de cal, puesto a secar y raspado después con nuez de agalla. Una vez perforado el pergamino con el estilete para marcar los márgenes y columnas de acuerdo con el formato adecuado, empezaba a escribir con una mezcla de nuez de agalla, goma arábica, cristales de sulfato de cobre y vinagre, tinta que al secarse dejaba un acabado duro y vítreo que podía rasparse con un cuchillo en caso de querer hacer alguna enmienda.

Probaba el cálamo de la forma tradicional: escribía la palabra «*Amalek*» y la tachaba tres veces a fin de que se verificara la profecía según la cual «Eliminaré su nombre bajo los cielos». Antes de escribir cada versículo, lo recitaba en voz alta. Procuraba así evitar los errores comunes: el ditográfico, el haplográfico y el homeoteleutónico. Antes de escribir el nombre de Dios decía: «Voy a escribir el nombre de Dios». Esto hacía que se concentrara y lo ayudaba a evitar errores al escribir el nombre. Los errores no podían corregirse. Habría sido una blasfemia borrar el nombre de Dios con una cuchilla.

Ponía gran atención en contar las letras y medir las líneas, a fin de que, siguiendo una inveterada tradición, cada columna empezase con una «v» y las seis palabras clave del Pentateuco encabezasen las columnas. Decoraba los caracteres adecuados con dagas y coronas y los embellecía con gran amor porque amaba las letras del alfabeto hebreo como a veintidós hijos.

Terminada media columna, descansaba diez minutos, distendía el envarado cuello y hacía flexiones de dedos. Si trabajaba un día completo, podía terminar cuatro páginas y media. Al cabo de una semana, juntaba los pergaminos y los revisaba por si había errores. Cuando en un rollo había ochenta y cinco letras consecutivas sin una sola falta, era *kosher* o correcto; aun así, había que corregir los errores en el término de treinta días, ya que de otro modo no habría servido de nada. Llevaba el trabajo al tendero de la calle de los Judíos, quien lo examinaba a su vez y, medio refunfuñando, criticaba la hechura de alguna que otra letra. No era partidario de fomentar la negligencia prodigando halagos. Extraía de debajo del caftán unas pocas monedas —tres o cuatro francos— y despedía a mi bisabuelo con más pergaminos nuevos para la semana siguiente.

Ocurría a veces que, habiéndose gastado el dinero en higos y en las remesas que le enviaba a su primera mujer, a Reb Shalom no le quedaba el suficiente para pagar al celador la entrada a la Casa Estudio Consuelo de Sion. Pero el inconveniente no suponía un obstáculo para él, ya que así tenía oportunidad de emular al gran rabino Hillel, que, después de haberse pasado el día entero trabajando como jornalero, se dedicaba por la noche a estudiar con la cara pegada al tragaluz de la casa estudio a fin de atender al debate. Una noche ventosa, uno de los estudiosos asistentes se pegó un buen susto cuando, al levantar la cabeza, descubrió el rostro de Shalom Shepher arrimado a la claraboya sobre su cabeza. Cuando subieron al tejado, se lo encontraron despatarrado y cubierto de nieve. Lo bajaron e intentaron descongelarlo a base de brandy, después de lo cual ya

estuvo en condiciones de sumarse al debate con más celo que nunca.

El matrimonio prometía una gran mejoría en su nivel de vida. Aunque distaba de ser rico, Raphaelovitch disfrutaba el privilegio de tener alquilada una casa de dos habitaciones en la calle Habad. La mitad frontal de la vivienda estaba ocupada por la cocina, el depósito de las provisiones y el hornillo de carbón; de las blancas paredes colgaban utensilios de cobre y estaño de todo tipo. La mitad interior estaba ocupada por el salón, el comedor, el estudio y el dormitorio, y estaba provista de cojines al estilo oriental. El suelo estaba pavimentado con la piedra de Jerusalén, lisa y de una tonalidad rosa dorada. Del techo, colgada de una cadena, pendía una lámpara metálica de aceite y la mesa baja estaba cubierta con una pieza de seda de Damasco. En un rincón, una cortina corrida velaba la intimidad de la muchacha.

Raphaelovitch dijo a su hija:

—Cuando venga ese joven, quiero que tengas preparado un pollo y que mantengas cerrada la boca. No busca una mujer lista, o sea que no hace falta que digas nada. Que hable la comida por ti.

Cuando llegó el invitado, para que se figurara que era muy estudioso, dejó algunos libros ostentadamente abiertos sobre la mesa, pese a que no era ni de lejos dado al estudio. Raphaelovitch había leído muchos libros en su juventud, pero padecía la calamidad de no recordar nada de lo leído. De lo único que se acordaba era de los títulos, que llevaba escritos en una lista escondida en la manga por si debía recurrir a ella en caso de apuro. Leía con gran rapidez, porque consideraba que la mente retenía más de esa manera. Aparte de los textos básicos, jamás volvía por segunda vez al mismo libro por considerar que todo lo importante ya había quedado almacenado en su mente a la manera que el tiempo deposita las rocas sedimentarias. Por otra parte, una vez leído un libro, pasaba a convertirse en propiedad suya y la idea de separarse de él le resultaba insoportable. Por eso había acabado por liquidar su negocio e instalarse en Jerusalén con las existencias que le quedaban.

Entre los volúmenes que ahora tenía abiertos en la mesa había un ejemplar muy usado del Zohar, un códice de Maimónides y un tratado religioso manuscrito del siglo xvi que había retirado de un lote de libros pertenecientes a un rabino difunto. Aquél figuraría entre los libros que, en un arrebatado de sentimentalismo, regalaría a su yerno el día de su boda y que, cien años más tarde, en una casa de subastas de Londres, acabaría por alcanzar una elevada suma. Pero entonces ya hacía tiempo que no estaba en manos de la familia Shepher.

Shalom Shepher no había hecho nada especial en lo tocante a la preparación de tan importante encuentro. Acudió al mismo tal como iba siempre, incluso con la bolsa de higos, que olvidó dejar en casa pese a la cena con pollo que le esperaba. Lo que sí hizo fue lavarse el cabello, por lo que sus tirabuzones estaban brillantes y suaves, y la única muestra de nerviosismo que evidenció fue el tiempo, varias horas, que pasó enroscándose los.

Su atención se sintió atraída de inmediato por los libros que había en la mesa, por lo que Raphaelovitch, viendo que éstos podían ser más tentadores que su hija, torturó al joven retirándose los de la vista. Cerró, pues, uno por uno los volúmenes, los besó y volvió a meterlos en el arcón. No quedó, por tanto, sobre la mesa otra cosa que el paño de seda de Damasco.

—El hombre erudito es el más rico de la Tierra —dijo Raphaelovitch—. No niego la importancia del dinero, pero los conocimientos valen su peso en oro. ¿Por qué es importante el dinero? Pues porque con él se pueden comprar libros y mantiene tranquilo el estómago mientras trabaja el cerebro. Naturalmente, no es el dinero sino el alimento lo que mantiene tranquilo el

estómago, pero con el dinero se compra comida y no al revés. Y ya que hablamos de esto, mi hija nos ha preparado un pollo. Ven, lávate, siéntate y veamos si le hacemos justicia.

Shalom Shepher se lavó las manos en un cuenco de estaño, hizo la bendición y se sentó.

En aquel momento, Batsheva Raphaelovitch venía del patio cargada con una jarra de agua que llevaba apoyada en la curva del brazo, y los dos casi novios se encontraron casualmente. De hecho, no era casualidad, sino que el hecho obedecía a un plan. Isaac Raphaelovitch ya había prevenido a su hija:

—Cuando oigas que llaman a la puerta, sales al patio y entras trayendo agua. Cuando él vea que entras y os topáis casualmente, podré recordar aquella cita sobre el siervo de Jacob que conoció a Rebeca junto al pozo.

Raphaelovitch no añadió que hay algo hermoso en la imagen de una mujer que trae agua del pozo, ni tampoco que esperaba que aquella primera impresión romántica cerrara los ojos del potencial marido a las imperfecciones de su hija.

Mi bisabuela estaba realmente guapa al entrar en el salón con la cabeza y el cuello envueltos en el chal, la jarra de fina arcilla apoyada en el brazo y la falda ancha con flores bordadas. Una circunstancia excepcional, ya que en realidad no era agraciada, pues tenía la cara enjuta y era flaca de cuerpo. Fue ella quien incorporó el elemento oscuro y desmadejado al banco de genes de nuestra familia, y a partir de aquel momento comenzó a librarse una batalla entre la constitución fornida, lo hermoso y rubio de Shalom Shepher (que heredó mi padre) y el color cetrino, la constitución nudosa de su mujer (todos decían que mi tía Shoshanah, con su cara caballuna y sus hombros romos, vencidos, y su espalda gibosa, era la viva imagen de mi bisabuela).

Se sirvió la sopa, clara y untuosa, y Shalom Shepher, como invitado de honor, fue obsequiado con los huevecillos amarillentos del interior de la gallina. Ésta hizo aparición en medio de una explosión de vapor salida de la cocina, junto con su guarnición de verduras y fideos gordos. Estaba tan cocida que todo el armazón se vino abajo en cuanto Raphaelovitch se dispuso a trincharla. Su carne se fundía literalmente en la boca. El anfitrión, al observar a su invitado, vio que estaba contento, por lo que le llenó el plato de comida y lo contempló mientras comía. Shalom Shepher, a quien se le había encogido el estómago a fuerza de comer higos, no pudo comer tanto como esperaba. Tampoco el sabor del pollo era como lo recordaba. Un delicado regusto a higo, como un vago recuerdo, impregnaba todo lo que comía.

Terminada por fin la comida, Raphaelovitch sacó de la alacena una mugrienta botella y un par de vasitos que enjugó con el borde de la manga. Los puso sobre la mesa y vertió una pequeña cantidad de líquido que parecía y olía igual que el brandy, pero que, como Shalom Shepher no tardaría en descubrir, no sabía a ninguna cosa terrena conocida.

—Y ahora levanta el vaso, muchacho. Eso es. ¿Qué brindis haremos? No vamos a brindar por la belleza de la novia, porque eso podría traernos mala suerte. Pero sabe Dios que, en este aspecto, ¿qué podría ocurrir? Tampoco mi esposa, la madre de la muchacha, que en paz descansa, tenía fama de hermosa, por lo que debo afirmar honradamente que no me disgusta tener la hija que tengo. Es una chica estupenda en todo salvo en la edad, cosa que empeora con los años. O sea que, ¿por qué brindamos? No por la salud del novio, y sabrás por qué lo digo cuando pruebes el brandy. Me lo traje de Kovno para envenenar a mis enemigos. Es un chiste, ¿sabes? De todos modos, sería una tontería brindar por la salud de alguien con una bebida que sabe a veneno. Mejor brindar por la vida, porque aunque tengas la salud muy maltrecha, siempre te puede caer peor

suerte. ¡Por la vida, chico, por la vida!

Se redactó un contrato de matrimonio con todas las de la ley: treinta días antes de la boda se haría depositario de la dote a un fiduciario; el padre de la novia correría con los gastos del baldaquín y de la recepción y proporcionaría a su hija los aros de oro para las orejas y dedos, y los collares de monedas turcas; proporcionaría también al novio un *streimel*, filacterias y un chal para la oración, todo nuevo.

Mi bisabuelo se casó con mi bisabuela porque sabía cocinar el pollo. Si ella no hubiera sabido cocinar el pollo, él no se habría casado con ella. Si Batsheva Raphaelovitch no hubiera sabido cocinar el pollo yo no existiría, ni tampoco estaría ahora aquí escribiendo la crónica mítica de la casa de los Shepher.

## 8

—No sé de qué me hablas.

Saul planeaba sobre mí mientras yo restregaba el interior del frigorífico. Aunque aprobaba aquel trabajo mujeril, era evidente que lo tenía perplejo. Cogía las cajitas de *hummus* y de crema ácida que yo había traído del Supersol y las examinaba con una desconfianza rayana en el asco. Allí estaba yo intentando imponer orden y bienestar en una casa que dentro de pocas semanas sería un montón de escombros. ¿Por qué? ¿Para qué? Mis razones eran un misterio, incluso para mí.

—Ese código —repetí—. No sé nada sobre él. Y me gustaría saber algo.

—¡Uf! —Saul dejó las cajitas del supermercado—. Eso es malo para el estómago —dijo y, tras un momento de reflexión, añadió—: y malo para el corazón.

—Para el corazón es bueno —dije con decisión—. En todo caso, en nuestra familia nunca hemos tenido problemas de corazón.

—Tu tío Ben Zion murió del corazón. Y tu tía Shoshanah lo mismo. Del corazón.

—Creía que había sido de cáncer.

—No, lo de Shoshanah fue el corazón. El cáncer lo habría aguantado. Los demás fue cáncer. Tu padre..., cáncer. Y tu madre —apuntó hacia mí con un dedo reseco—. Procura cuidarte. Come mucha verdura fresca.

—Como haces tú, ¿verdad, Saul?

—Yo ya no tengo que preocuparme. Lo único que tengo que vigilar es el estómago.

Recogí un babeo de agua oscura con la esponja.

—¡Vaya conversación alegre, Saul! —Lo miré directamente a los ojos—. Ésta es la primera vez que oigo hablar de que hay un código.

Un estremecimiento de puro escepticismo recorrió el cuerpo de Saul. De no haberse encontrado en la casa de su padre, quizá habría soltado un escupitajo.

—¡Todos aquí! Toda la cuadrilla. Igual que buitres. Oléis el dinero.

—¿Qué dinero?

—¿Crees que una cosa así no vale dinero? Pues claro que lo vale. ¡Un documento así!

—¿Qué clase de documento? ¿Es una Biblia, pues?

—Eso vale muchos miles, probablemente. Para todos esos *schnorrerim*.

—¿De qué *schnorrerim* hablas?

—Buitres. Ladrones. Hablo de nuestros queridos parientes. Y de todos los demás. —Me observó unos segundos en silencio y enseguida desvió la mirada y la fijó con inquietud más allá de la ventana—. Me parece que tu problema es el corazón.

Restregué con más energía.

—A mi corazón no le pasa nada.

Pero sí le pasaba algo a mi corazón, no lo podía negar. Hacía mucho tiempo que alguien lo había matado; ya no sentía nada. Y si ahora era así, quizá siempre había sido así. Hacía años que me sentía inquieta, por supuesto, más insatisfecha de día en día, si bien éste era un secreto que me guardaba para mí sola. No respondía cuando me preguntaban por mi vida con las respuestas sinceras que me rondaban por dentro: que yo era un *luftmensch*, un ser flotante que vivía del aire, al día, mal que bien; que yo era un *matmid*, una estudiante perpetua, que estudiaba sin aprender nada y hasta ignoraba mis propios deseos. Que era un árbol sin raíces, una casa sin cimientos, pronta a salir despedida volando ante el primer vendaval. Aunque eso podía ser una ilusión que me seducía. Abrigaba el sueño de que en un futuro próximo o lejano acabaría por sincerarme conmigo: me cansaría de los días grises consagrados a las variantes textuales del Pentateuco y por fin remontaría el vuelo hacia el horizonte. Pero el futuro está siempre ante nosotros y la desidia es el pecado de la familia.

Todo podía haber sido diferente. No podía negar que había tenido mi oportunidad. Habría podido ser cantante solista en la ciudad, y había existido en mi vida un joven saxofonista, un Daniel de ojos negros, un activista-ateo-racionalista-anarquista con cara de místico medieval, un idealista con la cabeza poblada de visiones de futuro que aspiraba a trabajar para el Estado secular utópico de Palael. Me dijo que su creación era una obligación moral para nosotros, los judíos.

—En todo caso, eso quería la Biblia.

Quería que me fuera con él, pero fue pasando el tiempo, y por fin Daniel guardó el saxofón en su estuche y yo seguí barajando mis intenciones sin llegar a decidirme; no tomé la decisión de dar aquel paso. Así pues, él hizo las maletas y me presentó un ultimátum: o nos íbamos juntos o habíamos terminado.

—No me decido —le dije.

—No se trata de decidir. No es como decidir entre ketchup y salsa picante. Vienes y ya está.

—Lo pensaré —dije.

Quince años después todavía seguía pensando en lo ocurrido mientras iba derivando de una esporádica relación a la siguiente, pero me encogía de hombros, me dejaba arrastrar por la corriente, aunque volvía siempre a aquel primer amor inocente. Me decía que quizás ahora sería capaz de amar a Daniel, imaginaba incluso que Daniel sería capaz de amarme a mí. Pero ya era tarde. La vida tiene su manera de refrendar nuestras opciones y la decisión que no llegué a tomar se había tomado por sí misma.

Vivía sola, encerrada en una burbuja de independencia a la que algunos habrían dado el nombre de reclusión, siguiendo la rutina que yo estaba firmemente convencida de que mantenía mi cordura: dando clases a mis escasos alumnos, enfrascada en mis intereses particulares, prisionera noche tras noche de polvorientas bibliotecas o traspasada de frío bajo la solitaria luz de la



lámpara de sobremesa. Y hacía todo eso a sabiendas de que mi existencia tenía algo de ridículo. Al fin y al cabo, ¿qué utilidad tenía para el mundo un estudio más sobre la relación ortográfica entre lo escrito y lo leído o la filología comparada del ugarítico y el acádico? Aunque eran aspectos que ejercían una verdadera fascinación sobre mí, eran tan raros como el dodo en un medio académico que cada vez era más consciente de los beneficios y de la economía; eran algo cuyo futuro iba haciéndose más precario tras cada año que pasaba. Tampoco era probable que yo encontrara el auténtico grial de mis investigaciones: el original, el Ur-texto de las Escrituras hebreas.

Si alguien sabía algo sobre el corazón, ése era Saul, pensé con amargura, enjugándome de la mano, con un paño, la mugre pegajosa del frigorífico. Al hacerlo, un escalofrío que venía del pasado me recorrió el cuerpo, se coló por algún resquicio en el presente y me cortó como un cuchillo. Recordé el verano del entierro de mi padre, aquel horror absoluto para el cual nada me había preparado, cuando en medio de una turbadora selva de sepulturas y polvo seguimos el cadáver hasta la tumba, tendido en unas angarillas, envuelto en una mortaja con una mancha de sangre, y contemplamos cómo llovía sobre su desvalido rostro una andanada de piedras y tierra. Después, en la oscuridad de la habitación de los invitados, con un quórum de hombres tocados con negros sombreros que ronroneaban sus oraciones desde fuera, observé a Reuben, que manipulaba la radio. Dije a mi hermano:

—Lo han enterrado como a un pordiosero.

Y Reuben, con la cara escondida detrás de su poblado y oscuro flequillo, respondió con aire despreocupado:

—Bueno, los muertos son pobres.

Saul, sentado a un extremo de la mesa de la cocina, me miró fijamente a través de las gafas y dijo:

—Tú ya sabes que tu padre no quería a tu madre.

Veinticinco años después todavía me moría de ganas de demostrarle que estaba equivocado.

Pasó el momento, terminé el fregoteo y aprovisioné el frigorífico. En su desolada blancura, las pocas cosas que había dentro denunciaban penuria y soledad. Después, avanzada la tarde, Saul se sentaría conmigo en el frío salón y soltaría tenues pedos a causa de la rica dieta a la que lo había sometido; juntos, iríamos volviendo las negras hojas de un álbum familiar adornado con una chapa de cobre que representaba el Muro de las Lamentaciones: crispados grupos de estudio con profusión de cuellos almidonados y chalecos abotonados; retratos sepia de nuestra rama lituana, perdida e innominada. Fotografías de boda, regimientos de primos. Mi tío Cobby y su esposa Fania; mi tía Miriam y su marido Dov. Nuestra llegada al muelle de Haifa: mi madre con un deslumbrante traje playero blanco, mi padre ataviado más ceremoniosamente, tocado con sombrero de fieltro.

Acoplada entre los dos, la foto de una muchacha de ojos y cabellos oscuros, vestida con la ropa de lana y los botones propios de los años treinta. Una fotografía introducida que discordaba del conjunto. Ni tía ni prima, tampoco una de esas novias que aparecían después con el austero vestido de desposada de los tiempos de guerra al lado de un novio de expresión adusta. Anómala e interesante, me pregunté quién era.

—¿Quién es? —pregunté a mi tío.

Y él me respondió con la mayor naturalidad:

—Es Hannah. ¿No la reconoces? La amiga de tu padre.

## 9

La pareja durmió detrás de la cortina en la casa de la calle Habad. Raphaelovitch se pasó toda la noche con el oído atento a los sonos de la procreación.

Ya he dicho que mi bisabuela tenía fama de dura, y lo era: dura y fría como un candelabro de bronce. Al principio del matrimonio no hubo amor, tampoco hubo milagro de amor al final. Batsheva cocinaba cada día un pollo destinado a su marido y a su padre. Daba a Raphaelovitch la carne blanca, ya que consideraba con razón que Shepher preferiría la oscura. Cuando por la mañana su marido pasaba por la cocina, se la encontraba desplumando el pollo; cuando volvía por la noche, estaba hirviendo los huesos. No intercambiaban una sola palabra cariñosa en ninguna de las dos ocasiones.

Poco después de la boda, mi bisabuela vendió sus joyas de novia y se dedicó al negocio de la confección de vinagre. De ahí el apodo que le pusieron en la localidad: Batsheva, *la Agria*. Cuando no cocinaba el pollo, hervía y tamizaba, mezclaba y reducía, hacía fermentar y tamizaba de nuevo, antes de llenar de vinagre transparente y dorado unas botellas relucientes que vendía en la casa de la calle Habad. Con los beneficios obtenidos puso en marcha ciertos experimentos, ya que mi bisabuela era una científica nata. Probó la fermentación del zumo de naranja, de higo y de higos chumbos, que ella recogía con sus propias manos al otro lado de la puerta de la Boñiga. Hacía vinagre de naranja, vinagre de higo y vinagre de higo chumbo. Incluso vinagre de miel. Iba al mercado de especias y compraba condimentos como romero y tomillo y hojas de laurel, ajo y cinamomo y pimientos rojos picantes. Toda la maravillosa variedad de lo ácido y lo picante, lo acre y lo ardiente, daba su floración gracias a sus habilidades. A las mujeres de Jerusalén, profundamente supersticiosas, les explicaba las propiedades de cada botella: decía de ésta que curaba el dolor de cabeza, y de aquélla que aliviaba la calentura; de esa otra que era un tónico, y de la de más allá que inducía el sueño reparador. Aprovechaba los conocimientos adquiridos a través de las campesinas árabes que trataba en el mercado y aplicaba lo poco que había leído; lo demás se lo inventaba, aunque no dio nunca pruebas de imaginación en ningún otro campo que no fuera la confección y el uso del vinagre.

Más tarde, con las botellas sobrantes de cada lote comenzó a preparar encurtidos, y la preparación de los mismos pasó a convertirse en un nuevo viaje de descubrimiento: era su nueva

obsesión. Adobaba limones con pimientos rojos, higos con cinamomo y clavo y col con semillas de coriandro. Experimentaba en la conservación de verduras en salmuera y maceraba las aceitunas con una solución alcalina. En el comercio que tenía el fabricante de tinta en la calle de los Judíos, adquiría cristales de sulfato de cobre y vitriolo, mencionados en recetas antiguas, y alumbre y cal para dar a sus preparados cuerpo y color. Debido a todas aquellas mixturas abrasivas, tenía las manos cubiertas de lacras, y por dondequiera que pasase sus ropas dejaban un rastro acético que persistía en el aire. Desarrolló un particular talento para convertir la dulzura natural de la fruta en acidez. Nada la satisfacía tanto como la búsqueda de nuevas combinaciones: almendras con nueces, tomates con melones, hasta pétalos de rosa con menta; todo era sometido con más o menos éxito al mismo proceso.

—Si te lo puedes comer, quiere decir que también puedes conservarlo en vinagre —decía.

Los espacios frescos de la casa de la calle Habad se llenaron de misteriosos cacharros y de pesadas jarras herméticamente cerradas donde proliferaban los encurtidos como extrañas flores. Para Batsheva eran cosas hermosas, modificaciones de la naturaleza y, por consiguiente, una forma de arte. Alrededor del patio, ordenadas a manera de muestrario, se veían coles moradas cortadas en fragmentos y extrañas mezcolanzas de frutas retorcidas.

En vez de golosinas, servía a Shalom Shepher cebollas en vinagre, col fermentada y pepinillos especiados, lo que le causaba agudas indigestiones y le provocaba subidas de amargos ácidos hasta la misma garganta. Los pepinillos, que serían el bastión de la fama de Batsheva, eran preparados según una receta secreta y se decía que tenían propiedades alucinógenas. Gozaban de especial popularidad entre los estudiosos de la cábala.

Isaac Raphaelovitch tenía siempre un tarro de pepinillos sobre la mesa y no remataba nunca una comida sin haberlo apurado, de la misma manera que algunos la rematan con un cigarro puro. Animaba a su yerno a que también los comiera y se inventaba historias sobre unos supuestos efectos nutritivos para el cerebro o sobre su acción beneficiosa para la vista. El gran sabio Shammai, decía, había vivido prácticamente de pepinillos en vinagre. Aunque Shalom Shepher tenía sus dudas al respecto, pensaba que tal vez eso explicaba el talante ácido de Shammai.

—Me casé con la rosa de Siria y se transformó en un campo de pepinos —decía en son de broma.

Y entre tanto se compraba caramelos pegajosos, que se guardaba en el bolsillo hasta que se le derretían; a veces se quedaba delante de los tenderetes de los reposteros del bazar contemplando las hileras de dulces prohibidos, remojados en almíbar y recubiertos de almendras o rellenos de miel y espolvoreados con cinamomo, y que se reflejaban en bruñidos espejos en hileras sucesivas. Su hambre de comer algo dulce lo llevaba a mascar las algarrobas que encontraba esparcidas bajo árboles de copa inaccesible y a mordisquear higos secos y hasta a chupar durante horas enteras un jirón de tela mojada en vino mientras estudiaba. Ansiaba los platos lechosos y reconfortantes de Pentecostés o el pan dulce de almendras que se horneaba en Año Nuevo; semana tras semana anhelaba la invitación del sabbat a casa del rabino, cuya regordeta esposa le serviría unas tajadas de *strudel* de manzana una vez terminada la ceremonia.

Batsheva sacaba del interior de sus bolsillos los dulces que su marido se guardaba y los tiraba asqueada, pero su corazón no se ablandaba viéndolo tan alelado y goloso. Ella seguía sirviéndole vitriolo y especias y transformando en hiel todas las frutas de la casa y, junto con su padre, los dos enfurruñados, sombríos y desmadejados, seguían masticando sus pepinillos en vinagre con actitud

de conspirar contra él.

Prodigaba sus únicas muestras de ternura a la multitud de gatos que brincaban por los tejados de Jerusalén y que bajaban a beber a la cisterna de su casa. Sacaba agua para dársela, los regalaba con las sobras de la comida y, con sus manos largas e irritadas por el ácido, acariciaba sus agrisados lomos. Los gatos sabían dónde acudir y por eso se congregaban en el patio, apostados entre los tarros de encurtidos. Suele ocurrir que aquellos que no abrigan ningún afecto por sus semejantes tienen afinidad con los gatos.

Isaac Raphaelovitch, levantando un dedo admonitorio, advertía a su yerno de los peligros de conceder excesiva libertad a las mujeres.

—Cuida de las ganancias de tu esposa y sé amo de tu casa —le decía—. Después de todo, no querrás que ella tenga ahorros propios.

Mi bisabuelo ignoraba el consejo, aunque en años venideros tendría motivos para lamentarlo.

Tampoco Batsheva se preocupaba demasiado de las andanzas de su esposo. No la impresionaban sus debates en la casa estudio, puesto que no los había presenciado nunca. Él hacía menos dinero vendiendo pergaminos que ella con su vinagre y sus encurtidos. En otro tiempo había disfrutado de la lectura, pero las exigencias del negocio y de la familia le habían exigido el abandono de los libros. Seguía la religión de la cocina. El sabbat significaba: carne y cirios; el Año Nuevo: dulce de miel y facturas del sastre; el Pésaj: la limpieza de primavera y utensilios nuevos. Y había que sufragarlo todo.

Mantén una actitud escéptica con respecto a la fama de su marido. En lo tocante a piedad, tenía vistos ya a muchos chiflados metidos en vereda. En cuanto a su vista excepcional, rebatía con un bufido:

—A oscuras no ve nada.

Reb Jacob Itchka, el carretero, dijo una vez que Shalom Shepher debía de ser uno de los treinta y seis hombres justos que da cada generación. Batsheva replicó:

—Y Reb Itchka uno de los cuarenta millones de necios.

Pero Isaac Raphaelovitch estaba encantado con su yerno. Era la oportunidad que se le ofrecía de estudiar con un auténtico erudito y nunca dejaba de atosigarlo para que le diera una hora de clase. Shalom Shepher se veía obligado a complacerlo. Naturalmente, Raphaelovitch se sentía ávido de exhibir sus conocimientos y de impresionar al joven con su lista de libros. La lectura, en general, estaba salpicada de sandeces. Batsheva asomaba a veces la cabeza por la puerta y los observaba allí sentados los dos, su padre inclinado sobre la página, su marido recostado para atrás con los ojos cerrados; era evidente que su marido dormía mientras su padre, con total desvergüenza, se hurgaba la nariz.

Pasó un tiempo antes de que finalizaran las conjeturas y el matrimonio fuera bendecido con el nacimiento de hijos. Transcurrido el debido tiempo, Batsheva parió una hija, a la que siguió otra. No tardó en tener tres, una hija, una hija y una hija, iniciadas todas ellas a edad temprana en los misterios de la producción de vinagre. Con sus caras largas y solemnes, y su cabello lacio y oscuro, moviéndose en la cocina de la casa de la calle Habad armadas con sus embudos y sus cacerolas en miniatura, no cabía la menor duda de que aquellas niñas eran las auténticas descendientes de Batsheva Raphaelovitch.

Tendrían trece hijos en total, de los que sobrevivieron siete. Seis hijas llegaron a la edad adulta y se casaron con hombres de letras desdinerados. Una se casó con un aventurero que, tras

embarcarse rumbo a América, bajó del barco en Irlanda y desapareció. Otra enviudó joven, se consagró a las buenas obras y desatendió a sus parientes. Una tercera, Hannah Raisl, se emparejó con un hombre que reparaba relojes, pero era tan malo en su oficio que ella tuvo que pasarse treinta años llevando sola el negocio.

El único hijo fue mi abuelo, Joseph Shepher. Tenía la constitución física de mi bisabuelo y el color de mi bisabuela; el estómago de Reb Shalom, y la bilis de Batsheva. En resumen, heredó las características peores de ambos, si bien hay que concederle el mérito de haber sabido sacarles el mejor partido.

Desde temprana edad sufrió indigestiones agudas. Podía ser o no un rasgo hereditario. También podía ser resultado de ansias secretas o simplemente de un exceso de ácido. Batsheva, *la Agria*, no fue parca con ninguno de sus hijos. Dicen que hasta la leche que mamaron de sus pechos tenía su buena parte de hiel.

## 10

Saul dijo:

—Lo he visto rondando por aquí. Mirando la casa con ojos como platos.

—¿Qué quiere?

Se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé! ¿Acaso me importa hablar con esa clase de gente?

Yo estaba regando las plantas muertas del porche. Era mi segundo día de estancia en Kiriath Shoshan y de momento había limpiado y aprovisionado el frigorífico, había hecho las camas con ropa limpia y había rehabilitado el cuarto de baño. El pasado ya se estaba haciendo mucho más familiar.

Desde el lugar estratégico del porche donde me encontraba podía ver al hombre, con sus negros tirabuzones y su caftán a rayas, atisbando debajo de un turbinto junto al arenero de los niños. Tenía aspecto de oriental, su rostro era pálido y oliváceo; sus ojos brillaban de forma intermitente en dirección a las ventanas cerradas con persianas. ¿Se figuraba, quizá, que no lo veíamos? ¿O quería llamar la atención, pero sin tomarse la molestia de acercarse? Lo miré furtivamente por encima de la regadera; nuestros ojos se encontraron. Los suyos me eran extrañamente familiares; me recorrieron de arriba abajo con mirada apreciativa, complacida, como si me conociera y supiera perfectamente quién era yo.

Aquello me desazonó bastante; en primer lugar, tenía la vaga idea de que a los hombres religiosos les estaba prohibido mirar a los ojos a las mujeres desconocidas (los cabellos y los brazos descubiertos, la cabeza llena de pensamientos pecaminosos, el estómago repleto de una mezcla de leche y carne), pero sabía también que aquella clase de mirada revelaba un propósito determinado, siniestro o de otra índole, y temía que, devolviéndosela, le abriera la puerta a sus intenciones. Esperaba que de un momento a otro cruzara la plaza.

El agua estaba rebosando el borde de la maceta con la planta seca y se derramaba en el suelo. Al volver a levantar los ojos, el hombre había desaparecido.

Ni rastro de él en la plaza ni en la calle, entre los vapuleados coches aparcados a lo largo de la acera. Corrí a observar el otro lado de la casa. Nadie, a no ser un gato vagabundo que tomaba el sol bajo los cipreses; pegó un salto, nervioso, al ver que me acercaba.

Más tarde, mientras picoteaba aceitunas negras de un cuenco en la cocina, Saul dijo de nuevo con ademán de duda:

—¿A ti qué te parece? Lo más probable es que vaya tras el código.

—¿Qué vaya tras él? ¿Qué quieres decir?

Levantó los ojos con mirada malévola y se echó a reír. Nunca se reía de verdad, Saul; sólo soltaba una risita superficial, ácida, sardónica, que le salía de la parte de atrás de la garganta mientras me miraba de soslayo de una manera que me recordaba extrañamente al desconocido del caftán, como si supiera algo que no estaba dispuesto a compartir conmigo.

La noche anterior, en la penumbra del desolado salón, acompañado del crujido de hojas secas y del maullido de los gatos que merodeaban en la calle, me había dicho todo cuanto estaba dispuesto a decirme sobre aquel febril interés que se había apoderado de todos. Lo había descubierto él, esto por supuesto, lo cual no quería decir que fuera suyo por derecho propio. De todos modos, al descubridor debía corresponderle algo más, ¿o no? Tanto más exasperante, pues, que quisieran quitárselo de las manos, que su oficioso hermano lo hubiera puesto bajo protectora custodia.

—¡Ese Cobby! ¡Siempre haciendo lo que mandan los libros! —escupió Saul, contrariado.

Ahora languidecía en el archivo del Instituto Ben Or, donde sólo podía ser examinado con un permiso especial hasta que la familia decidiera qué se podía hacer con él. Pero entre tanto Cobby, con su proceder inocente, afable e irreflexivo, lo había ofrecido libremente y de balde a la nación, con lo que había conseguido soliviantar a los muertos y a los casi muertos, a los que estaban dormitando, a los enfurruñados y a los que no tenían un cuarto, es decir, a todo aquel antiguo leviatán que era el clan de los Shepher.

—Pero ¿qué es, exactamente, ese código? ¿Cómo es?

—¿Cómo quieres que sea? Es una biblia..., un *keter Torah*. ¿Sabes qué es un *keter Torah*? Una corona de la Torá. Un ejemplar manuscrito.

—Sí —dije—. Claro que sé qué es un *keter Torah*. Pero ¿de dónde ha salido? ¿De dónde procede?

Saul hizo una mueca.

—¿Quién sabe? Debía de llevar años arriba. Tu abuelo no sabía de su existencia, eso tenlo por seguro.

Hizo un gesto vago que abarcaba toda la confusión que tenía a su alrededor, como si en algún lugar de la misma constara por escrito la procedencia del código, de la misma manera que los fósiles se materializan a partir de inmensas capas de barro y rocas sedimentarias; y después encogió los hombros con aquel gesto hermético, defensivo, característico de la familia.

Había muchos secretos, pensaba yo mientras erraba por las glaciales estancias de la casa, tropezando aquí con cajas agazapadas, topando allí con montones de ropa, observando los espectrales fantasmas de muebles enfundados al lívido fulgor de bombillas de cuarenta vatios. Allí podía haber cualquier cosa: en aquellos caóticos vestigios estaba encerrada toda una historia. Y la historia era frágil, nadie mejor que yo sabía hasta qué punto era verdad. El antojo de un momento podía convertirla en cenizas.

Hacía veinte años que, después del entierro de mi madre, había vuelto a la casa que habíamos compartido durante los cinco últimos años de su vida y había clasificado todas sus pertenencias. Había despejado todos los estantes y había vaciado todos los armarios. Había rastreado los



roperos y había eviscerado los cajones. No había dejado nada, no había quedado ni una mota.

Llamé a mi hermano y le pregunté si le interesaba algo. Su respuesta fue inequívoca:

—¿Cómo quieres que me importe toda esa basura?

Así pues, me dispuse a desembarazarme de todo. La ropa y los zapatos fueron destinados a beneficencia; el mobiliario y los objetos de adorno a la almoneda. Eliminé, objeto tras objeto, toda mi infancia. El pasado convertido en un montón de baratijas.

Después preparé una gran hoguera en el fondo del jardín. Arrojé a ella todo lo combustible.

Las postales y las fotografías se consumieron en pocos momentos. Recordatorios y recuerdos se desvanecieron en un instante. Una carta de mi abuelo, escrita con su caligrafía minúscula y retorcida, se quedó bailando entre el humo como una mariposa azul antes de desaparecer.

No era mi intención, en un primer momento, quemar todo aquello. Después, a medida que iban elevándose las llamas, se apoderó de mí una especie de arrebatado de locura. Al fin y al cabo, ¿por qué guardar? El pasado sólo genera angustia. Mejor librarse de él. Fue una purga, una gran purificación. Sentí que mi corazón se aligeraba, se hacía leve como la ceniza.

Después de liquidar lo que quedaba, me trasladé a una ciudad lejana. Me fui a vivir a un edificio alto con una escalera empinada, un piso de paredes blancas y con pocos muebles; tenía una ventana que en días despejados y con la luz adecuada permitía ver una raya de plata azulada que era el mar.

Allí viví sola, aunque medio adosada a una serie de inadecuados y evanescentes amantes, mientras los libros que más me gustaban se iban amontonando a mi alrededor y amenazaban con derrumbarse sobre mi cabeza. Mi vida carecía de raíces y de ritos; engrosaba las filas de aquellos científicos que doblegan las Escrituras a través del análisis y, aunque las disecan amorosamente, no necesariamente consideran su contenido. En otro tiempo había observado las fiestas, pero ahora me causaban tristeza y revivían en mí recuerdos de infancia que eran fuente de dolor. El simple hecho de ver los cirios del sabbat me provocaba el llanto. En cuanto a las leyes y costumbres, ahora me parecían carentes de sentido; y mi evolución reflejaba la del filósofo Rosenzweig, que volvió poco a poco a las tradiciones de sus antepasados: cuando me preguntaban si había renunciado a alguna observancia particular, solía responder:

—Aún no.

Muchos años más tarde lamenté aquel acto arrebatado de mi juventud. Cogí las pocas cosas que habían escapado a las llamas —el prendedor de mi madre, una fotografía desperdigada, el reloj de mi padre— y las expuse con reverencia en la repisa de la chimenea. Pero la imagen de una mariposa azul de papel aparecía de vez en cuando en mis pensamientos y me atormentaba con unas palabras que se habían perdido para siempre.

Ahora había vuelto a la fuente, a la familia, a todo aquello frente a lo cual hacía tiempo que me había vuelto indiferente y en lo que había dejado de pensar, igual que había apartado de mí mi propio pasado y mi religión. Había regresado en el momento justo, a tiempo para agarrar por el rabo mi historia cuando ya culebreaba camino del olvido. Pasear por las habitaciones de la casa, irreales como en los sueños y, sin embargo, tan familiares, sólidas como siempre, pero presas ya del temblor que antecede a la disolución, era como despertar después de haber estado dormida mucho tiempo.

Aquella tarde nos sentamos uno enfrente del otro en el desamparado salón, Saul en la mecedora de mi tía, yo en el polvoriento diván; yo con mi libro y él con su radio. Mi tío dijo:

—Tu madre siempre estaba leyendo. Exactamente igual que tú. Siempre con un libro.

Siempre con una novela. En eso éramos iguales. Me pregunté si también ella sentiría, como yo ahora, ese gran extrañamiento, la imposibilidad de leer aquí, bajo el techo familiar. Las palabras se desenmarañaban; las descripciones de la campiña inglesa parecían inmensamente lejanas e irreales. Me volví a un lado, suspiré y dejé el libro en suspenso. Quería saber cosas, quería que Saul hablase. Quería la verdad, quería ver el código. ¿Era la verdad el código o sólo una versión de la misma? Delante de mí tenía sentado a mi tío, de carne y hueso. ¿Cómo arrancarle la historia que guardaba, el pasado que él representaba, todos los recuerdos que morirían con él?

Me incliné hacia delante con toda la avidez de la que pude hacer acopio; sorprendí el destello de sus gafas, su mirada evasiva.

Imaginé que le decía: «Dime, Saul. Dime de dónde vengo. Háblame del pasado».

# 11

El tiempo era húmedo y las cisternas estaban a rebosar. En la superficie del agua flotaba una espuma translúcida, quizás el rastro último de ratas ahogadas.

Octubre fue el mes del cólera. La enfermedad vino de Egipto siguiendo la vía de Jaffa y Hebrón a pesar de la cuarentena de treinta días impuesta a los barcos procedentes de Alejandría. Allí se desató una oleada de pánico, y la gente, presa de la desesperación por escapar, se congregaba en el puerto. Las barcas de pesca estaban llenas; para conseguir pasaje pasaban de mano en mano grandes sumas de dinero. En Jaffa se mantuvo a los fugitivos en cuarentena en los grandes roquedales de la embocadura del puerto. Les llevaban el alimento en barcas de remo para impedir que entraran en contacto con los habitantes de la ciudad. Cuando entraron en Jerusalén, la epidemia ya había causado estragos.

En la comunidad askenazi, el primero en morir fue Shabbatai Shimshon; en la sefardí, David Salomon. El cólera se disolvió en las cisternas y estanques y en los chorros generados por los efluvios, se coló por los canalones y desagües y se abrió tortuoso camino por las calles de Jerusalén. Se agazapó en el fondo del estanque de Hezekiah y esperó al acecho en el de Siloam. Lo sacaron en cubos del pozo de la Hoja y del pozo de las Almas y se quedó burbujeando en la fuente de Ein Rogel.

Cuando emergía del agua adoptaba la forma de Ketteb Merriri, el demonio mitológico con ojos, escamas y cabello y un gran ojo en el corazón. Pasaba en forma de vapor entre los labios de las mujeres cuando hablaban y de mano en mano entre los niños cuando jugaban. Podía ocurrir que un hombre saliera a la calle y se lo topara, se lo llevara a casa como si fuera un amigo y hasta lo presentara a su familia. Un hombre podía salir sano con el sol de mediodía y volver con la enfermedad metida en el cuerpo y decir:

—He encontrado a Ketteb Merriri.

En la casa de la calle Habad, Shalom Shepher estaba sentado escribiendo oraciones que guardaban de la enfermedad; las encerraba en amuletos de cuero que distribuía gratuitamente, porque no quería sacar ningún provecho del cólera; Batsheva alimentaba a la fuerza a su familia con pepinillos hasta que los jugos del adobo les salían por los ojos y les resbalaban por las mejillas. Sacaba comida para los gatos hambrientos que pululaban y se multiplicaban en el patio

ahora que sus benefactores árabes tenían la enfermedad. Se guardaba los rabos como talismán para protegerse del mal porque había leído en algún sitio que era lo que había que hacer, aunque lo más probable es que se tratase de un rito que ella se había inventado. Una tarde cogió un pincel y pintó con cal una mano enorme en la fachada de la casa para protegerla contra el mal de ojo. Mucho después de haberse borrado la pintura, todavía se conocía la casa como la «Casa de la Mano de la calle Habad», y cuando la gente la miraba se acordaba del cólera.

Shalom Shepher observaba los deberes propios de un judío piadoso. Visitaba a los enfermos, a los que les llevaba encurtidos, y se sumaba a la comitiva fúnebre que acompañaba al difunto. Si había procesión funeral, la seguía. Noche tras noche, el cementerio del monte de los Olivos se iluminaba con luces errantes cuando Reb Samuel Zvil, sepulturero principal, con su asno y su farol, abría el camino a los miembros del cortejo funerario: el cadáver cubierto y tendido en unas andas blancas, una hilera de afligidos acompañantes detrás. Una novia fue enterrada el día de su boda; se enterraba, juntas, a familias enteras. De vuelta, los que acompañaban el duelo se paraban en la casa de baños y al día siguiente una parte de ellos caían enfermos.

El cólera era producto de espíritus malévolos que acechaban a los miserables y olfateaban el miedo. El único medio de burlarlo era reírse de él en sus mismas narices. Por eso la hermandad de barrenderos hacía la ronda de la ciudad con una estrafalaria orquesta compuesta de flauta, arpa, tambores y címbalos, cuyo objetivo era levantar los ánimos de la gente con su música cascada y sus chistes malos; también les correspondía la tarea de frotar los miembros de las convulsas víctimas con aceite y mostaza, y la de retirar los cadáveres; si alguien tenía necesidad de alegría, eran sobre todo ellos. Su regocijo tenía un toque de locura y el sonido de su música frenética, trezándose por las calles a medianoche o en la peligrosa hora del mediodía, inspiraba terror a todos cuantos la oían, ya que una visita de los restregadores no podía significar más que una cosa: que el demoniaco cólera había vuelto a atacar.

Shalom Shepher, sentado en la Casa de la Mano de la calle Habad, escribía oraciones en las que figuraba el nombre de Rafael, el ángel sanador, y encantamientos para expulsar a los *dybbuks*. Los doblaba muy apretados y los encerraba herméticamente dentro de amuletos que se llevaban colgados con bramante. Se hicieron tan populares que no tardó en encontrarse escaso de pergamino, y en aquel momento era difícil conseguir hojas de pergamino en la calle de los Judíos. Una noche, Reb Jacob, el ropavejero, llamó a su puerta. Venía de un entierro y había perdido su amuleto en la casa de baños. Reb Shalom lo lamentó mucho, pero no pudo complacerlo. No le quedaba ni el trocito más pequeño de pergamino. La primera cosa que haría el día siguiente por la mañana sería salir a comprar pergamino, escribiría en él un encantamiento y podría facilitárselo. Reb Jacob desapareció en la noche lanzando un grito de desesperación. La mañana siguiente, amuleto en mano, mi bisabuelo se apresuró a ir a su casa, donde se encontró con la procesión funeraria por la muerte del viejo.

Shalom Shepher se sintió muy deprimido por no haber conseguido salvar a su amigo. Fue entonces cuando el cólera aprovechó la oportunidad. La enfermedad, normalmente, seguía una evolución que constaba de tres fases: malestar, diarrea y convulsiones; cuando comenzaban las convulsiones, se había perdido toda esperanza de recuperación. Mi bisabuelo pasó por el malestar, pasó por la diarrea, pero no llegó a las convulsiones y se recuperó. Fue su segunda resurrección de una peligrosa enfermedad.

Afirma la tradición que lo que salvó su vida fue el vinagre, que fue su mujer, Batsheva, y no

los cuidados de los fregoteadores ni las atenciones del médico alemán los que lo sacaron del atolladero. Es probable que su constitución robusta tuviera también su parte de mérito. Pero al decir de todos, Batsheva se encargó de montar la guardia. No permitió que los apuestos fregoteadores se le acercasen. Tampoco consintió que ningún médico envenenador penetrara en la casa. Cogió el caso en sus manos y fue ella quien lo curó, no por devoción, por supuesto, sino por su firme decisión de no ser vencida y para demostrar lo que podían conseguir sus remedios de fabricación casera.

Mi bisabuelo pasó una cuarentena de tres días detrás de la cortina impregnada de vinagre. Nadie salvo Batsheva estaba autorizado a pasar al otro lado de la misma.

—No me refiero a que no seas la persona más capacitada para cuidarlo —dijo Isaac Raphaelovitch, expresándose en términos ambiguos—, ni tampoco que no seas su mujer por derecho propio, pero quizá sería mejor trasladarlo al hospital Rothschild.

Batsheva se tomó el consejo como todo lo que decía su padre: con absoluto y perfecto desdén.

—Tal vez lo mejor sería matarlo ahora mismo —dijo—, porque si no tuviera el cólera al ingresar en el hospital, seguro que lo tendría al salir.

Y se coló detrás de la cortina dejando al viejo sumido en un mar de dudas con respecto a las intenciones de su hija.

Aquella noche, el hombre durmió en el suelo de la cocina mientras Batsheva se ocupaba del enfermo. Ni por un momento temió ésta perder a su paciente. Ni por un momento pensó mi bisabuelo que moriría, «a no ser por el olor a vinagre», bromeaba más tarde.

No le importaba decir que había viajado a lugares muy lejanos en aquellos tres días de lucha y sufrimiento, cuando el rostro de su esposa se inclinaba sobre la cama y, a veces, rayando en lo increíble, se confundía con una visión de ángeles. Batsheva tenía emplastos y medicamentos propios, trucos secretos y encantamientos personales. Pero Reb Shalom estaba resuelto a vivir y, además, sabía que no era el cólera lo que poseía su cuerpo, sino un gran anhelo espiritual.

Isaac Raphaelovitch, entre tanto, no podía dormir a causa de las imaginaciones catastróficas que se hacía. Su yerno moriría, su hija atraparía el cólera y también perecería. Sería el único que quedaría al cuidado de los hijos.

—¡Señor del universo —imploró—, concédeme tumba y mortaja! Mejor morir ahora que ver a esos pequeños sin guardián.

Al amanecer del tercer día, Batsheva entró en la cocina y despertó a su padre.

—La crisis ha pasado —dijo—. Se curará.

A juzgar por lo lúgubre de su semblante, se habría dicho que su marido había muerto.

No tardó en correr la voz pregonando la milagrosa curación de Shalom Shepherd. Al poco tiempo florecía un próspero mercado de friegas y embrocaciones de vinagre de la Casa de la Mano, y Batsheva, a la que no le causaban compunción alguna los beneficios que le reportaba el cólera, aceptó el florecimiento del negocio.

Por espacio de dos meses, el cólera dominó en Jerusalén. Después, de la misma forma inexplicable que había llegado, se retrajo, menguó y se desvaneció. El demonio fue absorbido hasta aquellos receptáculos de los que había salido. Los espíritus del mal volvieron a los pozos, estanques y cisternas de donde habían surgido.

En la comunidad sefardita, Isaac Adani fue el último en morir; en la askenazi, Reb Israel, *el Justo*. Y se dice que el último que muere en cualquier epidemia es siempre un gran hombre.

Después de aquello la ciudad desbordó sus murallas y se expandió como un gris tentáculo camino de Jaffa arriba. Los musulmanes se desplazaron hacia el este, los judíos hacia el oeste y nació la nueva Jerusalén. Al irrumpir la enfermedad, muchos cristianos se habían refugiado en los conventos y monasterios de la zona de las colinas y atribuyeron su supervivencia a su situación espiritual superior.

## 12

—Era la amiga de tu padre —dijo Saul.

Me senté y observé la fotografía que sostenía entre el pulgar y el índice. Estaba montada en una cartulina gruesa, como una tarjeta de identidad, y en el dorso constaba el nombre de un fotógrafo de Tel-Aviv de la calle de Ben Yehuda; tenía las esquinas gastadas como si hubiera estado metida en una cartera o guardada en el bolsillo; estaba descolorida, como si hubiera recibido mucho sol. Una cara pálida y seria, unos ojos grandes, el cabello rizado al estilo convencional en torno al cuello y las sienes. Un retrato de estudio, una forma de presentación.

—¿Quién era? ¿Cómo era? ¿Por qué acabó todo?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Sabe alguien cómo era? Se llamaba Hannah. Era la amiga de tu padre.

Más tarde, a manera de concesión, añadió:

—Era una *yekke*, una alemana. Me parece que hizo de profesora en la escuela de música.

Era demasiado revelador, pensé, que Saul, con sus repetidos y autoritarios sonsonetes del estilo de «ya sabes que tu padre no quiso nunca a tu madre», ahora se cerrara como una ostra cuando se trataba de hablar de este asunto. Su renuencia no hacía más que aumentar mi curiosidad. Le dirigí una de mis miradas de reojo, me guardé la foto en el bolsillo y me dije que había que aguardar el momento propicio.

Dondequiera que se encontrase, cualquiera que fuese la habitación de la casa donde estuviese, siempre podía saber dónde estaba por el débil ronroneo de la radio que mi tío llevaba colgada del brazo: ya estuviera en el baño, en la cocina, en el dormitorio principal del fondo del pasillo, donde dormía completamente vestido en un nido de ratas arropado entre inmundas sábanas, el murmullo de los noticiarios radiofónicos era el heraldo que anunciaba su lúgubre presencia. Sólo se enfundaba el caftán al caer la tarde, cuando la temperatura bajaba verticalmente y, entonces, haciendo muecas y a contrapelo, se veía obligado a encender la estufa de parafina, nuestra única fuente de calor. Ahora que no tenía más remedio que compartir sus magras existencias, se mostraba más renuente que nunca y no encendía la luz hasta que había oscurecido del todo. Se sentaba acucillado junto a su radio, disfrutando del débil calorcillo que emitía como producto secundario de las noticias de las seis.

Toda su vida había practicado una frugalidad extrema. De joven había vivido de rosquillas y sandía; en cierta ocasión quiso probar qué tal sabía la cebolla hervida en agua, pero el resultado del experimento fue tan determinante que no lo repitió. Ahora, ya viejo, vivía como un monje. Lo hacía exclusivamente de su pensión, teniendo siempre presente la pobreza de su juventud. A ojos de Saul, nada podía compararse a gastar el dinero con sensatez. El hecho de gastarlo era una insensatez de por sí.

Cuando era joven había aspirado a ser un gran escritor. Se había pasado años llenando libretas con poemas y cuentos que escondía debajo del colchón de la cama. Como era muy sucio, y mi padre, en cambio, obsesivamente pulcro, era mi padre quien le hacía la cama y quien descubrió las libretas. Al principio guardó en secreto el descubrimiento, pero al final no pudo contenerse y una noche, mientras toda mi familia estaba cenando, sacó un poema y lo leyó en voz alta. El resultado tuvo tanto de hilarante como de trágico. Su hermano no le perdonó nunca aquella mortificación.

Como Saul me diría más adelante, todo se redujo a lo siguiente: los poemas, que pretendían ser serios, arrancaron las carcajadas de la familia, mientras que los cuentos, que querían ser jocosos, apenas si les provocaron una sonrisa. Ésa fue la paradoja que mi tío no supo aceptar y que puede decirse que reflejaba la mayor parte de las dificultades que encontró en la vida.

Sus opiniones políticas eran como su temperamento: arrebatadas y justas. Había pertenecido a las milicias nacionalistas y tal vez formara parte de la unidad involucrada en la masacre de los doscientos habitantes árabes de Deir Yassin. Los británicos lo tuvieron prisionero un breve tiempo en el complejo de Latrun; pero quizás este hecho representó el clímax de toda su implicación sediciosa.

Ejerció de maestro en Tiberíades, donde estuvo enseñando treinta y siete años en la misma escuela. Allí se ganó la aureola que ostentaba de intelectual solitario. Se lavaba irregularmente y padecía la incapacidad crónica de remeterse la camisa correctamente dentro de los pantalones. Tenía también la costumbre de dejarse desabrochado el botón de arriba de la camisa, el de detrás de la corbata, lo que causaba en la gente la impresión de que era persona de poco fiar. A pesar de que seguía escribiendo, lo único que había publicado era la nota necrológica de su padre, y aún esperaba en vano la experiencia reveladora que, presentía, algún día lo daría a conocer. Esa expectativa fue lo que lo mantuvo a flote durante unos años. Más tarde, cuando vio que no era probable que alcanzase nada espectacular ni permanente, se sumió en un estado de petrificación y amargura. Adquirió conciencia de la realidad una noche, y a la mañana siguiente había envejecido de manera tan perceptible que sus compañeros no pudieron por menos de comentarle el cambio que se había operado en su aspecto.

Ahora me precedía sin decir palabra por el sombrío corredor detrás del salón, arrastrando al andar las zapatillas por el pavimento embaldosado y con un débil resuello que rompía la silenciosa quietud. Dormía detrás de aquella puerta cerrada, en la fúnebre habitación de alto techo que fuera un día de mi abuela; la única vez que yo entré en ella, la vi poblada de armarios ventrudos y ominosas cómodas, una habitación que olía a almidón y al linimento de manzanilla con que le embadurnaban todas las noches el eczema que padecía. Allí había tres camas, una la de mi abuela, otra la de Shoshanah y otra la de tía Batsheva, arrimadas contra cada una de las paredes. Siempre me había parecido extraño que durmieran las tres en aquella habitación. Una sola vez, como recompensa por haberlas ayudado a doblar la ropa limpia («una tarea que toda



chica debe aprender»), me habían dejado atravesar aquel largo pasillo hasta la temida y prohibida habitación, de la que sólo conocía anteriormente una raya luminosa debajo de una puerta cerrada, si bien yo ya había cometido el culpable desliz de atisbar una vez a mi abuela medio desnuda en ella, con unas gruesas medias de color café con leche. Las persianas estaban cerradas; no había luz natural, sólo el fulgor de una bombilla detrás de una pantalla polvorienta y cubierta de telarañas. Tanto la luz como el olor que emanaba la habitación eran insoportablemente opresores. Tía Shoshanah abrió entonces un hondo cajón de la cómoda vienesa y, de debajo de un grueso montón de sábanas y fundas de almohada y manteles de hilo bordados reservados para el sabbat y otras festividades, sacó una caja antigua de galletas napolitanas y me dio una.

Pero Saul no tenía intención de llevarme hasta la habitación. A medio camino entre el cuarto de baño y el salón, se paró; detrás de una cortina marrón, en un rincón que olía aún a trapos y a jabón de ácido fénico, donde solían guardarse los utensilios domésticos, y que a mí, de niña, siempre me había repelido por su tufo denso y sus escobas al acecho, había una escalera de mano. Era una vieja escalera de pintor, salpicada de disolventes y de brea desde las raras ocasiones en que se habían hecho reparaciones en la casa. Los peldaños estaban astillados, pero todavía era útil. Recogiéndose los pliegues del caftán, Saul se encaramó por la escalera. Tenía algo de sorprendente y de disparatada la rapidez con que se separó del suelo.

No nos separaban más que unos pocos peldaños cuando levantó la endeble trampilla y, con admirable agilidad, se aupó a la habitación del piso superior. Descendió sobre mí una vaharada de polvo, una oleada de calor recalentado en la que se materializó el rostro de mi tío, como una gárgola, mirándome desde arriba.

—¿Qué? ¿Subes o no?

Me encaramé y lo seguí. Salió a mi encuentro una oscuridad tenue y apolillada; levanté la cabeza al espacio superior.

Hacía mucho calor, el desván estaba tranquilo, lleno del aire acumulado durante el largo día. Olía a algo seco, a resina, un olor estimulante y familiar; el aroma del papel y de los libros viejos, del tiempo y de la descomposición.

Gracias a las pocas partículas de sol que penetraban por el tejado, vi un espacio amplio parecido a un granero y que ocupaba casi la superficie total de la casa: un entramado de vigas, el costillar del edificio; el tejido interior de escamas formado por tejas superpuestas. El extenso pavimento parecía un campo de batalla sembrado de cajas y baúles, fardos y bolsas de ropa vieja, vestidos, maletas y muebles. Un trastero destartado, salvaje, caótico. Y papel por todas partes: bolas de papel, montones de papel, hojas de papel medio desintegrado, pilas inestables de legajos y de documentos. Era un archivo sólo en el sentido más vago del término o, en caso de que lo hubiera sido alguna vez, un archivo azotado por un huracán. Como si por el despacho de un abogado hubiera pasado al galope un regimiento fantasmal de cosacos que hubiera dejado tras de sí una estela de actas notariales.

Ya sin titubeo alguno, me aupé sin dificultad a través de la trampilla del desván y me quedé de pie bajo el generoso tejado.

Saul me indicó el depósito de zinc donde se almacenaba el agua, instalado en el centro mismo del desván.

—Aquí nos agachábamos —dijo— cuando venían de Deir Yassan y disparaban. Ya sabes, en el veintinueve.

—¿Y por qué aquí?

—Alguien le había dicho a mi madre que las balas no atraviesan el agua.

Se movió, encorvado, buscando algo, resollando ruidosamente mientras hurgaba entre la confusión, gimiendo débilmente por el esfuerzo y el calor, emanando un olor a sudor y a mala salud que aumentaba perceptiblemente con sus movimientos. Pensé entonces que también él formaba parte del polvo, que también podría disolverse y convertirse en parte del mismo.

—Lo encontré aquí —anunció.

Y sin añadir palabra, volvió a zambullirse y a abismar la mano en una caja mientras su perfil se hacía tenso y picudo como el de un ávido pájaro.

Caminando con levedad y cautela, pasé por encima de todo aquel caos. Los tableros del pavimento estaban en buen estado, pero crujían, y al agacharme volqué un montón de folletos ornamentados con tinta negra y escarlata. Leí lo siguiente: «Sociedad para la Promoción de la Lengua Hebrea. Reglas y principios». El papel era quebradizo y se me desintegró en las manos.

Éste era el secreto que la casa me había ocultado, aquí estaba el tesoro que me llamaba. Pero era un tesoro muy pobre. No era más que historia escueta y sin adornos: las actas de la Junta para la Conservación de Jerusalén; la contabilidad mensual del Fondo para Maestros Enfermos; números atrasados del periódico que mi abuelo había conseguido sacar de una vieja linotipia antes de la Primera Guerra Mundial. Correspondencia por triplicado, desvaídos libros mayores y registros del reparto de trigo entre los pobres de la ciudad.

Hacía décadas que todo aquello estaba allí, una montaña que había ido creciendo lentamente: primero un montón, quizá, pero al final un Everest con el material que se iba incorporando año tras año. Ignorado y olvidado por espacio de décadas, sólo la inminente destrucción había precipitado su descubrimiento. No era extraño que el código hubiera permanecido oculto aquí tanto tiempo. Lentamente desplacé la mirada a mi alrededor. Una densa cortina de polvo oscurecía las zonas más apartadas del desván, donde debajo de los cabríos más bajos distinguí apenas unas ordenadas hileras de cajas cuyo contenido nadie había turbado aún.

¿Cómo se podía reconstruir la historia que dormía aquí enterrada, las historias que seguramente dormían sepultadas, escondidas, poso de alguna caja, perdidas en algún legajo enmohecido y alabeado, aguardando en vano una mano que las devolviera a la luz? Qué triviales parecían todos aquellos pedazos rotos, todos aquellos fragmentos. ¿Era posible que del pasado no quedasen más que aquellos huesos secos, aquellos esqueletos desprovistos de realidad, aquellas gastadas y cuestionables reliquias familiares? Un cuerno de carnero, un fragmento de un rollo de la Torá, un horario de trenes de la estación de Jaffa. Un viejo cuaderno escolar escrito con caligrafía inglesa —«“Nombre” es una palabra usada para designar a una persona o cosa»— cuyas páginas, sólo volverlas, se desintegraban. Y sin embargo, al igual que Saul, tampoco yo podía parar, arrastrada por un torbellino que me sentía incapaz de resistir. El nombre de la libreta era el de mi padre: «Amnon. Amnon Shepher. Amnon», repetido con florituras, infantil, no formado aún: sus primeros pasos en inglés. Imposible ignorar el señuelo de aquel nombre perdido ni la imagen de la caligrafía, viva aún después de casi setenta años.

Acerqué el montón de papel. En el extremo opuesto del desván, los movimientos de mi tío eran una reproducción de los míos.

«“Interjección” es una palabra usada para expresar un sentimiento súbito.»

No esperaba nada. Con los pulmones saturados de polvo, abrí la caja.

## 13

Después de su milagrosa recuperación, mi bisabuelo se sintió presa de una extraña inquietud. Cuando estaba instalado en la casa estudio, deseaba salir de paseo. Cuando salía de paseo, deseaba estar en casa. Cuando intentaba escribir un rollo, su mente divagaba y se veía obligado a abandonar la labor por miedo a, no lo quisiera Dios, cometer algún error al copiar su santo nombre.

Trataba de leer, pero no conseguía concentrarse. Sus pensamientos volaban y se dispersaban como una bandada de pájaros. Se sentía hostigado por una urgente revelación. Lo invadía la inquietud que anhela el fin del mundo.

Shalom Shepher fue a visitar al rabino.

—Estoy aquí en Jerusalén —le dijo— y aun así no estoy contento. Siento el anhelo de trasladarme más al este.

El rabino tenía delante un vaso de té. Lo agitó pensativo y dijo:

—Es muy extraño.

—Tal vez —murmuró mi bisabuelo— soy víctima de un impulso maligno. Tal vez el deseo que siente el hombre de ir a Oriente no conoce límite.

Shalom de Skidel volvió a la casa estudio y se puso a leer. Leyó sobre lo que vendría después y sobre el mundo que estaba por venir. Leyó sobre el Mesías y sobre el fin de los tiempos. Leyó que, en los años últimos que precederían al apocalipsis, aumentaría el sufrimiento de la gente; que Jerusalén se cubriría de luto y sería humillada, y que sus hermosos lugares serían devastados. Vendría la guerra y la peste y perecerían los piadosos. Los hijos insultarían a sus padres y las hijas se levantarían contra sus madres. El rostro de aquella generación sería como el de un perro, la mano del escriba vacilaría y se perderían los conocimientos.

Siguió leyendo y se enteró de que la tierra se estremecería cuando llegara el tiempo de Armagedón: el hambre y el diluvio, el fuego y la sequía asolarían el mundo. Si en un sitio habría abundancia sin complacencia, en otro reinaría una pobreza sin tregua. Las montañas se estremecerían y temblaría la tierra firme; las rocas gemirían y se oirían voces angélicas.

Después mi bisabuelo leyó sobre los tiempos del Mesías: el país sanaría y la tierra se renovaría. Crecerían hogazas de pan en los campos y frascos de vino en los viñedos. Los árboles

darían frutos a diario y del lomo de las ovejas saldrían prendas de ropa ya tejidas. La luz del sol curaría la enfermedad y debajo del Templo brotarían aguas milagrosas. Los muertos se levantarían de sus tumbas y de los cuatro puntos de la Tierra regresarían las tribus perdidas de Israel.

Shalom Shepher volvió a visitar al rabino. El rabino estaba comiendo *slatko* con galletas dulces.

—Me parece que he descubierto la causa de mi inquietud —dijo—. Creo que estamos viviendo los días finales. El Santo, bendito sea, me ha llamado a su servicio. Quiere que viaje hasta el sitio donde se encuentran las Diez Tribus Perdidas.

El rabino mojó la galleta en el *slatko* y se quedó meditabundo.

—La proposición es interesante —dijo—. Si quieres, puedo enviarte a Europa. Nos hace falta un representante que recoja limosnas para los pobres de Jerusalén.

—¡Oh, no! —replicó Reb Shalom—. Lo he pensado y es a Babilonia adonde debo ir.

Volvió a casa y prosiguió sus investigaciones. Revisó historias y documentos sobre viajes, fábulas y leyendas populares, diarios y anécdotas. Por las lecturas se enteró de que las tribus fueron conducidas al otro lado del río Sambation, un torrente de piedras y arena que atronaba seis días por semana y descansaba el sabbat; averiguó que su rey medía cinco metros y medio de altura e iba montado en un leopardo y vivía en un palacio de piedras preciosas. Leyó sobre Aaron Halevi, que viajó hasta donde estaban las tribus en una barca sin clavos surcando un mar que arrojaba columnas de fuego y humo y que informó de la existencia de veinticuatro reinos sometidos a un rey supremo que disponía de un séquito de ciento cincuenta mil hombres armados. Éstos iban montados en agresivos caballos que se alimentaban de vino y carne de cordero, a los que era preciso amarrar y embozar para poderlos montar. A los jinetes había que atarles los pies a los estribos para que los caballos no los derribasen.

Examinó el relato de Eldad, *el Danita*, que abandonó su tierra allende los ríos de Cush, naufragó y fue vendido como esclavo. Lo compró un mercader judío por treinta y dos monedas de oro; éste lo llevó al reino de la tribu de Issachar, situado en el monte de Parán. Leyó también sobre Montezinus, quien creía que los indios americanos descendían de los desaparecidos israelitas, y sobre los clanes amazónicos, que se dejaban crecer la barba, practicaban el matrimonio levirático y hablaban un hebreo fragmentario. Los karens de Burma tenían «aspecto hebreo»; los hindúes de Cachemira, «una forma de cara judía». Vascos, españoles, francos y hunos, criollos, mexicanos, afganos y japoneses han sido todos identificados con las Diez Tribus Perdidas.

En viejos pliegos de cordel descubrió las espurias fantasías de Micah Ben Moses, que alegaba haber atravesado sin traba alguna la rocosa confluencia del Sambation. En la otra orilla se extendía un reino de verdes campos y viñas, montañas y dilatados páramos. La ciudad principal estaba dominada por una gran sinagoga provista de una cúpula de vidrios multicolores en la que el arca sagrada y su luz eterna estaba orientada hacia Sion. Había visto, guardado en una caja de cedro, el manto parduzco y medio desintegrado que había pertenecido al profeta Jeremías, y, en un palacio con adornos de oro, le había concedido audiencia el Rey en persona, sentado en lo alto de un estrado al que se accedía a través de invisibles escalones: sólo aquellos que tenían fe suficiente podían subirlos y acercársele. Y el monarca era un hombre versado en la Torá, un guerrero sabio con quien había pasado muchas horas hablando de la Ley.

Había conseguido permiso de la comunidad sefardita para examinar los manuscritos antiguos,

las escrituras de propiedad, las genealogías de la antigua Bagdad y los diarios de viajes emprendidos desde Mesopotamia. Consultó mapas mitológicos adornados con monstruos marinos y descoloridas cartas astrales. Gracias a la interpretación numerológica de ciertos versículos bíblicos, encontró las claves para la localización de las tribus y pudo planear sus viajes en consecuencia.

Suponía que no necesitaría una gran cantidad de dinero, ya que dondequiera que fuese encontraría judíos y, si había judíos, habría hospitalidad. Aun así, hizo una colecta en la comunidad. Los más religiosos quedaron impresionados y le dieron lo que podían. Aparte de esto, se procuró fondos procedentes de los caudales de Batsheva, que tenía escondidos en una jarra detrás del tarro de la sal. El robo la sacó de quicio el día que lo descubrió; a partir de entonces guardó el dinero en un lugar más seguro.

Recibió también ayuda de un hombre muy rico que era natural de Bagdad y que, aunque sefardita por hábito, se sentía inclinado a practicar el rito del alba del Vatikín. Este caballero presentaba la particularidad de tener dos mujeres que vivían en casas separadas; la de más edad, la preferida, se encargaba de la educación de los hijos de la más joven.

—Tengo un hermano en Bagdad —le dijo—. Él te proporcionará toda la ayuda que necesites, aunque estoy seguro de que no sabe nada sobre el paradero de nuestros hermanos perdidos.

También le dio una bolsita que contenía tres napoleones de oro.

Mi bisabuelo dirigió sus pasos a la calle de la Cadena, donde encontró al mulero sefardita sentado en los peldaños del patio de su casa, calzado con zapatillas, tocado con turbante y fumando un narguile. El hombre confesó que no había estado nunca en Babilonia, pero que por treinta piastras lo llevaría hasta Damasco. Shalom Shepher le prometió quince piastras el día de la salida y quince más el de la llegada a su destino.

Volvió después a casa e hizo un hatillo con el *taled*, las filacterias y el salterio. Batsheva, al verlo, le preguntó qué significaba aquello.

—Voy a Babilonia a buscar las Diez Tribus Perdidas —contestó.

A Batsheva le dio una súbita rabieta.

—¿En un momento así te vas y me dejas? ¿Y qué te parece que haré cuando te vayas, quieres hacer el favor de decírmelo?

Reb Shalom interrumpió un momento los preparativos que tenía entre manos.

—Una pregunta muy atinada —dijo—. Lo que pasa es que tienes hijos y un negocio próspero. Estoy seguro de que no te faltará trabajo hasta que yo vuelva.

—¿Y si acaso, Dios no lo quiera, no vuelves? ¿Tengo que quedarme aquí sentada mientras tú estás muerto en una zanja cualquiera y pasarme el resto de mis días como una casada sin marido?

Reb Shalom optó por no contestar esta pregunta y se concentró en asegurar el hatillo con un furioso nudo.

Shalom Shepher fue a visitar al rabino por tercera vez. El rabino estaba comiendo *lokshen kugel* con uvas.

—No tardaré en ponerme en camino para intentar encontrar las Diez Tribus Perdidas —le dijo—. Pero me parece que necesitaré cartas de recomendación.

El rabino se hurgó los dientes empeñado en desalojar de ellos un resto de uva.

—Nada más cierto —dijo—. Voy a darte una carta que te sirva de salvoconducto.

Se secó los dedos, cogió la pluma e hizo una pausa.

—¿A quién te parece que la dirija? —le preguntó.

—Mejor, quizá, escribe dos cartas —dijo Shepher—. Una abierta y otra dirigida al jefe de las tribus.

El rabino convino en que aquélla sería la medida más prudente y pasó a escribir las dos cartas, una de las cuales decía lo que sigue:

Con la ayuda de Dios. La Ciudad Santa, kislev 5, 5626

Honorables y amados hermanos:

Desde que vimos claramente que se acercan para nosotros los días de la disolución y que tenemos al alcance de la mano los días del Mesías, nos sentimos poseídos del anhelo de reunirnos con nuestros hermanos dispersos, que el Señor ha diseminado por los rincones más apartados de la Tierra, y por eso deseamos ardientemente ver el rostro de nuestros hermanos, dondequiera que el Señor los haya desperdigado, hasta que llegue el tiempo en que vuelva a reunirlos, como las corrientes del Néguev y en alas de águila, en la Ciudad Santa de Jerusalén. Y por eso nuestro amado hermano reb shalom de skidel ha querido emprender ese peligroso viaje, movido por el afán de buscar a los que se perdieron y lamentar con ellos la gloria de Sion que ya pasó y regocijarse con ellos por la llegada del Rey Mesías, que está a punto de sobrevenir. Es un judío de buena índole, instruido en la Torá y asiduo de los mandamientos, seguidor de la paz y amante de ella, un hombre de sabiduría y grande en conocimientos. Esperemos que encuentre favor a vuestros ojos, que sea bien acogido en vuestro reino, ofrecedle refugio en vuestras casas y mostrad benévola afabilidad a vuestro hermano en todas las formas que corresponden a un compañero judío. Y que el Redentor entre en Sion, y Jerusalén sea reconstruida prestamente en nuestros días. Amén.

Reb Shalom se guardó las dos cartas en el interior de su caftán.

El séptimo día del mes de kislev, antes del alba, él y el mulero se pusieron en camino a través de la puerta de Damasco y emprendieron la ruta caravanera que llevaba a Nablus. Llevaba mi bisabuelo en su hatillo una bolsa de higos secos, un tarro de pepinos y una pizca de tabaco sirio de mala calidad, cuya humedad mantenía con una rodaja de zanahoria. Los seguía una caterva de niños y de viejos; el rabino bendijo el viaje pronunciando la cita: «Os llevaré en alas de águila y os conduciré hasta mí». Vieron después que las dos mulas iban abriéndose camino lentamente cuesta arriba a través del valle del Cedrón.

Ya en la cumbre del monte Scopus, Shalom Shepher se volvió y contempló por última vez la Ciudad Santa. Después ya miró hacia oriente. Tardaría dos años en volver a entrar en Jerusalén; entonces, lo haría por la puerta de San Esteban.

# 14

Silencio en el desván. Sólo el efímero crujido del papel al revolverlo, el moroso quejido de la madera astillada. Estábamos sentados sin hablar, tío Saul y yo, respirando el polvo de nuestros antepasados. El calor de incontables veranos atrapados en la piel. El alma de la casa revoloteando bajo el tejado. Cuando bajé los ojos y me miré las manos, vi que estaban ennegrecidas.

Hacía sólo tres días yo estaba en Inglaterra, y mi vida entonces me parecía simple y carente de complicaciones, pero ahora, con claridad repentina, la veía como una fina capa de hielo que cubría un hondo abismo. Había encerrado mi vida en una rígida jaula; los rituales de la juventud habían sido sustituidos por una obsesiva rutina. Salía de mi pulcra casita y me metía en mi impecable coche; transportaba mis papeles en una ordenada cartera. Yo era la activa, la solterona doctora Shepher de quien se reían los alumnos con sorna cuando le daba por ponerse lírica con el asunto de las variantes; la mujer cuyo rostro ruborizaba la emoción cuando traducía:

¿Cómo vamos a entonar la canción del Señor  
en país extraño?

Aquella que una vez, inexplicablemente, se vino abajo ante el canto «Jerusalén». La meticulosa doctora Shepher, que iba poniendo años camino de la árida mediana edad, que vivía sola y se quedaba calificando trabajos hasta medianoche, que probablemente ya estaba marcada por la reestructuración del personal docente; que no tenía pasado ni secretos, que patinaba con suavidad y gazmoñería por la superficie de las cosas.

Ahora el hielo se había resquebrajado y me había hundido con él, abajo, más abajo, hasta alcanzar el pecio del pasado que languidecía en el fondo: allí donde yacían la muerte de mi infancia y los cadáveres de mis padres, las cartas perdidas, un devocionario, un candelabro del sabbat medio sepultado, fotografías de familia socarradas y el fantasma de Daniel. Siempre el fantasma de Daniel con sus rizos flotando igual que algas y con sus ojos tristes. Y su eterna pregunta: «¿Por qué no me seguiste, Shula? ¿Por qué te quedaste?».

El aire del desván era caliente como el agua profunda; apenas podía respirar a causa de la historia que encerraba. Me inundaban las preguntas, me llenaban los pulmones, temblaban

vivamente ante mi mirada: la fotografía de Hannah, el rostro de mi padre, mi madre tumbada en silencio en una habitación a oscuras; un desconocido con tirabuzones y unos ojos conocidos; un código misterioso. Con una honda aspiración, me despedí por fin de la superficie, mientras con dedos



## 15

En un primer momento, Batsheva casi no lo reconoció debido a que había padecido la enfermedad conocida como *habb-es-sene*, que en aquella época hacía estragos en Siria y dejaba unas grandes manchas blancas en la cara a quienes la habían sufrido. Acribillado a preguntas, en lugar de responderle, sacó del hatillo un chal dorado de seda de Damasco. Envolvía en él un libro de máximas sabias que había traído para Isaac Raphaelovitch y un manojo de regaliz para sus hijos; después, mi bisabuelo se tendió en la cama detrás de la cortina y se quedó dormido.

Estaba agotado y más delgado que nunca. Su rostro, tan cambiado que apenas era reconocible, estaba consumido, surcado de arrugas. Como si hubiera atravesado desiertos y escalado montañas para volver finalmente, descontento y con los pies llagados, al mismo lugar del que había partido.

Durmió dieciséis horas. Cuando despertó, se sentó en la cocina y comió un cuenco de sopa. Poco a poco, sus hijos, que en un primer momento se sintieron intimidados por su aspecto, se fueron congregando a su alrededor; olvidando pronto su timidez, hablaron con él sobre las Diez Tribus Perdidas.

¿Había visto las tribus? Oh, sí, las había visto. ¿Dónde estaban, pues? Al otro lado del río Sambation. ¿Y dónde estaba el Sambation? Más allá de Babilonia. ¿Y dónde estaba Babilonia? Naturalmente, en Oriente.

Entonces sus hijos se le acercaron un poco más y le preguntaron qué había visto en la tierra de las tribus. Lo primero, dijo, fue que lo recibieron unos milagrosos jinetes en las orillas del río Sambation. Iban montados en caballos voladores, que lo levantaron en el aire y le permitieron pasar libremente a la otra orilla. Ya en la otra orilla, vio una inmensa llanura extensa como el mar, cubierta de campos de rosas, melones y pepinos, unas rosas doradas y unos pepinos tan grandes que parecían árboles. Cabalgaron tres días a través de viñedos de los que pendían gigantescos racimos. El polvo de los caminos era plata fina y estaban sembrados de alhajas a manera de piedras.

Al tercer día llegaron a una ciudad coronada de chapiteles y cúpulas y jardines, en medio de los cuales se levantaba un inmenso palacio. Allí, sus ocupantes le dieron la bienvenida y le lavaron los pies; le habían concedido audiencia con el Rey, que hablaba perfectamente el hebreo y era un hombre erudito y sabio, un descendiente de la tribu de Dan. Iba vestido con ropajes de seda

púrpura y llevaba una corona con zafiros y diamantes engastados. Sus consejeros eran todos hombres muy ilustrados; dentro del palacio había una *yeshiva* real. Los alumnos eran jóvenes dotados de gran inteligencia y potencia física y que montaban caballos con nombre de rabinos famosos.

Sus hijos anhelaban saber más. Reb Shalom les contó que las tribus convivían en paz: que Reuben era hermano de Asher y Gad de Neftalí. Tenían las casas abiertas, sin cerraduras ni rejas, ya que el robo era desconocido y no se cometían fechorías. En el sabbat y en los días santos se encendía una luz tenue en la torre más alta del palacio: toda la ciudad quedaba iluminada y nadie tenía dificultades para encontrar el camino de ida a la casa de la oración ni de vuelta de la misma. Allí no había nada feo: hasta las mismas letrinas parecían palacios y las tenerías olían bien y no se conocía el miedo ni el peligro.

A través del corazón de la ciudad serpenteaba un río de agua purísima poblado de peces mágicos parlanchines, capaces de repetir los versículos de los salmos. Estaba prohibido comer aquellos peces, pese a que, de haberlo hecho, habrían transmitido especiales conocimientos. En un lugar apartado de la ciudad vivía un viejo que se había comido uno. A causa de aquel delito había sido condenado al ostracismo, si bien la gente seguía visitándolo porque deseaba encontrar la verdad.

—¿Qué le preguntaste tú? —quisieron saber sus hijos.

—Le pregunté que cuándo volverían las tribus a Sion.

—¿Y él qué te respondió?

—Dijo que pronto, pero que aún no.

Se había quedado un año entero en la ciudad estudiando las costumbres de las tribus, que eran por supuesto diferentes de las costumbres de los demás judíos, debido a haberse pasado más de dos mil años escondidas del resto del mundo. Y habría podido quedarse mucho más, toda una vida incluso, debatiendo sobre aquellas diferencias. Pero su sitio no estaba allí y no tardó en reconocer que había llegado para él el momento de partir. Una vez más, debía llevar a cabo la peligrosa travesía del Sambation. Todo aquel que lo cruzase una vez quedaría sanado de sus dolencias, pero si lo cruzaba por segunda vez, recaerían sobre él todos los males que el río se había llevado. Eso explicaba el cambio operado en él, y ésa era también la razón por la que el mulero hubiera optado por no seguir adelante.

Antes de emprender el regreso había recogido un puñado de piedras preciosas y se las había guardado en el bolsillo, pero también éstas, al cruzar el río, se habían transformado en simples piedras. Y se sacó del bolsillo un puñado de guijarros que mostró a los asombrados niños, aunque había empleado unos cuantos en la última parte del viaje para ahuyentar a los buitres que había encontrado de camino.

Sus hijos le rogaron que les contara más cosas, y así fue como les habló del viaje que había hecho hasta las montañas en el curso del cual había tenido que atravesar un río de plata y otro de oro; les habló de las raras y deliciosas frutas silvestres que crecían en los valles y de los pájaros de todos colores que volaban entre los árboles. El aire era tan puro que volvía jóvenes a los viejos. Había bailado debajo de las cascadas y se había bañado en charcas de aguas tranquilas.

Batsheva, que no se perdía palabra, hizo la observación de que, puesto que aquella tierra donde vivían las tribus era tan parecida al Paraíso, no era extraño que no volvieran a Jerusalén. Quizás, indicó, habría sido mejor que ellos fueran allí donde vivía aquella gente. Shalom Shepher

ignoró sus palabras y prosiguió la conversación con sus hijos. De hecho, sería únicamente con sus hijos con quienes hablaría desde entonces sobre las Diez Tribus Perdidas. Sus relatos iban haciéndose cada vez más maravillosos y fantásticos, cada vez más cargados de magia, más elaborados. Las tribus se convirtieron en gigantes, el territorio donde estaban se hizo infinito; su rey era un segundo Salomón y tenía poderes sobrenaturales. Sus rabinos cabalgaban en cohortes de caballos alados, y el culto del sabbat era oficiado por Elías en persona.

Se hizo leyenda en Jerusalén: una de esas historias que entra en el acervo popular y se fosiliza en mito sin plantear dudas. Incluso los niños, al crecer y adquirir conocimientos, seguirían refiriéndose a mi bisabuelo, después de transcurrido mucho tiempo, llamándole: «Shalom-Shepher-el-que-viajó-hasta-donde-están-las-diez-tribus-perdidas».

Sin embargo, en los peldaños de un patio de la calle de la Cadena, se sentaba cierto mulero sefardita, hombre avezado a los caminos y con muchos viajes a la espalda, que mientras fumaba un narguile contaba una historia muy diferente. A veces aseguraba que se habían aventurado hasta Siria, donde mi bisabuelo había caído enfermo y había sido atendido por judíos amigos. A veces confesaba haber llegado hasta Damasco, donde Reb Shalom le había liquidado el resto del pago estipulado, y a partir de allí habían recorrido caminos separados. A veces confesaba que habían pasado todo el tiempo entre la *guenizá* y la casa de baños de Alepo; a veces declaraba que, lejos de ir allí donde estaban las tribus, uno y otro habían pasado aquellos dos años en una bruma hipnótica fumando un narguile en una azotea de Bagdad repleta de flores.

En cuanto a mi bisabuelo, solía frecuentar la casa estudio o permanecía encorvado sobre unos cuantos pergaminos en un rincón del salón, absorto en su trabajo, ignorando preguntas y solicitudes. A menudo se le veía volviendo las páginas de algún texto sagrado, garrapateando los jeroglíficos de algún cálculo.

Batsheva, entre tanto, gestionaba el negocio de los encurtidos, que era el sustento de la familia, mientras que Isaac Raphaelovitch proseguía en su lucha para convertirse en un hombre instruido, hasta que llegó un día en que comió un pepino en vinagre que no estaba en condiciones y se contaminó de botulismo. El médico lo sangró con ventosas y lo purgó con sales; al tercer día, murió. Batsheva, entonces, se desprendió de todos los alambiques y tarros de encurtidos que tenía en la casa, vendió todos los dispositivos a un tratante y se dedicó, a partir de ese momento, al comercio de la harina. No volvió a preparar nunca un solo tarro de pepinillos en vinagre y se llevó a la tumba el secreto de su elaboración.

Fueron muchos los ciudadanos de Jerusalén que lamentaron el cierre del comercio de los pepinillos de la Casa de la Mano de la calle Habad.

Mi bisabuelo ya no volvió a abandonar Jerusalén después de aquella fecha. Exhausto al finalizar tan gran aventura, se mantuvo fiel a la Ciudad Santa. Con el paso de los años se le deterioró la vista, pero no por ello le retiraron el sobrenombre de «Ojos de Águila». Se sentaba en un rincón de la casa estudio, donde sus hijos, que ya habían crecido y eran padres a su vez, lo señalaban con el dedo a sus hijos diciéndoles que era «Shalom-Shepher-el-que-viajó-hasta-donde-están-las-diez-tribus-perdidas». Costaba de creer teniendo en cuenta que hacía cuarenta años que no se movía de la ciudad. A veces se le veía caminando muy lentamente cuesta arriba por el camino de Jaffa.

Y cuando aquellos jóvenes que habían sido niños le preguntaban: «¿Cuánto falta, Reb Shalom?», él contestaba siempre:

—Aún no.

Y cuando los viejos que habían sido jóvenes le preguntaban: «¿Cuánto falta?», él contestaba:

—No será en nuestra generación.

La piel de mi bisabuelo fue cobrando el viso amarillo del pergamino, su voz fue pareciéndose a la vibración de una telaraña; adquirió la apariencia de un rollo de la Torá muy baqueteado. Sentado en su rincón, trabajaba en los cálculos que le permitirían establecer la fecha exacta del fin del mundo.

Dicen que se acercó mucho a su objetivo. A pocos días de su muerte estuvo a punto de alcanzarlo. A lo mejor llegó a descubrir la fecha y quedó perdida entre sus papeles.

No lo sabremos nunca. Después de su muerte, sus papeles dispersos fueron a parar a una caja. Y la caja fue a parar a manos de mi abuelo, que la relegó al desván de la casa de Kiriath Shoshan. Hasta que subimos y la abrimos, permaneció setenta años en el mismo sitio. Más adelante, como nosotros no éramos versados en la ciencia de la numerología y no entendíamos qué significaban aquellas cifras, amontonamos todos los cálculos de Reb Shalom y los quemamos junto con la casa.

**Parte segunda**

**Kiriat Shoshan**

# 1

Moisés recibió la Torá en el Sinaí y se la entregó a Josué; Josué se la dio a los ancianos; los ancianos a los profetas; los profetas a los miembros de la Gran Asamblea.

Escribió los cinco libros al dictado, en la montaña, y tardó en hacerlo cuarenta días y cuarenta noches. Como Shakespeare, nunca tuvo que tachar una sola línea. Escribió: «Al principio». Escribió sobre el Diluvio y de lo que ocurrió después. Consignó con detalle que estuvo escribiendo en la montaña por espacio de cuarenta días con sus noches. Y cuando Dios le dictó el relato de su propia muerte, dejó constancia de ella con los ojos arrasados en lágrimas.

«Y él lo entregó a Josué; Josué a los ancianos; los ancianos a los profetas.» Así empezó una especie de complicado juego del teléfono de tipo judío. Se hicieron copias y copias de las copias. Versiones escritas de memoria y versiones erróneas recogidas de oído. Se colaron errores. Se multiplicaron las discrepancias. Debemos imaginar finalmente a nuestros capitanes religiosos dando caza a toda una bandada de textos espurios que revoloteaban como mariposas sobre las colinas de la Tierra Prometida, cada uno de los cuales pretendía ser más o menos representante de la palabra de Dios.

Tal vez ocurriera de otra manera. Tal vez no ocurrió ni de lejos de esa manera. En lugar de eso, hubo un encadenamiento de relatos que, como cuentas refulgentes, bailaban en torno a las hogueras de los campamentos de los antiguos hebreos; corrían de boca en boca y de campamento en campamento; se modificaban, se ajustaban, se plagiaban y acababan consignándose por escrito y, al final, de toda aquella maraña de tradiciones surgió un texto consolidado: aquel gran corpus de leyendas, historias y leyes que llamamos Pentateuco.

¿Cómo había que proteger la palabra de Dios? En el recinto del Templo se guardaba un rollo considerado patrón, con el que había que comparar todas las copias. Pero aquel rollo ya era la copia de una copia de una copia. En realidad, en el recinto del Templo existían tres libros de la Torá y los tres ofrecían lecturas conflictivas: el código Meon, el código Zaatutay y el código Hi, cuyos nombres obedecían a sus incongruencias más flagrantes. Estaba también el código Severo, que Vespasiano se había llevado del Templo en el año 70 para depositarlo en la sinagoga Severus, de Roma. Hacía mucho tiempo que tanto el código como la sinagoga habían desaparecido de la faz de la Tierra, pero en la Biblioteca Nacional de París se conserva una lista de treinta y dos

variantes, entre las que figura la lectura del Génesis 1:31: «Y vio que la muerte era algo bueno».

Y finalmente vinieron los masoretas, aquellas eruditas pero pedantes familias de Ben Neftalí y Ben Asher, que instalados a orillas del mar de Galilea y bajo la brisa que soplaban entre las palmeras, corregían y analizaban, anotaban y refrendaban, expurgaban y depuraban el texto de la Biblia hebrea. Y sin que pudieran llegar a generar una copia autorizada, la Ben Asher fue considerada algo superior a la Ben Neftalí.

No eliminaron las variantes. Incorporaron, por el contrario, la lectura mayoritaria y consignaron al margen las alternativas. No alteraron los errores obvios. Los errores también eran sagrados, dictados por boca de Dios. El propio Dios, decían, había especificado la naturaleza y el número de aquellos aparentes errores.

Su labor estaba imbuida de una intensa pedantería, y no podía ser de otro modo, puesto que la Torá no es únicamente un texto verbal sino matemático: una gigantesca codificación que encierra todos los secretos del universo. Acrósticos y encantamientos, acertijos y profecías. También mis antepasados se contaron entre aquellos que, levantándose contra las constricciones de los rabinos más juiciosos, se acantonaron en los cálculos y en la numerología para intentar encontrar los pasajes que predecían la fecha de la llegada del Mesías. O sea, que no dejaban de tener razón los sabios cuando advertían: cambiad una sola letra y destruiréis el mundo.

El texto masorético más antiguo que ha sobrevivido es el códice San Petersburgo, fechado en el 916, obra de formidable erudición y trabajo de amor. Sin embargo, dicen que la versión más perfecta corresponde al trabajo coronado por la familia Ben Asher, terminada en el año 900 y conservada en Jerusalén, trasladada de allí a El Cairo por los selyúcidas y de El Cairo a la sinagoga de Alepo, donde permaneció durante siglos protegida de ojos inquisidores hasta 1947, año en que la sinagoga fue incendiada; salvo unos pocos fragmentos, el códice se perdió para siempre.

No ha sobrevivido ni rastro de aquellos otros Pentateucos que una vez brotaron en el desierto como flores de primavera para marchitarse después: los textos clandestinos, los no reconocidos, los locales, los heréticos y los sectarios. Los inspirados por un Dios que, quizás, habló de manera diferente a un Moisés que recogió otras palabras, pero a pesar de ello, para aquellos que las oyeron, palabras divinas. Igual que tamo sagrado, hace mucho tiempo que fueron aventadas y de ellas quedó tan sólo el sólido grano de la versión oficial. La singular sobrevivió, tal vez, remetida entre la ropa de los marineros de Salomón que naufragaron en orillas de lejanas tierras o, mucho después, apretada en el puño de los exiliados transportados por los asirios: aquellas diez tribus perdidas de Israel conducidas más allá del Éufrates y desaparecidas después para siempre.

Y si de veras existieron tales textos, tal vez también fueron copiados y transmitidos, dictados de generación en generación, en aquellas comunidades aisladas del Cáucaso y en las remotas regiones de África donde estaban desparramadas las legendarias tribus. Hasta que un día pudo llegar un viajero procedente del mundo exterior y, al descubrir una Torá diferente de todas cuantas había visto en su vida, la devolvió en secreto a Jerusalén...

Entre tanto continuó el proceso y fue cobrando ímpetu. En 1525, se publicó la Biblia Bomberg, la primera edición impresa de las Escrituras hebreas, y a partir de entonces, por defecto, se convirtió en el prototipo. Los estudiosos hicieron uso de ella para sus investigaciones y los escribas la tuvieron como referencia al escribir sus rollos. Ciento treinta años después, Baruch Spinoza apartó los ojos del texto y negó la autoría mosaica de la Torá. Afirmó que en el mismo

había incongruencias y contradicciones. En un pasaje, el Diluvio dura cuarenta días; en otro, ciento cincuenta. Una descripción dice que Noé envía una paloma; en otra envía un cuervo. Si era así, dijeron los rabinos, siempre debía ser así; puesto que nadie puede alterar la revelación sagrada. Y lo excomulgaron.

Los estudiosos del siglo xix, hombres de fe, aplicaron principios científicos e hicieron valientes incursiones en la jungla de la exégesis y la filología bíblicas, en las variantes, repeticiones y omisiones, y llenaron aquellos volúmenes de color verde oscuro —¿los lee alguien ahora?—, el Comentario Crítico Internacional, donde los salmos quedaron reducidos a un centón de frases e historias hurtadas convertidas en fórmulas donde casi todo era glosa, error o interpolación de una época posterior. Se aficionaron a desmenuzar los versículos bíblicos hasta que todo aquello que parecía simple se volvió complicado y lo que había sido complicado pasó a ser una insoluble maraña, pese a lo cual sobrevivió su fe, ya que ellos veían al Señor Dios como un compositor de suprema brillantez que agrupaba la masa de textos que tenía a su disposición de la misma manera que, cuando sonara la última trompeta, juntaría los hilos de la caótica historia. Y los propios rabinos creían que, al final de los tiempos, volvería Elías y pondría orden en todas las dificultades textuales.

La Torá ya existía novecientas cuarenta y siete generaciones antes de la creación del mundo. Y cuando Dios creó el mundo (que no era el primero, porque ya había creado y descartado siete mundos o más), se sirvió de la Torá como de guía y borrador. Para un mundo imperfecto y crítico, una Torá imperfecta y crítica es un borrador perfecto.

Lo cual recuerda a su vez otra leyenda: antes de la Creación, la Torá no era más que un montón de letras que habrían podido ser ordenadas en un orden cualquiera. Cuando pecó Adán, las letras se pusieron de pie y se distribuyeron según el orden que hoy conocemos. Cuando llegue el Mesías, se desorganizarán como una labor de punto al deshacerse y crearán una nueva Torá, un nuevo Cielo y una nueva Tierra.



## 2

A veces me parece que la historia de mi familia es eso: una masa de textos refundidos y de tradiciones contradictorias. Un documento oscuro lleno de agujeros. Un relato descoyuntado, plagado de trivialidades y repeticiones hilvanadas con habladurías y anécdotas y acaso mentiras.

Todo eso explica que si tengo que decir que ésta es la historia de la casa de los Shepher, debería calificar el título y no llamarla simplemente historia, sino historia mítica.

Mi familia cuenta con generaciones de escribas y de correctores de manuscritos. Gente que se pasó la vida inclinada sobre el escritorio estudiando las letras de la Sagrada Escritura o trazándolas esmeradamente con un cálamo. Fueron trabajadores minuciosos, dotados de buena vista, meticulosos. Peculiares y perfeccionistas. No tenían más remedio. La integridad de la Torá dependía de sus esfuerzos. Si hubiesen cambiado una sola letra, habrían destruido el mundo.

Difícil saber por qué eran así. Si eran pedantes porque eran escribas, o escribas porque eran pedantes. Al fin y al cabo, quizá las dos cosas eran verdad. Por eso tenemos aún hoy nuestros pedantes seculares, nuestros perfeccionistas heréticos.

¿De dónde veníamos? Si la Biblia es una autoridad en la materia, somos hijos de Adán y Eva, cuyas ideas creativas hicieron que fueran expulsados del Edén y que guardan un curioso parecido con los ulteriores Shepher en lo que se refiere a su crónica de hurtos, trifulcas domésticas, imputaciones mutuas de culpabilidades y mala suerte.

¿De dónde veníamos realmente? Si hay que hacer caso a los arqueólogos, somos descendientes de tribus belicosas que pusieron las cosas difíciles al imperio egipcio allá por el tercer milenio antes de Cristo. Una hueste de bandidos errantes, de rebeldes, mercenarios, nómadas y a veces labriegos que promovían disturbios en todo lo que era el antiguo Oriente Próximo. Se dice también que cuando los israelitas abandonaron Egipto no éramos más allá de unos cuantos millares, absorbidos por el contingente de otros disidentes, esclavos e indigentes huidos, todos los cuales unían sus aspiraciones a las nuestras.

No estoy segura del papel que mis antepasados desempeñaron en estos importantes acontecimientos, pero tengo la plena certidumbre de que no fue relevante. Es más que probable que formaran parte de aquel coro de descontentos que incitaron al pobre Moisés a golpear la roca en vez de hablarle cuando estaba en aguas del Meribah, pecado que según nos dicen le valió que

le fuera negada la entrada en la Tierra Prometida.

Mis antepasados, sin embargo, entraron en la Tierra Prometida. Y como pertenecían a la tribu de Judá, se instalaron en aquella zona comprendida entre Hebrón y la llanura, donde se levantaban las colinas que rodearían la futura Jerusalén.

Éramos labradores que ordeñábamos nuestros rebaños y cultivábamos nuestros viñedos en las colinas de Judea. Y en esta época, ya que no en ninguna otra, habríamos debido ser felices. Pero hay un muchacho, un tal Hilkiyah o Shivtiyah o Jeroboam, hijo de Zimriyah, que no era feliz cuando llevaba a pastar a sus cabras en las laderas del valle del Cedrón o se sentaba con los segadores bajo las estrellas. Cuando contempla las colinas piensa en horizontes más lejanos; cuando mira las estrellas siente expandirse su corazón, como si pudiera hacer algo más en la vida, como si existiera alguna posibilidad aparte de aquélla. Envidia a su hermana, que se inventa canciones junto al pozo y sabe jugar con las palabras, en tanto que él sólo parece sentir esa vaga ambición dolorosa e inconcreta.

¿Qué fue de nuestro joven Izriyah? Subsisten pocas dudas al respecto: se vio abocado al desastre. Su destino no era convertirse en uno de los profetas, destacar en política ni ver el mundo. Se dedicó a las labores de la tierra en el valle del río Cedrón. Su vida fue ejemplar, tuvo hijos, jamás llegó a mitigar del todo el desasosiego de haberse equivocado de camino. Sus huesos son polvo, sus anhelos son polvo, todo lo que queda de él es polvo. Es uno de los nuestros.

Hasta aquí la prehistoria de los Shepher. Pero no seguimos siendo campesinos. Mucho después de que los asirios hubieran barrido las diez tribus del norte y de allí al olvido, después de que los babilonios destruyeran el Templo y nos arrastraran a nosotros de paso, después de que nos sentáramos a llorar junto a los ríos de Babilonia, y cuando Ciro, el rey de Persia, nos autorizó a volver, nos encontramos en Jerusalén haciendo de escribas en la corte, en tiempos de Ezra, y de oficiantes religiosos en tiempos de Nehemías. En el siglo v antes de la cristiandad, nosotros, los «protoShepher», ya descubrimos la afinidad que tenemos con la Palabra. Ya sabemos hilar fino, sabemos mejorar un texto. Sabemos analizar línea por línea la escritura convencional hebrea que se utiliza ahora con preferencia al antiguo estilo fenicio. Hemos incorporado nuestras enojosas ambiciones al sagrado trabajo del cuello blanco y, si fuimos buenos campesinos, somos mejores burócratas.

Entonces como ahora tuvimos nuestros bribones, aquellos a quienes les importaba más el negocio que los libros. Tuvimos nuestros comerciantes, que viajaron a Egipto y se aventuraron hasta Cartago, y algunos se instalaron en la Cirenaica, donde fueron exterminados por los romanos, y tuvimos un enclave en Alejandría. Desde el exilio babilónico llegamos incluso a prosperar en las orillas del Tigris, de donde aquella rama de la familia no volvió jamás y donde siguen viviendo descendientes nuestros, aunque no, por supuesto, con el apellido Shepher.

Después del saqueo de Jerusalén, nos llevaron a Roma y a Tarso, donde algunos se convirtieron al cristianismo y se perdieron para siempre. Pero los que un día serían los Shepher se encontraron en Constantinopla, y de Constantinopla emigramos hacia el norte y entramos en el reino de los jázaros. Allí nos hicimos comerciantes de pieles y de esclavos y seguimos hacia oriente, hasta China, donde uno de los nuestros se enamoró y se afincó. Su descendencia siguió practicando el judaísmo quinientos años más hasta que los ritos cayeron en el olvido.

Benjamin de Sarkel se casó con Michla, una jázara judía conversa que tenía voz de ruiseñor. Sólo uno de sus nueve hijos heredó su voz, los demás croaban como ranas. Desde entonces, uno o

dos en cada generación de Shepher canta igual que un serafín. Los demás carecemos de oído musical, fenómeno que no hemos sabido explicar nunca.

Cuando fue destruido el reino Jazar, escapamos hacia el norte y entramos en Rusia; allí nos desviamos hacia el oeste y fuimos a Lituania, donde nos establecimos en los alrededores de Grodno. Trescientos años más tarde, las persecuciones expulsaron a los eruditos judíos de Baviera; en 1357, Rivka, la hija de un rabino de Bamberg, se casó con Uziel, hijo de Isaac, mercader de paños, y a partir de entonces se juntaron para siempre las ramas erudita y comerciante de la familia.

Desde aquella época, encontramos en los míticos anales a Simeón, mercader de amuletos y hierbas medicinales; a Tirzah, autor de unas Canciones Devotas para Niñas y Mujeres; a Arie Leib, que huyó tras el falso mesías Shabbatei Zvi; a Shlomo de Skidel, conocido también como el Pedante, que compuso un docto tratado de ciento noventa y siete páginas sobre un solo versículo de la Torá.

Tampoco debemos omitir a Zvi Hirsch, que fue colgado en el siglo xviii por robar caballos. Aunque quizá cueste creerlo, hasta una familia de talmudistas ha de tener sus delincuentes.

Pero es muy posible que el más notable de nuestros antepasados sea Reb Isaac de Skidel, de quien se dice que la intensidad de sus pensamientos mientras estudiaba hacía que los pájaros que volaban sobre su cabeza suspendiesen el vuelo y fuesen consumidos por el fuego.

Dondequiera que nos diseminásemos, nos multiplicábamos, en parte a causa de una fecundidad natural y en parte debido a la obediencia a la sentencia rabínica que dice: «Se considera muerto todo aquel que no tiene hijos». Fruto de la tendencia de la prole Shepher a sobrevivir en gran número, los padres se veían obligados a complementar sus ingresos a través de los medios más variopintos: lavando ropa, por ejemplo, o dando clases en las escuelas; comerciando con harina o vendiendo diversos enseres; haciendo de barberos y de relojeros; mercadeando máquinas de coser e incluso, en un caso, cavando tumbas.

No hay ningún rico en nuestra familia. Dicen que un primo lejano, perteneciente a una de las ramas con las que no tenemos tratos, se casó con una millonaria, pero es probable que se trate de una exageración fruto del resentimiento. No ha habido ningún Shepher que prosperase nunca en una empresa comercial, ni que tuviera un golpe de suerte en el mercado inmobiliario, ni que hubiera realizado ventas con beneficio, ni que ganara a la lotería. Por otra parte, tenemos innumerables anécdotas que contar sobre oportunidades perdidas, negocios fallidos y desastres similares. De no ser por éstos, ahora seríamos más ricos que los Rothschild.

La mayoría admitimos que nos afecta una pobreza generalizada. En cuanto al aspecto de la familia Shepher, subsiste un encendido debate. Hay quien niega de plano que puedan existir unos «rasgos Shepher». Otros afirman la existencia de una nariz Shepher y de una boca Shepher, y hasta de unos andares Shepher. Yo misma sería la última en desmentir la existencia de una manera Shepher particular de reír. Algunos lamentan la maldición de una dentadura Shepher, debido a unos dientes que crecen torcidos y cariados; la odontología moderna me ha librado de esa herencia, pero todavía no se ha encontrado lenitivo para los problemas digestivos familiares. Desde que nos trasplantamos a Oriente, han florecido entre nosotros recurrentes cánceres de piel. De todos modos, por lo general padecemos enfermedades crónicas menores y somos longevos, aparte de contar con una noble tradición en el terreno de la hipocondría. Cierta vez leí que el «judío errante» de Charcot, pese a estar afectado por la pobreza y la necesidad, hizo el esfuerzo

de trasladarse de Polonia a París con el único fin de consultar a un médico famoso sobre una imaginaria dolencia. No hay duda de que aquel hombre se llamaba Shepherd.

En realidad, la cuestión de las características familiares no se resolverá nunca, ya que todo ejemplo tiene siempre su excepción; por otro lado, cuando uno se topa con un Shepherd, sabe que se ha topado con un Shepherd. Se trata de algo indefinible y, en lo que a mí respecta, algo que me humedece las axilas; algo también que me llena de una inmensa felicidad. Además, puede ocurrir en los lugares más insospechados. Mi primo Itai se encontró con uno llamado Pedro que hacía alpinismo en el Himalaya; llevaba colgado del cuello un crucifijo, pero sus antepasados eran judíos. Una vez asistí a una clase con el corazón palpitante porque tuve la completa certeza de que el profesor era uno de los nuestros. Hace años que un desconocido llamado Shepherd llamó por teléfono varias veces a mi hermano, pero se desentendió de él: la voz que le llegó a través del teléfono era demasiado parecida a la de mi padre. Se han detectado personajes parecidos a los Shepher en lugares tan distantes entre sí como Reikiavik y Delhi, Nápoles y Shanghái. Es algún rasgo de la cara, dicen; algo que está en los ojos. La risa o los gestos; tonterías. Es algo y no es nada. No soy antropóloga, pero creo que habría que decir que en todas partes hay algún Shepherd.

Pertenece por temperamento a un linaje de depresivos moderados y de insomnes resignados, una tribu de madrugadores que se enfrentan al mundo con la mente lúcida y lo encuentran hosco; eso permitirá entender la peculiaridad de la risa Shepherd. Somos juristas por naturaleza. Tenemos nuestro cupo de artistas agotados y soñadores derrotados. Pero los siglos dedicados a copiar nos han convertido en puristas, en amantes de la letra pequeña, en esclavos y amos del arte de la reiteración.

En cualquier caso, la fuerza del carácter familiar puede medirse según este criterio: absorbemos a los que ingresan en nuestras filas. La familia deglute toda la materia extraña, la transmuta y a partir de ella produce una nueva generación Shepherd. Incluso los que conservan sus apellidos pasan a ser Shepherd por defecto.

En lo que al apellido respecta, no lo adoptamos hasta época reciente. Los judíos de Oriente eran designados hasta la Edad Moderna teniendo en cuenta su ciudad de origen, su condición de hijos de quien fuese o el trabajo al que se dedicaran. Ignoro cómo adoptamos el nombre Shepherd, que significa «belleza», y tampoco sabría decir si hace referencia a lo físico o a lo espiritual. Pero el nombre encontró favor entre nosotros y se nos quedó adherido para siempre cuando llegamos a Jerusalén, donde el uso de un apellido hacía menos confusa la distribución postal.

Somos una familia dada a peleas y conflictos. Me sería imposible dar cuenta de todas las trifulcas que tapizan nuestra historia y que todavía siguen en marcha: las peleas, altercados, broncas y peloterías, los silencios y venganzas, los pequeños desaires y los grandes enfrentamientos que dejan su cicatriz en las reuniones del clan y convierten la familia en lo que es: espantosa e ineludible. Baste decir que siempre hay en ella alguien que no se habla con alguien, un tercero que intenta que hagan las paces y un cuarto que aguarda disculpas. Hasta el más pacifista de nosotros se ve arrastrado al torbellino de disputas que no ha causado.

En la actualidad, en el barrio religioso de Mea Shearim, vive toda una rama del clan Shepherd con la que hace más de ochenta años que nadie se habla. La razón es simple y bastante obvia. Son miembros extremistas de la secta ultraortodoxa del Neturei Karta, que cree que no debería existir un Estado judío hasta la llegada del Mesías. Hace ochenta años, cuando mi abuelo era un joven sionista, le volvieron la espalda por apóstata, y aquella disensión sigue todavía irresuelta.

Mi bisabuelo fue el único miembro de su inmediata familia que consiguió ir a la tierra de Israel. El primo Hayman, un sobrino nieto por parte de su hermana, llegó a Palestina en 1920 con un grupo pionero. Treinta años más tarde, decepcionado con el Estado judío, regresó a la Unión Soviética y llevó la vida de un comunista auténtico. Algunos de los nuestros abandonaron Lituania con el cambio de siglo para ir a América; aquí, creo, tiene su origen la cadena de garajes Shepher del Medio Oeste y la efímera vida que tuvo la escuela de idiomas Shepher de Boston. Los demás intentaron marcharse, pero fueron posponiéndolo una vez y otra hasta que ya fue demasiado tarde; ni siquiera sus nombres se recuerdan ya.

En mi familia no hay nadie famoso. Somos abogados y médicos, maestros y ópticos. Un primo mío fue nominado para el premio del Presidente, pero, como decía mi tía Shoshanah, nadie se acuerda de los subcampeones. Mi abuelo fue una persona apreciada y cuando murió se habló de que pondrían su nombre a una calle de Jerusalén. En tierra de Israel es la prueba que demuestra de forma más incontrovertible que una persona es famosa. Pero la municipalidad puso el veto. Pusieron a la calle el nombre de un científico. Cortada por una calle principal, interceptada en uno de sus extremos por un noray, la calle en cuestión no lució nunca placa alguna ni aparece en ningún plano.

Sufrió, pues, la suerte de los Shepher.

### 3

Ahí estaba yo, en el jardín donde jugué en otro tiempo, de regreso a la casa familiar después de todos aquellos años.

Era curioso que sintiera emerger las características familiares, reaparecer en mi rostro sus rasgos. Como las piedras que quedan al descubierto al retirarse la marea, volvía a verlos en el espejo: mis ojos Shepher, mi nariz Shepher, mi boca Shepher.

No podía hablar con Saul sin volver a oír, como un eco torturador, mi voz Shepher.

Mi instinto se había resistido contra aquello, aquella designación a una clase, a un grupo. Como todo el mundo, yo había querido ser única. ¿Era por eso por lo que rara vez visitaba a mi hermano Reuben? Sabía que a él también le molestaba, que no le gustaba. Sentados frente a frente mientras cenábamos, reíamos de la misma manera, sorprendíamos cada uno en el otro los gestos propios.

Me había pasado veinte años flotando libre de amarras, ejerciendo el orgullo de crearme una imagen propia. Ahora había vuelto a la casa familiar: me miraba en el espejo y veía a una Shepher.

Me pasé toda aquella mañana agachada en el desván revolviendo papeles hasta que tuve las manos negras de polvo y la cabeza empezó a darme vueltas. A media tarde tuve la necesidad de salir de casa. Me subí al primer autobús que iba al centro y, así que llegué, se me abrieron los cielos. Me apeé hacia la mitad de la calle Jaffa. Todo era angosto, zarrapastroso y colonial, tal como yo lo recordaba, atiborrado de tráfico igual que siempre; en las esquinas se acumulaban copiosos charcos. Jerusalén, como siempre, evocaba melancolía. Las tiendas habían cambiado, no el ambiente. Por muchos centros comerciales que abrieran, no conseguirían modificarlo. Al atravesar Mea Shearim, topé con un estudiante talmúdico que salía presuroso de la *yeshiva* con el *streimel* cubierto con una bolsa de plástico; se escabulló rápido como una centella sin pedir excusas y dejando tras de sí una estela de almidón y sudor. Avancé chapoteando a través de calles inundadas, atisbando a través de ventanas y puertas abiertas, entreviendo fugitivas imágenes de vida religiosa: una mujer con un pañuelo en la cabeza, un grupo de niños con tirabuzones, una casa estudio resplandeciente de luz. Me pregunté qué habrían pensado si hubieran sabido las cosas que yo sabía, si se hubieran percatado de que también yo tenía conocimientos religiosos. ¿Tenían mis

mismos anhelos, experimentaban mi misma hambre, sentían mis mismas dudas con respecto a la vida, se hacían mis mismas preguntas?

No encontré mi autobús y tuve que recorrer a pie la mayor parte del trayecto hasta Kiriat Shoshan, a través de calles muy concurridas pero no destinadas a viandantes, increpada por conductores malhumorados e impacientes. Tenía la ropa empapada de sudor, pero, pese a volver a casa, seguía sintiéndome impaciente; caminé bajo hileras de faroles hasta que la oscuridad se fue espesando y me venció el cansancio y la proximidad de la noche. Cuando crucé la puerta de la casa me pareció vislumbrar a una persona que parecía buscar refugio detrás del oleandro. Pero cuando miré desde la ventana estaba todo tranquilo y en silencio, no se veía a nadie. Seguramente me lo había parecido.

## 4

Cuando éramos niños pasábamos los veranos en la casa que tenía mi abuelo en Kiriath Shoshan, en Jerusalén. Era una casa vieja de una sola planta en la esquina de una plaza bordeada de turbintos, en medio de un jardín de plantas cactáceas y suculentas junto al camino que en otro tiempo llevaba al pueblo de Deir Yassin.

La plaza era tranquila y en ella se respiraba un aire acre debido al perfume de los turbintos. Por las tardes jugábamos al aire libre. Detrás de la casa había un gran solar de tierra baldía al que, ya fuera por error de cálculo o por demorar su utilización, nunca se le había sacado partido. Era el flanco fragoso original de una colina de Judea, erizado de enormes rocas blancas y revestido de abrojos erizados de púas que hacían las veces de alambrada espinosa natural. Caminar por allí con sandalias descubiertas era peligroso, ya que el sitio era un vivero de insectos que picaban, de lagartos y escarabajos, de extrañas y gigantescas mariquitas y de colonias de hormigas que nos dedicábamos a observar durante horas, de cardos lecheros con vainas verdes colgantes que saltaban cuando las movíamos con un palo y de raras pasionarias de color amatista agarradas a las rocas. Cuando las arrancábamos y les desprendíamos los pétalos, dejaban los estambres al descubierto; eran más dulces que la miel.

Mi abuelo construyó la casa de Kiriath Shoshan en 1927; casi setenta años después, seguía en pie. Él mismo ayudó a poner los cimientos. La techó él solo con tejas rojas francesas. Tenía una cisterna bajo el suelo de la cocina donde se recogía el agua de lluvia y una habitación con techo corredizo donde mi abuelo dormía bajo las estrellas en la Fiesta de los Tabernáculos: el tabernáculo más grande estaba en Kiriath Shoshan. Mi padre plantó una hilera de cipreses en uno de los lados de la casa y más adelante apareció delante de ésta, de manera autónoma, un turbinto, que proyectaba una malla de sombras en el porche.

La casa era una caja de piedra, fresca en verano y fría en invierno. Los dormitorios eran lóbregos, tenían techos altos y había un cuarto de baño con un glacial pavimento de piedra. El del salón era de baldosas blancas y negras, y en él se encontraba la gran mesa de roble de los sábats y de los días de fiesta, una mecedora y unos divanes constelados de almohadones, varias fotografías de familia y toda una variedad de llamativos paisajes tropicales y parisinos. Un par de puertas ventana abrían aquella estancia al porche, cuyos muros habían sido decorados por un



artista desconocido con escenas de ríos y colinas, valles y bosquecillos de cipreses.

El barrio de Kiriat Shoshan había sido originariamente un satélite de Jerusalén. Lo separaba de la ciudad medio kilómetro de terreno pedregoso. Mi abuelo era uno de sus fundadores. Al principio se conocía con el nombre de Kiriat HaRopheh, o barrio del Doctor, en honor a un rico benefactor que no llegó nunca a vivir en él. En el ambiente local, la gente se refirió durante años a su mansión a medio terminar, rodeada de brezo y de maderos podridos, con el nombre de «la casa del médico». Kiriat Shoshan significa «barrio de los lirios» o «pueblo de los lirios», o «tierra de las rosas». Era una zona cubierta de maleza salpicada de unos pocos enebros donde los labriegos árabes hacían pastar a sus ovejas. Quizá sus moradores le dieron ese nombre a la espera de convertirla en jardines.

Para construir la casa de Kiriat Shoshan mi abuelo tuvo que pedir dinero prestado. Pidió dos préstamos, uno para el terreno y otro para las tejas francesas. Más adelante hizo mejoras que pagó a crédito. También pidió dinero prestado para las bodas de sus hijas y para enviar a sus hijos al extranjero.

Mi abuelo era un hombre muy trabajador que se angustiaba por todo. Regido por el tiempo como el tiempo lo está por el sol, la carga del trabajo pendiente no abandonaba nunca sus hombros. Aún no se había percatado del todo de su situación cuando creyó ver claro que había pedido más dinero prestado que el que podría devolver en toda su vida; debido a esto, por las noches, en lugar de dormir, se quedaba despierto barajando mentalmente números imposibles.

Pasó más de veinte años de ese modo, como esos hombres que hacen rechinar los dientes, o que llevan una montaña cargada en la espalda. Hasta que un día a mi abuelo se le acabó la paciencia. Una mañana, al levantarse, decidió que no quería seguir de aquella manera.

No habló del asunto con su familia. No dio cuenta de sus intenciones a su esposa. Fue a ver a un abogado, de nombre Rosenblatt. Éste le encontró un comprador, a quien le vendió la casa y las tierras, y de ese modo pudo pagar todas sus deudas. Al poco tiempo se desencadenó sobre la Tierra Prometida una inflación galopante: el valor de los préstamos bajó en picado, el valor de las propiedades subió meteóricamente; de haber esperado un poco, mi abuelo se habría encontrado sentado sobre medio millón.

De todos modos, la cantidad de dinero que recibió era razonable. Una vez saldadas todas las deudas, todavía le quedó una suma respetable. Y desoyendo los consejos de Rosenblatt, lo que hizo con el dinero fue lo siguiente: compró media docena de parcelas no más grandes que una pista de tenis. Tres fueron restringidas por la ley a usos agrícolas. Una pasó a formar parte de una red de carreteras por orden del Gobierno. Otra desapareció en un proyecto forestal. Todas carecían de valor comercial. En la familia eran conocidas con el nombre de «territorios», y constituyeron el grueso del patrimonio que mi abuelo dejó a sus hijos.

—Si por lo menos hubiera comprado algo en Beit HaKerem—se lamentaba tío Saul—, ahora valdría millones.

Mi abuelo, en cambio, se sentía inclinado a comprar fragmentos de la tierra de Israel porque eso le tocaba una fibra sensible. Las seis tinajas de tierra simbólicas permanecieron veinte años en el antepecho de la ventana del gran tabernáculo, hasta que acabaron relegadas al desván: seis puñados de la tierra de Israel, prueba irrefutable de propiedad.

Ahora el propietario de la casa de Kiriat Shoshan había pasado a inquilino de la misma. Mis abuelos seguían viviendo en ella a cambio de un alquiler exiguo, privilegio que pasó después a mi

tía Batsheva. El arrendador vivía lejos. Si había comprado la propiedad, lo había hecho solamente como inversión destinada a aumentar con el tiempo. Las referencias que se hacían a él eran a través del nombre de *ballabessel* o, dicho con otras palabras, del «Amo de la Casa».

De momento, por si alguna vez visitaba Jerusalén, había impuesto que se le reservase una habitación de invitados. Mi abuela había accedido y le tenía destinada una gran habitación situada a la derecha del salón. Se la designaba con el nombre del propietario: la *ballabessel* para el *ballabessel*. Al principio mi tía solía sacar el polvo de la misma una vez por semana; después lo hizo una vez al mes; finalmente abandonó la costumbre. La puerta estaba siempre atrancada y las persianas cerradas; la habitación esperaba a oscuras la llegada del novio que no llegó nunca.

Esa puerta, recubierta hoy por los surcos de polvo que dejan los años, seguía siendo para mí un polo de fascinación en mis visitas de verano a Kiriat Shoshan, porque me parecía que detrás de ella no sólo había una habitación, sino muchas; toda una casa llena de habitaciones no descubiertas. Se me antojaba que allí vivía el *ballabessel* en una permanente oscuridad, como una especie de troglodita; y por eso, con la oreja pegada a la pared, me lo imaginaba moviéndose pesadamente al otro lado. Aunque esperaba poder hacerlo, no llegué nunca a atisbarlo. Tras dar la vuelta a la casa y encararme por la parte trasera, traté en vano de espiar a través de las persianas desconchadas, pero en aquella parte de la casa el terreno se hundía y formaba un profundo hoyo lleno de rocas mutantes, plantas espinosas y desechos metálicos, testimonio de las tierras que se habían removido en los tiempos en que se construyó la casa; no pude atisbar nunca a través de la ventana secreta.

En aquella época, Kiriat Shoshan formaba parte de la municipalidad de Jerusalén. Entre ella y la ciudad discurría una autopista de seis carriles. En el punto que antes ocupaba la casa del médico, se habían construido oficinas, y la casa de una sola planta de mi abuelo era la última superviviente de un bosque de bloques de apartamentos en vías de expansión.

Constituía una anomalía, un fragmento de historia que se había quedado atrás: demasiado ruinoso para ser atractiva, demasiado reciente para tener interés. Aquellos a quienes les gustaba la habían negligido. Se negaban a gastar dinero en una propiedad que no les pertenecía. Por eso las paredes se habían quedado sin pintar y la instalación eléctrica era primitiva; las baldosas blancas y negras del salón estaban rajadas y no se habían cambiado. Las persianas se caían, los goznes de la puerta metálica estaban herrumbrosos. El sitio no tardó en imbuirse del presentimiento de muerte que parece posesionarse de ciertas casas, que hace que resistan a cualquier intento de renovación.

Durante mi infancia y adolescencia solíamos visitar la casa cada dos años. Llegábamos en julio y languidecíamos en el país todo el mes de agosto para arrastrarnos hasta el regreso, a través de Europa, a primeros de septiembre, marchitos y agotados después de un largo y caluroso verano para volver a casa con los primeros remolinos fríos del otoño. Habíamos dejado una Inglaterra verde y lujuriente, y la que encontrábamos a nuestro regreso era una Inglaterra atestada de gente y de desechos, como una playa después de un día festivo. Lo habíamos echado de menos todo y el tiempo transcurrido entre aquellos dos momentos, lento como la melaza, había huido de pronto como un sueño dorado irrecuperable.

Mi hermano Reuben y yo habíamos permanecido en casa tardes interminables que casi nos mataban de aburrimiento, mientras la gente mayor dormitaba en habitaciones oscuras, brumosas, y todos los ruidos que hacíamos adquirirían la magnitud de actos criminales; como él era siete años

mayor que yo, era mucho más ducho en las artes de la indiferencia, cuando, juntos, practicábamos todo nuestro repertorio de tormentos para eludir la situación, peleábamos hablando en bisbiseos, sofocábamos gemidos de dolor jugando a tormentos chinos, ahogábamos las risas al salir de casa corriendo y lanzarnos al violento sol de la calle. Fue aquí, en el silencio sudoroso de aquellas tardes, cuando mi hermano, convertido de pronto en hombre, me dijo con toda serenidad que deseaba la muerte de mi padre. Aquí, a la sombra de los cipreses, terminó mi infancia.

Llenaba la casa el fantasma de mi abuelo, que murió cuando nací yo y a quien no conocí, pero cuyo exhausto espectro vagaba de habitación en habitación, chupando la vida de sus desalentados habitantes; posado sobre la forma inmóvil de mi madre dondequiera que ella estuviera tumbada, respirando tristeza, vencida por el peso fúnebre de su inmenso dolor de cabeza. Esperaba, agazapado, entre las apestosas fregonas y escobas del pasillo trasero; y se deslizaba, quizá, arrastrando los pies detrás de la puerta del *ballabessel*, con las serpientes y las cucarachas y los reproches, la muerte, las deudas y los negocios equivocados, todos los miedos entonces sin nombre que acechaban en las profundidades de mi conciencia. Mi tía Shoshanah, sentada a la mesa de la cocina, observándome de cerca mientras yo estaba leyendo, había declarado:

—A todos los Shepher nos gustan los libros, todos llevamos gafas y todos hacemos de maestros.

Mi padre dijo:

—Shula será cantante.

Pero pasaron los años y mi padre murió; a mí siguieron gustándome los libros, acabé llevando gafas y fui maestra. La voz se me ahogó en la garganta y dejé de cantar. El sino de la familia me abrazó sin que interviniera mi voluntad.

Ahora, esos últimos días, la puerta del *ballabessel* estaba abierta de par en par. Las persianas estaban rotas; la luz del día entraba a raudales. No tardarían en derruir las paredes, en destripar el techo. Sus secretos saldrían volando hacia las cuatro esquinas del mundo. Me quedé de pie en aquel cascarón vacío y vi que no tenía secretos, que los miedos que encerraba eran tan insustanciales como los fantasmas: figuraciones de mi imaginación infantil.

## 5

—*Nu...*, dime pues, Shula. ¿Todavía cantas?

Miré el pastel seco que tenía en el plato, delante de mí: dos grandes porciones, chocolate y limón, y una taza de té claro y flojo. Junto a ella, un dedal de jerez seco.

—No, ya no canto.

Al lado del jerez, una bandeja con tajadas de melón, una masa de *strudel*, un cuenco de cristal lleno de pistachos. Tío Cobby pelaba un pistacho con dedos temblorosos. Había envejecido visiblemente desde la última vez que lo había visto. Ahora era un viejo. Se le había encogido el cuerpo, estaba encorvado; el cabello, gris en otro tiempo, ahora era de una blancura plateada. Al abrazarlo, le noté los huesos de la espalda, el esqueleto.

—Pues es una lástima. —Tía Fania venía de la cocina y parecía un prestidigitador con su racimo de uvas en la mano—. Siempre habíamos creído que llegarías a cantante famosa.

Al engullir en un descuido todo el jerez, no pude disimular una mueca. Tal vez no fuera jerez. Tal vez fuera vino dulce para postre y se me había colado por el otro lado.

—Tenía una voz muy débil —expliqué—. Le faltaba vigor.

—¡Qué va! ¡Tonterías! —declararon al unísono Fania y Cobby.

Volvía a encontrarme en aquel piso del barrio oeste de Jerusalén, un piso que se iba desintegrando lentamente y en el que vivían desde siempre en mi recuerdo, y donde su nombre, al lado del botón del interfono, ahora se leía empalidecido. Había subido los oscuros escalones con olor a piedra teniendo la extraña sensación de remontar el curso del tiempo hasta mi lejana infancia. El herrumbroso pasamanos de hierro bajo mi mano, la pared de color marrón, embaldosada hasta media altura, con su lucecita roja de emergencia en cada rellano, me eran tan familiares, aun habiéndolos olvidado, que era como vivir un sueño recurrente. Sólo la figura que pasó rozándome en la escalera, el crujido de su caftán, el barrido huidizo de su mirada, el olor a almizcle y a sándalo que dejó, como un rastro tras de sí, pertenecían a un presente más inmediato y desconcertante.

Era nuestro amigo de la plaza de Kiriath Shoshan, el que se dedicaba a atisbar nuestra casa: con sus tirabuzones, su sombrero de fieltro y su expresión de contrariado ensimismamiento. Su mirada chocó con la mía, nos reconocimos; me hizo una inclinación de cabeza, me rozó al pasar y

desapareció escaleras abajo con un revuelo de la chaqueta. Yo me detuve, sorprendida, mientras tío Cobby me saludaba.

—¿Quién era?

—¿Ése? ¿Cómo dijo que se llamaba? Algo así como Gibreel. Vive por la zona de Mea Shearim. —Mi tío atisbó escaleras abajo con aire displicente—. Viene a ver el código, igual que los demás.

También yo miré hacia abajo, pero ya no era visible; un momento después, mi tío me estrechaba fuertemente entre sus brazos.

Ya estaba sentada en el sofá marrón debajo de la pintura de la antigua Jerusalén que yo recordaba en aquel mismo sitio desde siempre: una imagen romántica oro, azul y rosa. El sofá, todavía enfundado en el plástico protector original, me provocaba unos regueros de sudor que sentía resbalar por detrás de las piernas.

—Venga —dijo Cobby, inclinándose hacia mí en actitud confidencial—, hágame de novios.

Me puso una mano en la rodilla; yo puse la mía en la suya. Tenía la piel pegajosa, con manchas hepáticas.

—No tengo novios. Ya sabes que en mi corazón sólo hay sitio para ti.

El brazo de mi tío experimentó un ligero temblor cuando me oprimió la rodilla. La última vez que lo había visto era un hombre fuerte. Ahora, viejo ya, permanecía sentado en su apartamento de altura escuchando la radio, comiendo a mediodía en la mesa de la cocina como hacen los escolares y tumbándose formalmente por las tardes. Por las mañanas se dedicaba a escribir a mano la historia de su empresa, cumpliendo el encargo que le había hecho el director administrativo de la misma, ignorando quizá que sólo se trataba de una añagaza para que se contentara con aquella jubilación que no había deseado nunca.

—Ahora tenemos cable —me confió con todo el aire de quien ha conseguido algo importante en la vida. Pese a que yo había vuelto después de veinte años a la manera de la sobrina pródiga, no podía perderse la presentación del culebrón americano que veía a diario. Así pues, mientras Fania preparaba la cena, lo vimos juntos.

—Siempre has sido una buena chica, Shula. —Me dio una palmada en el hombro.

—Sí, eso creo.

—Tus padres estarían orgullosos de verte. ¡Estás hecha una mujer! ¡Y esa cabellera! —Me manoseó los largos rizos—. Lástima de Reuben. No entiendo qué le ha pasado a ese chico.

—Para que exista Caperucita tiene que haber un lobo.

No respondió. Me bisbiseó al oído:

—Si quieres que te diga, todavía tengo la esperanza de que formes una familia.

—Cobby —le recordé—, ni siquiera estoy casada.

—Eso no quiere decir nada. Todos debemos tener hijos.

—Cobby —le dije—, casi he cumplido los cuarenta.

—¡Cuarenta! Tú no tienes cuarenta años. —Retrocedió sorprendido y me miró fijamente—. No puedo creerlo. ¡La pequeña Shula tiene cuarenta años!

Más tarde, en el caos de su despacho, me senté en su maltrecha silla de trabajo entre montones de carpetas y documentos legales mientras él me comprobaba la presión arterial. La tira del vendaje me producía una sensación extraña, me apretaba tanto que de pronto sentí miedo de lo que pudiera descubrir.

—Ese código que descubrió Saul —dije—, ¿es importante?

—¿Y a ti quién te ha dicho que lo descubrió Saul? Lo descubrí yo. —Bombeó unas veces más y observó el indicador—. Podría ser muy antiguo. Tienes que vigilar la presión. Cuidado con la sal.

—¿De dónde ha salido?

Cobby me retiró la venda.

—¿Quién sabe! Mi amigo Shloime, del instituto, le ha echado un vistazo. No te preocupes. Procura no comer muchos plátanos. Son malos para el vientre.

—No me gustan.

Recogió el instrumento de la tensión y lo guardó.

—Mi prima Sara Malkah me llama por teléfono. Cuando hay dinero de por medio vienen los problemas. ¿Qué se le va a hacer?

—Ese hombre de quien te despedías cuando he llegado...

—¿Ese *frummer...*, ese religioso?

Asentí.

—Está siempre rondando por casa.

Cobby se encogió de hombros.

—¿Y qué? Quiere verlo. Todos quieren verlo. Vienen todos los días..., todos los *frummers*. A veces dejo que lo vean. Otras, no.

—¿Supongo que a mí me dejarás?

—¿Para qué? ¿De veras te interesan esas cosas?

Le sonreí, sorprendida.

—Cobby, soy profesora titular de estudios bíblicos. No entiendo qué quieres decir. ¡Claro que me interesa!

Hizo una mueca.

—Entonces, no tengo inconveniente. Pero no lo tengo aquí —añadió—. Lo tiene mi amigo Shloime, está en el instituto. Tengo que pedirle que te lo deje ver. Ahora somos selectivos con los que pueden verlo, ¿sabes?

Parpadeó y salió; al quedarme a solas, suspiré, resignada, consciente de mi lamentable falta de lustre en el universo académico. Una vez más, examiné las cosas que atiborraban los atestados estantes: regalos farmacéuticos, fotografías de nietos enmarcadas y desvaídas, una bandejita de plata para bombones con los emblemas repujados de las doce tribus de Israel, regalo de bodas que él había hecho a mi tío Ben Zion y que le había sido devuelto al morir éste. También había libros que yo recordaba de los tiempos de mi infancia: *La vida de Madame Curie*, *Química inorgánica*, un ejemplar de lomo agrisado de *Leninismo*, de Stalin, cuyas frases iniciales Reuben y yo nos habíamos aprendido de memoria para impresionar a nuestros compañeros:

El leninismo es el marxismo de la  
época del imperialismo y de la  
revolución proletaria en general.

¿Es correcta esta definición?

Creo que sí.

Es extraño, pensé para mis adentros, cómo puede dormir un libro y saltar de pronto a la vida desde el sopor de su gran irrelevancia. Al igual que todas aquellas muestras que, una por una, yo había ido bajando del desván los dos últimos días: cartas perdidas, libros viejos, el diario de guerra de mi abuelo, toda la historia de mi familia, que cobraba vida de pronto y se apoderaba de mí después de tantos años de ignorancia e indiferencia.

Entró Fania con un montón de ropa de cama. Desplegamos el sofá; ella lo vistió con las sábanas dando muestras de una agilidad propia de una mujer mucho más joven.

Aunque tenía casi noventa años, todavía llevaba el cabello rojizo, se depilaba las cejas y recibía una visita semanal de la manicura. Llevaba los mejores zapatos del Supersol. Aun siendo como era una vienesa inveterada, había pasado toda su vida de adulta cubierta por una fina capa de barniz, como si fuera un tilo trasplantado al suelo árido del desierto, e incluso se hacía la ilusión de tener sus raíces en Herrengasse.

—Eres igual que tu madre —me dijo—. La primera vez que vino tu madre llevaba aquel vestido blanco y parecía una actriz de cine.

—Pero después engordó.

—Después, después..., después todo el mundo engorda.

Ya en posesión de aquella verdad, me cambié de ropa antes de acostarme; me lavé los dientes en el minúsculo y húmedo cuarto de baño provisto del correspondiente botiquín convencional con la roja Estrella de David. Flotaba en él un olor a moho y a detergente en polvo, estaba embaldosado de blanco y la bañera tenía asideros. De un pequeño balcón con ventanas provistas de rejilla colgaba ropa tendida. Miré para abajo. La caída de un par de medias sería un largo viaje.

Mientras me cepillaba el pelo, examiné mi rostro en el espejo. Decían que me parecía a mi madre, algo que yo no veía. O quizá no quería ver porque prefería pensar, en caso de tener que plantearme algún parecido, que me parecía sobre todo a mi padre.

Tenía la tez de mi padre, sus ojos. Yo no era morena. Mi cabello era rubio claro, como el suyo, tenía los ojos azules; mis labios eran pálidos y secos, en invierno se me agrietaban fácilmente.

El perfil de la mandíbula era el de mi madre. Eso tenía que reconocerlo. No me gustaba aquel perfil, excesivamente duro.

No quería creer que me parecía a ninguno de los dos. De creer algo, era que parecía inglesa.

Tío Cobby había dicho:

—Por supuesto que pareces inglesa. Te has pasado la vida en Inglaterra. Si hubieras nacido aquí, serías como nosotros.

Me miré en el espejo y me pregunté cómo era posible que un mero accidente geográfico pudiera cambiar el aspecto. Tenía ganas de preguntárselo a Cobby. ¿Cuál era la causa, pues? ¿El clima? ¿La leche? ¿El servicio militar?

Cruzándome de brazos, me asomé a la ciudad. La noche era suave; unas luces titilaban a lo lejos, blancas, azules y amarillas. Del piso de enfrente salía música; se oía el lamento de una sirena que sonaba a distancia. El aire olía a polvo de la calle, a gasolina y a algo conocido e indefinible: la pura respiración del desierto.

El pasado ascendía como algo que se podía degustar. La profunda extrañeza de encontrarme donde me encontraba me colmaba por completo.

## 6

Mi bisabuelo, según nos han contado, era corrector de manuscritos y con el tiempo se convirtió en un hombre muy fanático. Mi abuelo era sionista. ¿Qué tipo de sionista? «Un verdadero sionista», según declara la nota necrológica. No sé muy bien qué significa exactamente la frase. El autor de la nota necrológica no lo explica. Dejémosnos de definiciones y limitémonos a decir que mi abuelo era sionista.

Era un hombre modesto. Demasiado modesto quizá, ya que ha sido casi totalmente olvidado, salvo por algunos de los escasos estudiosos que hurgan en los archivos del Instituto Ben Or o que frecuentan la pequeña sinagoga de Jerusalén que todavía lleva su nombre. Sentía pasión por la gramática y al morir dejó unas ochocientas páginas manuscritas de análisis lingüístico, así como miles de papeles y cartas que hasta ahora nadie se ha tomado la molestia de cotejar. En vida publicó tres libros de gramática hebrea para uso escolar; en la época de su muerte estaba trabajando en un minucioso estudio del verbo hebreo «ser».

Mi abuela era una mujer de opiniones inquebrantables, inclinada más bien a la derecha en lo tocante a política y formidable en materia de debate. El matrimonio tuvo siete hijos, ninguno de los cuales tuvo una vida satisfactoria. Cuatro se casaron y tuvieron hijos. Uno fue a América y de allí no volvió jamás, aunque éste no sea un hecho relevante tratándose de un judío. Otro fue a Inglaterra, se casó, tuvo hijos y tampoco volvió jamás, pese a que se lo proponía un año tras otro, pero, como lo iba posponiendo siempre, al final se le hizo tarde y se murió exiliado y apátrida: fue expedido a su tierra natal, donde la enterraron.

Mi abuelo era un hombre morigerado y de trato amable. Era seguidor de Rav Kook, quien decía algo muy hermoso: que el Templo había sido destruido a causa de un odio sin fundamento y que sólo podría ser reedificado sobre los cimientos de un amor sin fundamento.

Siendo niño dormía con una foto de Theodor Herzl debajo de la almohada y un recorte de periódico sobre el primer congreso sionista de Basilea. En una ocasión entrevió al gran líder, con su barba poblada y su cara de visionario, posando para una fotografía en la puerta de su alojamiento de la calle Mamillah.

Mucho más tarde leería que, en aquella visita, Herzl había tenido buen cuidado de no atravesar las puertas de la ciudad montado en un asno para evitar que los habitantes más



fervorosos de la localidad lo tomaron por el Mesías. Vio claro entonces que si el hombre que había escrito *El Estado judío* se había inspirado en conciertos nocturnos del *Tannhauser*, también tenía sus fallos de secreto orgullo.

Era una criatura afectada por múltiples dolencias y padecía constantes alergias y complicaciones: le goteaba la nariz, tenía los ojos inflamados, siempre estaba a punto de que le apareciera algo o de librarse de algo. Estuvo tres años aquejado de intermitentes pruritos de la piel. En la comisura del labio le florecía un herpes permanente.

Sus recuerdos más antiguos se remontaban a los tiempos en que su madre le tenía el tobillo atado con un ronzal a la pata de la mesa y en que su padre lo subía al tejado de la casa de la calle Habad para que viera las luces del Ramadán que centelleaban a medianoche en el barrio musulmán.

A los cinco años, su padre le regaló una página de las Sagradas Escrituras embadurnada con miel, lo envolvió en un chal y lo llevó al rabino para que le enseñara las primeras letras. Al cumplir los siete se sentaba a los pies del rabino, que con una larga vara golpeaba los dedos de aquellos niños distraídos que dejaban vagar la mirada durante el rezo de la liturgia; a los catorce años ya se sabía de memoria una buena parte del libro sagrado.

Era un estudiante concienzudo y un chico tranquilo. En el grupo familiar, formado por seis hermanas dadas a las peleas y por un puñado de cuñados, él era el principal encargado de deshacer entuertos, el árbitro indiscutible en los altercados domésticos; no le depararía otra cosa que congojas su función de diplomático.

Es probable que fuera eso lo que imprimió en él aquel talante melancólico que le duró toda la vida y lo que grabó el profundo surco de angustia, situado ligeramente a la izquierda de su ceja derecha, tan visible en la fotografía más antigua que de él se conserva. Podría ser un estudio de la tensión, una imagen genérica: la primera demostración palpable de pertenencia a la familia Shepher.

Cuando mi abuelo cumplió diecisiete años, el casamentero le amañó la boda con la hija cuellilarga de un celador de Odesa, pero, al ofrecerle una bandeja de dulces, los ojos de la hija más joven se cruzaron por encima del pastel de cinamomo con los de mi abuelo y quedaron fulminantemente prendados uno de otro. Como dicho celador sólo disponía del dinero necesario para casar a la hija mayor (es notorio que los celadores acostumbran a ser muy pobres), mi bisabuela hizo lo que estaba deseando hacer desde hacía tiempo: recurrió al tesoro secreto que tenía escondido, envuelto en un viejo chal del sabbat, y retiró del mismo el dinero para costear el dosel de su hijo.

A partir de aquel día, Reb Shalom se negó a dirigir la palabra a su esposa.

Para Batsheva no supuso un gran cambio, ya que su marido no había sido nunca particularmente conversador. Ya estaba acostumbrada a tener un esposo callado. El hecho de que el celador, Batsheva, la familia del celador y, en última instancia, el propio Shalom Shepher estuvieran encantados con aquel matrimonio no impidió que mi bisabuelo mantuviera una cuarentena cuyos orígenes se olvidaron pronto y cuya continuidad, al igual que la de tantas tradiciones, fuera puramente una cuestión de principios. Su negativa a hablar con su mujer salvo a través de los oficios de un intermediario fue al principio una ridiculez que se hizo irritante, pero que finalmente acabó por convertirse en un hábito excéntrico de una familia en la que los hábitos excéntricos eran el pan de cada día.

Figuró entre los regalos de boda un samovar de bronce, obsequio realmente oneroso, mucho más valioso que cualquiera de las demás pertenencias de mis abuelos. Mi abuela odiaba aquel samovar, apostado en un ángulo de la habitación como un carbúnculo al que había que sacar brillo. Estaba cubierto de estrías, volutas y ondulantes festones de flores que atraían el polvo, muy difícil de desalojar con un paño, y así que se había limpiado, volvía a deslustrarse de nuevo, o sea, que ella no conseguía librarse del trabajo que representaba tenerlo limpio.

Jamás se servía del samovar, como no fuera en ocasiones muy especiales, por ejemplo cuando la visitaban sus cuñadas. Entonces preparaba el té y lo ponía sobre la mesa para hacerles honor. No imaginaba que a ellas les disgustaba casi tanto como a ella misma aquel dichoso samovar. Pensaban que trataba de impresionarlas con él, de hacerles notar que estaba entroncada con gente rica. Por eso ponían un puntillo especial en no disfrutar del té salido de aquel samovar y se lo tomaban a sorbitos, como si fuera veneno. Después, cuando ya se habían ido, encontraba medios vasitos de té frío distribuidos por toda la habitación. Todas envidiaban en secreto el samovar, pero jamás habrían dado a su cuñada la satisfacción de decírselo. Cuando estaban fuera de la casa, la criticaban: el mobiliario, los utensilios, el polvo incrustado en las estrías del samovar, la vestimenta de mi abuela y también sus opiniones, que ella no se molestaba en callar; y cuando, pocos años más tarde, se produjo la escisión que apartaría de forma permanente a mi abuelo de sus hermanas, fue sobre el samovar sobre el que recayó el embate de toda su malevolencia.

En aquel tiempo, mis abuelos vivían en un piso de dos habitaciones de la calle Jaffa. El hecho obedecía a que Zweiger, el cuñado gordo, Hannah Raisl y sus seis hijos ocupaban todo el espacio disponible de la Casa de la Mano. Entre el piso y el Muro de las Lamentaciones mediaba un paseo de veinte minutos, por lo que Shalom Shepher increpó a su único hijo, citando erróneamente el pasaje de las Escrituras: «Si el Templo está lejos, es por culpa tuya».

Tres meses después de la boda, Leah anunció que estaba embarazada, y Joseph, cuyo empleo como ayudante de maestro en la escuela religiosa le proporcionaba un sueldo de hambre, fue a ver a su cuñado para que le procurara un trabajo adicional. Zweiger presumía de hacer relojes, pero en realidad sólo los reparaba y aún de forma esporádica, ya que dejaba que su mujer ganara el dinero necesario para su subsistencia con el negocio de la harina heredado de su madre. Pese a todo, Joseph le rogó que le diera cualquier tipo de trabajo.

Zweiger se encogió de hombros.

—¿Tienes alguna idea de relojería?

—Ya sabes que no —replicó el muchacho—. Pero estoy seguro de que aprenderé rápido.

Zweiger levantó una ceja como si acabara de insultarlo.

—Todo lo contrario. Se necesitan muchos años para aprender el oficio. Y eso suponiendo que estés dotado para ejercerlo.

—Seguro que lo estoy.

—Eso habría que verlo, pero de todos modos ya tengo aprendiz —indicó a su hijo de siete años—, y no me puedo permitir el lujo de tener dos.

—Pero ¡a ése no le pagas nada!

—No, ése se gana el sustento, y me temo mucho que no haya por aquí otros negocios que te permitan a ti lo mismo. No te muevas de la enseñanza. Para un judío, no debe de ser más duro ganarse la vida con ese chanchullo que con ese otro.

Mi abuelo renunció a la idea de hacer relojes y no abandonó su vocación: usó la lengua santa

para enseñar la lengua santa; un acto sacrílego que le valió que, en una ocasión, le vaciasen un orinal encima y, más adelante, que el Ministerio de Educación le concediese una medalla.

Él y mi abuela formaban una pareja moderna: él llevaba tirabuzones cortos y sustituyó el caftán por una chaqueta de corte europeo; ella se cubría el pelo con un pañuelo floreado. Como solían decir las cuñadas: «Parecen una pareja de turistas de la agencia Cook». Hablaban hebreo entre ellos y una vez, para escándalo de algunos, incluso fueron vistos en la ópera.

Colgada de una pared del salón, tenían una fotografía enmarcada de Theodor Herzl, que tenían buen cuidado de poner de cara a la pared o de retirar cada vez que Reb Shalom iba a visitarlos, puesto que era considerado un icono herético e idólatra. Años más tarde, en su época de madurez, mi abuelo llegaría a la misma conclusión y relegaría la impía imagen al desván de Kiriath Shoshan, donde en el rostro del padre del sionismo florecieron extrañas vetas y manchas.

Uno tras otro, sus hijos fueron entrando en el mundo y dejándolo sucesivamente un poco más pobre. En las postrimerías de su vida se dedicó a revisar manuscritos y pergaminos de la Torá para hacer filacterias y venderlas a comerciantes y revendedores que las llevaban a Europa y a América. Copiaba documentos a razón de un grush por página. Examinaba las cuentas de la Sociedad para la Distribución del Trigo y de la Junta de Socorro Mutuo, y se acostaba muy tarde anotando los debates de *machers* y personas honorables y figurones de pacotilla de Jerusalén.

Llevaba en el bolsillo las deterioradas primeras páginas de la novela que planeaba escribir, que sería la primera gran novela hebrea de la Ciudad Santa; a veces, cuando disponía de un momento de asueto, garrapateaba una línea o dos. El surco que tenía grabado en la zona izquierda de la ceja derecha iba haciéndose más profundo; en sus ojos apareció una mirada turbada y triste.

Alguna vez, por la tarde, estaba en compañía de su padre, que permanecía encorvado sobre sus trabajos en un rincón de la habitación; aunque intentase trabar conversación con él, o Reb Shalom era sordo o se hacía el sordo: tenía poco que decir al hijo que, por no haberse sabido desenvolver mejor que él, no podía ser más que una carga. El viejo se pasaba todo el día rondando por las calles, llevando siempre debajo del brazo aquella caja que transportaba de casa de una hija a casa de otra y de la que no se separaba en ninguna circunstancia. Nadie sabía qué había en la caja: un ejemplar antiguo del Zohar, quizás, o un volumen anotado del tratado sobre el sabbat. Eran numerosos los trocitos de papel en los que garrapateaba notas que se dirigía a sí mismo o cálculos que se introducía mangas arriba o en los bolsillos o que guardaba en la caja y que le colgaban en forma de tiras de los pliegues del caftán cuando remontaba la cuesta de la calle Jaffa arrastrando los pies. Adquirió la costumbre de vagar por los cementerios y las ruinas, así como de merodear por los alrededores del caravasar. Se sentaba en las esquinas y murmuraba por lo bajo conversaciones unilaterales y, al volver a casa, contaba que había encontrado a Elías y que había hablado con Ezequiel.

Cierta vez compareció inesperadamente en el piso. Era día de limpieza y, debido a la agitación provocada por la imprevista llegada, mi abuela se olvidó de dar la vuelta a la fotografía. Reb Shalom, al verla, se acercó, la examinó largo rato con gran atención y anunció sin jactancia alguna y con voz tranquila:

—Moisés, nuestro maestro.

Mi abuela se sacó un peso de encima y tomó aquella declaración como una muestra de aprobación. Eso hizo que por lo menos Reb Shalom no tuviera que volver a mirarla nunca más; ni que ella tuviera que volver a poner nunca más la fotografía de cara a la pared a partir de aquel

día.

## 7

Mi tío dijo:

—Mi primera idea era acertada. Según Shloime, el código es, como mínimo, del siglo xiii.

Agucé el oído.

—Tres columnas, no dos. Eso demuestra que es antiguo. Escrito sobre vitela. Y con *masorah* completo... ¿Sabes qué es *masorah*?... Anotaciones.

—Sí —dije, paciente—. Sé qué es *masorah*.

—Lo que le confunde es el colofón. La parte que describe el origen del libro.

Estábamos sentados en el balcón, asomados a la calle. Soplaban una suave brisa de primavera que hacía susurrar las frondas que tía Fania tenía en macetas. Subía desde lejos el ruido de bocinazos y la furia del intenso tráfico.

—Le hace pensar que puede tratarse de una falsificación.

Entró tía Fania con café helado en una bandeja: la única exquisitez en la que era experta. Miré a mi tío, sentado ahora con la camisa entreabierta y la grisácea pelambrea del mustio pecho al descubierto: un añoso europeo al sol del Oriente Medio. Tenía un gran medallón de piel oscura debajo del pezón izquierdo que, de haber tenido tiempo para preocuparse por ese tipo de cosas, podría haber optado un día por considerarlo siniestro.

—Has vuelto a poner demasiado azúcar —se quejó—. Te digo siempre que no pongas tanto azúcar.

—Déjate de historias. Lo he hecho tal como te gusta —dijo Fania.

Costaba de creer, pensé, que fuera hermano de Saul, pese a que existían similitudes que ahora se hacían más visibles con la edad. En muchos aspectos, sin embargo, eran noche y día. Habían llevado vidas totalmente opuestas a partir del día en que Cobby se había afiliado al Partido de las Juventudes Socialistas y Saul volvió a casa convertido en miembro de las milicias nacionalistas; desde entonces rara vez se habían dirigido la palabra. Una vez, sin embargo, según aseguraba la leyenda, Cobby había pegado un puñetazo a Saul en el curso de una discusión sobre política en el porche de Kiriath Shoshan.

Muchos lo tenían por el miembro más tonto de la familia, pero, suponiendo que fuera verdad, también era el más feliz. Prefería la pelea física a la pelea por cuestiones políticas. Si le pedías

que hablara sobre su labor científica, lo hacía encantado, con gran prolijidad y acompañándose de muchas pausas, con abundantes digresiones y verbosidad oscura, salpicada de los circunloquios provocados por el titubeo propio de la edad; cuanta más atención ponías en escucharlo, menos lo entendías. No se cansaba nunca de repetir sus gastadas opiniones, que él imaginaba radicales; sobre todo porque tía Fania no se cansaba nunca de repetir las suyas, que eran conservadoras. Le gustaba cantar, pero no tenía oído musical y únicamente leía publicaciones científicas, ya que consideraba frivolidad todo lo literario. Hacía veinte años que había leído un libro de autoayuda americano escrito por un psiquiatra de tres al cuarto, y veinte años más tarde seguía haciendo picadillo de sus argumentaciones. Conducía un Peugeot antiguo con pegajosos asientos de plástico, nunca a más de cincuenta por hora, pero tropezaba con grandes dificultades para interpretar los mapas. Nunca reproducían el recorrido con la fidelidad necesaria.

—Y otra cosa. —Hizo chasquear los labios con desdén—. Él también piensa que el texto es una versión corrupta.

—¡Corrupta! —Siempre que oía esta palabra, veía un texto de la Biblia recorrido por vetas de moho subversivo que lo rayaban de vivos colores, manchando sus blancas páginas de divina verdad. La palabra era muy popular entre académicos—. No es de extrañar —observé con recelo— que sean tantos los que se interesan por él.

Era verdad: desde el día de mi llegada, el teléfono no paraba de sonar; predominaba la intriga y la polémica, y de momento mi petición de ver el códice había caído en el olvido. Se habían levantado las fuerzas de la hidra familiar: parientes lejanos olvidados recordaban su consanguinidad con el antiguo clan, se juntaban facciones enfrentadas hasta entonces, y la propia Sara Malkah, reina de todas ellas, amenazaba con irrumpir en el sísmico escenario.

Aquella tarde acompañé a tía Fania al Supersol y permanecí junto a ella mientras escogía una carpa viva de un aljibe, caminaba vacilante sobre sus altos tacones, las cejas dibujadas con lápiz rojizo. Cogidas del brazo, dimos una vuelta en torno a las naves, mirando mucho y comprando muy poco, y comprobé entonces que visitaba el lugar casi a diario, no tanto para aprovisionarse como para estar al día. Sujeta a su brazo, percibí el olor del perfume francés que llevaba: «L'air du temps».

—Habrá muchos problemas —dijo—. ¿Quieres saber por qué? Pues porque conozco a esta familia. ¿Cómo quieres que no conozca a esta familia después de setenta años? O sea, que piensa un poco.

Relegué las cosas a sus mayores conocimientos y dejé que escogiera galletas. Se detectaba un olor extraño a cinamomo y a vainilla; el Supersol estaba silencioso, casi vacío aquella tarde de un día laborable.

—Es la acidez de estómago. Tu tío se está consumiendo por dentro. Así pues —insistió—, ¿de veras que no tienes novio?

—No tengo novio —confirmé.

—Pues es una lástima. Deberías tenerlo. Una mujer de tu edad debería tener una casa como es debido.

—Ya tengo una casa como es debido.

—Claro, pero yo hablo de hijos. —Presionó un pan de molde con los dedos de pintadas uñas color cereza—. ¡Uf! Ya está duro.

—Hay quien no quiere hijos.

—¡Tonterías! Eso es porque no has encontrado a la persona adecuada. Tienes que darte prisa.

Callé mientras pensaba un momento en que tal vez hacía bien recordándome de manera tan incisiva, ahora que estaba aquí, que ya había encontrado a la persona adecuada en una ocasión y que había tenido que renunciar a ella. De pronto me acometía la urgencia de volver a ver a Daniel, de dejarlo todo resuelto y permitir que reposara su fantasma: decir todo lo que había ensayado mentalmente centenares de veces sin tener nunca oportunidad de expresarlo en voz alta.

Tía Fania estaba escogiendo aceitunas; no parecía advertir mi creciente silencio. Dentro de mí surgía toda una plétora de recuerdos que se encendían de pronto como brasas ardientes y me quemaban por dentro: Daniel sentado con las piernas cruzadas en mi cama de estudiante, elaborando sus argumentos con gestos enérgicos; Daniel en el estrado, inmensamente lejano, partiéndome el corazón con las notas del saxo; sus dedos largos, convulsos, arrancándome estremecimientos en la columna vertebral; la mirada de sus ojos castaños, cargada de tristeza y de reproches, tal como la había visto por última vez.

Todos esos penosos recuerdos estallaban súbitamente sin ruido, como penachos de lava en lo más profundo del mar, y se enfriaban después instantáneamente con la helada calma con que, al parecer, engañaba a todo el mundo; incluso a mí.

—¿Te gustan los pepinillos en vinagre? —Tía Fania me observaba con extrañeza—. ¿En qué piensas?

Sonreí.

—Me dan ardor de estómago. En el códice —repliqué.

## 8

Mi bisabuela se fue con el siglo y, al morir, Shalom Shepher inició una existencia errabunda a merced de la caridad de sus hijos; como suele decirse: «Honra a tu padre y a tu madre, proporciónales alimento, bebida y vestido, llévatelos a tu casa y sácalos de paseo y cubre con alegría todas sus necesidades».

De Succoth a Hanuka vivía con su hija mayor en la Casa de la Mano de la calle Habad; de Hanuka a Purim con su segunda hija. Pasaba el Pésaj en casa de su tercera hija en Nachalat Shiva, y el Shavuot con su cuarta hija, en Mishkenot. Sin embargo, las grandes fiestas las pasaba con su hijo porque, según explicaba, «es mi hijo». Eso valió a su nuera el inmarcesible resentimiento de las hermanas de su marido.

Así vivió mi bisabuelo los últimos diecisiete años de su vida. Pese a los esfuerzos de todos sus hijos, nunca fue recibido en sus casas con agrado. Comía muchísimo, ya que en la vejez recuperó el apetito de su juventud; estaba siempre rondando por la cocina y criticaba continuamente la forma en que se cocinaba. Por la noche se levantaba, rezaba, comía y despertaba a toda la casa. Cuando se trasladaba a casa de la hija siguiente, no dejaba nunca de compararla desfavorablemente con la anterior y hacía todo lo posible para enfrentar a sus hijos entre sí. Pero ellos se negaban a pelearse con él, puesto que también se dice: «Los hijos que ofrecen pollos bien cebados a sus padres, pero los tratan de mala manera, se hacen merecedores del castigo divino».

Dondequiera que fuera, llevaba siempre consigo aquella caja secreta que ninguna de sus hijas estaba autorizada a tocar, y mucho menos ninguno de sus inútiles yernos; la llevaba celosamente escondida en el caftán y, cuando se acostaba, la guardaba debajo de la cama. En un campo se tropezó una vez con Elías debajo de un olivo: le preguntó sobre el Mesías, sobre puntos de la Ley. Sentado en un rincón de la casa estudio, hacía sus cálculos. Se acercaba al Muro de las Lamentaciones llevando siempre su preciosa caja.

Eran, como lo son tantos, tiempos apocalípticos. En la colonia americana estaban cosiendo los alerones de la enorme tienda en la que Jesús, cuando volviera, encontraría a sus primeros cinco mil afortunados seguidores. En las calles de la Ciudad Antigua, unos misioneros distribuían libros religiosos que, por estar escritos en inglés, serían de muy poca utilidad, a no ser para utilizar el papel como envoltorio o para limpiar. Y en los diversos consulados se congregaban buitres.



Reb Shalom volvió a casa exhausto y adusto después de sus vagabundeos del día, se sentó en un rincón del salón y entabló un diálogo consigo mismo. Por la noche, ya tarde, mi abuelo se despertó y se lo encontró encorvado sobre su libro secreto a la luz de la luna. Se había extraviado en el laberinto de sus cálculos, enredado en los vapores de su propio mito. Los poderes del día eran Amalek, el emperador Francisco José, un potentado persa. Vivía con la esperanza diaria de la llegada de los ejércitos de Alejandro Magno.

Se declaró la guerra: poco a poco, aquellos judíos que eran ciudadanos otomanos fueron llamados paulatinamente a servir al Ejército; los restantes fueron deportados en gran número y en tren a Jaffa, y, desde allí, en barcos de guerra a Alejandría. Shemariyah, que era el hijo pequeño del *celadr*, Leib Itchka, el carretero, y el chico que barría la casa estudio fueron encargados de los trabajos más duros. Los reclutas se ocuparían de limpiar caminos y letrinas y de construir la vía férrea entre Sulea y Lod. Muchos que en su vida habían hecho poco más que volver las hojas de un Mishnah se encargaban ahora de transportar rocas, tenían que beber agua de lluvia y dormir en el barro. La lluvia era incesante y la sequía trajo consigo escorpiones. Cuando se acercaron a la tienda del capitán para solicitarle un día de descanso con el fin de poder observar el sabbat, el capitán les respondió a pedradas.

Entre El Arish y la frontera egipcia, los soldados se vieron sorprendidos por tormentas de arena que arreciaron toda la noche. Como los soldados rasos no dormían en tiendas, por la mañana tenían que cavar en la arena para descubrir donde había quedado enterrado su vecino. La arena era tan fina que se les colaba en las orejas y en la nariz y hasta dentro de los relojes de bolsillo de los oficiales, por lo que a su regreso a Jerusalén, Zweiger y sus compañeros se vieron desbordados de trabajo. Pero de pronto volvieron a llamar a los soldados y todos recuperaron sus relojes sin esperar la reparación ni pagarla.

Mi abuelo seguía vagando por las calles y veía que el hambre se adueñaba de ellas, que atacaba a los niños y que los viejos estaban casi transparentes de inanición. Pese a ello, continuaban haciendo penosamente el camino de ida y vuelta hasta y desde el Muro de las Lamentaciones. Las calles de la Ciudad Antigua estaban inundadas de inmundicias, de soldados y de notas prometedoras de la oficina de correos austriaca, que había cerrado sus puertas, y sus papeles vendidos para envolver queso y *halva*. Ahora a todo el mundo le interesaba lo mismo: la suma de dinero que había pedido en préstamo y el interés que tenía que pagar.

Los campesinos árabes acudían todos los días en tropel desde sus aldeas para hacer cola pacientemente ante los barracones próximos a la puerta del León, de donde se iban con uniformes de segunda mano y una ración de arroz hervido antes de emprender el camino del sur y dejar que se pudrieran sus huertas. El 3 de febrero, mi abuelo fue llamado a filas; tras coger sus filacterias y su libro de oraciones, un volumen del Éxodo con comentario y la *Gramática inglesa* de Ohlendorff, emprendió como un ciego el camino de su escondrijo.

En un primer momento intentó esconderse en la Casa de la Mano, pero al cabo de uno o dos días a Zweiger le entró miedo y le obligó a marcharse.

—Pensándolo bien —dijo—, ¿por qué voy a jugarme el pescuezo por ese agitador?

Así pues, se escondió en el desván de la casa de su cuñada, en Mishkenot. El desván era pequeño y exiguo, se accedía a él mediante una corta escalera de mano y tenía una única ventana, que además estaba rota y tapada con trapos. Si retiraba los trapos y asomaba la cabeza, podía divisar la pequeña sinagoga, donde unos míseros buhoneros se reunían para rezar la víspera del

sabbat.

Mi abuelo se pasaba el día sentado a una mesa tambaleante leyendo el Éxodo, El Libro del Pacto o a Dostoyevsky en yidis. También daba frecuentes paseos de un lado a otro de la habitación. A menudo se sacaba del bolsillo algunas páginas arrancadas de la *Gramática inglesa* de Ohlendorff e intentaba asimilar aquella lengua que cada vez veía más claramente que iba a serle útil.

Fue entonces cuando mi abuela comenzó a vender aquellos preciosos ejemplares que Shalom Shepher había recibido de Isaac Raphaelovitch y que él había regalado a su vez a su hijo el día de su boda: el tratado rabínico del siglo xvi, el comentario sobre el Génesis y el ejemplar decorado del Zohar fueron vendidos por cuatro cuartos y se perdieron para siempre. Fueron libros a cambio de pan. Pero los hijos seguían con hambre, era casi imposible conseguir harina y azúcar y circulaban rumores en todas direcciones: los ingleses habían empezado a hacer fuego sobre Gaza, un batallón turco había ocupado el canal de Suez y un barco americano ofrecía pasaje hacia Manhattan.

Mi abuelo estaba pensando en ir a América.

De noche se le aparecían en sueños los rostros de su mujer y de sus hijos, no paraba de dar vueltas en el catre donde dormía y el estómago le daba muchos sufrimientos. Estaba aquejado además de fuertes dolores de cabeza y de malas digestiones. Despertaba de madrugada temblando de miedo.

Se sentaba a la mesa y fantaseaba sobre América.

¿Qué habría podido hacer en América? Dar algunas clases, hacer algo de periodismo. Completaría sus ingresos comerciando con manuscritos de la Torá. En realidad, lo mismo que en Jerusalén, ya que allí donde va un judío surge siempre un pequeño Jerusalén para su uso particular.

Fue entonces cuando mi abuelo dijo a mi abuela:

—Vende el samovar.

Y ella se repitió para sus adentros: «Sí, vende el samovar. La gente se muere de hambre y va a comprar un samovar». Pero envolvió el samovar en una manta y lo llevó a casa de Hannah Raisl.

Hannah Raisl, cuyo marido era demasiado viejo para ser llamado a filas, hizo una mueca y dijo:

—Es un lujo para nosotros. ¿Por qué no vas a ver a Leah?

Y lo llevó a casa de Leah, la hermana segunda. Leah fingió no haber visto nunca el samovar.

—¡Vaya pieza fina! —dijo—. Pero limpiarlo debe de ser una lata. Fíjate cómo el polvo se queda metido en las estrías. Un objeto así exige mucha dedicación. Veamos qué dice Sheinah Gitl.

Sheinah Gitl pensó que a ella le importaba muy poco tomar té preparado con un samovar, pero que a lo mejor le interesaba a Dvoirah. Ésta dijo:

—¡O sea, que Joseph quiere ir a América! ¿Qué pensará su precioso doctor Herzl?

Mi abuela no se molestó en ir a ver a las dos últimas cuñadas que todavía le faltaban, sino que fue con el samovar a la calle de los Judíos, donde lo vendió a un revendedor por un precio irrisorio. Y después de aquel día no quiso volver a saber nada de las hermanas de su marido.

En cuanto al barco americano, resultó ser una engañifa. Las sumas de dinero solicitadas para embarcar eran pura leyenda, tan pronto cien napoleones como doscientos o trescientos; pero cuando por fin puso velas hacia la realización de su ilusorio viaje transportó toda una hueste de

aspiraciones de sus pasajeros, todas las cuales fueron a parar a las profundidades del corazón del Mediterráneo.

Aquel año, el país recibió la visita de una plaga de langostas peregrinas, traídas por un viento del este que habría debido empujarlas al mar, pero que un viento del oeste desvió intempestivamente y distribuyó sobre los campos y viñedos y naranjales de los alrededores de Jaffa, que quedaron asolados. En Jerusalén había tifus: en el hospital de Bikkur Cholim hicieron pedazos de la tienda de los cinco mil para confeccionar sábanas para los enfermos. En el viñado situado junto al estanque Mamillah, Shalom Shepher sostuvo largas conversaciones con Elías, quien le prometió que el Mesías estaba por llegar, que iba a tardar muy poco. Volvió al piso arrastrando los pies, lívido y delirante, se desplomó en el diván y se negó a comer.

Consumido finalmente por aquella Jerusalén que llevaba en el alma, se tendió en el camastro de mi abuela como una vaina marchita, con menos vida ya que la mortaja en la que no tardarían en enterrarlo.

En lugar de comprar pasaje para América, mi abuelo se gastó el dinero del samovar en papeles falsos que le permitirían abandonar clandestinamente la ciudad en coche. Entrada la noche, abandonó el desván envuelto en el chal de mi abuela y recorrió a pie el breve tramo de la calle Jaffa. Ya en los confines de la ciudad, esperó a que amaneciera.

Por fin, alrededor de mediodía, apareció el coche; llevaba varias horas de retraso e iba atestado de gente. Mi abuelo se deslizó en el interior entre los primeros. Lleno hasta los topes, rodeado de mujeres que lloraban a moco tendido, el coche arrancó.

Fue entonces cuando, apretujado en la parte trasera, con el paquete de las provisiones aplastado debajo del cuerpo, Joseph detectó un rostro entre el gentío: el de Schonbaum, el impresor, cuya expresión le pareció extrañamente turbada al gritarle:

—¡Reb Shepher! ¡Reb Shepher! ¡Ha muerto tu padre!

En aquel momento se cerraron las puertas, se bajaron las cortinillas y el coche partió de Jerusalén.

## 9

Al regresar a casa, Saul estaba sentado junto a la radio en un estado parecido al de la fase de descongelación, tan pronto cerrado igual que una almeja como presa de una furia volcánica, los ojos húmedos echando chispas y fijos en mí por encima de las tortas *matzo*.

—¿Crees que voy a comer? —dijo, rabioso—. El profesor ese que viene aquí a robar, también me roba el apetito.

—Creo que deberías comer algo —le aconsejé con intención de apaciguarlo.

—¡Tú estás perfectamente! No te preocupa lo que pueda pasar. Y ahora Cobby, el *pisheke* ese, tan listo como siempre, anda diciendo a todo el mundo que quiere regalarlo. Pero ¿acaso ha consultado a los demás? No. Él es muy generoso con el dinero que no le pertenece.

—Ellos estudiarán el códice. ¿No quieres que estudien el códice?

—¡Al diablo con el códice! Si quieren estudiarlo, que paguen por ese privilegio.

Se levantó como queriendo escupir de ese modo toda la repugnancia que sentía y abandonó la habitación.

Yo seguí en la mesa terminando de comer las tortas; un loco arrebatado me hizo pensar que ojalá hubiera optado por un viaje turístico a Tenerife. Pasó un minuto y se oyó un golpecito en los cristales. Volvía a ser el mirón, su rostro pegado a la ventana como un fantasma diurno.

—¡Por favor! —comenzó, así que me asomé a la puerta; mirando con ansiedad detrás de mí, me apartó de su campo de visión—. *Gveret Shepher* —prosiguió tan pronto como estuvimos en lugar seguro—. Permítame que me presente. Soy Gideon Ben Gibreel.

Iba a tenderle la mano, pero, como era de esperar, él no hizo el menor gesto. Aun así, hizo una inclinación y me miró de soslayo, con ojos desconfiados, igual que un pájaro no del todo domesticado que espera que le des unas migajas y no le haga daño. Era alto y delgado, su rostro a la vez desconocido y familiar, tenía la tez olivácea de un oriental. Me gustaron sus ojos: eran verdes, extremadamente claros; tenía la extraña sensación de haberlos mirado alguna vez, tal vez hacía mucho tiempo, en una vida anterior.

—Sé quién es usted —le dije—. Estuvo en casa de mi tío.

—Exactamente. Su tío es muy amable —confesó—, pero por desgracia no ha podido ofrecerme el tipo de ayuda que busco. Y su otro tío —dijo abrumado— se niega a hablar conmigo.

—No veo en qué puedo ayudarle.

—Ni yo —dijo, y pareció reírse para sus adentros—. Pero a lo mejor... Mire usted, necesito ver el código.

—En ese caso tendrá que dirigirse al instituto.

—Ya lo he hecho —dijo, abriendo las manos en un gesto de impotencia—. Y debo decir que ponen muchas trabas. Se niegan a mostrárselo a nadie sin una autorización expresa de su tío. Y su tío me dice que me entienda con ellos. Parece que hay algunas dudas en lo que respecta a la propiedad.

Su expresión, al pronunciar estas palabras, era burlona, como si se tratara de algo risible que sólo él advertía, pero que les añadía un matiz particular.

—Sí, al parecer subsiste alguna discrepancia.

—Pues es una lástima, porque a mí me mueven particulares y acuciantes razones. Y además, he recorrido un largo camino. Sólo quería que me dejaran verlo, y puedo asegurarle que esto no causaría ningún perjuicio. Pero ahora...

—¿Ahora?

Miró a su alrededor con ansiedad.

—Ahora serán muchas las partes interesadas.

Respiré profundamente.

—Señor Ben Gib..., señor Ben Gibreel...

—Por favor —me sonrió, mostrándome una dentadura perfecta—, llámeme Gideon.

—Lamentablemente, no sé qué puedo hacer por usted. También yo querría ver el código, pero con toda esta confusión de por medio, todavía no lo he logrado.

—Pero usted lo verá —insistió—. Usted es de la familia. —Otra vez aquella mirada de reojo—. A usted le darán entrada. Su antepasado, Shalom Shepher, era un gran estudioso.

—Eso me han dicho.

—Un gran *magih*..., un corrector de manuscritos. ¿Sabe qué es un *magih*?

—Sí —repliqué, algo irritada—. Sé qué es un *magih*.. Mire, me parece que debería consultar con mi tío respecto al particular.

—Sí, pero, pensándolo bien, quizá sería mejor no volver a molestarlo... —Seguía sonriendo, pero me miró con tristeza, casi se habría dicho con comprensión—. *Gveret* Shepher. Ya no se trata de un asunto particular de familia, me temo. Nada que ver. —Se volvió bruscamente arrastrando en el polvo su caftán plateado. Distinguí en la tela una especie de galón cirílico cuyo simbolismo se me escapaba—. Hábleme del código. ¿Es muy antiguo?

—Sí, muy antiguo.

—¿Escrito sobre vitela?

—Sí.

—¿Y a tres columnas?

—Sí, pero...

—Y con *masorah* completa. Pero ¿qué me dice del colofón?

—El profesor opina que es una falsificación. También opina que el libro es textualmente corrupto.

—Sí, eso piensa. —Movié la cabeza con gesto imperioso apenas perceptible—. *Gveret* Shepher, he venido expresamente para decírselo: no es ninguna falsificación, no es corrupto.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté.

No respondió enseguida, dejó vagar la mirada a través del solar abandonado y trazó un dibujo circular con el dedo gordo del pie. Tuve la impresión de que estaba jugando conmigo. O era quizá que todavía no estaba seguro de si podía confiar en mí.

—Su tío está muy preocupado por el valor del código —dijo finalmente.

Me miró directamente a los ojos y añadió:

—Pero contésteme, si quiere, estas dos preguntas: ¿de dónde ha salido este código? ¿Cómo ha ido a parar aquí?

—No lo sé —admití—, pero alguien debe de saberlo.

—No, *gveret* Shepher, no lo sabe nadie. No hay nadie que sepa la verdad, salvo yo. —Dejó la declaración un momento en suspenso, pero en su expresión apacible no había sombra alguna de complacencia—. Depende de usted que pueda confiársela.

No respondí; había decidido mostrarme escéptica y, además, me molestaba su tono de superioridad.

—Estoy segura de que se aclarará todo —dije, no sin tirantez—. Hay varios expertos examinando el código.

—¡Hatajo de ignorantes! El enfoque es equivocado.

—Es posible. Pero de momento —dije como para recordármelo a mí tanto como a él— está fuera de nuestro alcance. Nosotros podemos hacer muy poco.

Aceptó mis palabras; permanecimos un momento en silencio debajo de los cipreses. Su ropa aleteaba con la leve brisa: percibía el seco olor a tierra de conos y plantas muertas hacía setenta años, pisoteados hasta quedar reducidos al fino polvo que teníamos bajo los pies.

Me sonrió; de pronto me llegó en una oleada el convencimiento de la profunda afabilidad que se escondía detrás de sus ojos.

—Tiene razón —dijo por fin—. Tendremos que ser pacientes. Todavía no se ha perdido todo. Habrá que esperar el momento propicio.

Y tras darse la vuelta, cruzó rápidamente la plaza.

# 10

A catorce kilómetros de Jerusalén, en el camino cortado que atravesaba Bab el Wad, levantaron las cortinillas y miraron el exterior. Mi abuelo registró su primera imagen del paisaje que se extendía más allá de Abu Ghosh: colinas y valles, peñascos y maleza. El soldado extraño. Cerca de Deir Ayub, se pararon y compraron naranjas. Dos aviones alemanes pasaron bajos sobre sus cabezas. Entre los valles surgió como un espejismo una tropa de jinetes turcos.

La única prueba verdadera de guerra era la larga sucesión de camiones atestados de niños, muebles y artículos domésticos que hacían su éxodo desde la costa hacia el interior. Los británicos ya habían hecho fuego sobre Jaffa; Tel Aviv estaba siendo evacuado. Aquí, en la carretera que llevaba a Jerusalén, se comprobaban las consecuencias mundanas: una lenta hilera de refugiados que con su silencio y su mirada fija daban testimonio de sus sufrimientos. Sobre una montaña de cojines, sillas, esteras y colchones de plumas, un trío de mujeres turcas exhibía su triste presencia. De repente se desmoronó el montón, y arrastró con él a las mujeres.

Mi abuelo hizo gran parte del viaje con el hombro de otra persona incrustado en la cara y un codo hincado en las costillas, comprimido contra un duro ángulo del coche. Los cuerpos emanaban un potente olor. Cada vez que intentaba acomodarse y corregir la postura recibía un furioso codazo, por lo que procuraba mantenerse lo más quieto posible pese a pasarlo muy mal. Un búkaro de mirada de buitres no le quitaba ni un momento los ojos de encima.

—¿Quieres cambiar de sitio conmigo, judío?

—No, gracias, estoy bien aquí.

Antes de llegar a Jaffa, el coche se paró. El viaje había durado tres horas. El conductor se detuvo antes del control policial, unos pocos pasajeros se deslizaron fuera y orillaron la ciudad. Después de caminar media hora, mi abuelo entró en Tel Aviv: apenas unas casas blancas entre dunas de arena.

Atendiendo a sus cuitas y dolores, esperó junto al hotel Rosenberg a que llegara el coche que lo había de llevar a Petach Tikvah.

Un joven aproximadamente de su edad, que calzaba zapatos blancos y que tenía pinta de artista se paró y se recostó en la pared a su lado. Con el gesto indicó la calle, que estaba rebosante de gente y de mercancías.

—¡Aquí se ha acabado todo! —dijo.

—En un futuro.

—Exactamente. ¡En un futuro! —El hombre le dirigió una sonrisa de medio lado—. Si necesita algo, es el momento de comprar. Puedo venderle un bidón de gasolina por cinco francos. ¡Hace unos días le habría costado cien!

Mi abuelo le dio las gracias, pero no necesitaba gasolina.

—Azúcar, pues. Aquí tengo pan de azúcar. Ponga usted mismo el precio.

Se lo agradeció, pero tampoco necesitaba azúcar. El joven se alejó de la pared con aire impaciente y desapareció.

Cuando llegó el coche atrajo a una multitud de mirones. Todavía era un elemento insólito en Tel Aviv, por lo que observó con satisfacción que en este aspecto Jerusalén estaba más adelantada que la primera ciudad judía. Entró en el glorioso aislamiento del coche. El conductor se había avenido, a cambio de una pequeña cantidad de dinero, a conducirlo a él solo hasta la colonia.

Encerrado en el coche, con las cortinillas corridas y el intenso olor a sudor todavía suspendido en el aire, pensó en las palabras de Schonbaum, en la cara de Schonbaum, en aquellas palabras que seguramente había oído mal y que no aceptaba por increíbles. Todavía se sentía insensible a las noticias. El coche se paró con una sacudida, oyó el gañido de las ruedas girando en la arena. Bajaron los dos y, con ayuda de una pala, cavaron y las liberaron. Joseph empujó y el conductor revolucionó el motor. Un poco más lejos, volvieron a quedar trabados. Era una carretera enterrada bajo la arena.

—Es demasiado peligroso —dijo el conductor.

Mi abuelo emprendió el camino a pie hacia Petach Tikvah.

Anduvo hasta que cayó la noche. El paisaje a su alrededor, formado por monótonos naranjales, arena desnuda y matorrales, se le antojaba hostil y extraño. No le brindaba claves. Hasta el pequeño fardo donde llevaba sus pertenencias se le había hecho pesado; sentía el sudor que le resbalaba por los brazos y se le metía en los ojos. Se paró debajo de un árbol a rezar la oración de la tarde. Entonar la cantinela litúrgica lo calmó un poco. Finalmente vio aparecer en la oscuridad un par de carromatos que se acercaban: dos campesinos galileos que venían del norte para ayudar en la evacuación de Jaffa.

—¿Esa carretera lleva a Petach Tikvah? —preguntó.

Lo miraron con extrañeza.

—No —dijo uno—. Ésa es la carretera de Chaderah.

Se sentó al borde del camino con el hatillo al lado. Estaba a punto de romper a llorar.

—Aquí cerca encontrarás el refugio de un guarda donde puedes pasar la noche.

Negó con la cabeza.

—Tengo que seguir hasta Petach Tikvah.

Los dos hombres tocaron sus asnos y prosiguieron su camino. No tardó en aparecer otro carromato, éste guiado por un judío joven que llevaba abierta la camisa y un pañuelo atado al cuello. Venía de Kfar Sabah y se dirigía a Petach Tikvah. Surgido de lo oscuro con su pequeño farol, fulguraba como un ángel salvador, pese a que pertenecía a la generación desprovista de dioses. Al sonreír mostró una falange de blancos dientes.

—¡Sube, amigo!

Mi abuelo subió y se sentó a su lado.



—¿Vienes de Jaffa?

—No, de Jerusalén. ¿Y tú?

—De Tiberíades. ¿A qué te dedicas en Jerusalén?

—Soy maestro.

—¿De religión?

—De hebreo y de aritmética.

El hombre se volvió hacia él y le sonrió de nuevo: en la oscuridad le brillaron los dientes.

—Pues mira, ésa es la enseñanza que yo apruebo. ¿Lees literatura?

—Leo a Bialik.

—¿Sólo a Bialik?

—Me gusta sobre todo Dostoyevsky.

—¡Ah, Dostoyevsky! ¿No Tolstói?

—Tolstói también.

—Bien. A mí me gusta Tolstói. ¡Y Spinoza! Supongo que no lo desapuebas.

—¿Por qué debería desaprobalo? Me encanta Spinoza.

—Entonces nos aprobamos mutuamente. Si tienes hambre, aquí hay fruta.

Mi abuelo lo observó: llevaba la cabeza descubierta, ni barba ni tirabuzones, pero su expresión era sincera y abierta. Era uno de los jóvenes idealistas de los que abominaban los viejos, pero mi abuelo era un hijo auténtico de su generación y no veía nada censurable en aquel judío rústico, quemado por el sol, pletórico de energía. Tendió la mano y cogió una naranja.

—Eres muy amable —dijo.

Llegaron a la colonia a eso de medianoche. La ciudad estaba a reventar de gente debido a las multitudes que llegaban constantemente de Jaffa y a los carromatos que a cada hora iban y venían del norte. Los yemenitas iban descalzos, las mujeres llevaban los hijos a cuestras, los jóvenes tiraban de carretillas en las que transportaban todos sus bienes. Joseph durmió en el suelo junto a un rabino, dos viejas y dos gallinas que el rabino amaba como a hijas suyas y de las que no se habría separado por nada en el mundo. Por la mañana, las gallinas habían puesto un huevo cada una.

—Nosotros somos los hijos de Israel que van camino del exilio —dijo el rabino—. Conocemos el corazón del desconocido.

Y dio uno de los huevos a mi abuelo.

En cuanto llegó, envió tres cartas, una con el coche que iba a Jerusalén, y las otras dos con unos viajeros, a fin de saber cuál era la situación de su familia. No se atrevía a esperar que Schonbaum, por alguna circunstancia, hubiese estado mal informado. Aquella misma tarde hubo una reunión masiva en la sinagoga. El señor Dizengoff dirigió la palabra a los circunstantes: debían seguir hacia el norte. Kfar Sabah estaba a rebosar. En Chaderah corrían malos aires. Debían proseguir su camino hacia Karkur; ya en Karkur, se les abriría toda Galilea. Los colonos estaban dispuestos a acogerlos. Había un centenar de carromatos galileos a la espera.

Mi abuelo garrapateó una nota para Dizengoff: «Aceptaré cualquier trabajo que me ofrezcan, aunque sea por un salario de cinco francos por semana; aunque sea en Galilea; iré adonde sea».

Mientras esperaba en la puerta, se le acercó un labrador.

—Usted es maestro, ¿verdad?

Mi abuelo admitió que así era.

—¿Y viene de Jerusalén?

Confirmó que ése era el caso.

—Tenemos al comandante turco en la ciudad —dijo el hombre—. Esta tarde ha venido su hijo a la sinagoga para comprar pollos. Están buscando desertores en el mercado. Usted puede esconderse en nuestra casa todo el tiempo que quiera. Cuando ellos sigan adelante, podrá volver a comer con la familia.

Mi abuelo no sabía cómo darle las gracias.

—Si da lecciones a los chicos de la casa, estaremos en paz. Y si me da lecciones a mí y a mi hermano, todavía le deberé dinero. Supongo que tiene familia en Jerusalén.

—Mujer y cinco hijos —dijo mi abuelo.

—Bueno, pues de vez en cuando podrá enviarles algo. La guerra no puede durar mucho. Dentro de un mes o dos llegarán los ingleses. Entre tanto, esperaremos.

O sea, que la nota para Dizengoff se quedó en el bolsillo de mi abuelo, que se instaló detrás de un falso tabique en la buhardilla del campesino. Desde allí, a través de una rendija entre los tablones, observó cómo se alejaban los carromatos en zarrapastroso convoy y emprendían el camino hacia el norte formando una incierta hilera. También estuvo una hora observando a una pareja de soldados turcos que vagaban sin rumbo por los alrededores de la granja, ladrando perentorias órdenes y hurgándose los dientes. Pero los soldados no tardaron en marcharse, lo mismo que los carromatos; mi abuelo siguió en su puesto preguntándose, aunque demasiado tarde, si su decisión había sido acertada.

El tercer día de su confinamiento el granjero trepó por la escalera y le entregó una nota: reconoció inmediatamente la caligrafía de su mujer.

—¿Noticias de casa? —inquirió el hombre mientras él abría la carta—. Espero que todo vaya bien.

Joseph leyó en silencio. Lentamente, se pasó una mano por los ojos.

—Ha muerto mi padre —le informó.

—Cuánto lo siento.

El hombre se retiró respetuosamente. Solo en la buhardilla, la carta caída a sus pies, mi abuelo se rasgó las vestiduras y recitó el *kaddish* del difunto.

# 11

Fania estaba en la cocina preparando *latkes*. Metió una mano húmeda en una bolsa de harina.

—¡Esa Sara Malkah! —farfulló—. ¡Vaya chiflada! ¡Qué *meshuggenah!* Metiendo en líos a toda la familia.

—No es ninguna *meshuggenah* —la contradijo Cobby, ya que era inevitable que discutiesen—. Lo que pasa es que no es feliz. A mí me parece que todo lo hace para llamar la atención.

—Pues hay que decir que lo consigue.

La harina estaba sembrada de gorgojos negros. Fania los veía y no los veía. Frunció el ceño un momento, después echó harina y gorgojos en el aceite hirviente, del que emanaron unos silbidos.

Aquella misma tarde, la loca en cuestión había hecho la visita que tenía programada al piso de Cobby y Fania, donde procuraría no tocar nada para no contaminarse, ni siquiera el pulsador del interfono; se quedó de pie en la estera con los pies separados y el cuerpo en actitud de boxeador profesional, la cabeza embellecida con una peluca plateada y apuntándonos con un terrible dedo índice acusador.

—¡Ladrones! ¡*Goniffs!* ¡*Schnorrerim!*

Yo estaba sentada en el sofá al lado de mi tío y por primera vez desde hacía años me sentí un miembro de la familia de pleno derecho.

Para resumir la cuestión en pocas palabras, se reducía a lo siguiente: ella, Sara Malkah, la hija propecta y pendenciera de mi tía abuela, Hannah Raisl, reclamaba el código por considerar que le pertenecía legítimamente por herencia. En realidad, no había sido nunca de Joseph Shepher, sino propiedad exclusiva de su padre, el desabrido Zweiger.

De hecho, no podía demostrar de forma categórica cómo había ido a parar a manos de Zweiger. Sus reivindicaciones eran como mínimo estafalarias. Zweiger, el gran erudito; Zweiger, el hábil artífice relojero (sabíamos que en realidad no había hecho nunca ningún reloj, sino que sólo los reparaba); Zweiger, el heredero de la inmensa biblioteca de Isaac Raphaelovitch (no es de extrañar que un ignorante como él no supiera que poseía el código). Él heredó la caja y el código tras la muerte de su suegro, el bienaventurado Shalom Shepher.

¿Y por qué se lo dejó a él y no a mi abuelo? La cosa estaba clara para todo el mundo, decía Sara Malkah. Fuera de toda discusión. Reb Shepher no habría dejado nunca una cosa tan preciosa

a un librepensador como aquél, a un sionista.

¡O sea, que él lo había robado!

—¡Pobre mujer! —murmuró Cobby.

—¡Pobre mujer! —repitió Fania con ironía mientras se socarraban los gorgojos.

Ahora los de la televisión estaban interesadísimos. Como Cobby había quedado tan bien en la entrevista radiofónica que le habían hecho, estaba fascinado ante la perspectiva de las cámaras. De hecho, se habría dicho incluso que Sara Malkah estaba preparándose para un papel estelar en el programa de las miniseries que se filmarían basadas en aquellos hechos, y hasta tenía preparada la frase con que se despediría: «¡Nos veremos en los tribunales!».

Se sirvió la cena: formábamos un curioso trío sentados en un extremo de la inmensa mesa familiar, de la que habían desertado camino de América la mayoría de sus satélites, hijos y nietos. Cobby dio cuenta de la sopa con el hambre propia de un campesino, asiendo la cuchara con el puño cerrado, la cara pegada al cuenco; parecía ausente de la tormenta que se estaba gestando ante sus narices.

Yo jugaba con el vaso.

—¿Creéis que el instituto devolverá el códice? —pregunté con cautela.

—¿Que si lo devolverá? ¿A quién?

—A nosotros. A ti. Me refiero a si lo dejarás en el instituto bajo custodia —dije con torpeza.

—Sí, sí, bajo custodia. Probablemente eso sería lo mejor. —Cobby cogió un trozo de pan, lo partió con las dos manos y se metió rudamente la mitad en la boca.

—Tú no comes —me dijo Fania.

—No, no tengo hambre.

—Tienes que comer. Estás muy delgada. Te veo desfallecida.

—¿Por qué voy a estar desfallecida? —dije sonriendo, tensa—. ¿Cuándo te parece que podré ir a verlo? —pregunté a Cobby.

—¿Ir a verlo? ¿Por qué? ¿Es que crees que no existe o qué?

Al tiempo que impedía los intentos de Fania de ponerme un *latke* en el plato, respondí:

—Sí, claro que creo que existe, pero lo que yo preguntaba es si podría echarle una ojeada. Si tú podrías pedirles que me dejaran verlo. Me interesa muchísimo.

Repetí las palabras lentamente, con la impresión de estar atrapada en las espirales de un extraño bucle del tiempo, ya que todo ocurría tal como me lo había temido: la primera petición que había hecho a Cobby había sido barrida de las orillas de su memoria.

—¿Por qué no? Sí, por supuesto. Preguntaré a Shloime. ¿De qué sirve un poco de *protektzia* —soltó una sonrisa burlona y se dio un golpecito en la nariz— si no la utilizas?

—Pero si yo voy a verlo por mi cuenta...

Cobby no me escuchaba; se secó los restos de sopa con un trocito de pan.

—Cobby, ¿crees que me dejarán entrar?

—¿Entrar? Pues claro que te dejarán entrar. Dices que eres sobrina mía. ¡No es Fort Knox!

Suspiré y me tranquilicé, ya que había obtenido la mejor respuesta que podía esperar. Con un poco de suerte, mañana por la mañana mi tío todavía se acordaría de la conversación que acabábamos de tener. Después de cenar nos sentamos a la luz azulada de la pantalla de televisión; mientras Fania trasteaba en la cocina, traté de dirigir los pensamientos de Cobby hacia el asunto que ahora me interesaba realmente; incluso más que el códice. El diario de guerra de mi abuelo,

que yo me había ocupado en traducir, aquel diario abruptamente interrumpido cuando llegó a Petach Tikvah. ¿Sabía Cobby qué había sido de él a partir de entonces?

Mi tío se mostraba vago con respecto al paradero de su padre durante el resto de la guerra. Se sentó en su butaca, se rascó la maleza gris que le cubría el pecho y se lanzó a soltar conjeturas:

—Me parece que se escondió en un granero de Petach Tikvah. ¿O eso fue cuando estuvo en Tel Aviv? —pronunció la última frase a voz en grito dirigiéndose a Fania.

—¿Quién?

—Abba. Durante la guerra.

—Fue al norte con Dizengoff.

—No, no fue al norte.

—¿Cómo quieres que yo sepa adónde fue? ¿Acaso estaba con él?

Se oyó un estrépito de ollas y pucheros procedente de la cocina.

Lo más probable es que se escondiera en algún sitio, que se ganara trabajosamente la vida dando lecciones o trabajando en el campo, que enviara lo que podía a la familia que había abandonado; mientras tanto le llegaban informaciones secretas contradictorias sobre el avance de los británicos que tan pronto alimentaban sus esperanzas como las truncaban de raíz.

—No fue al norte —dijo Cobby—. ¡Vaya tontería! Habría caído en la trampa de las líneas enemigas.

Cobby recordaba los últimos días de la guerra. El ejército turco estaba en desbandada: los soldados desertaban en masa, eran capturados y volvían a escapar. A algunos, para que sirvieran de ejemplo a los demás, los colgaban, pero era imposible ejecutarlos a todos. Allí donde los soldados se quitaban las camisas para despiojarse, los campos quedaban arrasados. Recorrían a trompicones las calles de Jerusalén, muertos de hambre, medio desnudos, implorando un poco de pan.

—*Ekmek, ekmek* —me dijo—. Ésa es la palabra que recuerdo.

Estaba sentado en la butaca y recibía la brisa que entraba por el balcón, las frondas de una palmera plantada en un tiesto le aleteaban en la cara. El lugar habría podido ser Montecarlo si el inequívoco olor a piedra no lo hubiera identificado como Jerusalén; costaba imaginarlo transportado de aquella realidad pasada a ésta. Era viejo como una reliquia desgastada por el mar, con todos los hoyos y las volutas dejados por el tiempo. Intenté imaginármelo de joven. Pensé en la foto suya del álbum, en su cabeza poblada de negros rizos.

Les costaba aceptar que yo me hubiera hecho mayor, que yo fuera ahora dueña de mi vida, no la niña colgada tímidamente del brazo de su padre ni la dolida adolescente que lo llevó a enterrar; el apéndice silencioso de una madre autoritaria cuya única manera de expresarse consistía en cantar, a veces, el Salmo de las Gradass después de la cena. Les costaba aceptar que yo tuviera otras opciones, que me negase a seguir los raíles de la esperanza que siguieron mis padres y sus padres antes que ellos.

—Pero ¿a qué te lleva todo eso? —había preguntado Fania cuando describí mi trabajo académico, mi pasión por los textos, mis largas tardes en la biblioteca—. ¿Para qué sirve? ¿A qué conduce?

Ya había renunciado a la esperanza de convencerla de lo mucho que me gustaba mi trabajo y, además, de que era posible vivir aferrada al presente.

—Nosotros somos los supervivientes de una incertidumbre que no puedes ni imaginar siquiera

—dijo con desdén—. Aun así, siempre hacíamos planes para el futuro.

Me dije para mis adentros que aquello me hacía bien, que aquélla era una de las razones que me habían empujado a venir. Buscaba el vigor de una nueva perspectiva, que alguien disecara mi vida como hacía mi tía en la cocina, con las rosquillas y los arenques. Cada vez comprendía mejor qué había venido a descubrir: la respuesta a la pregunta del porqué estaba yo aquí o qué sucesión de hechos y accidentes me habían conducido hasta ese momento de respiro; quería averiguar si la historia de esos veinte años que yo había ocultado tenía algo que decirme sobre la naturaleza de mi propia existencia.

Sentada debajo de las pinturas rosa y oro de los muros de Jerusalén, volvía las páginas del álbum familiar y examinaba rostros en los que tan pronto veía algo de mí misma como de mi hermano o de mi padre —la pálida forma de los labios, la hosca curva de las cejas—, algunos rostros que podía identificar y otros a los que ni siquiera Cobby sabía poner nombre, ya que su memoria era ahora más nebulosa que sus nublados ojos, más tambaleante que la mano con manchas hepáticas con que sostenía las fotos y las acercaba a la luz para examinarlas más detenidamente. Vi que mi tía Miriam había sido guapa en su juventud, que mi abuela había sufrido con paciencia pero estaba agotada; que tía Shoshanah, con su enfurruñamiento perpetuo, no deliberado sino simple accidente de su fisonomía, parecía siempre introducida en la fotografía como una ocurrencia tardía. Recordaba la pesarosa admonición de mi padre:

—Tenéis que ser amables con Shoshanah: no ha tenido hijos.

Cobby me habló de su trágica muerte sin hijos, de que en su lecho de muerte no había nadie que la llorase.

—Supongo que tú lloraste —le dije con voz vacilante, volviendo la página de Shoshanah porque no quería seguir mirándola a los ojos (nunca había sido muy amable con ella, después de todo). Entonces pensé: «Si la historia es un texto que narra los hechos que ocurren, si es un árbol, ¿termina conmigo esta rama particular de la historia?».

Me costaba aceptar que se habían hecho viejos, que hubieran muerto tantos rostros del pasado y que los vivos se hubieran ido desnudando a través de un proceso constante que ya casi había llegado a su final. Miré a mi tío: estaba de pie junto a la mesa de la luminosa cocina embaldosada de color naranja, la tabla de los quesos con el dibujo de un gallo y su calendario de un laboratorio farmacéutico. Estaba un poco cargado de espaldas, tenía un ligero temblor y una nube en un ojo. Llevaba las gafas reparadas con esparadrapo. Cuando hablaba, oía en su voz la de mi padre.

Me sentí un momento atrapada en un lapso de tiempo eterno y me pareció que en la habitación flotaban sombras y jirones de mi padre: sus gestos, el sonido de su voz, los perfiles que recordaba de su mejilla y su mentón. El contorno de la boca. Fragmentos de mi padre vivían en el hermano que lo había sobrevivido, como yo había imaginado en otro tiempo que vivirían en el hijo que nunca llegué a tener.

Cuando mostré la fotografía de Hannah a mi tío Cobby de manera aparentemente natural, la sostuvo unos minutos con mano temblorosa entre el índice y el pulgar, se subió las gafas a la frente, la examinó de cerca con la mirada de un hombre que atisbara siglos pasados, tiempos tan distantes que estaban casi olvidados: una época de rostros sin nombre como los de un sueño perdido en la memoria.

Su padre regresó cuando los británicos tomaron la ciudad. Un día, mientras jugaba en el patio del piso donde vivía, apareció un desconocido cuyo rostro no lo era. Había estado enfermo y,

cuando el hombre se le acercó para abrazarlo, en un primer momento tuvo miedo, miedo de los *khappers*, de quienes había oído hablar, hombres que venían para llevarse a los niños al ejército ruso. Pero aparecieron enseguida sus hermanos y hermanas, todos gritando y llorando, bailando y cantando de alegría: «¡Ha vuelto nuestro padre!». Y desde aquel día le quedó un reconcomio secreto por no haberlo reconocido, el remordimiento de haber tenido miedo de su padre.

Hacía mucho tiempo que su abuelo, Shalom Shepher —ojalá descansara en paz—, había sido enterrado en el monte de los Olivos. En cuanto a la caja que contenía el precioso códice, mi abuela la guardó en el baúl de la ropa de la colada. No estaban los tiempos para pensar en aquellas cosas. Del baúl de la ropa fue trasladada a un trastero, junto con gran cantidad de cartas antiguas, documentos oficiales y montones de periódicos que, por estar impresos en la lengua santa, mi abuelo no quería tirar. Finalmente metieron la caja en el desván de Kiriath Shoshan, donde permaneció casi setenta años hasta que un día subimos y la abrimos.

Y se desenmarañó la verdad igual que se desenmaraña una malla de punto, con lo que se dio paso a un nuevo presente y a un nuevo pasado.

**Parte tercera**

**Un golpe en la cabeza**



# 1

Soy un número, un apéndice, una nota a pie de página en la historia de la casa Shepher. Una semilla soltada por el pájaro de la diáspora, barrida junto con el sueño del viaje.

Cuando nació mi hermano le pusieron por nombre Reuben Michael a fin de que, cuando fuera mayor, pudiera escoger entre uno y otro. Fue por espacio de trece años el judío Reuben para sus compañeros de escuela; más adelante optó por renacer como Mike. Mike Shepher se peleó con sus padres, huyó a Londres y no se le vio el pelo nunca más.

No cometieron conmigo el mismo error. Me pusieron por nombre Shulamit, a fin de recordarme que no tenía alternativa. Se ocuparon a fondo de mi educación. Asistí nueve años a clases de religión en el Talmud Torá; por eso ahora tengo grabada en el cerebro con el negro mosaico la Biblia hebrea.

Mi padre me enseñó a amar la lengua hebrea. La lengua hebrea era como él: elegante, lógica, concisa. Una palabra parte de una raíz, sólo tres letras, y va creciendo como una planta al pasar a través de siete construcciones: yo rompo, yo hago añicos, estoy destrozado, estoy hecho pedazos, lo rompo todo; doy pie a destruir, me destruyo.

¿Qué otra cosa aprendí? Aprendí que hay que lavar los platos judíos bajo el chorro del agua y que para arar un campo no se pueden uncir juntos un buey y un asno. Estudié las reglas para salar carne de buey y asar hígado, y leí que, si se arranca un miembro a un animal vivo, no se puede comer. También aprendí a cantar con voz, que al decir de la gente era la de un serafín, los salmos que celebran la sagrada Torá y los cánticos que dan la bienvenida a la novia del sabbat.

Yo era la penitencia de mis padres, mi madre me exhibía como enseña de orgullo. Gracias a mí se ganó la aprobación de la comunidad. Comíamos *kneidels*, *kugel* y *kishkes*. En Año Nuevo mojábamos las manzanas en miel. Y algún domingo cogíamos el coche y subíamos hasta la cima de una colina y desde allí divisábamos toda Inglaterra tendida a nuestros pies como un verde centón, un panorama similar al que contempló Moisés desde la cumbre del Nebo: un lugar pintoresco conocido de la gente de la localidad con el nombre de Vista Sorpresa.

El mío era un padre afable, pero de talante melancólico. Trabajaba el día entero en la fábrica, midiendo tableros con sus gruesos dedos. Sus manos de obrero alimentaban la sierra con la madera. Alguna que otra vez me contaba historias al caer la noche porque, cuando llegó a la

mediana edad, recordó las historias de su juventud: la de Sandalfon, el ángel guardián de los pájaros, que se encargaba de formar a los niños en el vientre de su madre, y la de Metatron, autor del Libro de los Secretos y escribano celestial de Dios. La de Moisés, que vio a Dios a través de un claro cristal, y la de Elías, que lo vio a través de un cristal oscuro. Me hablaba de cuán peligrosa era la luz de la luna y también de la resurrección de los muertos. En los fines de semana recorríamos las calles del vecindario, robábamos frambuesas del jardín del señor Mankin, y cañas de bambú del parque municipal. Encontrábamos monedas en las aceras y joyas en las cunetas; dondequiera que íbamos aprendí a conocer los placeres de tener ágiles dedos y buena vista.

Estaba también la educación que adquiriría por omisión. De ésta se encargaba mi madre.

En la escuela nos servíamos de textos de geografía muy antiguos. También era antigua la escuela, al igual que todo cuanto había en ella, incluidos los maestros. En aquellos tiempos era una marca de calidad. Una tarde me llevé a casa el libro de texto para calcar el mapa de la India. (En aquellos tiempos sólo estudiábamos los países del antiguo imperio.) Mi madre buscó el mapa de Oriente Medio y, en lugar de Israel, se tropezó con Palestina.

Mi padre, que había nacido allí, no se turbó, pero mi madre se puso furiosa. Palestina no existía. Aquello era una ocurrencia de los cartógrafos; a lo sumo, un accidente histórico. Los niños que se sirvieran de aquel atlas tendrían una información que podía calificarse de deliberada falsedad.

Mi maestra le dio la explicación de que el libro era antiguo.

Eso a ella la tenía sin cuidado, dijo mi madre. Si tan antiguo era el libro, habría debido decir Judea. El hecho era que aquel libro mentía.

La maestra se refrenó y dijo que plantearía el asunto a la directora de la escuela. La directora escribió diciendo que la escuela sustituiría los libros obsoletos cuando el presupuesto se lo permitiera.

La maestra que daba clases de estudios religiosos no quiso arriesgarse. Llamó al país Tierra Santa. Pero esto no ablandó a mi madre, que calificó la actitud de cobarde.

De hecho, tenía razones personales para sentirse particularmente sensible en relación con el mapamundi, y estas razones tenían que ver con la ciudadanía de mi padre.

Cuando mi padre abandonó Palestina en 1938, aquella tierra estaba bajo la administración burocrática de la Alta Comisión Británica, dispensadora de licencias de betunes para zapatos y carros tirados por asnos; diez años más tarde, con acompañamiento de fuego de artillería y de autobuses bombardeados y danzas en corro, pasó a convertirse en el Estado de Israel. Pero mi padre no era ciudadano de aquel país. En su pasaporte decía «súbdito británico», hecho que lo convertía en extranjero dondequiera que se encontrase. En Gran Bretaña disfrutaba de derecho de residencia gracias a tener mujer e hijos ingleses. Pero él no era británico. Tampoco era israelí, lo que mi madre repetía machaconamente. En todo caso, era palestino, ciudadano de un país que no existía.

Antes de adentrarnos demasiado en la ironía del destino de mi padre, judío y palestino, súbdito del Imperio británico y ciudadano de ninguna parte, recordemos que podía haber vuelto al país que lo vio nacer. Para ello no tenía más que presentar sus credenciales a los amables funcionarios de inmigración del aeropuerto de Lydda, y ya podíamos pasar a ser (después del debido tiempo y tras la adecuada verificación de nuestros orígenes judíos) una familia israelí. En

este sentido, mi padre no era un auténtico palestino; más bien era palestino por defecto. Pero mi padre (¿o tal vez era mi madre?) de momento todavía no se había propuesto emigrar. (Regresó, como ya he dicho, metido en una caja de plomo, aunque eso no desconcertó a las autoridades. Están acostumbradas a que su gente vuelva encerrada en ataúdes.)

Mi padre vivió treinta y cuatro años en Inglaterra. Durante este lapso de tiempo solicitó tres veces la ciudadanía. Recuerdo las contiendas de mi padre con los oficiales británicos de inmigración como una especie de combate de boxeo durante el cual no pudiera encontrar los guantes. Fue repelido tres veces. La primera recibió un puñetazo en el estómago. La segunda, un manotazo en la cara. La tercera, un golpe en la cabeza del que no se recuperó.

Yo no sabía nada del asunto en aquel entonces. No supe nada hasta que tío Saul, ante la mesa de la cocina de Kiriath Shoshan, me lo soltó igual que me había soltado las otras bombas:

—Tu padre no quería a tu madre —me dijo, y añadió después—: ¿Te das cuenta de que ese país, Inglaterra, ese país al que tanto quieres, negó tres veces la ciudadanía a tu padre? ¿Que lo humillaron tres veces: un puñetazo en el estómago, un manotazo en la cara y un golpe en la cabeza, por no hablar de lo que nos hicieron a nosotros aquí, los sufrimientos que nos hicieron pasar hasta que nos vimos obligados a sacarnoslos de encima a bombazos?

Pero ésta es otra historia.

Hasta allí donde llegan mis recuerdos, veo la lata azul y blanca del Fondo Nacional Judío en un estante de mi casa junto al candelabro del sabbat y, enmarcado en la pared de mi dormitorio, un certificado de haber plantado un árbol en las colinas de Judea que no recordaba haber plantado ni contribuido en modo alguno a que lo plantase nadie, salvo quizá con el mero hecho de haber nacido. Yo habría podido informar a cualquier maestra de la localización exacta de Jerusalén, de la cotización exacta de la lira, de la traducción de las líneas aéreas El Al Israel, que representan A la Tierra Prometida *En* alas de águilas, y cien informaciones triviales más que demostraban mis orígenes exóticos, que tanta importancia tenían para mí. Pero el mapa azul y blanco pintado en la lata, que conocía tan bien como mi propia cara, era mi-tierra-pero-no-era-mi-tierra, y el mapa del atlas, la arpía británica hundiéndose sus garras en el océano Atlántico, también era mi-tierra-pero-no-era-mi-tierra: escoger entre las dos ya me era imposible a los diez años. Mi madre me enseñó que el amor a Sion era una virtud, mientras que el amor a Albión estaba impregnado de culpa; pero también ella se encontraba dividida. Su poema favorito era: «¡Oh, estar en Inglaterra!», pero «El año que viene en Jerusalén» era la oración que más la conmovía.

No dejé nunca que olvidáramos que éramos extranjeros en país extraño. Sin embargo, la primera vez que desembarcó en Haifa en el verano de 1954, le repugnó la sordidez y el atraso del Estado judío, y le escandalizó el gran número de árabes que todavía vivían en el país. Fue la mayor contrariedad de su vida, la que nunca se perdonó. Probablemente supo entonces que no emigraría nunca, aun reconociendo que éste habría sido un acto de traición imposible. Mantuvo, pues, el mito de la intención y en el fondo de su corazón vivió alienada. Desde la cumbre de la colina contemplábamos la Vista Sorpresa, y dije a mi madre:

—¡Qué hermoso!

Y ella, con las escasas palabras del poco hebreo que llegó a dominar en su vida, me replicó:

—*Aval zeh lo shelanu*. Pero eso no es nuestro.

Vivimos siempre a punto de partir, aplazando la vida hasta el verano siguiente o el que le sucedería, en tanto que aquellos que en apariencia eran más valientes o más ricos o (¿los había?)

más comprometidos que nosotros, arrancaban las estaquillas de sus tiendas, ensillaban sus camellos y se iban camino de la Tierra Prometida.

Cierta vez, mi padre concibió un proyecto: ir al Néguev y dedicarse a cultivar tomates. Se compró un libro sobre tomates y esperó a que se presentara el momento propicio. Pero pasaba el tiempo y él no iba al Néguev. Pasaba el tiempo y los métodos utilizados en el cultivo de los tomates iban cambiando. Una noche, sentado a la mesa de la cocina con mi madre, ésta le dijo:

—Aquel proyecto que tenías, lo de plantar tomates en el Néguev, no piensas llevarlo a la práctica, ¿verdad?

Y mi padre le sonrió y dijo:

—El hombre tiene que soñar.

Mi padre no tardó en morir con su sueño intacto. Voló encerrado en un ataúd de plomo a la tierra de Israel. Cinco años después murió también mi madre y la enterraron a su lado, en la colina del Descanso, en las afueras de Jerusalén.

## 2

Estoy atravesando Tel Aviv en taxi una tarde húmeda y pesada que amenaza lluvia, circulo por amplias avenidas, estrechos callejones ahogados por los gases y por el tráfico. Nos abrimos camino a través de pasajes, nos colamos entre los postes, pasamos por interminables hileras de edificios de apartamentos, pequeñas boticas, tiendas de comestibles con todo un revoltijo de mercancías, modestas tiendas de aparatos eléctricos. Pasamos junto a descampados, zonas inundadas de maleza, coches de desecho, chabolas; junto a centros comerciales nuevos adornados con imágenes de estrellas de Hollywood. El conductor es rubio y está sudoroso; se sirve de varios teléfonos. Conduce con un dedo. Nos hemos perdido.

—Calle de la Montaña, junto a la calle del Milagro. En lo alto de la colina, junto a la torre de la televisión.

No ha oído hablar en su vida de la calle del Milagro, pero eso es algo que no confesaría a nadie. Confía en el dedo. Tiene un dedo con mucho pundonor.

Ésta es la ciudad que levantaron los sionistas sobre cimientos de arena y que se ha convertido en lo que es: una maraña de callejones sin salida y de calles de una sola dirección, barreras inesperadas e intempestivas aceras. Un laberinto concebido para despistar al visitante. Una ciudad que empezó como un sueño y fue densificándose igual que una jungla, que comenzó siendo blanca y que ahora se ha vuelto de un gris uniforme. Las blancas visiones del sueño se han oscurecido con la sal, la humedad caliente suspendida en el aire contaminado; latigazos de aire en el fragor del tráfico y de la agitación, sirenas, bocinas y latidos de los corazones de cientos de miles de seres vivos.

Tel Aviv no es como Jerusalén. Aquí no se construyeron templos. Aquí no vendrá ningún mesías. En todos los paisajes que nos muestra la historia no se ven más que dunas.

En Jerusalén, las noches son frescas; las noches en Tel Aviv son cálidas y están mojadas de sudor. El aire de Jerusalén está impregnado de pino y especias; el aire de Tel Aviv lo está de alquitrán y arena.

Una vez eres jerosolimitano, lo eres de por vida. Pero son muchos los jerosolimitanos que se van a Tel Aviv. Si yo viviera aquí, no sabría elegir entre las dos ciudades. Mi alma pertenecería a Jerusalén, mi cuerpo a Tel Aviv.

El conductor se ha perdido, pero no querrá reconocerlo. Sólo después de haber girado y hecho un barrido en tres direcciones, se vuelve hacia mí y, con sonrisa de conejo, me mira por encima del hombro, pulsa un botón del taxímetro y me anuncia:

—Lo paro.

Estamos arriba, en lo alto de la ciudad. Muy por debajo de nosotros van encendiéndose luces a lo largo del paseo. En el límite superior de los edificios altos se iluminan algunas balizas. La orilla del mar, ahora negro, se adorna con guirnaldas luminosas. Toda la ciudad centellea en un carnaval perpetuo, baila en el borde del abismo líquido. El conductor, lleno de fe, me hace dar vueltas en círculo, enfiar callejones sin salida, caminos sin pavimentar, cuestas que terminan en tres señales de prohibido el paso.

Levanta las manos y exclama:

—De aquí no hay quien salga. Puede bajar, si quiere.

Le pago la carrera y, soltando una carcajada, subo corriendo el último trecho del jardín que ya se está llenando de sombras. Mi tía me saluda en la puerta: un abrazo emocionado que nos deja sin aliento a las dos.

—¡Shula! ¡Mi pequeña Shula! ¿De veras eres tú?

Nos quedamos mirándonos frente a frente y comprobamos que han pasado los años para las dos.

La vivienda es fresca y espaciosa, tal como la recuerdo, llena de plantas y de cristal, de cerámica de arcilla y de maderas africanas. Tiene un pórtico con hiedra colgante y una ventana que da a un mar con fulgurantes destellos. Un viejo televisor que rara vez funciona y un piano muy ornamentado que nadie toca nunca. Innumerables objetos, muchos cachivaches, recuerdos curiosos. Toda una pared cubierta de libros de todo tipo y tamaño: álbumes, catálogos, enciclopedias, antiguos diccionarios y compendios, poesía y novelas de aeropuerto, volúmenes de promoción y maltrechos libros de bolsillo, la biografía de Picasso y el Libro Rojo del presidente Mao.

Las paredes están cubiertas de cuadros que no había visto antes, pinturas geométricas vibrantes y llenas de colorido, paisajes tan estilizados que son casi abstractos. Un alegre batiburrillo de experimentos. Mi tía Miriam siempre había querido pintar, pero se casó, tuvo hijos, fue maestra de escuela. Sus ambiciones fueron disolviéndose en el pasado. Una vez viuda, había recuperado su primer amor y se había convertido en artista.

La ventana del porche está abierta, y adivino que abajo, en algún lugar, se encuentra el mar abierto, oculto ahora por altos edificios que van proliferando un año tras otro; pero el aliento del mar está en el aire que sopla muy suavemente de un extremo a otro de la casa, desde la galería abierta hasta la ventana abierta de la cocina, que, sobre los suburbios de la ciudad, se asoma a las lejanas colinas.

Vuelvo a sentarme en el acogedor rincón de la cocina, mientras ella se mueve de aquí para allá, de la alacena a los fogones y de nuevo a la alacena, igual que un poni shetland, vestida con sus pantalones holgados y sus zapatos de suela gruesa y la característica coleta balanceándose en su espalda; y mientras trastea con varios pucheros abollados, observo las baldosas con burritos que recuerdo todavía y el estante más alto, en el que mi difunto tío tenía las botellas de aguardiente de cereza y otros licores, que ella ahora desempolva meticulosamente año tras año.

—¿Y qué hay del código? Mi prima, Sara Malkah, no para de telefonearme diciéndome que es

suyo y que mi padre se lo robó. —Me da un golpecito en el hombro—. ¿Qué has descubierto, Shula? ¡Dime!

Mi tía Miriam se ha hecho vieja, pero todavía conserva un resto de energía inquisitiva, concentrada y tensa, que le hace avanzar ligeramente la cabeza, fruncir el ceño movida por la intensidad del interés: alerta como un pájaro, pero mucho más intelectual que un pájaro. Incluso su sonrisa es toda frunces; se le extiende desde las comisuras de los labios y ondea hasta la frente en centenares de pliegues.

—Y dime, Shula, ¿todavía cantas?

—No, ya no canto.

La mesa se ha llenado de comida: aceitunas y encurtidos, *hummus* y ensalada turca, queso blanco salado y pan con semillas de adormidera, diferentes platos a base de berenjena y pollo aderezado con azúcar y vinagre. Yo como. Miriam observa en su plato medio tomate muy hermoso que no llega a tocar. Mientras habla va bebiendo a pequeños sorbos de una taza de agua caliente.

Era la hermana favorita de mi padre. Lo veo a él en sus rasgos afables, ligeramente simiescos; tiene una manera de ponerse de pie, a veces, que es exactamente la misma de mi padre. Veo el fantasma de él en todos los gestos de ella, esa manera que tiene un hermano de vivir indefinidamente en una hermana o una madre en un hijo.

—¿Y a ti cómo te va la vida? ¿Qué haces actualmente?

Le sonrío. Ella es la única persona de la familia con quien puedo hablar, a la que puedo confiarle mis secretos, hablarle de corazón a corazón. A ella le gustará y le divertirá saber que, a mi manera, he seguido las huellas de la familia, me he convertido en inquilina de la biblioteca y en adicta a los textos: exploto hasta el fondo nuestra inclinación natural a verificar hechos y minucias. De haber vivido en una generación anterior, de haber tenido diferente piel, podría haber sido correctora de manuscritos o escriba; ahora soy un equivalente secular y utilizo mis ojos de lince para detectar claves y errores.

Admiro su biblioteca y le hablo de la mía. Poseo una Biblia holandesa del siglo xvii, le digo, la joya de mi colección, con molinos de viento, un león que porta un sable y un fragmento de hebreo expurgado en el frontispicio. Tengo una primera edición de Bialik, que encontré en Internet. Tengo libros en mi casa de Inglaterra, que echaría de menos como a hijos si me ausentara mucho tiempo. También le hablo de mi labor académica, de mi titubeante carrera; de mi incesante búsqueda de la Escritura prístina. Miriam contempla ávidamente mi entusiasmo.

—O sea, que tu llegada es muy oportuna —observa mi tía.

Estoy a punto de revelarles mi encuentro con Ben Gibreel, pero me detengo en el momento justo de confesárselo. Pero es que en ese momento me siento conchabada, arrastrada por el secreto de un contubernio que apenas acaba de ponerse en marcha.

En lugar de hablar, me meto la mano en el bolsillo y, sin decir palabra, dejo la foto de Hannah sobre la mesa. Cogida momentáneamente por sorpresa, la escruta y la coge.

—¿De dónde la has sacado?

—Del álbum de la familia. ¿Sabes quién es?

Manipula la foto como si de un artefacto se tratara; la mirada que le dirige es todavía más penetrante.

—Es Hannah —replica, y sonrío tristemente—. Estuvo a punto de casarse con tu padre.

### 3

En esa historia mítica he llamado Amnon a mi padre porque, en la Biblia, Amnón obedeció la voz de su deseo y, así que lo satisfizo, dejó de desear. Mi padre también obedeció la voz de su deseo, y el deseo se mofó de él, hasta que llegó un momento en que todo lo que catava le sabía a ceniza.

Cuando todavía era niño se forjó el adulto en que se convertiría. Tenía una boca grande, unos labios descoloridos de piel frágil; en invierno se le abría una grieta en el centro del labio inferior. Cuando le ocurría, no paraba un momento de hurgarse el labio, de tirar de él y de oprimirse hasta que le brotaba sangre carmesí. Solía hacerlo en la cama, por eso dejaba besos rojos en la almohada. Jamás había dudas sobre cuál de las almohadas era la suya. A veces, si conseguía tenerse quieto, se le formaba una gota de sangre seca en el labio que asqueaba a sus hermanos y hermanas.

Entre sus habilidades figuraban la de volverse los párpados del revés, bostezar teniendo comida en la boca y fingir verrugas en la cara con ayuda de chicle y cabello.

Era muy consciente de sus orejas. Como a sus hermanos, le sobresalían igual que las asas de una jarra, casi en ángulo recto. Se pasó años tratando inútilmente de aplanárselas. Dormía de lado o se las sujetaba con cintas y chicle. Pero todo era inútil. Finalmente, con el paso de los años, experimentaron cierta modificación —la forma de la cabeza o la de las orejas— y acabaron aplanándose un poco aunque sin llegar a un resultado extraordinario. De todos modos, sus orejas fueron la maldición de su juventud.

La nariz, en cambio, lo traicionó en las postrimerías de su vida. No destacaba especialmente, pero sin ser la de una estatua griega o romana podía decirse de ella que era una nariz muy aceptable. Sin embargo, se le fue dilatando con los años, le asomaron en las ventanas unas cerdas negras y en la parte superior de la misma le apareció toda una constelación de poros abiertos. Como decía él mismo, su nariz era una patata de premio. Pero por muchas que fueran las bromas que hacía con su nariz, la transformación que había sufrido lo mortificaba sobremanera.

Cuando mi padre tenía cinco años recibió un golpe en la cabeza que por poco lo mata. Según afirmaba la leyenda familiar, había sobrevivido poco menos que por milagro.

En esa época, la familia vivía en un piso de la calle Jaffa. Era un piso cuadrado que recordaba



los cuarteles del Ejército; a él se accedía a través de una especie de túnel que por la noche se cerraba con llave. El edificio era una fortaleza con una galería alta que recorría toda la parte superior a la manera de balconcillo. De los pisos superiores se bajaba a través de escalones sostenidos por contrafuertes de piedra. En una esquina había una minúscula sinagoga. En el patio, un excusado y un pozo.

Mis abuelos alquilaron un apartamento de dos habitaciones en el piso más alto del edificio: una, aislada por medio de una cortina, estaba destinada a los hijos. La otra hacía las veces de salón, comedor y estudio; los padres dormían en un sofá cama de la misma.

Mi abuela cocinaba en la galería tanto en invierno como en verano. Tenía el agua de uso doméstico en una vieja tinaja de piedra. Tendía la ropa de la colada de un lado a otro de la calle; a veces, los camellos, al pasar, se la tiraban al suelo. La lavaba con jabón amarillo de Nablus.

Los niños que subían hasta la sinagoga en las mañanas de invierno asaban patatas en las brasas casi apagadas del fogón. Después se las guardaban en los bolsillos y se las llevaban a la escuela El Árbol de la Vida, al otro lado la calle Jaffa.

Corría el mes de noviembre, el de las lluvias torrenciales. La calle donde se levantaba el edificio se convertía en río. En la superficie de la calle Jaffa estallaban las burbujas. En los callejones estrechos se formaban canales y *wadis*. El patio del edificio estaba lleno de charcos.

Mi abuela estaba preparando *cholent* en la galería. Mi padre estaba ocupado en el balcón de la parte de atrás. Intentaba sacar agua del desagüe que se había atascado, sirviéndose para ello de una caja vieja atada a un cordel. Como el cordel no era muy largo, fue a buscar un taburete, se inclinó sobre la baranda y cayó sin exhalar ni un grito.

Lo encontró Silber, el estudiante. Vivía en el piso situado debajo del de mis abuelos, un sótano de una sola habitación: era soltero, muy estudioso y moriría de tuberculosis a la edad de treinta y seis años. Pese a ser una persona totalmente inofensiva, no gozaba de las simpatías de los inquilinos, especialmente por su costumbre de permanecer largas horas en el único retrete del edificio leyendo el *Yiddische Zeitung*. Pese a que los niños arrojaban piedras a la puerta, los ignoraba y salía cuando se le antojaba, imperturbable, alisando las páginas del *Zeitung* con gesto sinuoso.

Volvía de la compra cuando encontró a mi padre, su preciosa sangre vital escurriéndose desagüe abajo. Su primer impulso fue detener la hemorragia. Hundió, pues, el puño en la bolsa del café y taponó la herida con temblorosos puñados; seguidamente levantó al inconsciente y, cargado con él, corrió con sus largas piernas hasta el hospital de las Puertas Justicieras.

No había esperanza de que mi padre se recuperara. Se había fracturado el cráneo y tenía el cerebro al descubierto. El café se había mezclado con la sangre para formar una pasta que, al endurecerse, se había convertido en una corteza negra y pegajosa que se solidificó y transformó en fragante escudo frente a la herida, un escudo que los médicos no podían retirar sin causar mayores traumas al cerebro. El café produjo a su vez una infección que prolongó tres días el delirio de mi padre; durante estos días, Silber estuvo leyendo el *Zeitung* junto a su cama.

Pese a todo, al cabo de una semana emergió del delirio gritando: «¡Milagro!». Su milagrosa recuperación le abrió paso a una vida diferente. Y la cicatriz de la frente persistió como marca del milagro, imagen siniestra del hilo del que pendía su existencia.

Cuando era muy pequeño, su madre lo vestía de marinerito inglés con pantalones cortos y peto abotonado; más adelante pasó a llevar chaqueta Norfolk con su camisa provista de cuello blanco

de pajarita, pantalones bombachos, medias negras y zapatos de cuero grueso. Llevaba siempre los bolsillos abultados, atiborrados de majaderías: un silbato de hojalata, un puñado de caramelos robados en el mercado, canicas, un rabo de cordero, un escarabajo muerto envuelto en el papel del bocadillo. Robaba únicamente lo que crecía de forma natural o no estaba vigilado, todo lo que no reclamaba nadie se convertía en objeto de su cleptomanía. Robaba flores para su madre en los jardines búkaros e higos y ciruelas en las mismas narices de los árabes que los guardaban. Era un capo para los chicos de su generación: él dirimía las disputas y exigía fidelidad a cambio, compraba caramelos con el dinero del almuerzo y los vendía a un precio más alto durante las clases. Era jugador: recogía apuestas en juegos de canicas y carreras de cucarachas, y cada verano organizaba un gran torneo centrado en el vuelo de las abejas. Más adelante, cuando su situación fue más desahogada, empezó a cobrar intereses por los préstamos. Encargaba clásicos en yidis por correo: *Viaje al centro de la Tierra*, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Tevye, el lechero* y *El jorobado de Notre Dame*. Los tenía guardados en un armario cerrado con llave y los alquilaba a razón de un grush por semana.

A partir de los cinco años frecuentó la escuela El Árbol de la Vida, donde el rabino marcaba el ritmo de la liturgia con una vara nudosa que descargaba regularmente en los nudillos de los niños. Se pasaba la mañana vigilando el desplazamiento de la sombra en el reloj de sol de la alta Casa del Reloj, situada enfrente de la escuela El Árbol de la Vida, así como las manecillas de los dos relojes, una con la hora árabe y la otra con la europea, las dos midiendo lentamente las horas de su encarcelamiento. Cualquiera que fuese la hora en que los mirase, los dos relojes nunca estaban de acuerdo. El rabino dirigía la clase; los niños repetían musicalmente: «*El-meleche ne'eman!*». «¡Dios-fiel-rey!» Hasta que la liturgia se les grababa en el alma como los nombres que figuraban en los antiguos tableros donde estaban sentados.

A los nueve años tuvo una discusión con el rabino. Censuró a Jacob por engañar a Esaú con respecto a su derecho de primogenitura, y a Dios por aprobar el engaño. El rabino, furioso, lo envió a casa, donde se pasó la tarde ayudando a su madre a hacer fideos. Cuando al día siguiente volvió a la escuela, el rabino le dijo que se disculpara.

—¡Dios fue un embustero! —repitió el niño—. ¡Lo repito y no pienso disculparme!

Entonces el maestro lo encerró una hora en el armario de las escobas, donde, sumido en aquella oscuridad queapestaba a trapos, perdió la fe.

Después de aquello se entregó a la blasfemia desmedida para edificación de sus compañeros: componía escabrosos versos basados en la liturgia, la *Shema* dicha al revés a desatada velocidad, escribía el nombre de Dios en un pedazo de papel y lo rasgaba después esperando que la ira divina se desatase sobre él. Cuando perdió la fe solía hacer a menudo esas cosas en presencia de testigos y, según decían, seguía esperando.

Con todo, la familia no era rigurosamente ortodoxa: los varones llevaban tirabuzones cortos, un tupé mínimo que apenas podía advertirse y, en lugar del gorro de oración, llevaban la *casquette*, o sea, una gorra con visera. Aunque mi abuelo observaba los mandamientos, no interfería en las opiniones de sus hijos, si bien esperaba de ellos que respetaran el sabbat. Dejaba que los sábados, después de las ceremonias, fueran a ver a sus amigos, si bien no tenía ni idea de que Cobby se escabullía para asistir a una reunión de la Juventud Socialista ni de que Amnon iba corriendo hasta Beit HaKerem, arrojaba la *casquette* al aire y jugaba al fútbol con los paganos.

Cuando mi padre tenía doce años, se mudaron a la nueva casa de Kiriath Shoshan. A partir de

entonces, los niños tenían que recorrer el kilómetro y medio de terreno pedregoso desde la escuela hasta el nuevo barrio, pasar por el depósito de cadáveres del hospital de las Puertas Justicieras, donde los muertos yacían en la oscuridad, e iluminar el camino con una vela hincada en una monda de naranja. En verano la tierra estaba poblada de serpientes y escorpiones; en primavera, sobrevenía una efímera oleada de flores. Conocían todas las plantas: ciclámenes, anémonas, cardos lecheros, mandrágoras.

Por la noche, mi padre hacía compañía al vigilante nocturno hasta la madrugada; volvía a casa aterido y se metía en la cama que compartía con Saul, se arrebujaba debajo del edredón y se reservaba la zona más caliente, con lo que dejaba al otro, flacucho, tiritando. A la mañana siguiente, tras explorar entre las sábanas, hacía una lectura furtiva de los últimos versos de Saul.

El verano en que cumplió los dieciocho años hizo su primer viaje en solitario a Tel Aviv y bajó de las colinas a la llanura en el viejo y renqueante autobús con la mirada fija tan pronto en el paisaje extraño como en el inevitable letrero: No fumar ni escupir. Erró como un turista entre los blancos edificios. Recorrió el paseo marítimo y admiró el Casino, con sus toldos a rayas y sus dos enseñas redondas, como curiosos molinos de viento, encaramadas en lo alto de la balaustrada moruna. Atisbando a través de la valla divisoria que separaba la playa de hombres de la de mujeres, espió a las orondas *yekkes* y a las flacas yemenitas, a las gordas *ballebustahs* sentadas en la arena con sus medias de color marrón. Como no se le había presentado nunca la oportunidad de aprender a nadar, se paseó por la playa con zapatos y contempló, como buen jerosolimitano acostumbrado a verse rodeado de tierra, la visión azul del mar con sus distantes promesas.

Había terminado sus estudios secundarios, pero en el diploma escrito a mano que le otorgaba un alfa más en Talmud y un alfa en Literatura, constaba, inexplicablemente, una beta menos en Biología, y dado que la Biología era su asignatura favorita, aquel resultado supuso un revés terrible para él. Sus planes se tambalearon, vaciló su confianza. Por mucho que le dijeran su padre o su madre, nada podía consolarlo. Todo su futuro parecía zozobrar en torno al eje de aquel beta menos.

Aquel invierno viajó a Tiberíades y pasó un frígido interludio de tres semanas en el piso de soltero de Saul, un cuchitril tan desolador que hasta las paredes lloraban. Estaba en lo alto de un edificio donde pululaban las cucarachas y los gatos errabundos. La puerta de Saul era identificable gracias a la profunda concavidad que se apreciaba en la misma, causada por sus inquilinos sucesivos, quienes habían descubierto que, como tenía las jambas combadas, sólo podía abrirse pegándole un puntapié. En la planta baja, junto a la entrada, la propietaria se pasaba el día al acecho armada con una apestosa fregona; así que veía pasar a los dos hermanos, les recordaba:

—Esa puerta la vais a pagar.

La visita tenía por objeto un intento de reconciliación entre los hermanos, pero puesto que ninguno de los dos reconocía que existiera motivo para reconciliarse, no sirvió para otra cosa que para confirmar la fría relación existente. De vez en cuando jugaban a las damas, pero las partidas eran tan envenenadas y la rivalidad que se establecía tan sutil que difícilmente habrían podido calificarse de entretenimiento. Por las tardes, Saul trabajaba con la cabeza inclinada sobre un desordenado montón de ejercicios escolares. Amnon iba a caminar junto a la orilla del mar de Galilea. El agua lo llenaba de una extraña calma mesmérica: por primera vez comprendió que a su hermano lo hubiera hechizado aquella ciudad.

Regresó a Jerusalén, pero ya le era imposible soportar el embrutecedor ambiente de Kiriath Shoshan, aquella quietud que reinaba todo el día en las calles, y también a su padre, que con su portentosa actividad concentraba en su persona toda la energía de la casa. Tumbado en el sofá del salón, leía el periódico; a través de la puerta abierta del porche le llegaban los sonidos y el silencio de Kiriath Shoshan: las voces de los niños, el cascabeleo de los cencerros del ganado. El sitio era igual que siempre: siempre la misma concurrencia congregada fuera de la sinagoga, el murmullo de oraciones distantes; el aire impregnado de religión. Dormir y abstraerse era la única respuesta. El periódico y el sofá le pertenecían, una balsa en la que huía flotando; estaba incomunicado.

Cuando por la tarde abría los ojos, se encontraba a su padre de pie mirándolo con tristeza o sentado ante la gran mesa, ocupado en su correspondencia, y entonces se le hacía muy evidente, por el rasgueo de la pluma, el implícito reproche; pero él seguía tumbado, inmovible, reacio incluso a respirar, con un peso de plomo en la cabeza. Ni su padre decía nada, ni él decía nada tampoco. Las palabras quedaban en suspenso entre los dos, no menos expresivas por no dichas.

—Dime, pues, *nu*, ¿qué piensas hacer de tu vida?

—Aquí no hay nada para mí. No hay oportunidades.

—No me hables de oportunidades. Bien que las tuviste hace un año y las dejaste pasar.

Se dio un paseo por la Ciudad Antigua y se entretuvo en la puerta de Jaffa observando a los porteadores árabes que esperaban la carga o la levantaban ayudándose de una gruesa faja sujeta en la frente, doblado el cuerpo por la mitad bajo el enorme peso. Pensó entonces que le habría gustado ser porteador, escoger la carga que llevaría entre las que le propusieran. Y pensó que hasta un porteador podía escoger la carga, pero que él no podía decidir con qué peso quería cargar.

Supo entonces que su infancia había terminado realmente, que había llegado la hora de iniciar una nueva fase de su vida. Así pues, recogió sus escasas pertenencias y abandonó Jerusalén montado en el autobús, camino de Tel Aviv.

## 4

Esta mañana he vuelto a verlo. Estaba detrás de mí, en la cola que se forma en la caja: una anomalía con caftán plateado y un nimbo, bajo la lámpara fluorescente del Supersol.

He tenido la clara impresión de que me seguía.

Había sido raro encontrármelo en aquel centelleante supermercado, que, aterrizando como una nave que viniera del espacio exterior, había borrado casi el recuerdo de la que fuera en otro tiempo la famosa tienda de ultramarinos de Kneller. Me acordaba de aquella tienda de los tiempos de mi primera infancia: llena de caramelos, latas misteriosas y cajas polvorientas, los estantes superiores recorridos por tarros de encurtidos de preparación industrial, su propietario encorvado en actitud adusta detrás de la caja, leyendo de reojo el inevitable *Daily Post* y escuchando simultáneamente las noticias de la radio o inclinado sobre un maltrecho volumen del *Talmud Bavli*. Si no veías lo que querías, el hombre desaparecía en una misteriosa trastienda, una especie de cueva de Aladino de la que no salía con lo que habías pedido exactamente sino con algo tan parecido que no te atrevías a rechazarlo: era lo que tú querías, pero distorsionado por el sueño. Más tarde, cuando fue haciéndose viejo y frágil, contrató a una sucesión de chicos y chicas que se encargaban del trabajo pesado de la tienda, uno de los cuales estaba normalmente en la trastienda ordenando la mercancía de acuerdo con un plan estricto. Solía alargar los créditos más allá de lo razonable y guardaba durante años las existencias en vías de descomposición, pese a lo cual mantuvo el negocio en marcha más de cuatro décadas. Su tienda, con un único ventilador de baja energía instalado en el techo y su olor a pan rancio y a vainilla, era un foco y un hito en Kiriath Shoshan, tanto para los niños, con sus incursiones en busca de caramelos cuando iban camino de casa al salir de la escuela, como para las mujeres que acudían a aprovisionarse a diario a la tienda con sus cestas, como para los hombres, que se entretenían hablando con Kneller sobre asuntos de la comunidad debido a su cargo de tesorero de la sinagoga Tienda de José.

Bien es verdad que en años posteriores la gente de la localidad frecuentaba su tienda más por fidelidad que por necesidad. Al entrar en su aromático interior tenían la sensación de verse transportados a un fragante pasado. En realidad, era más verdad de lo que sospechaba, ya que los estantes estaban llenos de artefactos históricos, empezando por el propio Kneller, que era una reliquia de considerable antigüedad. Todos los años, en nuestras visitas, mi padre oía rumores

infundados sobre su muerte. Decía, por ejemplo, a mi tía:

—Siento mucho lo de la muerte de Kneller.

—¿La muerte de Kneller? —exclamaba ella—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa? Ayer, sin ir más lejos, lo vi en la puerta de la sinagoga.

Y por supuesto, Kneller seguía vivo. Esa noticia fue un galimatías que se prolongó una década o más: el viejo sobrevivió años a su primera muerte sin llegar nunca a sospechar la frecuencia con que había salido de la tumba hasta que vino un verano en que mi tía anunció:

—Siento decirte que ahora Kneller ha muerto de veras.

También su tienda había desaparecido, sustituida por un supermercado anónimo de bruñidos estantes con dos cajas dominadas por unas chicas que mascaban chicle mientras iban cobrando.

Ya en la acera, mi amigo se me ha acercado, siguiéndome el paso mientras yo enfilaba rápidamente la calle Rabino Kook. Las nítidas sombras de mediodía destellaban una tras otra sobre nosotros.

—No es mi intención perseguirla —dijo—, sólo que... —soltó una risita nerviosa—, usted es la única persona a la que puedo dirigirme.

Levanté una ceja y lo miré de reojo. No tenía problema para seguirme. Había que reconocerle que estaba muy en forma para ser un estudioso de materias religiosas.

—Usted es diferente de los demás —añadió.

—Sí —dije—. Soy diferente. No soy de aquí.

—En esto somos iguales. Yo también soy forastero.

Seguí caminando y moví negativamente la cabeza.

—Pero yo soy forastera de otro tipo.

—¿Cómo lo sabe? No sabe nada de mí.

—Ni usted de mí.

—No lo niego. Pero el problema de usted —declaró— es que juzga por las apariencias.

Me paré y lo miré largamente. Sonreía con afabilidad; le brillaban los ojos. Los rizos del cabello, agitados levemente por la brisa, le brillaban a uno y otro lado de la cara. Yo sabía que, en cierto modo, estaba cayendo en una trampa.

—Usted es religioso. Yo no —dije—. Hasta aquí es algo que podemos deducir por las apariencias.

Como seguía sonriendo, proseguí mi razonamiento.

—Usted es religioso —dije de forma temeraria— y yo no soy religiosa. Yo diría que esto es algo muy evidente.

—No somos tan diferentes como usted piensa.

—Más diferentes de lo que usted parece pensar.

—Usted no es persona ajena a la religión.

—¡Ah!

—Y los dos estamos solos.

—Yo estoy sola. Usted no está solo. Tiene detrás toda... la organización. En cualquier caso —añadí—, yo me encuentro muy bien estando sola.

—No he dicho lo contrario. En cuanto a mí... —intervino con cautela y dijo después—: Yo estoy solo de una manera completamente diferente.

No me moví del sitio, me apoyé en la pared debajo de un turbinto. Vagaba en el aire un

temprano calor primaveral, un olor a polvo caliente y el ruido de una aspiradora que salía por las ventanas de un piso vecino; disfrutaba de aquella conversación hasta lo más profundo de mi corazón.

—Le gusta discutir —dijo.

—En realidad, odio las discusiones. —Hice una pausa; sonreímos los dos—. De veras que no entiendo qué quiere usted de mí.

—Sólo que me ayude —vaciló—. Que colabore conmigo. Que colabore amigablemente, si es posible. De veras que necesito ver el código.

—¡Uf!

—*Gveret* Shepher... Shulamit. ¿Me autoriza a que la llame Shulamit? Te figuras que quiero tenderte una trampa. Te figuras que quiero ganarme tu amistad para conseguir mis objetivos. Es verdad. No lo niego. Pero te encuentro una persona muy interesante.

—Está en el instituto. Fuera de mi alcance.

Se quedó pensativo mientras se recorría con el índice de la mano derecha el labio superior en la actitud de un estudiante enfrascado en la Mesná. Sentí un estremecimiento cuya razón no pude explicarme. Con los ojos clavados en la acera, me preguntó:

—¿Sabes qué dice el colofón?

Levantó los ojos y los fijó en mí con una mirada realmente inquietante.

Me eché a reír.

—Es un cuento de hadas —dije.

—¿Por qué un cuento de hadas? ¿Es que no crees en nada? —Abrió las manos con aire de impaciencia—. Tu código, o como quieras llamarlo, es propiedad legítima de la tribu de Dan.

No pude evitar una mueca fruto del desconcierto.

—Sí, pero es un fraude, ¿verdad? Una historia urdida. Eso piensa el profesor.

—Un profesor muy raro, puesto que no se fía siquiera de lo que ven sus ojos.

—Bien al contrario, un profesor con todas las de la ley. —Me aparté con decisión del muro y seguí andando—. A propósito, ¿cómo es que sabes tantas cosas?

No contestó; se rezagaba. Me volví.

—No he querido ofenderte.

—No pasa nada. —Me dirigió una sonrisa dolida—. De veras. Pero he pensado que mejor mantenerme lejos de la casa.

Indicó la casa de una planta, situada unos metros más adelante.

—¡Ah!

—Hasta la vista —dijo en tono irónico y, sin esperar respuesta, se alejó a grandes zancadas asiendo con fuerza la bolsa a rayas con las provisiones del supermercado.

## 5

Jerusalén, La Ciudad Santa,  
17 cheshvan

¡Nuestro querido hijo!

Recibimos tu carta del 1 de noviembre. Te damos nuestra bendición por el nombramiento del cargo de maestro de Hebreo y Aritmética, que tendrás que desempeñar con gran empeño, además progresar con éxito en él a fin de poder encontrar a partir de aquí tu camino en la vida a fin de que comporte una satisfacción para tus padres. Sin duda que a tus ojos es un humilde comienzo, pero no olvides que tu padre empezó también a partir de esta humilde posición, ya que como está escrito: «Y que ellos no se avergüencen por mi causa ni que yo me avergüence de ellos por su causa». Y nosotros decimos, amén.

Al recibir tu carta, abrimos una carpeta especial para ti, la tercera que hemos tenido ocasión de abrir hasta ahora. Hemos guardado en ella tu carta y una copia de la presente, nuestra respuesta a la tuya. Las dos primeras carpetas ya están muy abultadas. Procura que la tuya no se quede atrás. Se precisará para ello cierto esfuerzo por tu parte, ya que ahora no soy joven como antes y no escribiré todas las semanas como solía hacer anteriormente aunque no recibiera respuesta de mis hijos; por eso la carpeta se llenaba sobre todo con mis cartas. Ahora sólo responderé las cartas que reciba.

Por supuesto que habrá que tener en cuenta otro factor importante: me refiero al contenido de las cartas. Éstas deben contener exclusivamente buenas y alegres noticias. Tal vez sea algo difícil de conseguir, sobre todo por la tendencia observada a menudo hacia la melancolía y el descontento; pese a todo, espero que así ocurra.

Aquí, todo bien. Toda la familia te envía sus más calurosos saludos.

Bendiciones de tu madre y de tu padre,

Joseph

P.S.: Escribe y cuéntanos cómo te van las cosas.



Jesuralén, LCS, 8 nisan

¡Nuestro querido hijo!

Hemos leído con interés que has presentado una solicitud para el cargo de inspector sanitario de alimentos al Departamento Municipal de Salud. Ciertamente que el puesto tiene importancia, pero ¿ofrece de veras estímulo intelectual suficiente? La enseñanza, aun siendo menos aventurera, plantea siempre desafíos a la mente. Estamos seguros de que sabrás elegir lo más conveniente y te deseamos éxitos en esta nueva empresa.

Es una lástima que no te haya complacido tu labor de enseñante, pero hace un año que te ofrecieron mejores oportunidades y las rechazaste.

Todo bien por aquí. No hay nada de que informarte. Vino a vernos un comerciante de libros, un judío persa que buscaba ejemplares valiosos. Pero le informé de que tu madre se marchó durante la guerra llevándose todos nuestros libros raros.

Miriam espera carta tuya. Me pregunta sobre el particular casi todos los días.

Parece que Ben Zion no podrá venir de Boston a pasar el Pésaj con nosotros. Por supuesto que tú vendrás para celebrar la fiesta.

Saludos y bendiciones,

Joseph

Jerusalén, LCS, 14 tammuz

¡Nuestro querido hijo!

Nos figurábamos que vendrías a pasar el sabbat con nosotros, pero no ha sido así. Por el tono de tu carta se ve claro que en la actualidad no cuentas en Tel Aviv con ninguna fuente de ingresos importante y parece que tampoco tienes unas obligaciones básicas. ¿Por qué sigues, pues, en Tel Aviv? Vuelve a casa y quédate con nosotros hasta que estés en condiciones de decidir tu futuro. Tal vez encuentres entre tanto un trabajo de enseñante, semejante al que ejerces en Tel Aviv.

Nos apena verte en esta situación. Si los alumnos particulares te agotan realmente la paciencia, por tu bien y por el de ellos no persistas en darles clase. Y sobre todo, vuelve a casa, hablaremos y así llegaremos a alguna conclusión con respecto a un futuro a largo plazo.

Miriam sigue pidiendo que le escribas. Te adjunto media lira. Hemos pensado que tal vez tengas necesidad de una pequeña cantidad de dinero.

Saludos, bendiciones de todos,

Joseph

Ésta es la ciudad a la que fue mi padre: una ciudad de calles rectas y trazado regular, de edificios pálidos y árboles recién plantados. La Ciudad Blanca, la pequeña Tel Aviv. Una ciudad que era como el plano de un arquitecto, irreal: donde hoy había arena, mañana aparecía una avenida pavimentada. Un café en cada esquina y, al final de todas las calles que llevaban a poniente, la azul sorpresa del mar. Una ciudad que surgía como un sueño, una ciudad que veinte

años atrás no había sido más que dunas. Una ciudad que era un pastel de bodas con torreones y balaustradas y minaretes turcos, adornada con molduras de la fábrica de Alfred Willard en Valhalla: neogóticas, neoclásicas, orientales y románticas, barrocas, rococó, *art nouveau*. Una ciudad donde un inmigrante alemán podía sentarse en un mirador vienés y contemplar el balcón moro o italiano que tenía enfrente. Todo era deslumbrante, todo era nuevo, flamante. No sabían entonces que las balaustradas se oxidarían con el tiempo, que las molduras perderían color y se desconcharían, que la ciudad construida sobre arena era esencialmente una ciudad construida sobre arena.

Ésta es la ciudad a la que él fue a parar, un jerosolimitano cetrino que no sabía nadar. Caminaba titubeante por las aceras recién puestas, deslumbrados sus ojos por la luz oceánica. Vivía una existencia precaria, refugiado en una exigua y desnuda habitación de la calle Gordon, con el inevitable letrero pintarrajeado y fijado en la ventana: *Man Lehrt Hier Hebraisch*. Una habitación con un fregadero y un pequeño recibidor. Una mesa plegable y una cama plegable. Todos los simplones, todos los tontorrones, todos los imbéciles que vomitaban los barcos europeos en Jaffa, embutidos en ceñidas chaquetas, se encaminaban en incesante corriente hacia su puerta.

Yo rompo, yo hago añicos, estoy destrozado, estoy hecho pedazos, lo rompo todo.

Hora tras hora permanecía sentado con la mirada perdida más allá de la ventana, mientras sus alumnos se abrían paso a trompicones a través de las conjugaciones de los verbos regulares. Desplegaba con ellos una infinita paciencia, una calma berroqueña insólita en un joven. Se aferraban a él como a un oráculo, un agorero, en aquel continente extraño, aquel nuevo inicio.

Doy pie a destruir, me destruyo.

Cuando se iban, salía a la calle y se iba andando hacia el norte hasta la boca del Yarkón y más allá, hasta el nuevo puerto y la Feria de Oriente, y se aventuraba incluso hasta los naranjales de las afueras de la ciudad. O se iba caminando por la playa nada menos que hasta Jaffa, se sentaba en la arena con zapatos y contemplaba cómo se ponía el sol del deseo en los mares de su ambición. Con los ojos cerrados, sentía la brisa del mar en la cara y recorría repetidas veces con el dedo el pergamino de sus labios resecaos y agrietados. Mucho después de que hubiera anochecido, caminaba hasta quedar exhausto, incapaz de mitigar el desasosiego que poseía su cuerpo.

No tardó en renunciar a su puesto de maestro, se buscó otro trabajo, pero lo abandonó igualmente; había cursado una solicitud para el cargo de inspector sanitario, pero la retiró: el nombre de por sí ya hablaba de alienación y aburrimiento; además, sabía que detrás de las blancas fachadas todas las casas y restaurantes de Tel Aviv despedían hedor y no tenía ganas de ganarse el pan metiendo las narices en los rincones putrefactos de la ciudad. Otras posibilidades, similares a aquéllas, se abrían a su paso, pero le parecía que aquello sería trocar una esclavitud por otra, peor cada una que la anterior. Pero aún peor lo tenían, se decía él, sus pobres estudiantes, con quienes perdía pronto la paciencia y, de no haber sido por su petulancia de mejorar tanto su propia situación como la de ellos, hacía mucho tiempo que los habría mandado al cuerno, y lo mismo a las escasas monedas que le proporcionaban.

A veces, en las tardes de verano —a menudo liberado de cualquier ocupación—, se tumbaba en la playa completamente vestido y absorbía el calor del sol como un verdadero lagarto; sentía los miembros pesados, la cabeza como si la cociera en un horno; era entonces cuando notaba con más fuerza la tirantez de aquella cicatriz que tenía en el cráneo. Tenía la impresión de volverse de plomo, le parecía que permanecería siempre allí tumbado, inmerso en aquel calor doloroso y pensaba que ojalá no tuviera que volver nunca a su pequeña y agobiante habitación ni que dar clase al alumno siguiente.

Dice Miriam que después de los veranos en Tel Aviv se volvió completamente rubio, que las cejas y las pestañas se le pusieron doradas, bronceada la piel. Tenía unas pestañas largas y suaves, casi como las de una chica. Cuando volvió a Jerusalén en vacaciones, apenas lo conocía nadie: subió los escalones del porche como un Adán radiante. Busca una fotografía en el álbum familiar y me la da diciendo:

—Era así.

Sostengo la foto entre el pulgar y el índice: la imagen fugaz, la visión juvenil, radiante, de mi padre. Menos de una semana después de su llegada a Jerusalén perdió el color, el pelo se le oscureció visiblemente, se desvaneció el dorado fulgor de Tel Aviv y recuperó el color cetrino de los jerosolomitano.

## 6

—Dime, pues —le dije a Gideon—, ¿de qué va todo eso?

Me apoyé en la pared de la sinagoga. Los árboles estaban inquietos; soplabla la brisa. Amenazaba lluvia en el momento más impensado. Levantamos los ojos hacia las letras negras:

Con la Ayuda de Dios, se Pusieron las Piedras de esta Casa  
A fin de Honrar su Memoria, la Tienda de José.

Llevaba el nombre de mi abuelo. Pero se le añadió el nombre de un bienhechor posterior con letras el doble de grandes, y la vieja dedicatoria se había ido borrando, había sido apartada a un lado, igual que un gordo millonario aparta a un escuálido indigente.

—Cuéntame —le dije—. Estoy pronta a escuchar.

En lugar de replicar, Gideon miró para otro lado, a media distancia, donde estaba la misma mujer dando vueltas y más vueltas con el mismo cochecito alrededor de la plaza. Había visto que nos miraba, había observado que hacía sus especulaciones. Una extraña pareja: Gideon con su caftán, yo con mis vaqueros.

Hace treinta años que Reuben y yo jugábamos aquí, en el suelo de tierra. Jugábamos a las cinco piedras y encontrábamos tesoros: flores, mariposas muertas, trozos de vidrio. Nos encaramábamos a las tapias y perseguíamos a los gatos que rondaban entre los cubos de la basura, siempre más listos y más rápidos que nosotros. Jugábamos a saltar neumáticos, de diferentes colores y tamaños, delante del quiosco de helados que estaba en el centro de la plaza. Nos inventamos un juego: saltar del neumático más pequeño al más grande, saltar para atrás de neumático a neumático, ir corriendo hasta tocar el turbinto antes de contar veinte. Había que soltar rápidamente los neumáticos porque la goma caliente te quemaba las manos.

Nos pasábamos toda la tarde jugando. Cuando anocheecía, ocurría un cambio en el vecindario: se abrían las persianas, se encendían las radios, comenzaba el movimiento en los diferentes balcones. Una mujer con un kimono rojo floreado regaba los geranios; aparecía un hombre con camiseta de tirantes, que encendía un cigarrillo y se rascaba la pelambrea del pecho. En aquel fresco receptáculo que era la casa se agitaban los adultos: Saul, con camiseta y zapatillas, entraba en la cocina arrastrando los pies; aparecía Batsheva arrollándose los largos cabellos grises y

recogiéndoselos en un moño. Shoshanah, una figura delgada, nerviosa, con un vestido tubo de color verde, nos llamaba desde el porche y a gritos por el nombre.

Así que caía la noche y aparecían luces en el vecindario, abríamos las puertas ventana de la casa para que entrara el aire del atardecer. El cielo adquiría un tono azul oscuro y los árboles de la plaza se volvían negros; más lejos fulguraban los faroles de la pequeñísima sinagoga. La familia se congregaba en el salón. Batsheva se sentaba en la mecedora con su labor de encaje; mi padre se tumbaba cuan largo era en el sofá con la camisa desabrochada. Lentamente, con su andador, se acercaba mi abuela, asistida por Shoshanah: un caminar pausado, arrastrado, infinitamente dolorido. La sentaban con gran suavidad en su silla de respaldo recto. Leve como el hueso, quebradiza como las hojas secas, era una frágil vasija aferrada pertinazmente a la vida.

Nosotros nos sentábamos a escuchar comentarios sobre escaramuzas en la frontera y bombardeos en el norte; sobre retórica en el parlamento y sobre discursos en América; sobre el tiempo en el desierto, en la costa y en Galilea. De todas las ventanas salían los mismos comentarios, ya que en todas las casas del barrio se escuchaba el noticiario de la tarde.

—No quieres hablar del asunto. Prefieres seguir misterioso.

—¿Yo misterioso? ¡La misteriosa eres tú!

—Yo no tengo nada de misteriosa. Yo soy completamente clara. Yo no voy por ahí con un caftán y tirabuzones, no me escondo entre los arbustos, no vigilo a la gente, no hago preguntas que no tienen respuesta...

—¡Ja!

—... no hago insinuaciones vagas, no lanzo desafíos...

—¿Lanzo yo desafíos?

—Eso quisiera saber, precisamente.

Nos sentamos, yo en un extremo del banco, él en el otro, como dos apoyalibros en un estante.

—Bueno —dijo Gideon—, quizá. Quizá sí.

Caía una lluvia en rachas espasmódicas, apenas mojaba. Me rodeé las rodillas con los brazos. La mujer del cochecito volvía a su casa.

Gideon se sacó un paquete de cigarrillos Time muy machacado de las profundidades del caftán.

—¿Te molesta? —preguntó.

Moví negativamente la cabeza. Amparó una cerilla con la larga mano y prendió el cigarrillo. Soltó la primera bocanada con elegante concentración.

—A menudo me pregunto —anunció— qué hago aquí.

—¿Te lo preguntas?

—¿Por qué no? ¿Es que no tengo derecho a preguntármelo?

—Bueno... —Me encogí de hombros—. Me figuraba que ya tenías la respuesta.

Sonrió con aire sardónico.

—Me refiero a que me pregunto qué hago aquí en Jerusalén. ¿Por qué me han elegido a mí? ¿Por qué he sido yo? En realidad, no estoy pertrechado para esta misión.

—¿De qué misión se trata?

—A veces me parece que la elección ha sido deliberada. Y a veces me digo que me han elegido por puro azar. —Me miró de reojo—. Por supuesto que hablo de estar en Jerusalén. En realidad, no pretendo ser misterioso. Ocurre simplemente que me siento inseguro al intentar hablar

de mí.

—Procura empezar por el principio.

—El principio..., el principio, según dicen, está al otro lado del Sambation.

—Lo que significa —traduje— que está muy lejos.

—Sí —sonrió de pronto—, siempre que se tome la frase de ese modo. Un dicho popular antiguo. Sólo que en mi caso el sentido es literal.

Solté una sonora carcajada.

—Estás loco.

—Lo que tú digas. —Gideon se quedó un minuto en silencio, y yo, aturullada, hice lo que él—. Dime —continuó finalmente, dejando en suspenso el cigarrillo y arreglándose el cafián con sus largos dedos—, ¿estás al corriente de la historia de tu bisabuelo y del viaje que hizo con intención de encontrar las Diez Tribus Perdidas?

—Me lo ha contado mi tío, sí.

—¿Y crees que se trata de una leyenda, de un cuento infantil?

—Lo que yo creo es que tiene algo de tragicomedia.

—Sí, comprendo que tu tío haya podido reducirla a esto. —Una pausa—. Pero yo me pregunto si has pensado alguna vez —prosiguió hablando con gran cautela— que puede haber algo de verdad en esta historia.

—No, nunca. Ni una sola vez.

—¿Eres racionalista?

—Siempre. Totalmente. Y atea.

—¿No hay ninguna rendija en esa coraza racional tuya?

—Ninguna —declaré, un poco a la fuerza.

—Es curioso —dijo Gideon—. Yo te tenía por una persona espiritual.

—¿En qué te basabas?

—En tus ojos.

Nuestras miradas se encontraron. A la luz cambiante, sus ojos eran verde mar y de mirada firme.

—Bien —dijo con un suspiro—. A lo mejor me equivoco. En cualquier caso, tengo buenas razones para pensar que en esa historia hay algo de verdad. Por no hablar de lo que podría escribirse en el colofón. Naturalmente, la mayoría adoptaría tu postura racionalista. Es lo que cabe esperar. En cuanto al código..., seguramente irá a parar a manos de alguien, alguien a quien no pertenece realmente o legítimamente... Y en cuanto a sus secretos, esperemos que permanezcan sin resolver.

—¿Qué secretos?

Gideon me atisbó por el rabillo del ojo.

—¡Oh!..., cosas sin importancia. La verdadera ubicación del Santo de los Santos. La fecha del Juicio Final, el fin del mundo.

—¡Ah, esas cosas!

—Nada que merezca la atención de los ateos. Sólo que yo, naturalmente, no puedo dejar esas cosas al azar. Durante tres generaciones hemos tratado de recuperar el código, pero hasta ahora no habíamos tenido noticias seguras sobre su paradero. Ahora es responsabilidad mía salvarlo. Devolverlo a sus legítimos propietarios. Y ya estoy agotando el tiempo y las opciones. Ésta es la

razón de que haya recurrido a tu cooperación. —Me miró—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo una ligera indigestión.

—¡Vaya! O sea, que —continuó finalmente— a veces pienso en el destino que me ha traído hasta aquí. Mientras que tú, naturalmente, no sólo tienes que debatirte con los motivos que te han traído a Jerusalén, sino con la naturaleza accidental de toda tu existencia.

—Sí, bien, yo...

—Tú no tienes sentido de la finalidad. Lo siento por ti.

Me enderecé bruscamente.

—Pues no hace falta que lo sientas. Claro que tengo sentido de la finalidad. La lucha es la finalidad. Prefiero debatirme con la falta de sentido de mi existencia a que me den todas las respuestas preparadas y listas para su uso.

La sonrisa de Gideon fue franca.

—Te estás mojando —dijo.

—No importa.

—Sí que importa. —Con el cigarrillo en la boca, se quitó el caftán con movimiento rápido y se quedó con la camisa blanca de cuello alto y los flecos religiosos que llevaba debajo—. Toma, ¿me permites que te lo ponga?

Me había echado atrás por instinto, pero me pareció una falta de cortesía rechazar la chaqueta que me ofrecía con gesto casi conciliador. Dejé, aunque a contrapelo, que me la echase sobre los hombros. Sentí que me envolvía en el lejano pasado. La chaqueta estaba caliente, pesaba. Olía a almizcle. Olía a cuerpo de hombre desconocido.

—Así, así es mejor. —Me miró levantando la cabeza—. Te sienta bien, ¿sabes?

—Gideon —dije, y sentí que al decirlo me castañeteaban los dientes—, ¿qué haces en Jerusalén?

Me miró con sorpresa.

—He venido a buscar el código. Me figuraba que ya lo sabías.

—No —repliqué—, no lo sabía. Me figuraba que sólo querías echarle una ojeada.

No titubeó.

—No —dijo—. Estoy aquí para llevármelo.

—Ya entiendo —dije.

Permanecí sentada un rato en silencio, arrebujada en la prenda ajena. La lluvia había empezado a arreciar. Me temblaba todo el cuerpo, pero no era de frío.

# 7

Tel Aviv, 8 de junio de 1937

Queridos padres:

Acabo de recibir vuestra carta y me siento verdaderamente avergonzado. Hace muchísimo tiempo que no os escribo. Ya que no fui yo quien inició la correspondencia, por lo menos no quiero demorarme en contestar.

Me preguntáis acerca de mi situación actual. En realidad, tengo muy poco que contar. Podría daros noticias mías, pero supongo que para llamarlas verdaderas noticias deberían informar de algo nuevo. Y como no tengo nada nuevo explicar que es muy difícil encontrar palabras para expresarme. Si dejamos a un lado cosas como comer, beber y dormir, queda muy poco que contar. Pese a todo, puedo deciros que mi salud es buena, que «el día es corto, el trabajo grande y los trabajadores holgazanes» —la retribución, sin embargo, no es mucha—, en este aspecto debemos apartarnos del dictamen de los sabios. Tenías razón, padre, cuando me enseñaste a «encontrar un maestro» —como si fuera tan fácil como encontrar alumnos—, ya que estoy enganchado a todos los borricos de Europa, aunque mi único consuelo es que no estoy vendido a ellos como esclavo por seis años. Y además, uno se va y otro viene, lo que no deja de ser un consuelo.

Naturalmente, no tengo intención de abandonar Tel Aviv. Si debo encontrar oportunidades, es más probable que tropiece con ellas aquí que en otro sitio, siempre que no leas demasiadas cosas en la palabra «tropezar». En lo que se refiere a mis planes para el futuro, debo decir que no pienso mucho en ellos. Esperaré circunstancias mejores y más favorables.

No he leído en tu carta una sola palabra con respecto a la situación de casa, por eso te pido que en la próxima, aunque la escribas airado (lo que, naturalmente, no merezco), encuentres espacio para añadir unas cuantas palabras sobre este particular.

Di, por favor, a Miriam que no tardará en recibir carta mía.

Vuestro,

Amnon



Tel Aviv, 15 de agosto de 1937

Mis queridos padres:

Siento mucho que mi última carta os haya preocupado. De haber pensado que os provocaría este efecto, no os la habría enviado. La verdad es que ni siquiera la habría escrito. Fue fruto de un momento ocioso y de un cerebro igualmente ocioso. Me sentía obligado a decir algo y el resultado fue una estupidez. En realidad, no estoy tan deprimido como aparento —ni voy tampoco tan corto de dinero como eso—, sino que sólo bromeaba. Quería matar el diablo a escobazos porque no tenía otra arma a mano.

Ahora estoy tumbado en la playa de Tel Aviv. He dado el gran paso que supone quitarme los zapatos, pero todavía no he chapoteado en el mar. El sol golpea implacable y tendré que levantarme enseguida porque me espera una clase de una hora, pero ahora mismo dudo de si seré capaz de mover las piernas. Mi cuerpo se ha derretido con el calor y tengo la cabeza llena de embrollos que me impiden concentrarme. Pero ya se ha emitido la orden: avanza y acumula... dinero, se entiende, o sea, que debo obedecer a mi Hacedor.

No puedo aceptar el dinero que has tenido la bondad de enviarme. Créeme, me basta con el que tengo y no me hacen falta esas pocas monedas ni las quiero tampoco. ¿Te ofenderás si te devuelvo el regalo? La verdad es que no tengo ningún derecho a recibirlo. Tu bondad es para mí mayor bien que ninguna otra cosa.

Acepta las bendiciones en nombre de

Amnon

Tel Aviv, 2 de septiembre de 1937

Mis queridos padres:

Me apresuro a escribiros esta carta antes de volver a Jerusalén. No puedo discernir los sentimientos que se agitan en mi interior. Me siento feliz, y un momento después me siento desgraciado. Me parece que la vida se acaba y, pasado un momento, tengo la sensación de que acaba de empezar. Si pudiera encontrar una explicación, estaría conforme..., pero no quiero escribir más tonterías, lo único que quiero es ir a Jerusalén, llamar a vuestra puerta y que vosotros mismos veáis lo que no pueden explicar las palabras.

No quiero asustaros con lo que os digo, sólo quiero preguntaros si puede acompañarme una amiga a Kiriath Sholom. Como no dudo de que accederéis, tendréis el gusto de vernos a los dos dentro de tres días, a mediodía, a contar desde ahora. «¡Y que el Redentor venga a Sion y digamos amén!»

Recibid hasta entonces la bendición de

Amnon

Ella lo había ido a ver para pedirle que le diera lecciones en la pequeña y calurosa habitación de la calle Dizengoff, en cuya ventana, como en otras cien más, colgaba una nota garrapateada que decía: «Man Lehrt Hier Hebraisch». La clase de la joven era a las tres, la del señor Wasserstein a

las cinco. Ella llevaba una gruesa chaqueta de invierno que todavía olía a humo de carbón, a pinares y a las lluvias del norte de Europa.

Se llamaba Hannah Entenmann. Era violinista. Se había subido al barco en Hamburgo cargada con su violín. Ahora vivía en casa de su tío, situada sobre un pequeño bazar no lejos de la calle Ben Yehuda.

Su tío lucía una bóveda calva entre dos frondas capilares: era un hombre enjuto, escéptico, desdeñoso. La chica trabajaba en la tienda a cambio de cama y manutención y se encargaba además de limpiar los mocos de los cinco hijos de su tío. También estudiaba hebreo y hacía prácticas de violín. Era una muchacha educada, diligente, hacía siempre los deberes. Se dirigía a su profesor llamándole convencionalmente «señor Shepher» y procuraba mirarlo siempre a los ojos.

El señor Shepher descubrió de pronto que tenía una necesidad regular de betún, cordel, cinta y bombillas, y que podía surtirse de todas esas cosas en el bazar Entenmann, próximo a la calle Ben Yehuda. Al principio solía encontrarla detrás del mostrador; pero enseguida aparecía el señor Entenmann con sus frondas capilares.

Él trataba de atraérsela. Se sentaban en la plaza bajo los sicomoros y la chica aprendía las palabras que significaban «sol», «calor», «sed». Él se esforzaba en hacerla reír, pero ella sólo sonreía.

Una vez la convenció de que tocara para él. En la trastienda llena de polvo, de muebles y de rollos de tela situada detrás del bazar, la chica tocó diez minutos para él solo, pero como si él no estuviera. Se convirtió en una muchacha enamorada de un violín. Él, en un muchacho enamorado de ella.

No era guapa. Tenía oscuros cabellos; sus ojos eran oscuros y ambiguos. A uno y otro lado del pálido rostro le caían los mechones de su agreste cabellera. Llevaba siempre un grueso abrigo, incluso en plena primavera, y sólo se lo sacó, y aun de mala gana, cuando llegó el verano. Era cortés, sonriente, correcta. Tuvo que irse desenroscando poco a poco, como un animal que saliera de la hibernación.

A veces tenía que cancelar la clase del señor Wasserstein.

Las nuevas palabras que ella aprendía adquirían en su boca un acento particular, un acento con el que ya se había familiarizado porque lo oía bullir todo el día a su alrededor en las calles de la ciudad, le llegaba a través de todos los alumnos, aunque en boca de ella le sonaba curiosamente peculiar: más suave y más melódico, extrañamente distorsionado e individual. Le hacía repetir las frases, leer párrafos de libros y periódicos. Cuando se equivocaba, se lo hacía repetir.

Trataba en vano de corregir su pronunciación.

Una vez no apareció y él la esperó media hora sobrecogido de pánico antes de dirigirse al bazar, donde supo que estaba enferma. Después fue al mercado y regresó con melones, uvas, flores. El señor Entenmann aceptó la fruta con mirada sardónica.

No se entendieron. La chica no se presentó a la hora convenida. Él la buscó en el paseo, en el teatro, en la calle Dizengoff, dondequiera que pudiera estar en aquella pequeña ciudad. Cuando volvió a casa, se la encontró esperándolo en la escalera.

Aprendieron cómo se decía «bochorno» en hebreo y en alemán.

Todo aquel verano se entregaron al juego de la amistad. Ella se abría a veces de forma repentina pero completa, súbita, en la confinada y calurosa habitación con las sábanas revueltas y

las altas persianas encaradas al sol, mientras el pobre y gordo señor Wasserstein sudaba a mares esperando en las escaleras de la calle; cuando ellos salían, descubrían que ya se había marchado, se había desvanecido (en la acepción literal del término); entonces se iban los dos al café Las Nieves del Líbano a tomar té helado.

La primera vez que la llevó a Jerusalén, ella llevaba un vestido azul de lunares y un pañuelo marrón bordado en la cabeza; las manos que avanzó hacia los cirios del sabbat al hacer la bendición eran de dedos largos y morenos. Tenía una verruga grande en el dedo índice. Miriam lo recuerda bien porque en cuanto vio la verruga le pareció que simbolizaba lo que ella sentía — tenía catorce años y estaba celosa— en relación con la mujer que le robaría a su hermano favorito. Se sentó sin decir palabra en el rincón del salón, mientras los demás reían y charlaban, mientras la familia se sentía cada vez más a gusto y más contenta. Pero ella le miraba el dedo índice y pensaba: «¡Bruja!». Más tarde se asomó al porche, donde la luz de los cirios del sabbat proyectaba largos rombos dorados a través de los listones de las puertas ventanas. Una profunda quietud del sabbat se había instalado en la plaza. Al volver la vista atrás y contemplar la feliz reunión, pensó que había terminado todo de forma irrevocable.

—Era puro egoísmo —me dice sonriendo y mirándome por encima de la taza de agua caliente—. Yo estaba enamorada de él, es la pura verdad. Sé que no hay que admitir ese tipo de cosas, pero... —Se encoge de hombros y, tras una pausa, añade—. Todo muy inocente, por descontado.

Finalmente, él salió también para reunirse con ella en la penumbra del porche, que era sin duda lo que ella buscaba; le preguntó que por qué no estaba con los demás. Ella estaba enfurruñada y no quiso hablar; cuando él intentó tocarle la mejilla, lo rehuyó. Él vaciló un momento en aquella media luz. Al poco rato volvió a meterse dentro.

—¡Fue el momento de la elección! —me dice Miriam riendo—. No es que se tratara propiamente de una elección, eso por descontado, pero... —Parece reflexionar—. Como es natural, un hombre no puede elegir cuando se trata de una hermana.

Después, desde el porche, vio cómo paseaban alrededor de la plaza; vio que se paraban a fumar amparados en la sinagoga. Aun siendo tres años más joven, lo sabía todo de ellos. A la luz del farol de la sinagoga, vio que se besaban.

Al final del sabbat, Hannah tocó el violín para la familia. Ella de pie en las baldosas blancas y negras del salón; ellos, sentados, admirados, en las sillas del comedor y en los divanes, bajo las pinturas de las calles parisinas. ¿Qué interpretó? Miriam no lo recordaba. En la familia no sabían mucho de música. Ella sintió entonces, por debajo del caparazón de los celos, la sensación de algo menos negociable: la primera insinuación de una vida secreta.

—¡En casa todos la queríamos, a todos nos gustaba! Al final hasta a mí me gustaba. Recuerdo que una vez le pedí que me trajera un sombrero de Tel Aviv y me lo trajo la siguiente vez que vino. ¡No se olvidó! Era muy cultivada, tenía un gran talento. Me enseñó a tocar un poco el violín. Sí, no lo pusimos nunca en duda, mi padre estaba completamente seguro.

Y después ya vino lo de: «—¿Cuándo se casarán? ¿Han fijado la fecha?».

¿Quién iba a figurarse que las cosas serían tan diferentes? ¿Quién iba a figurarse que todo cambiaría de la forma que cambió?

Y es que ellos no sabían que él también esperaba, no sabían que también él se sentía confuso. Ella escondía algo, era muy difícil descubrirla: una coneja de ojos negros, esquiva y nerviosa. Una cierva en las calles de la Ciudad Blanca. La persecución, para él, de algo imposible.

## 8

Entré por la puerta de la cocina y Saul ya me estaba esperando. Atisbaba en el pasillo, como un escorpión, y no llevaba la radio: lo cual ya era una advertencia.

—¿Dónde has estado?

—En ningún sitio. —Me encogí de hombros—. En la plaza.

—¿Sola? ¿En la plaza?

—Sola. Perdona. ¿Puedo pasar?

Se apartó y me siguió.

—Os he visto juntos —dijo—. Te he visto.

Me saqué las sandalias; me restregué la tierra de las plantas de los pies.

—Se te ha visto con ese *frummer*. El oriental ese.

—Sí —sonreí—, un tipo interesante.

El rostro de Saul se frunció en un gesto de petulancia y a la vez de repulsión.

—¿Y por qué hablas con ese *goniff*? ¿Sabes a qué ha venido? ¿Eh? ¿Sabes a qué ha venido?

—Creo que sé a qué ha venido. Lo que no sé es por qué lo llamas *goniff*. Que yo sepa, todavía no ha robado nada.

—«¡Todavía!», piensa ella. Todavía no ha robado nada.

—Está más loco que una cabra. Pero me gusta.

—Ella lo encuentra divertido, *noch*. —Se encaró conmigo, su nariz contra la mía. Percibí, no por vez primera, el olor que emana su cuerpo, que no se lava nunca—. Tú no conoces a esa gente. ¿Te figuras que conoces a esa gente? Yo conozco a esa gente. Cobby se figura que él es muy listo porque escucha la radio, y ahora ve la televisión; también lo has ido a ver, metes las narices en todas partes. ¿Por qué no sales a la calle y lo gritas a todo el mundo? Venid todos, coged, cogedlo todo. Todo de balde, gratis. ¡Entrada libre!

—Sí. ¿Por qué no? ¿De qué tienes miedo, Saul?

—¿De qué tengo miedo? Ella me pregunta de qué tengo miedo.

Parecía reflexionar, pero no encontraba una respuesta inmediata. La cuestión del miedo le parecía globalmente inmensa.

—Te presentas aquí —dijo—. Te presentas aquí. Igual que tu padre. Después de veinte años

—Su respiración era un estertor—. ¿De qué te parece que voy a tener miedo?

## 9

Jerusalén, LCS, 8 adar

¡Nuestro querido hijo!

Confiamos en que llegases bien de Jerusalén. Saul volvió a Tiberíades sin contratiempos.

El placer de tu compañía sólo se vio mermado en parte por el hecho de saber que no volveríamos a verte hasta Pésaj. Ya que tiene que ser así, me siento doblemente agradecido por la fotografía de Hannah, y ya he dado el paso sentimental de llevarla en el billetero, sobre todo para contemplarla, pero también para mostrarla cuando se presente la ocasión de que a alguien le interese ver cómo es mi futura nuera. Es un retrato muy bonito, lo que no me sorprende en absoluto, ya que la interesada posee cualidades más visibles en un ambiente más protocolario que en una foto fortuita.

Tu presencia y la de Hannah fueron especialmente estimadas en un día que para mí, como estoy seguro que para todos, se vio colmado por el calor de la unión familiar, la alegría de estar juntos y una auténtica sensación de paz. Al santo resplandor del sabbat vino a sumarse el fulgor de los corazones amantes, y puedo afirmar que tengo la plena certidumbre de que agasajamos realmente a la Novia del Sabbat.

Puedo añadir en nombre de Saul (estoy seguro de que él no desmentiría mis palabras) que el recital lírico de Hannah fue de una gran belleza; si él en su momento no expresó todo su reconocimiento, fue sólo porque su turbación, de la que tú eres perfectamente consciente, le impidió demostrar su real aprecio.

Te ruego que vuelvas a dar las gracias a Hannah por el pastel de manzana.

Bendiciones y saludos de tu madre y de tu padre,

Joseph

Tel Aviv, 25 de febrero de 1938

Queridos padres:

Me dijisteis que os escribiera tan pronto como encontrara un trabajo, pero como esto no ha ocurrido, no os he escrito, ya que el pez se me ha vuelto a escapar de las manos. ¿Qué puedo contaros? Creí durante mucho tiempo que no tenía derecho a ser feliz y pese a ello fui feliz unos meses; ahora, sin embargo, vuelvo a sentirme inquieto. Vosotros diréis: no hay manera de tenerlo contento. Pero ¿cómo voy a estar contento si mi situación es tan desesperada y si dondequiera que vaya no encuentro más que frustraciones? No quiero demorarme en estas cuestiones: os prometí que os escribiría una carta y, como tengo que llenarla con algo, expongo en ella lo que hay. Así os tomaréis mis quejas con buen ánimo y pensaréis: «Amnon es así».

Pero mi problema actual es espiritual. Que es como decir que estoy en Oriente y tengo el corazón en Occidente. Que es como decir, para que se me entienda, que siento un gran deseo de irme a Inglaterra. El problema es que mi corazón está en mi cuerpo y mi cuerpo no tiene alas: una carga sin nada que la sostenga.

Ahora sé que, si pudiese tener alas, volaría sin impedimento hasta el horizonte. Si me objetáis que no se puede alcanzar el horizonte, tendré que replicar con la impaciencia propia de la juventud que eso es algo que tengo que descubrirlo por mí mismo; pero, en cualquier caso, sin alas no es posible intentar el viaje.

No temáis tampoco que al volar me acerque demasiado al sol: mis expectativas serán muy humildes. Lo único que quiero es ser libre para ser mejor. ¿Y en qué otro sitio tengo oportunidad de conseguirlo como no sea en Inglaterra? Allí por lo menos, me aceptarán: después de todo, soy súbdito del país. Así pues, cuando me instale, será en tierra firme, aunque sea en la cenagosa tierra inglesa, que no puede ser más inclemente que ésta, la de aquí, a la que ya estoy acostumbrado.

Si cambio arena por barro y sol por niebla inglesa, corre de mi responsabilidad y procuraré sacarle el máximo partido. Lo único que quiero es tener una oportunidad.

Y ahora tengo que volver a Egipto, que es como decir que tengo que volver a la esclavitud: el señor Wasserstein es mi capataz.

A propósito, Hannah se ha incorporado actualmente a la misma rueda de molino que yo, salvo que tanto maestro como alumna poseen más talento y más entusiasmo: hacen mejor música con el violín que yo con los verbos irregulares.

Transmitid mis saludos a todos: a la pequeña Bubaleh, a Maidaleh y demás..., y también a los mayores, a los que me temo que llamo con el apodo...

¿Qué diríais si me marchara ahora, antes de que sea demasiado viejo para volar? Contestadme.

Bendiciones,

Amnon

Jerusalén, LCS, 29 adar

¡Nuestro querido hijo!

Recibimos tu carta del 25 de febrero.

Resumen de su contenido: no has encontrado un trabajo estable. Ya no te gusta dar

clases particulares. Quieres ir a Inglaterra. No tienes los recursos necesarios para el viaje.

La conclusión que se desprende de este sumario parece clara: hay que hacer un esfuerzo para conseguir esos recursos. Por lo que a nosotros se refiere, estamos dispuestos. La situación es difícil en los momentos actuales, pero haremos cuanto esté a nuestro alcance para obtener un préstamo.

O sea, que tú calcula el coste y fija la cantidad mínima necesaria y nosotros nos encargaremos de la labor de encontrarla. Naturalmente, lo primero y más necesario es que tengas decidida tu intención, pero sobre todo que calcules el coste.

Afectuosas bendiciones y saludos, principalmente de tu madre.

Espero respuesta tuya detallada y decisiva.

Tu padre,

Joseph

Tel Aviv, 4 de julio de 1938

Queridos todos:

Aquí hemos tenido un día rebosante de disturbios, al igual que vosotros en Jerusalén. En estos momentos, la calle está relativamente tranquila. Esta mañana temprano he estado en el control policial de la encrucijada de Allenby y Carmel, en la plaza de Potsdam, donde puedes apostarte en la barrera que impide el paso (lo mismo que en la encrucijada de las calles Jaffa y King George, en Jerusalén), de espaldas a los que imponen la ley por la fuerza y de cara al populacho, a fin de oír y presenciar las discusiones de los viandantes. No hay que forzar el oído, porque en esta ciudad todo el mundo grita, es realmente una ciudad de gente vocinglera, que responde a una lengua con otra sin que nadie se entienda realmente, aunque esto no desalienta a los que discuten, sino que más bien los incita a gritar más. Y así forman juntos esa gran Babel que llamamos el Coro Potsdam.

Ahora en los rincones de la plaza se debatían importantes cuestiones y por eso el alboroto era más considerable aún que de ordinario. Los entendidos, instalados en los bancos que bordean el bulevar Rothschild, manifiestan sus opiniones lo más estentóreamente que pueden y declaran que ha llegado el momento de reaccionar, de sacudirse de encima la política represiva, y estoy seguro de que si el azar pusiera a algún «proárabe» en sus manos, aprovecharían el refugio del bulevar y la comodidad de los bancos para que lo pasara mal; entre tanto se limitan a gritar (lo que es ya de por sí una especie de restricción), a fin de hacerse oír por encima de los demás vocingleros.

De momento voy posponiendo la mala hora y, dadas las circunstancias, siempre encuentro una excusa para no dedicar mis pensamientos a calificar exámenes. También he pospuesto el asunto de mi viaje por diversos motivos que procuro ignorar.

Escribidme y comunicadme cómo estáis. Y que haya paz en toda Israel.

Vuestro,

Amnon



Jerusalén, 19 elul

¡Nuestro querido hijo!

¿Qué ha pasado con tu viaje? Seguramente aprovecharás el tiempo libre para hacer los trámites necesarios. Puedes obtener el visado valiéndote de tu carta de la universidad, pero sé de buena tinta que, si no envías pronto la solicitud, no llegarás a tiempo para incorporarte al examen de ingreso de este año. Todavía no nos has dado detalles sobre el depósito que se exige. Entérate y háznoslo saber para que podamos solventarlo ahora y no se quede todo para el último minuto. Puedo resolverlo a través de un negociante que conozco.

Cuanto antes estés en Londres, más pronto podrás situarte y encontrar trabajo antes de que empieces tus estudios.

Dijiste algo sobre tu deseo de estudiar Leyes. Nosotros somos de la opinión de que te convendría más estudiar Ingeniería.

Con respecto a Hannah, volvemos a decirte lo mismo: a) Si ella va a quedarse aquí, no te vayas si ella no está completamente de acuerdo; estamos seguros de que, en este caso, no has considerado la posibilidad de obrar de otra manera. B) Si ella se va contigo, casaos primero.

¿Por qué no escribes nada sobre cómo está la situación?

Todos estamos bien, gracias a Dios. Todo el mundo pregunta por ti, sobre todo Miriam. Bendiciones,

Joseph

P.S. Si no hay peligro en las carreteras, ven a casa en Año Nuevo.

Jerusalén, 24 tishrei

¡Nuestro querido hijo!

Hoy hemos recibido la carta de la universidad. Si no hay peligro en la carretera, ven inmediatamente.

Tu padre,

Joseph

En aquellos últimos meses, ella daba impresión de una gran seguridad, de una profunda y asentada calma. Parecía más dueña de sí misma que antes. Aunque él vacilase y se demorase, cambiase dos veces la fecha de la partida (ahora ya sería demasiado tarde para ingresar en la universidad, tendría que volver a presentar la solicitud en el 39), ella se mantenía tranquila y segura, como si se tratara de una transacción comercial, y le ayudaba a rellenar formularios y a pagar tasas, a afrontar vencimientos y a presentar las solicitudes necesarias, escuchaba sus dudas y sus congojas con expresión serena. A él le parecía que había cambiado en aquellos meses últimos, que se vestía o se peinaba de forma diferente, como si hubiera adquirido una especie de

dignidad a consecuencia de su labor de enseñante o como si el rostro se le hubiera envejecido ligeramente, de forma indefinible, de esa manera que tienen los rostros de envejecer. Ahora, además, se había desembarazado del abrigo y del gorro, aquel gorro que llevaba en la foto que le había dado, por eso la imagen que él llevaba encima parecía caducada y, a partir de entonces, por muchas que fueran las veces que acudiera a ella, siempre se sentiría turbado por la conciencia de saber que, aunque sólo fuera de forma infinitesimal, difería de la mujer que había dejado atrás.

Aquella primavera, ella inauguró la costumbre de llevarle alguna chuchería cuando iba a verlo: bizcocho *crocknel* del mercado, judías verdes que a él tanto le gustaban, una bolsita de algarrobas..., el chocolate de los pobres. Ella seguía instruyéndose. Se presentaba cargada de libros de poesía: Tchernikhovsky y Bialik, como si supiese que más adelante ya no habría tiempo para esas cosas. Leían juntos en alemán. Se prometieron que seguirían dándose clases y aprendiendo por carta.

Aquel verano fueron mucho a la playa. A ella se le volvió cobrizo el cabello y más azules los ojos. Por fin tenía aspecto saludable, había perdido el aire demacrado que tenía cuando la conoció. Sus manos morenas, al hurgar en el bolso de bandolera en busca de fruta o de bocadillos, le parecían curiosamente extrañas: las manos de una nativa.

Al atardecer se subía a una silla y tocaba el violín. Observándola desde la cama, se le hacía claramente patente que no conocía aún su secreto, que se guardaba algo que no le había dicho.

Un día se lo preguntó:

—¿Vendrás a Inglaterra? ¿Te casarás conmigo?

Ella le respondió:

—No iré a Inglaterra. No puedo casarme contigo.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: no puedo.

Pero le prometió que le escribiría.

Todo aquel invierno, bajo la lluvia inglesa, a él se le oscureció el cabello, que pasó de tener aquel halo dorado del verano a ser de un deslucido castaño oscuro; vivía como un monje y escribía cartas que le eran devueltas sin abrir; esperaba cartas de ella, pero no le llegaba ninguna. Si su cabello se oscureció, su piel se empalideció como la de aquellos que viven bajo tierra, como la de esos rostros de los santones viejos que se arriman a los muros de las iglesias; recorría el dédalo de calles grises azotadas por el viento y la lluvia, escribía cartas y esperaba y las cartas no venían. La familia le decía: «No hemos visto a Hannah ni sabemos de ella». En la escuela de música tampoco tenían noticias suyas.

Hasta que un día, en la biblioteca, leyó en el periódico que el virtuoso Otto Rosenberg, el famoso violinista, había huido de Alemania e iba camino de Tel Aviv para reunirse con su prometida.

Entonces ya no volvió a escribir más cartas ni volvió a haber más cartas devueltas. Dieciocho meses más tarde se casó con mi madre.

## 10

—¿Y ahora quieres comer repostería de verdad? —dice Miriam.

Y saca del frigorífico una caja llena de dulces de lo más elaborado.

Como. Ella me mira comer mientras rodea con ambas manos su vaso de agua caliente: me explica que tiene problemas digestivos y que no puede comer mucho. A esto se añaden dolores de cabeza y trastornos circulatorios, pero ella no para de moverse, tiene el piso limpio, cuida de sus plantas; lucha contra la vejez lo mejor que puede. ¡No es ninguna fiesta! Nosotros, los Shepher, vivimos muchos años y, por desgracia, uno puede aferrarse a la vida aunque tenga la salud totalmente destrozada.

La cocina está immaculada, los pucheros y platos meticulosamente ordenados, los restos de comida reservados cuidadosamente en un cuenco de cristal. Todo está limpio, deslucido, restregado hasta perder el brillo: viejo pero respetable, gastado pero perfectamente utilizable. Estoy suspendida en un momento de realidad segura, absoluta.

—O sea, que cuando vino a Palestina ya estaba comprometida —digo.

—Eso parece. Pero no lo dejó traslucir.

—Tal vez pensara que su prometido no conseguiría escapar nunca —digo con prudencia.

—Es muy probable.

—Aun así —digo, tanteando el terreno—, habría sido mejor que hubiera sido franca.

—Tu abuelo se llevó un gran disgusto —dice Miriam.

Me vuelvo hacia la ventana abierta, donde la ciudad sigue destellando fulgores en su nido de oscuridad: un mapa de gemas a vista de pájaro. El cielo refleja la floración de luces; una luz excesiva para poder mostrar su malla de estrellas.

—Es decir, que no se casaron.

—No, no se casaron. Si se hubieran casado, tú ahora no estarías aquí —sonríe Miriam.

—Claro...

Sostengo la mirada; intento retener un instante más aquel estremecimiento que me produce la revelación nueva y extraña, junto con lo inaprensible, la idea: ese concepto de mi posible no existencia.

—Pero ellos se querían.

—No dudamos nunca de que se quisieran —dice Miriam.

Silencio. Las dos pensamos en algo. El aire suspendido entre nosotras se hace muy pesado, como una nube de tormenta.

—Pero háblame de ti —dice Miriam con viveza—. Dime qué es de tu vida, quién hay ahora en tu vida.

Vuelvo a centrarme en la tarta; empuño el tenedor y sigo comiendo.

—Oh, nadie en particular.

—Me parece que antes había alguien. Me lo dijiste por carta, un tal Daniel.

—Hace mucho de eso. Terminó.

—¿Y ahora no hay nadie?

—Nadie. —Me vuelvo a mirarla—. Nunca ha habido nadie aparte de Daniel.

Nos hemos precipitado con tal rapidez en el presente que Miriam parece contrita por un momento: en su avidez de dejar atrás una cuestión penosa, se ha lanzado, quizá de manera inevitable, a otra.

Posa una mano en la mía.

—¿Quieres que hablemos?

Miro sus ojos tristes, viejos, afables, cargados de experiencia.

—Sí —le replico—. Creo que sí.

# 11

En algún sitio de esa carpeta hay una carta, una carta larga escrita en papel blanco con una caligrafía pequeña, negra, en hojas arrancadas de un cuaderno escolar; copiada una vez en papel azul de correo aéreo, enviada en un sobre a cinco mil kilómetros de distancia; leída y releída, releída y conservada; guardada en un cajón, sacada del cajón; arrojada a una hoguera y volada por los aires después, como una mariposa azul, envuelta en un penacho de humo, antes de que prendiera la llama, ardiera por espacio de tres instantes y se convirtiera en ceniza.

En algún sitio de esta carpeta hay una carta, conservada por alguna razón que ignoro, dejada aparte con una intención que nunca conoceré. Tal vez fuera ésta:

Te enviamos nuestros cordiales saludos, nuestros afectuosos parabienes, nuestro más profundo amor por el tan esperado nacimiento de tu hermoso hijo.

O quizás ésta:

Ayer me acerqué andando hasta la puerta Mandelbaum, una distancia que me dio motivo de reflexión, además de machacarme los pies, y me hizo pensar en cuán extraña es esta división, esta carretera que termina en escombros y alambradas y que al parecer impide todo acceso al pasado, a los escenarios y lugares de mi infancia en esta herida Jerusalén. Todos aquellos escenarios han desaparecido, la mayoría de las personas ya no están. Claro que la vida ya estaba muriéndose mucho antes de que la matara la guerra. Hacía mucho tiempo que no visitaba apenas la Ciudad Antigua. Pero es extraño y simbólico verse separado por fortificaciones de las calles que pertenecen al pasado personal, a la propia infancia, cuando queda tan poco futuro enfrente.

O fue ésta la carta que mi padre puso aparte, la que mantuvo separada, aquella a la que se refirió en repetidas ocasiones:

Ella vino a vernos el pasado sabbat. No es preciso decir que su visita fue completamente inesperada. Tenía buen aspecto, a mí me pareció que estaba guapa, aunque

parecía avergonzada a pesar del amable recibimiento de que fue objeto; hice todo lo posible para que se sintiera a gusto y me place decir que a medida que fue pasando el rato fue mostrándose más natural. Dice Saul que no habríamos debido acogerla tan bien; pero la culpa fue nuestra, y tuya sobre todo, no de él, y debo decir que no abono esa actitud severa e implacable con respecto a unas circunstancias de las que ella no era totalmente responsable y frente a adversidades de las que ella no tenía ninguna culpa.

Ha vuelto a la escuela de música para dar clases, y desde hace un tiempo ha obtenido su calificación; tiene intención de dar conciertos filarmónicos. No habló mucho de su vida privada y a mí tampoco me pareció oportuno hacerle preguntas, ya que es evidente que sólo vino pensando en la reconciliación y movida por el sincero deseo de saber cómo estábamos todos.

Preguntó, por supuesto, por ti. Le dije que te habías casado; y me pidió que te felicitara de su parte y te transmitiera sus deseos de felicidad.

No dejó sus señas, pero creo que ahora vive en un piso en Trumpeldor.

Hijo mío, debes seguir el camino que has elegido. Decir que no lo escogiste tú es perder voluntad. Los errores del pasado son los cimientos del futuro. Si no queremos destruirnos, debemos construir sobre ellos.

Ni tu madre ni yo te reprocharemos nunca las opciones que has tomado.

En algún sitio de esta carpeta está esta preciosa carta. Aunque las leyera todas mil veces, no descubriría cuál es.

Mi abuelo murió de un ataque cardiaco el invierno de 1956. Jerusalén acabó por romperle el corazón. La ciudad todavía estaba dividida: desde Sanhedria a Ramat Rahel había tendidas alambradas de espino.

## 12

A última hora de la tarde comparece el nieto de Miriam, un muchacho fornido de anchos hombros que va vestido de uniforme, a quien recuerdo haber visto por última vez cuando él era un niño. Ahora es un gigante de mandíbula cuadrada y va calzado con unas botas colosales. Cuesta asimilar que, en el espacio de dos generaciones, ese pájaro haya producido una bestia así.

Se sienta y ocupa todo un rincón de la cocina, arrasa con los restos de comida, desbarata los pasteles. Me hace preguntas lacónicas relacionadas conmigo. Tiene una voz monocorde; expresa un lánguido aplomo. Le interesa sobre todo el precio de los coches y aparatos eléctricos en el Reino Unido.

Me pregunto quién será ese pariente mío que no se parece en nada a mí, ni tampoco se parece, a mi modo de ver, a ningún Shepher anterior. Tiene los miembros largos, es atlético; lleva los cabellos rapados muy cortos, pero los tiene abundantes y oscuros. Sus ojos son soñolientos. Lo recuerdo de niño cuando era rubio y delicado; cazaba mariposas en el patio trasero de la casa de mi primo. Recuerdo un escarabajillo reluciente corriendo por sus tiernas manos. Me enseñó que podía encontrar un martín pescador en los restos del antiguo naranjal.

Lo que antes en él era claro, hoy es oscuro; lo que antes fue liviano, ahora es pesado. Le hago preguntas y nuestra conversación se interna en callejones sin salida y en puntos muertos del secreto, en información confidencial, en ejercitada reticencia. Yo avanzo trastabillando como un civil en una pista de entrenamiento militar. Me siento perdida.

Repantigado en el largo sofá dorado que tiene en el salón tía Miriam, impresiona por lo que tiene de estatua griega, aunque no identificable, miembro de una raza extraña. Se atiborra de cacahuetes, habla con frases duras, cortantes, elásticas. Me rebotan como canicas, no puedo hacer nada con ellas. Recojo alguna y trato de acomodarla a una conversación que tenga más sentido; pero mis frases quedan absorbidas como los datos de un inmenso banco de datos.

Tía Miriam está sentada en el extremo más alejado del sofá y su expresión es entre admirada y divertida, como si no le sorprendiera lo más mínimo haber producido ese prodigio. Por el contrario, reconoce plenamente esa nueva manifestación del clan Shepher. Y a medida que voy observando al chico, comienzo a descubrirle unos rasgos familiares: los labios finos y pálidos, las orejas prominentes, la manera de cruzar las piernas o de rascarse la ceja derecha con el dedo

meñique. Como si en las profundidades de un holograma fluctuaran jirones de un rostro amado.

—Fue Yigal quien encontró el código —dice Miriam con orgullo.

—¿Yigal? ¿De veras?

Aseguraría que soy para él un motivo de perplejidad de la misma envergadura que él lo es para mí: una extraña, una aficionada inofensiva. Una sentimental, tal vez. A sus ojos, estoy demasiado interesada en el pasado. Y sin embargo, su gesto reproduce exactamente el mío cuando, acariciándose la mandíbula, dice:

—Si yo fuera israelí, no vería por qué había de empeñarme en ser judío.

Con una sola frase arroja por la borda todo el enigma de mi existencia.

—Es curioso —le replico—. Hay judíos que no ven por qué han de empeñarse en ser israelíes.

Se encoge de hombros. Es casi impenetrable. Con todo, dentro del caparazón del soldado entreveo al muchacho vulnerable.

Me dice que tiene un amigo que puede alquilarme un coche por poco dinero.

Es un ser potente. Se levanta, retira los platos, dispensa sabiduría práctica. Y cuando termina, da un beso impetuoso a su abuela, me estrecha la mano y vuelve a perderse en la humedad de la noche.



## 13

Cuando ya se ha ido, hago la ronda de las paredes del piso.

Son extrañas las imágenes con que tropiezo, trémulas y laberínticas: una confusión de cuadrángulos grises, una serie de pasadizos azul celeste que se introducen uno en otro. Algo parecido a laderas de colinas superpuestas de color morado, una sobre la siguiente. Sugestiones de ciudades, sugestiones de ruinas. Entre ellas, imágenes que me son familiares y que todavía reconozco: un candelabro de siete brazos, los Diez Mandamientos repujados en oro, decorados con esmero y embellecidos con la palabra «Oriente».

También el estudio donde trabaja mi tía durante largos y tranquilos periodos de tiempo, sumida en una paz serena y metódica. Aunque el tiempo se acorta, no tiene prisa. Me dice que nunca está sola. Que no le bastan las horas del día.

Pienso en mis ambiciones, que se me han quedado herrumbrosas y atascadas en la garganta, pienso en la voz que tuve un día, la que ya no tengo.

Me siento tentada de ensayar unas pocas notas.

Pienso en los giros erróneos y en las demoras, en las prevenciones y fallos a la hora de elegir; en el desmedido fatalismo que me ha convertido en lo que soy. En una vida que he dedicado a la constante espera de que ocurriera algo, del milagro que me aguardaba a la vuelta de la esquina. El mismo arrojó en el error que guio a mi padre. La ilusión del destino: esa avidez Shepher tan fatal.

# 14

Me despierta en plena noche una inesperada tormenta.

Estalla un trueno como una bomba. La habitación se inunda de luz. Irrumpe la lluvia a través de la ventana abierta. Me levanto a cerrarla y veo un cielo totalmente violeta.

En el aire hay humo, un aire tropical. Por encima de la bruma flota un olor a quemado.

Me siento transportada, llena de deseos.

Anhelo ver la monotonía del ladrillo, la palidez del cielo, el campo lavado, setos desnudos, caminos cubiertos de surcos. Anhelo el clima inglés, las lloviznas de noviembre, una ráfaga de viento de levante, la niebla de un estuario.

*Aval zeh lo shelanu.*

**Parte cuarta**

**Vista Sorpresa**

# 1

Cuando Moisés subió al monte Sinaí encontró al Señor Dios ocupado en poner coronas a las letras del texto sagrado.

—¡Señor del universo! —exclamó Moisés—, ¿para qué esas coronas?

Dios le respondió:

—En tiempos venideros, los eruditos elucidarán de cada letra docenas y más docenas de normas.

Moisés entonces se volvió y se encontró en la casa estudio. Estaba sentado en el último de ocho hileras de bancos de eruditos y escuchaba atentamente mientras ellos discutían puntos de la Ley. El debate era abstruso. Pese a referencias ocasionales a la Torá de Moisés, éste no conseguía saber de qué hablaban. Hacía esfuerzos para seguir el debate, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que no había entendido una sola palabra.

Moisés estaba desconcertado. Se sentía agobiado por su aplastante ignorancia. Salió cabizbajo y desconsolado de la casa estudio.

¿Por qué turbó tanto a Moisés aquel incidente? Había un punto fundamental que le había quedado claro. Hasta que fue a la casa estudio no comprendió la paradoja de la verdad que el lenguaje guardaba como un relicario, el centelleo de la mente humana que refleja con seiscientas mil facetas cada palabra sagrada.

Entonces, en la fracción de segundo que duró la revelación, vislumbró todo el potencial de una Torá que había sido una vez solamente un cúmulo de letras que, una por una, se transformarían lentamente a través de un proceso de reinterpretación perpetua.

Bajo él se abría un abismo de posibilidades. De pronto se apoderó de él una sensación de vértigo. Cuando ya iba a desplomarse, sintió las alas de la presencia de Dios que lo levantaban.

—Señor del universo —dijo—, ¿era ésa vuestra intención?

—Calla —dijo Dios—, ya que mi decreto es éste.

## 2

La lluvia cae sesgada, empujada por el viento, en el umbral del bloque de apartamentos. Prácticamente no brinda refugio alguno. Estamos apretujados junto a los botones del interfono.

—No es muy buen sitio para una cita.

—No hay otro.

El agua nos resbala en la cara. Gideon está a un palmo de distancia. Huelo la brusca humedad de su caftán.

—Pero ¿está permitido? —pregunto.

—¿Qué?

—Nada —rehúyo la respuesta—. No me esperaba este tiempo.

Observo: la lluvia azota con furia la calle desierta, rebota en las hojas de los oleandros; levanta vaharadas de polvo de la acera seca.

—No podemos quedarnos mucho rato.

—No, mucho rato no.

Pero no parece tener prisa; tal vez sean imaginaciones mías, pero me ha parecido que ha vuelto a acercarse un poco.

—Mi tío no está contento —digo.

—¿Se puede saber por qué no está contento?

—Por tu culpa.

No son imaginaciones mías: se ha acercado. Noto su aliento cálido en la frialdad del aire. Sus ojos, verdes como la hierba, se han vuelto acuosos con la alteración de la luz.

—¿Sabes qué dicen del código?

—No. ¿Qué dicen?

—Dicen que es un ejemplar corrupto. La versión de una variante.

Gideon sonrío apenas.

—¿Te molesta que lo digan? —pregunto.

—No. ¿Y a ti?

Me estremezco; tengo empapada la fina blusa. Sigo tratando de mantener una distancia entre los dos.

—Sí, me molesta —digo finalmente—. Y me molesta que a ti no te moleste.

—Porque tú quieres creer en la verdad absoluta. A ti no te gusta la idea de que existan versiones.

—No —protesto, confusa—. Eso es lo que no te gusta a ti. Tú quieres que todo sea absoluto y cierto.

—No —dice Gideon—. Te equivocas. Yo no quiero eso. Porque sé que las cosas no son así. —Se sacude la lluvia del caftán, pero con poco éxito—. Ésa es la diferencia entre los dos. —De pronto se me acerca tanto que noto que me deja sin respiración, siento que el corazón se me agarrota—. ¿Qué pasaría si te dijera que ese código tuyo, el «código Shepher», como lo llaman, es, que yo sepa, la Escritura más pura que existe, la más perfecta, el texto Ur absoluto..., el original?

—Pues que no lo creería —digo, y, vacilante, añadido—: Porque no creo que haya existido nunca una versión así.

En ese momento irrumpe a nuestro lado un hombre con un periódico en la cabeza, nos mira a los dos e introduce una llave en la cerradura. Nos hacemos a un lado. Se precipita en la penumbra del vestíbulo y cierra de un portazo.

—Decídate de una vez, porque el tiempo se agota —dice Gideon.

—¿Qué es lo que tengo que decidir?

—De qué lado estás.

—No sé a qué te refieres.

—No te andes con juegos. O yo o ellos.

—Yo no me ando con juegos. No sé siquiera quién eres.

—Sí lo sabes. Lo sabes perfectamente.

—Cuéntame, entonces.

Me mira fijamente, pero no responde. Nos miramos un momento de hito en hito, estamos temblando. De sus pestañas cuelgan unas gotas de lluvia. En ese momento reconozco sus ojos. No es más que un destello, como el recuerdo súbito de un nombre olvidado.

—Necesito tu ayuda —dice.

—¿Para robar el código?

—Robarlo para restituirlo. Tu antepasado lo robó primero.

—¿Me estás diciendo que mi bisabuelo era un ladrón?

—Te estoy diciendo que eso formaba parte de una larga tradición familiar.

Nos escrutamos por espacio de diez segundos largos. El corazón me late descompasadamente. Hace mucho tiempo que no me encontraba en ese estado.

—De acuerdo —admito finalmente; sólo haciendo un esfuerzo consigo mantener firme la voz—. En una época birlé algunos libros de la biblioteca. No lo niego. Pero esto es muy diferente. Esto es algo enorme.

—Yo creo que lo llevas en la sangre.

—¿Por qué he de creer lo que dices? —digo—. Lo que me has contado es absurdo.

—Tan absurdo como lo que tú piensas ahora.

Me levanto el cuello.

—Tengo que irme.

Pese a todo, seguimos sin movernos del sitio. El viento arranca un tableteo del interfono; en

los rincones del porche de entrada se forman remolinos de polvo. Hay fiebre en el ambiente, un viento extraño, frenético.

—Si dejas que se queden con el código —dice—, se perderá para siempre. Siempre se pelearán por él, litigarán continuamente.

Pienso que también yo podría perderme, ante la compulsión que veo en los ojos de Gideon, tan insistentes pero a la vez tan afables. Me aparto de él para escapar a una súplica tan sutil como la suya.

—Sabes la verdad —me repite—. Tienes que ayudarme.

Me encojo de hombros y huyo corriendo a través de la lluvia.

### 3

Fue en una reunión de la Joven Guardia Judía cuando puso por vez primera los ojos en él. Ella tenía dieciocho años. Él, veintitrés. Ella olvidó instantáneamente que estaba comprometida para casarse.

Era el primer invierno que ella pasaba en Londres. Se había comprado unos guantes rojos para celebrarlo, a juego con el carmín de los labios que (según le dijo después una compañera) no le sentaba bien. Se sentó en el lado más apartado del círculo y captó la mirada de él desde el otro extremo del coro.

Su compañera, Marlene, le había dicho que le sentaría mejor un tono más oscuro, un color parecido al del fruto del moral. Tenía los cabellos oscuros, los ojos oscuros, la piel color de miel. Llevaba una blusa de lunares con muchos botones. Su cuerpo, alimentado durante años con salsas y cacao, era flácido y sensual.

—¿Quién es? —le preguntó a la compañera de al lado, tras propinarle un codazo.

—¿Quién es quién?

—El de los ojos.

—¿De quién hablas?

—Del que me está mirando.

Había nacido en una casa adosada, una hilera de viviendas iguales de la zona norte. Tenía un peldaño de entrada rojo cardenal y un vertedero doméstico en la parte trasera de la casa, pero, hasta allí donde alcanzaba su memoria, Londres había sido siempre para ella la tierra prometida. Así que abandonó su casa, ésta pasó a convertirse en un simple recuerdo exótico al que jamás regresaría.

Mucho más tarde, ya desaparecida la casa, la calle y todo el vecindario, únicamente podía reconstruir un mosaico de imágenes: el horno Yorkshire que había que restregar con grafito una vez al mes; los visillos de encaje que se lavaban cada semana; un par de candelabros de bronce que su madre se había traído del *shtetl*. La forma y el color de las piedras de la calle; un destello de alhajas en el lecho del arroyo, que después resultaron cristales rotos.

—¡Ah, ése! Acaba de llegar de Palestina. Se llama Amnon.

En la calle la llamaban «la estudiante». Coursaba la segunda enseñanza; iba a clases de dicción.



Sabía recitar la escena de sonambulismo de *Macbeth*, con todos sus gestos, y comprar pan en francés. Era diferente de los demás.

—Es un bombón, ¿verdad? Yo que tú, me lo comía.

Una vez había preguntado a su padre qué quería decir ser judío. Estaban en el taller que él tenía junto a la vía férrea, él estaba desmontando su adorada moto. Habían hecho una pausa para tomar un tazón de té; su padre estaba sentado en un taburete alto y tenía la cara salpicada de aceite. Un judío era un espíritu errante, dijo. Un judío era un chivo expiatorio, aunque no el único. Había querido ir a Rusia y ser bolchevique, pero había tenido que quedarse allí y casarse con su madre. Ahora estaba condenado a seguir en ese lugar para ganarse el pan. Sufrir era una especie de religión, pero llega un momento en que todo el mundo debe dejar atrás a su familia y proseguir su camino; posiblemente ésa era la razón de que hubiese cambiado su nombre de Haim Losowsky por el de Harry Lister. Su padre había creído en la utopía socialista, pero dijo que ahora cada uno miraba para sí. En la única estantería de la casa tenía un ejemplar de *Das Kapital* junto a las novelas de Jack London, que leía y releía sin parar; sin embargo, de sus ideales no había quedado nada, salvo las canciones revolucionarias que cantaba cuando se afeitaba, intercaladas con arias de las grandes óperas que amaba.

Sentada en el círculo, avanzó la barbilla con aire de desafío y cantó el himno de los Trabajadores Sionistas con el puño levantado. Tenía los ojos fijos en los labios del chico: anchos, pálidos; en uno tenía una pequeña cicatriz.

Lo juramos, lo juramos,  
con lágrimas y sangre mezclamos el juramento.  
¡Ya basta, ya basta de exilio!  
Sed valientes, sed valientes y luchad por la libertad  
con valor, con valor, adelante hacia el combate.

No era de extrañar que él, por lo que se veía, no conociera las palabras.

Papá era ahora un inglés en todos los aspectos. Hasta acento inglés tenía. Su apellido Lister coincidía con el nombre del parque Lister de Bradford y con el del famoso cirujano Joseph Lister. Papá llevaba un chaleco de *tweed* y gorra de lana, tenía tres pipas en un soporte sobre la repisa de la chimenea —Cortita, Negrita y Especial— y le correspondía a ella, a Hazel, el trabajo de elegirle una entre las tres cuando llegaba a casa después del trabajo.

Los Lister se sentían orgullosos de ser ingleses. A veces, aprovechando que la moto estaba entera, hacían excursiones al campo y acampaban o iban a pescar. Mamá y Hazel viajaban en el sidecar. Mamá llevaba un pañuelo de gasa azul para protegerse el peinado y transportaba una enorme bolsa en el regazo. Hazel sentía el viento en la cara y pensaba: soy libre, soy libre, soy libre. Era un engaño sensual que la confundiría toda su vida.

—¿Quieres que te lo presente?

—No, gracias. Sé arreglármelas sola.

Cuando cumplió los catorce años, en el meticuloso registro de lecturas que llevaba figuraban contabilizadas ciento seis novelas. Era devota lectora de los clásicos, esclava de las novelas románticas que se desarrollaban en la campiña inglesa. Estar sentada en un prado leyendo la descripción de un prado compendiaba para ella la idea del Paraíso.

Mamá creía en la superioridad de lo práctico sobre lo bello, y decía que eso se lo debía a ser pobre. Por eso Hazel llevaba el pelo cortado justo por debajo de las orejas y lucía un peinado sensato, llevaba unas gruesas medias de color marrón con los tacones zurcidos y se le iba reforzando la figura a base de pan, salsas y cacao. Mamá no sabía leer ni escribir, pero como entendía que el conocimiento adquirido a través de los libros constituía un salvoconducto indispensable, fomentaba en su hija la afición al estudio. Guardaba todos sus boletines escolares en una caja de bombones vacía junto con los certificados de natación, no quisiera Dios que se ahogara un día. Y la animaba a frecuentar el grupo juvenil judío a pesar de estar lleno de sionistas y fanáticos porque a lo mejor conocía allí a algún muchacho simpático y se casaba con él. Hazel Lister tenía cara de rompecorazones: había roto el corazón de varios chicos del grupo. Pero eran poca cosa para ella, por eso un día cogió todos sus certificados y emprendió el camino de Londres. Alquiló una habitación en un albergue donde ya vivían quince judías más y encontró trabajo de taquimecanógrafa en el Palais de Danse de Hammersmith. Tiró las medias de color marrón y se compró sus primeras medias de nailon.

En aquel entonces aún creía que Londres, como el resto del mundo, era un enigma que se podía resolver. Si tenía suficiente osadía, la ciudad se le abriría como una compleja flor. No se daba cuenta de que subsistiría el misterio, pero que ella acabaría acostumbrándose a él. Toda aquella vida, la dinamo de cosas que ocurrían, no sería más que un zumbido en la nuca.

Pero al principio fue como leer un libro. Como todos los seres egocéntricos, imaginaba su vida como una novela en la que ella era la protagonista. Sentarse en un café y leer la descripción de un café era la idea que se hacía de la experiencia.

—Pues no tardes mucho, porque de lo contrario perderás el tren.

Ahora era dueña de sí misma: se había domesticado el cabello y se hacía un peinado en forma de casco liso con una guirnalda de rutilantes rizos alrededor. Llevaba trajes chaqueta sastre abrochados con botones. Ya se le había borrado el acento del norte. Era un camaleón, emparejaba el acento de la clase alta londinense con su propio acento y lo combinaba con el *cockney* de la clase trabajadora. En ocasiones fumaba a imitación de las divas que veía en el cine y sonreía a los hombres a través de velos de vaporosa humareda. Ensayaba expresiones ante el espejo: movía exageradamente la boca poniendo las cejas arqueadas y, sobre todo, soltando unas risas mudas, reprimidas, con las que quería transmitir una competencia sexual que todavía no tenía. Con el tiempo, aquellas expresiones artificiales se hicieron automáticas. Treinta años más tarde, pasadas ya de moda, ella seguía utilizándolas.

Había pasado de los clásicos a la novela moderna, pero los personajes de éstas le parecían desconcertantes. Nunca veía claras sus motivaciones; no amaban ni odiaban y sus historias quedaban en el aire. Le entró la sospecha de que el autor pretendía hacerse el misterioso de manera deliberada o de que ella, quizá, no era tan inteligente como había supuesto al principio. Eso la indujo a renunciar a la narrativa contemporánea y a retroceder de nuevo a la clásica.

Estaba continuamente enamorada. A los dieciocho años, el amor es esencial para ser feliz. El matrimonio sólo es esencial para ser feliz después de los veinte. Eso hizo que rompiera muchos compromisos. Entre ellos el de Danny, el corredor de largas distancias, el de Yaacov, el bromista, y el de Leon, el intelectual. Hubo también una empleada administrativa de la oficina donde trabajaba, de nombre Margaret, una mujer de aspecto cansado y aire sensato, la cabeza rodeada de una nube de cabellos pálidos, a la que adoraba en secreto. Danny se había comprometido con ella

sellando el pacto con una anilla de cortina como prenda de amor; ella había aceptado, aunque sin esperar nunca que él se lo tomara en serio.

Y ahora aparecía él: aquella bomba. ¿Quién era él, aquel desconocido con ojos de poeta y manos de obrero, cuya única ceja, ceñuda y concisa, parecía seguirla por toda la habitación? No sabía cómo reaccionar; estaba desconcertada. Por fin se disolvió el círculo, pero ella no se le acercó.

—Hazel, no conoces a Amnon. Es nuestro nuevo profesor de hebreo. Acaba de llegar de Jerusalén.

Se estrecharon la mano. Él sonrió y dijo:

—Tienes una voz potente.

—¿En serio?

—¡Oh, sí! Se oye por encima de todas las demás.

Aquella noche caminaron juntos a través de la niebla de Londres: ella abrochada hasta el cuello, él con su abrigo de segunda mano. Ella con sus gestos de estrella de cine, él con sus clips de ciclista prendidos en las perneras del pantalón. Más adelante ella recordaría que hablaron interminablemente, pero en realidad era un recuerdo erróneo, porque quien habló no fue él sino ella, que charló incansablemente mientras deambulaban por las calles del norte de Londres; él se limitaba a encogerse de hombros o a farfullar algún «sí, claro, yo también...» y a terminar la frase con un gesto porque apenas había comprendido una sola palabra. Al llegar a casa terminó el encuentro; él se sujetó los clips de ciclista y, debajo del farol de la calle, le preguntó si podían volverse a ver.

Se encontraron una semana después en el cine Dominion, de Tottenham Court Road. Ella tenía miedo de no acordarse de su aspecto, pero, en cuanto lo vio, encorvado y nervioso junto a la pared del cine, se dio cuenta de que era imposible equivocarse. Recordó sus ojos y su abrigo. Y la espalda cargada. Él seguía disparándole miradas persistentes, irresistibles. Jamás podría recordar la película que vieron: si el actor era John Mills o Paul Muni. Se sentaron en la tercera fila contando desde atrás y él no la tocó ni una vez siquiera. Se pasó toda la sesión ocupado en algo que parecía la reparación subrepticia del asiento de delante. Después, al volver a enfrentarse a la rigurosa noche de enero, él le dio un beso inopinado y puso un cenicero en sus manos enguantadas.

Al día siguiente, ella llamó a Danny y rompió el compromiso. Aquello había sido un tifón, un tsunami. Imposible resistirse.

Al cabo de tres semanas, recogió sus cosas y se fue a vivir a Stamford Hill. Se lo encontró en la minúscula cocina preparando unas tortillas. Fumaba mientras cocinaba; llevaba unos pantalones viejos y un chaleco roto. Si se enamoró de él en el acto, fue porque ninguno de los hombres que había conocido hasta entonces sabía hacer tortillas.

## 4

Bajando por la calle Jaffa, lo descubro: camina con paso decidido, viste su largo abrigo, el sombrero negro, mantiene la cabeza muy erguida. Nunca había reparado en que fuera tan alto. Es imponente. Se abre paso entre la multitud como hechizado, una figura regia que viniera de otra época.

Difícil no perderlo. Sorteó cosas con ruedas y charcos, niños y viandantes; choco con faroles y colas de gente en paradas de autobuses. Lo pierdo una vez más; reaparece de pronto al enfilarse un callejón que lleva a Mea Shearim. Me entretengo en una esquina, cruzo rápidamente al otro lado, continúo siguiéndolo. No me descubre en ningún momento.

Me pregunto: «Pero ¿qué estás haciendo? ¿Qué es todo ese busilis de capa y espada?». Se me escapa una risita repentina. Me paro, me llevo la mano al costado, recobro el aliento.

Acaba de meterse en una sórdida tienda junto a una casa estudio: un lugar mísero, destartalado, con un escaparate recubierto de celofán y un despliegue ajado y polvoriento de deslucidos libros de oraciones, cartillas infantiles, mugrientos solideos y un sinnúmero de objetos religiosos que no compra nadie. Acechando desde la arcada de enfrente, lo descubro enzarzado en conversación con el dueño, un hombre encorvado de grisácea cabellera.

Están enfrascados en animada charla; es evidente que se conocen. El tendero se agacha y saca de debajo del mostrador un montoncito de libros de texto. Gideon da unos golpecitos en uno con sus elegantes dedos. El viejo le responde con unas afectuosas palmadas en la espalda.

Un caballero jasídico vestido con un *streimel* de piel de zorro pasa a mi lado junto a la arcada y me lanza de paso una mirada en la que se mezcla el desconcierto con la desconfianza. Le sonrío torpemente a guisa de respuesta y hago como si siguiera mi camino. Justo cuando vuelvo la cabeza para ver qué pasa en la tienda, sale Gideon, que se lleva el montón de libros. Espero amparada en la sombra de la pared hasta verlo desaparecer.

No sin morderme los labios y hacer acopio de todo mi valor, cruzo la calle y empujo la puerta de la tienda. Un zumbido escandalosamente alto anuncia mi entrada.

La tienda no es tan pequeña como parecía desde fuera: el frontis es exiguo, pero las entrañas son profundas, como es el caso de las buenas librerías. Escrutando el ambiente que se abre más allá del mostrador, veo que se prolonga hacia dentro y que tanto las paredes como los suelos están

atiborrados de centenares de lomos de libros: lomos anchos y lomos estrechos, lomos de vivos colores y lomos oscuros, algunos con letras escarlata o repujadas en oro, agrupados en colecciones distinguidas o aislados, a la espera de ser descubiertos. Todos, me parece, son de naturaleza religiosa; algunos son hermosos; todos despiden ese agobiante tufo de las encuadernaciones nuevas, de la tinta fresca y del papel, ese perfume parecido al de las setas silvestres cogidas de madrugada, siempre asociado en mi memoria a algún regalo; al amor. La última cosa que me regaló Daniel antes de partir fue un libro de Amichai.

El dueño de la librería lee sentado detrás del mostrador; lleva un gran solideo negro en la generosa cabeza, levanta los ojos y me mira, sorprendido, pero me saluda sin hostilidad.

—*Shalom*. ¿En qué puedo servirla?

—Sólo he venido a curiosear, si me permite.

—¡Por favor! Sea bienvenida.

Me indica con el gesto los estantes: un gesto amplio, benévolo, incitante.

Repaso las estanterías bajo la excelente luz reinante: tengo la cabeza en otro sitio, el corazón late al ritmo de mis intenciones, aunque no puedo evitar que la fiesta que tengo ante los ojos me distraiga. Reconozco muchos libros: numerosas Escrituras, por supuesto, Biblias hebreas y también libros de plegarias y guías espirituales; minúsculos, exquisitos salterios; comentarios de Rashi e Ibn Ezra; vastos despliegues de la Mesná; diversos libros de Maimónides. También veo el Zohar y obras sobre la Cábala; el *Libro de las creencias y opiniones*, de Saadiah Gaon, y uno que desde hace tiempo tengo deseos de estudiar, el *Kuzari*, de Judah Halevy, su *Libro de los jázaros*.

Lo cojo y lo abro. El dueño de la tienda me hace un ademán con la cabeza. Su cara es ancha, amable, sabios sus ojos, la nariz protuberante y sensible.

—Mucho que ver, ¿verdad? Por algo nos llaman el pueblo del libro.

Me acerco a él.

—En realidad, estoy buscando algo en particular. El libro que acaba de llevarse el último cliente..., no recuerdo el título...

—¿La cartilla hebrea?

—¡Ah! ¿Era ése? —Estoy desconcertada.

Rebusca debajo del mostrador.

—¡No! Ya me lo figuraba. No me queda ninguna. Resulta que él me hizo un pedido. Se lleva los libros para su gente de Bakú.

—¿Bakú?

—En Azerbaiyán. Él es de allí. Del mar Caspio. —Pone énfasis en la palabra «Caspio», como para distinguir ese mar del Mediterráneo o del mar de los Sargazos—. Los comunistas les prohibieron los libros hebreos durante mucho tiempo.

—¿De veras? No lo sabía.

—Por eso se lleva esas cartillas, para que aprendan. —Hace unos movimientos con la cabeza—. ¡Qué lástima de gente! ¿Lo ha visto? Es un gigante, un Sansón. Un *shayner Yid*.

—Sí, un hombre impresionante de veras.

—Es cosa de estirpe, si me permite que lo diga. ¡Son gente de estirpe! Es una comunidad antigua. Cuenta con más de dos mil años de historia. Hay quien dice que son descendientes de las tribus perdidas, ¿me comprende usted? Otros dicen que de los jázaros. —Vuelve a hacer unos movimientos con la cabeza—. Y ya ve a qué han quedado reducidos. ¡Qué pena! En Krasnaya

Slaboda, que es la ciudad de donde procede la familia de él, había once sinagogas antes de los comunistas. Ahora no hay más que una. Pero la ciudad es judía. Totalmente judía. Una ciudad en la que todo queda en suspenso cuando llega el sabbat.

—¡Admirable!

—Allí no llegaron los nazis, gracias a Dios. Y durante el tiempo que estuvieron los comunistas, ellos se mantuvieron fieles a su religión, pese a que ya habían olvidado muchas cosas. Siguieron circuncidando a sus hijos. Jamás se olvidaron de quiénes eran. —Como ve que estoy muy atenta, continúa—. No siempre se hacen llamar judíos, a veces se dan el nombre de «*juhuru*». Judíos de la montaña. Eso porque pasaron siglos viviendo aislados en las montañas. Un pueblo orgulloso. Y con tradiciones propias. —Se inclina hacia mí en actitud confidencial—. ¿Sabe una cosa? Cuando él entra en la sinagoga, se quita los zapatos. Eso hacen esos judíos de la montaña.

—Muy curioso.

—Se llama Gideon. Gideon, *el Danita*, le llaman. ¿Sabe por qué? Según dice, su familia descende de la tribu de Dan.

—¿Usted lo cree?

El viejo se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? A veces lo que importa no es tanto lo que es la gente. A veces importa más lo que cree ser.

Miro por encima del hombro la puerta de la tienda por la que hace poco salió mi misterioso amigo; misterioso, pero ahora bastante menos que antes, pese a que en algún otro aspecto lo sea más; y pienso que tú, viejo, tienes razón, en eso te concedo un punto. A lo mejor incluso eres más sabio de lo que crees.

—¿Quiere, entonces, que le encargue la cartilla? —Apoya las palmas de las manos en el mostrador.

—No, gracias —sonríe—. En realidad, no me hace falta. Pero me gustaría llevarme éste.

Tengo en la mano el ejemplar del *Kuzari*. Levanta ligeramente las cejas, como en reconocimiento de la coincidencia; lo coge, le limpia el polvo y lo envuelve. La paradoja de mi existencia ha sido que, a fuerza de enseñar las Escrituras, he acabado por llegar a un punto en que no me dicen nada. Analizar, disecar, trazar la historia, sí, pero a distancia; nunca fue para mí un asunto personal. Ahora, como una costra de lava, se ha levantado la tapadera que pesaba sobre tan largos años de represión.

Cuando salgo de la tienda a la calle gris, desamparada y desierta, aprieto el paquete contra el pecho y siento una extraña sensación de consuelo: casi una resolución. Estoy contenta con la compra; ese reto latente que acompaña la adquisición de un nuevo libro. Ante mí se abren nuevas perspectivas. Estoy emocionada, noto la excitación en la boca del estómago.

## 5

Intercambio de fotografías: la recatada instantánea de mi madre contra la del carné de identidad palestino de mi padre, ya inservible, donde él aparece con una camisa negra mafiosa y el cabello peinado hacia atrás, algo que le da, según dice Marlene, aire de miembro de la Resistencia Judía. El carné de identidad, exhibido en otro tiempo a petición de los policías británicos en las esquinas de Jerusalén y Tel Aviv, fue a parar al bolso de mi madre junto con un caos de lápices de labios, terrones de azúcar y pañuelos usados. Fue palideciendo gradualmente a lo largo de treinta años, trasladado ceremoniosamente de un bolso a otro para ir a descansar finalmente al álbum familiar.

La foto de ella se deslizó en un compartimento del billeteo de mi padre, un recuadro de cuero ya ocupado por la fotografía de otra mujer. Ella, Hazel, fue testigo del hecho: la foto antigua retenida por un pulgar sucio, la nueva superpuesta a la primera. Pasaron a ser compañeras de cama demasiado amigas para sus gustos.

—¿Quién es?

El billeteo ya estaba cerrado, era agua pasada.

—¿Quién es quién?

—¿Tu hermana?

—¿Quién? Mi hermana, sí.

Ella no se lo creyó.

Ella no sabía qué decían aquellas cartas escritas en papel cebolla cubierto de negra caligrafía. Se preguntaba de quién podían ser. Una vez él le había traducido una carta de su padre, plagada de giros exquisitos y pasados de moda, pero no todas las cartas estaban escritas con aquella misma caligrafía historiada. Las había de caligrafía redonda; también había visto la misma caligrafía en un sobre, inclinada, enérgica. Decía: «Devolver al remitente». Una vez, camino del cine, él había echado una carta en el buzón rojo con gesto furioso. ¿Sería para su hermana? Lo dudaba.

Sus celos habían pasado a ser una criatura que ella alimentaba a base de sobras, un animal flaco y rastrero, alojado en lo oscuro de sus pensamientos, que ella nutría con resentimientos hasta el punto de que, treinta años más tarde, todavía seguía al acecho, moviéndose de aquí para allá, pronto a saltar a la más mínima provocación. Un dolor de cabeza asesino que aguardaba el

momento de poseerla. Revolvía el cajón en busca de una prueba, descubría en él tres pañuelos, calcetines meticulosamente emparejados, un certificado escolar, pecios de objetos encontrados o robados: gemelos, botones, tornillos. Una cucharilla vistosa hurtada de un café del West End; un reloj averiado recogido en una estación de metro. Ni siquiera su navaja de afeitarse le revelaba nada sobre él. Sus pertenencias eran las propias de un hombre, ropa impersonal; habría podido pertenecer a cualquiera.

Alimentaba sus celos a base de pequeñeces y de migajas: fragmentos de conversaciones, una mirada, una sonrisa. Una sonrisa en la dirección equivocada, una coincidencia de ojos; una conversación demasiado absorbente. Buscaba señales, leía el lenguaje de su cuerpo. El matiz de su postura, el tono de su risa.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba él, y ella le daba la espalda, le soltaba un desaire delante de todo el mundo.

Ponía entonces en funcionamiento el frío intenso; tal como había visto hacer a Greta Garbo o a Bette Davis, arqueaba una ceja, avanzaba la barbilla. Le administraba el tratamiento del silencio. Coqueteaba con Danny y con Mervyn, del Grupo Juvenil Sionista; pero él no parecía darse cuenta, no parecía importarle.

De regreso al minúsculo piso y a su cocina de un solo quemador oxidado, a la esquiva fuente de calor eléctrico, ella le descargaba en la espalda toda la furia acumulada mientras él freía salchichas, escupía acusaciones junto con la grasa de freír; lo amenazaba con dejarlo, con amar a otro.

Él no se volvía siquiera para decirle: «Creo que deberías juntarte con Mervyn. Mervyn te conviene. ¡O con Danny! O con Danny. Danny también te conviene».

—A ti te importa un pepino con quién me junte.

Entonces él se echaba a reír; y a ella le entraban ganas de destrozar la almohada con los dientes, de arrearle unos golpes en la espalda o de arrojarle el cepillo a la cabeza. Él terminaba de freír las salchichas, las servía con una rebanada de pan frito, una para ella y otra para él; y comían los dos en la diminuta mesa, él con su chaleco y ella con su combinación camisola-bragas.

Había llegado tarde para ingresar en la universidad. Así pues, además de dar clases, hacía un turno en una fábrica de botellas. Ella seguía trabajando como secretaria. Trabajaban, volvían a casa, discutían, dormían juntos y se iban a trabajar; toda la primavera y bien entrado el principio del verano ella lo estuvo apabullando con escenas y tragedias. Pese a todo, llegaba la noche y, en la estrecha cama individual, se aferraban uno a otro. Él dormía pegado al borde; ella iba de copiloto. La cama era una frágil barca en un mar proceloso e inseguro.

El día que empezó la guerra los pilló paseando por el campo más allá de Chingford. Un hombre, desde un coche en marcha, les gritó la noticia.

—¡Agachaos, agachaos! —les gritó—. ¿No sabéis que se ha declarado la guerra?

Saltaron a una zanja, pero, a los cinco minutos, viendo que no ocurría nada, subieron de nuevo al camino y volvieron a casa.

La guerra comportó un cambio en él: se aferró a ella, le habló de amor, comenzó a manifestarse de una forma desconocida en él hasta entonces. Parecía más solo y más vulnerable, debía personarse cada mes en la comisaría con sus documentos de identidad, en los que aparecía impresa la palabra «extranjero», observaba con inquietud cómo alistaban a sus amigos alemanes. Las autoridades le ahorraron este destino, pero él se vio rechazado por el Ejército, obligado a



mantenerse en retaguardia mientras otros luchaban por su causa. Tal vez fue esto, en definitiva, lo que más hubo de afectarlo: no la falta de comunicación con su familia, pese a que ahora se había convertido en un hecho sumamente doloroso, ni la imposibilidad de ingresar en la universidad, de momento fuera de su alcance debido a las exigencias de la guerra, sino la desposesión definitiva de su hombría, la confirmación de que había llegado tarde, y de que los trabajos a los que podía dedicarse eran serviles, tediosos, embrutecedores, mal pagados, degradantes.

Así pues, ya no volvió a poner más objeciones a las reclamaciones que ella le hacía. Ya no la ignoró cuando ella le habló de planes. No opuso resistencia cuando ella lo aferró con fuerza, sólo dejó de luchar. Y cuando le habló de matrimonio, ya no se lo tomó a broma.

Al iniciarse el ataque por sorpresa, se suprimieron las clases nocturnas; ya no pudieron permitirse el lujo de continuar alquilando la buhardilla donde vivían. Se mudaron de Clapham a Saint Albans, y de Saint Albans a Southend on Sea. Ella trabajaba de secretaria en la Comisión de Refugiados. Él consiguió trabajo como cargador y descargador de camiones y como plantador de árboles.

La primavera de 1941 los encontró en Henley-on-Thames, vivían separados a causa de la patrona. En aquel entonces, él estaba sin trabajo, pagaba el alquiler de sus magros ahorros, sobrevivía gracias a la generosidad que ella podía permitirse con su salario de secretaria. Él había enfilado un callejón sin salida: como si la vida lo hubiera acorralado hasta obligarlo a refugiarse en aquel último cubil, aquella respetable casa de huéspedes de una calle respetable, donde permanecía oculto pero al acecho, como un indeseable metido en una habitación mal ventilada, llena de ringorrangos, atiborrada hasta los topes de muebles y cretona barata; sabiendo que estaba viviendo del último chelín, contando los días que le quedaban hasta que se desvelara la farsa y lo echaran a la calle y empezara a vagar a partir de entonces según estaba condenado a vagar, a caer en el abandono y a morir finalmente en cualquier rincón, tal como en el fondo había siempre deseado. Era el pago que correspondía al gran error de sensatez que había cometido.

Todos los días, a medida que la primavera iba madurando camino del verano, se encontraba con ella junto al río cuando salía del trabajo. La encontraba tranquila y alegre, como recién salida de una barcarola: guapa y desenfadada, vestida como correspondía a la estación; mientras que él ofrecía una imagen lamentable con sus pantalones oscuros de invierno, los únicos que tenía, los que tenían las costuras remendadas. Ella le sonreía en cuanto lo descubría, mostrándole su dentadura perfecta: él absorbía por un instante, quizá por más tiempo, algo de su sereno esplendor.

Cada tarde, a medida que iba penetrando el verano, se oscurecían las hojas y crecía la hierba; los brotes se transformaban en follaje y florecían las yemas de la adelfilla para convertirse en plumas, se paseaban los dos por la orilla del río y se sentaban a contemplar los cisnes; ella hablaba del futuro, y él la escuchaba; y cuando hablaba de matrimonio, él no ponía objeciones.

## 6

Día tras día seguían acudiendo a la puerta del piso de mi tío algunos religiosos que le rogaban que les dejara echar una ojeada al código. Hombres con chaqueta negra, hombres con barba de plata, hombres de ojos fervientes y oscuros, con relucientes tirabuzones. Él se veía obligado a despedirlos: a decirles que no lo tenía.

No entraba en sus intenciones proceder mal con ellos. Lo único que quería era honrar el nombre familiar. Sigue pensando que puede hacer entrar en razón a Sara Malkah. La inocencia en un hombre que ha vivido tanto es enternecedora.

Está de pie junto a su escritorio revolviendo montones de papeles y farfullando para sí. Está buscando algo; creo que ha olvidado qué. Tiene armarios repletos de documentos: archivadores y carpetas, cajas y sobres, carteras y cartapacios. Lo clasifica todo, no tira nada.

—¡Ah, ahí está lo que buscaba! No, no es eso.

Debido al clima cálido y seco que hay donde los tiene guardados, todos esos memorandos han empezado a deteriorarse. El papel está amarillento, se ha vuelto frágil, está ribeteado de extrañas manchas, parece haber sobrevivido a un incendio. El paso del tiempo ha teñido de ocre algunas cartas, tienen adherida una capa de polvo y no revisten importancia alguna para nadie, salvo quizá para algún procurador o contable difuntos que murieron hace tiempo. Cosas que guarda «por si acaso», «porque nunca se sabe». Le gustaría dejar, cuando muera, un registro completo. Todo lo que dejará será palabras caóticas para la hoguera.

Entresaca una fotografía antigua: mi madre y mi padre en el muelle de Haifa, mi madre vestida de blanco, mi padre con sombrero de fieltro.

—La carta del abogado tiene que estar por aquí —murmura.

Cobby tiene teorías propias sobre el sitio donde mi bisabuelo pasó los dos años de su desaparición. Son tan poco demostrables como las mías. Cuesta poco imaginarlo agachado en una oscura *guenizá*, volviendo las rígidas hojas de libros antiguos; o, al tropezar con alguna remota comunidad, demorándose un tiempo en ella para corregir los rollos de la Torá que poseyeran. A lo mejor volvió a caer enfermo y suspendió la búsqueda, vivió unos meses como un campesino anónimo. O bien, extraviado en las montañas del Cáucaso, tal vez descubrió algún vestigio de las Diez Tribus Perdidas.

Cobby, por ser racionalista, no se inclina a admitir esa última teoría. No cree en las leyendas del Sambation. En el mundo no hay misterios imposibles de resolver, tampoco hay gente perdida que se esconde en las montañas.

No puede dar una explicación definitiva con respecto al sitio de donde mi bisabuelo sacó ese códice que actualmente es fuente de tantas tribulaciones para la familia Shepher. Tal vez no lo trajo de aquel viaje. A lo mejor le fue confiado por algún desconocido innominado. Quizá tropezó con él en aquella desaparecida *guenizá* donde pasó aquellos años en los que no se supo nada de él.

Yo, dicho sea de paso, no tengo nada de racionalista. O si algo tengo, es en relación con la época actual. Si el presente se caracteriza por el escepticismo, el pasado está plagado, a mis ojos, de milagros. O si no son milagros, por lo menos son misterios. O si no son misterios, por lo menos son posibilidades, estallidos de revelación, portentos que se convierten en realidad.

Por eso me siento inclinada a imaginar que mi bisabuelo hizo un viaje a un lugar lejano, que aquel viaje lo llevó a un país habitado por una tribu judía. Que se demoró entre aquellas gentes porque quiso examinar los sagrados pergaminos que poseían y que, cuando se marchó, se llevó de matute aquel recuerdo precioso.

Llevó el códice a Jerusalén metido en su hatillo. En cuanto llegó a la ciudad, sintió un extraño malestar. Lo atribuyó en parte a la tuberculosis crónica que padecía y en parte a la hipocondría que no había dejado de corroerlo. Hay quien sugiere también un reblandecimiento del intelecto y quien afirma que no fue más que una inexplicable pérdida de fe.

Yo sustento la teoría de que quizás estaba mesmerizado por la brecha existente entre la lengua y la revelación, por la imperfección de la lengua frente a la perfección del Verbo. Tal vez se sintiera paralizado ante las implicaciones. En realidad, si Dios permitía que existieran versiones, si Dios era incapaz de evitar los errores, ¿qué decía esto sobre el poder divino? ¿A qué quedaba reducido el concepto de la verdad divina?

Cobby dice:

—Sé que está por aquí.

Revuelve los montones de papeles mientras va murmurando para su capote y moviendo la cabeza.

Miro la fotografía, las gavillas de papeles que tras cada momento que pasa van acercándose más a su transformación en polvo, y pienso: lo mismo ocurre con las pruebas falsas que con las auténticas. Poco a poco el tiempo las va disgregando. Lo único que nos queda es el pecio de nuestros hallazgos. Nos conformamos con invenciones, medias mentiras, especulaciones, mitos.

## 7

Mis padres se casaron en el verano de 1941; llevaban una rosa, una delgada sortija y un testigo que encontraron en la calle.

La rosa era regalo de mi padre, robada de algún jardín mientras iba camino de la oficina de registro. Era blanca, tanto símbolo de rendición como de amor. La sortija fue la mejor que pudo permitirse: veinte años más tarde, se había gastado tanto que se vio obligado a sustituirla. Eso, a ojos de mi padre, era la economía de los pobres.

Ahí van los pocos detalles que hemos podido reunir: se hizo cortar el pelo; llevaba el único traje que tenía y una corbata que había pedido prestada a un conocido diez meses antes y que nunca le devolvió; los zapatos eran viejos, pero lustrados con betún de calidad, toda su vida puso gran empeño en el brillo de los zapatos.

La señora Busby, su patrona, le dijo que estaba muy guapo. Al parecer, le había perdonado aquella metedura de pata que cometió con las setas.

La noche anterior, como distinción especial, le había servido para cenar un plato de setas asadas. Mi padre, que en su vida había visto ni probado setas de ningún tipo, se vio obligado a tirarlas al retrete. No tenía ni idea de que se trataba de un manjar caro ni de que eran difíciles de encontrar. La señora Busby se topó con él cuando salía del retrete con el plato vacío en la mano.

Pero como era el día de su boda, la mujer decidió pasar el hecho por alto. Hasta se le escapó una lágrima al tenderle el sombrero. Su propio hijo, Billy, estaba en el ejército. No sabía cuándo volvería a casa con permiso.

Corrió el visillo y lo vio cruzar la calle. Podía ser extranjero, pero no dejaba de ser un caballero. Y muy mañoso, además, para todo lo relacionado con la casa. Su novia era guapa, por descontado.

—Pero engordará —se le escapó a la señora Busby en voz alta, cediendo a un alfilerazo de celos—. Se lo veo en las pantorrillas.

O sea, que mi padre cruzó la calle y desapareció al doblar la esquina. La señora Busby lo perdió de vista y, aunque eso ella no lo sabía, también él se había perdido de vista. Caminaba aprisa, como si fuera directo a su destino, pero tenía la cabeza en blanco. Después del incidente de las setas se había sentido terriblemente mal, se había pasado la noche torturándose, y por eso

lo que ahora deseaba más fervorosamente era olvidar aquella estupidez y meterse en su casa. Había pasado dos años y medio acuciado por una decisión irrevocable, una decisión que ahora le parecía tomada en un distante pasado, pero aquella última noche había comprendido que lo irrevocable no son las decisiones, sino sólo los hechos.

Ahora iba decidido a dar cumplimiento a un hecho.

Fue entonces cuando se detuvo junto al rosal cuajado de rosas blancas. ¿Acaso podía, todavía, emprender otro camino, deshacer aquel futuro que ya se estaba trenzando, cambiar su destino? No. Las rosas blancas colgaban sobre la tapia del jardín, cogió una entre el pulgar y el índice y la arrancó. Una mujer golpeó, enfurecida, los cristales desde una ventana del piso de arriba. Él le sonrió, se llevó la mano al sombrero, cogió la rosa y siguió camino adelante. ¡Era tan feliz y estaba tan desesperado!

No hubo fotografía de la ocasión; tampoco me la han descrito nunca. Pese a todo, conservo esa imagen de él camino de la boda. Un hombre sin familia ni amistades. Un hombre que llevaba una sortija en el bolsillo y una sonrisa triste en los labios. Un extranjero solo en un país extranjero que aportaba a su matrimonio el simple regalo de una tregua.

Gideon pregunta:

—¿Qué pasa?

Sólo entonces me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente.

Estamos sentados en el café Atarah de la calle Ben Yehuda. Fuera, la lluvia cae con incansable pertinacia. Los olores son una mezcla de café recién hecho, crema de leche y ropa mojada. Los cristales de las ventanas están empañados.

Me sobresalto y él sonríe. También él me observa con sus ojos verdes como la hierba, la mejilla apoyada en la mano izquierda. Sacude con la derecha la ceniza del cigarrillo que sostiene. Examino las arrugas que se le forman en la mejilla, debajo de los ojos; me pregunto qué edad tendrá.

—Nada —miento.

Me muevo, inquieta, en la silla. El resto del capuchino se ha enfriado. Tengo la impresión de que Gideon me penetra con la mirada, de que puede leer mis fugaces pensamientos en mi rostro traidor. No lleva anillo, observo, en esa mano donde apoya la mejilla.

Quizá no llevan anillos en aquella parte del mundo.

—Parecías estar muy lejos —observa con expresión de quien sabe lo que dice.

No sabe que yo sé; no le he dicho nada. Tal vez teme pinchar la burbuja de su mística. En todo caso, ahora me parece más misterioso. Más difícil de conocer por el hecho de tener un origen tan claro.

—Todavía no me has dicho si crees en mí —añade.

Ahora me toca sonreír a mí: como si creyera que éste es realmente el punto que importa. Como si yo fuera capaz de creer en algo. Hay algo más importante que esto, una sensación que sería difícil concretar en palabras. Se trata de algo poderoso y afin al instinto. Sigo sonriendo y, bajo control, respondo:

—Sé que me gustas.

—También a mí me gustas —dice Gideon.

Y deja la mano en la mesa. No me toca, por supuesto. Pero allí está su mano, una mano sin

anillo, en una especie de aproximación.

Me echo para atrás. Miro a lo lejos, a través de la ventana que ha ido agrisándose.

—No me has contado nada sobre tu familia —observo.

Se encoge de hombros.

—No hay nada que contar. Tengo tres hermanos y cuatro hermanas. Todos casados. ¿Qué quieres saber?

—¿Tú no estás casado?

Gideon sonríe.

—Yo soy la oveja negra —la sonrisa se hace más amplia—, la desesperación de mi madre. — Pasado un momento, pregunta—: ¿Y tú?

—Supongo que a mi madre, si viviera —replico con cautela—, le gustaría verme casada.

—Y a ti, ¿qué te gusta?

—Me contento con lo que tengo.

—¿Qué tienes?

—Me tengo a mí. Mi trabajo. Debe bastarme con eso.

—¿Te basta?

Vuelvo a moverme en la silla, inquieta bajo esa mirada suya que lo ve todo. No encuentro refugio frente a los sentimientos que van creciendo dentro de mí.

—No tengo nada de que lamentarme —murmuro.

Siento una ola que me va subiendo por la garganta y me corta la voz.

—Yo no lamento nada —dice Gideon—. Me alegra haberte conocido.

Por poco doy un salto en la silla. Desde algún lugar muy cercano, un lugar situado a mi espalda, alguien me repite al oído: «Lo único que quiere es el código. Lo único que quiere es manipularte».

—¿Te das cuenta de que, si dejas que te lleves el código, me separaré de la única cosa que realmente me importa? —le digo bruscamente—. ¿La única cosa que podría salvar toda mi triste carrera?

Estamos frente a frente. Nos miramos. El rostro de Gideon es más grave, más triste que nunca. El mío seguramente refleja toda la furia que siento.

—Sí —replica, serio—, lo sé. No creas que no sé qué te pido.

—Si se tratase de una variante, no quisiera hacer otra cosa que pasarme tres años o el tiempo que fuera analizándolo.

—¡Claro! Pero ¿crees que tus parientes te dejarían?

—Si tú te lo llevas a..., dondequiera que te lo lleves, ni siquiera esa posibilidad me queda.

Gideon se ha quedado en silencio. Juega con algunas motas que hay en la mesa: sus dedos son largos, elegantes, dedos de artista.

—Quién sabe... —murmura con voz casi inaudible.

—No, no tendré esa posibilidad —digo con viveza, al tiempo que noto una ola de frío que sube dentro de mí—, tú me pides que haga ese sacrificio.

—Te pido simplemente que hagas lo que está bien.

Permanecemos callados; no hay nada más que decir. El bullicio y el ruido que reina a nuestro alrededor va en aumento e invade nuestra intimidad; un alboroto, una presión de gente que tiene todos los visos de querer expulsarnos. Pensar en la desolación que me aguarda me llena de

desesperación. Quiero quedarme aquí con Gideon, discutir con él si es necesario. Si discutimos, querrá decir que estoy con él.

Levanta la cabeza de pronto, su expresión es radiante, se ríe.

—Eso es un regalo, ¿no te parece? —dice—. Ese secreto entre los dos. Seguro que ni tú ni yo lo esperábamos cuando llegamos.

## 9

El taller era frío, endeble, poca cosa más que un improvisado cobertizo construido rudimentariamente con ladrillos y planchas de chapa ondulada; el suelo era de cemento, el tejado tenía un agujero; era uno de esos sitios donde se recoge el ganado. Solitaria, como a punto de iniciar algo, en el suelo había una sierra circular sobre una ligera capa de virutas. Desperdigados en otros rincones, un taladro, una máquina para hacer muescas y un torno.

—Desechos —indicó papá con la cazoleta de la pipa—. Todo recuperado en los escombros de una fábrica bombardeada. Lo construí yo. Me va de perlas.

Amnon parecía relativamente impresionado. Se agachó para examinar el aparato con más atención. Había despertado su interés. La máquina desvelaba al ingeniero que estaba latente en él.

Papá llevaba un abrigo marrón botella y sombrero de fieltro; en aquella época estaba experimentando con la posibilidad de un fino bigotito. El bigote le daba aires de mando, una actitud magistral: el efecto que quería conseguir.

Amnon recorrió con los dedos el mecanismo, el alvéolo gris que alojaba el motor y la hoja.

—¡Ten cuidado con los dedos!

Se levantó; estuvo un minuto observando el equipo con empecinamiento.

—Te parece que sabrás usarlo, ¿verdad?

Se encogió de hombros, su expresión era enfurruñada. ¿Hacía falta aprender? Poca cosa en todo caso, pensó. Asimilaría el procedimiento, aquello era como agua para un pato.

—Aprendo rápido —dijo.

—Me alegra oírlo. Ahora eso está más vacío de lo que querríamos, pero danos tiempo, danos tiempo y verás cómo lo llenamos. Todo eso estará repleto de maquinaria. —Papá mordió la pipa, que tenía apagada: ya habían incendiado el taller una vez. Agarró el brazo de Amnon con gesto protector—. Ven, te enseñaré el patio.

Salieron al exterior, era un solar desolado, salvo por unos pocos tableros al fresco en el ambiente lluvioso.

—De momento todavía fallan los suministros, desde luego —dijo—, pero las cosas van mejorando. Y se necesitarán muebles. Se forman familias, se construyen nuevas viviendas. Fíjate bien en lo que te digo. De ahora en adelante todo irá a mejor.



Bajó la vista y, con aire furtivo, miró las manos de su yerno. En una fracción de segundo hizo de él la estimación justa: fuerte, poco diestro, pero trabajador.

Volvieron andando bajo la lluvia, pasaron junto al cobertizo embreado lleno de desechos, se dirigieron al pequeño despacho que era poco más que un tenderete prefabricado. Allí, bajo el cálido brillo de una bombilla —ya estaba muriendo el día—, los esperaba Hazel con el té recién preparado.

—Te aseguro que van a ser los hombres de negocios los que harán dinero —dijo—. Lo que ese país necesita ahora son empresarios. Tienes que estar en el baile, cazar al vuelo las oportunidades. O corres riesgos y sales vencedor, o te quedas sentado con el sobre de la paga y no sales de obrero en la vida. Dentro de veinte años todos seremos capitalistas.

Siguió al joven al despacho de la fábrica. Hacía calor allí dentro, demasiado calor incluso, el aire estaba viciado; el olor del papel y de la cinta de la máquina de escribir se mezclaba con el del polvo quemado en la estufa eléctrica. La lluvia resbalaba en regueros por las ventanas y tableteaba contra el endeble tejado; allí dentro reinaba una sensación de bienestar y de seguridad. Hazel los recibió con sonrisas y tazones de té fuerte. Llevaba una blusa cerrada de color crema que le sentaba muy bien, el pelo sujeto con una cinta morada.

—¿Qué? ¿Lo has visto todo?

Había ansiedad en sus palabras. Aquí hacía gala de una desconocida confianza, estaba en terreno propio; se encontraba distendida, había recuperado algo de su antigua personalidad. Volvía a ser una colegiala. Volvía a hacer gala de una vieja camaradería con su padre: hablaba con él en tono zalamero, con un acento que Amnon no le conocía.

—¿Qué te ha parecido?

Lo había llevado al norte como quien lleva un trofeo, como el botín de guerra conseguido en la batalla que se exhibe para deslumbrar a la tribu. No habían traído nada, no habían traído nada de nada: sólo la maleta marrón de ella con sus trajes chaqueta y el maltrecho maletín de él. Entre los dos reunían diecisiete libras, nueve chelines y seis peniques. Papá, en un primer momento, se había quedado callado, se había mostrado circunspecto; se sacó la pipa de la boca y hubo un apretón de manos delante de la chimenea mientras observaba lentamente de arriba abajo a su nuevo yerno como si pretendiera hacer una valoración del personaje de una sola ojeada. Mamá se mostró menos reprimida y, cuando le ofreció un cuenco de caldo de pollo, le pasó toda una batería de preguntas importantes; cuando él subió arriba para lavarse las manos, se llevó aparte a Hazel y le murmuró al oído:

—No está mal, pero ¡mira que casarte con un maldito extranjero!

Ahora comenzaría a trabajar en el taller y cobraría un salario de cuatro libras por semana. Aprendió a manejar la sierra circular y el cepillo. Inspeccionaba regularmente las cuchillas y las limpiaba. Se encargaba del mantenimiento de las correas y engrasaba las poleas; trabajaba con la vieja y desprotegida sierra de banco, y perdió las yemas de tres dedos. Comía de pie junto a la caldera unos emparedados de jamón ahumado acompañados de unos tazones de té ambarino.

Se pasaba el día entero trabajando duro en la sierra de banco, cortando, engrosando y rebajando madera. Cepillaba, remataba bordes, encaraba largos. Con el tiempo se doctoró en plantillas y ensamblajes. Aprendió a usar el perforador vertical y el torno. Construyó taburetes y mesas para bares, sólidos tresillos para la emergente clase media. Butacas y sofás, sillas y mesas de comedor para amueblar toda la avalancha de casas nuevas que surgieron como setas al final de

la guerra.

Los hombres se llevaban bien con él y lo llamaban ‘Arry, pero sabían que en realidad no era uno más entre ellos. No tenía su mismo nivel en el trabajo, aunque no por ser el yerno del amo. Trabajaba más que ellos, era más inteligente que ellos, se quedaba en el taller hasta más tarde que ellos, era el otro brazo del amo cuando había que cubrir pedidos. Hablaba con un acento extraño, un acento dental no siempre comprensible. Los demás notaban que era extranjero; sentían la diferencia. Pese a todo, advertían que desempeñaba un papel que no le correspondía.

Quizás en la actitud de papá también había algo, a veces chusco y siempre un poco condescendiente, que les revelaba algo sobre el hecho de que viviera allí, aunque ellos habrían sido incapaces de expresarlo con palabras: nunca un verdadero jefe, nunca el amo del todo.

Hazel se sentaba en un taburete del maltrecho despacho, preparaba los salarios y escribía en los libros de contabilidad. Había engordado; había abandonado los trajes chaqueta. Ahora llevaba faldas anchas y blusas de lunares. Por la noche, él caía rendido en la cama, exhausto. Ella se abrazaba en silencio al evocador olor de su espalda.

En la planta baja, metidos en un cajón de un mueble de la cocina, iban amarilleándose y recogiendo polvo los certificados escolares de Amnon.

Se trasladaron a vivir a una vivienda adosada con fachada de ladrillo y puerta trasera por la que pagaban un alquiler de diez chelines por semana. Tenía una carbonera en el patio trasero y un sendero de ceniza. Compraron una nevera; también un Hillman Minx de segunda mano. Él perdía el pelo; el de ella crecía desmesuradamente, se alargaba, perdía forma.

Fueron en coche a la orilla del mar, comieron pescado con patatas fritas en un quiosco de música y permanecieron allí acurrucados bajo la lluvia helada. Eran sus primeras vacaciones de verdad. Bebieron té de un termo, se calentaron mutuamente las manos y contemplaron a través de la ventana chorreante de lluvia el mar gris, impenetrable.

¿Qué pensaba ella entonces cuando lo miraba a los ojos y veía que se había desvanecido de ellos la intensidad de otros tiempos (la prueba está en las fotografías), sustituida por una desilusión permanente? ¿Eran los ojos de un poeta que no escribiría nunca ningún poema, los de alguien cuyos logros permanecerían encerrados para siempre en su interior? Tal vez ella no lo veía o tal vez sólo le miraba las manos, que eran ásperas y encallecidas, perpetuamente impregnadas de aceite (tres dedos con las yemas cercenadas), o los pliegues del rostro, grabados por el torno junto al cual había pasado centenares de horas.

Ella ya tenía lo que siempre había deseado tener: una casa con cuarto de baño y lavadora, un jardín con rosales y un cuadro de césped. Hijos: en eso lo único que consiguió fue sangre, una repetición del trauma, una sucesión de hermanos y hermanas malogrados a medio formar que a veces irrumpen en mis sueños. Ella deseaba sol y seguridad, un saloncito con una alfombra adornada con las clásicas volutas de los patinadores, el café de la tarde. Una casa en las afueras de la ciudad con revestimiento de piedrecillas blancas, un Vauxhall azul y rosa en el camino de entrada.

Papá dictaminó:

—No será nunca un Hepplewhite, pero es muy trabajador. Un poco chapucero, eso sí, pero yo le daría buena nota por la mucha voluntad que pone.

Pero él iba perdiendo las esperanzas al mismo tiempo que el pelo; envejecía. Ella lo miraba a los ojos y veía que se hacía viejo. Se le habían amarilleado los dientes; tenía unos toques

plateados en las sienes. Notaba lancinantes punzadas de dolor en la cabeza y en la espalda.

Una noche de las muchas en las que se había quedado trabajando hasta tarde, solo en el gran taller, estaba arreglando el motor averiado de una sierra de banda.

Mientras trabajaba iba pasando revista a su vida.

La vida, que se le había antojado tan vasta y llena de posibilidades, lo había ido acorralando hasta reducirlo a aquel rincón. Un lugar exiguo, opresor, sin salida.

Si volvía la vista atrás, si intentaba dilucidar qué proceso lo había conducido hasta el sitio donde se encontraba, le parecía descubrir a veces la intervención de unas fuerzas cósmicas y omnipotentes que se habían confabulado para tenderle una emboscada. La necesidad lo había empujado, la guerra le había tendido trampas, la economía lo había forzado, el amor lo había embaucado.

En los tiempos de juventud había tomado una decisión irrevocable. En un momento de energía había hecho dar un viraje a su destino.

Ya nada tenía remedio. Lo supo mientras desmontaba el cuerpo eléctrico del aparato e iba conectando y desconectando cables. Las silenciosas máquinas, cada una sujeta como un perro a su correa y a su motor, lo abrumaban con su directa y muda realidad. El olor de las virutas de madera se mezclaba con el de su propio sudor.

Al fin y a la postre, había que admitir que aquel trabajo manual tenía algo de satisfactorio, le proporcionaba la posibilidad de estar solo en el gran taller con las manos untadas de aceite y con serrín en el pelo; solo con máquinas grandes que eran como él, sucias y pertinaces, acostumbradas a trabajar duro, esclavas silenciosas de la situación a la que estaban sometidas... Acopló la sierra de banda al motor de un redundante torno.

Era absurdo afirmar que su vida estaba arruinada cuando tenía una mujer que lo amaba, un negocio en marcha y una casa. Legítimamente habrían podido preguntarle: ¿qué más quieres? ¿Quería tal vez lo imposible, cambiar la historia, hacer marcha atrás y deshacer el tejido de su vida?

Iba, pues, barajando esas cuestiones, dándoles vueltas, ahora hacia delante y ahora hacia atrás, positivo y negativo, mientras retorció los cables y los ponía en su sitio; mientras cogía la llave inglesa, mientras sujetaba con ella el conector activo, mientras lo traspasaba un dardo eléctrico y lo convertía al instante en palpitante conducto; mientras la fuerza de la corriente lo proyectaba como un muñeco de trapo al otro extremo del taller, supino y fulgente, puros ríos sus venas, negativo-positivo, positivo-negativo...

¿Qué pensamiento cruzó por la cabeza de mi padre entonces, en el momento de su casi-muerte? ¿Qué revelación tuvo al ser lanzado por los aires? Ninguna revelación. Sólo fue un pilar de cemento abatido por un conector activo que sostenía, echando humo, en la mano. Permaneció inconsciente en el suelo, entre virutas de madera. Así, media hora.

Qué media hora tan serena debió de ser aquélla, sumido en el despeñadero del puro olvido, durante la cual mi padre permaneció dormido en el suelo del taller. En el mismo centro de su vida, mientras creía estar muerto.

Pero despertó después y, viendo que aún estaba vivo, se puso tambaleante de pie. Y maltrecho, quemado, exhausto, fluctuante, cerró el taller, se metió en el coche y, temblando, volvió a casa al lado de su dormida esposa.

Las palabras que absorbieron la juventud de mi padre son éstas: ajustar a tope y a cola de

milano, rebajo y lijadora, escoplo, cincel, gubia. Atrapado como estaba en la geometría de unas opciones. Amarrado al banco de una realidad que no podía cambiar.

# 10

Moisés se quejó a Dios. Y le dijo:

—El día más grande de mi vida fue aquel en que subí al monte Sinaí y recibí la Torá.

Dios dijo:

—Sin embargo...

Moisés prosiguió:

—¿Sabes cuál fue el peor día de mi vida? El día en que los hijos de Israel lucharon con los amalekitas en Refidim. Tuve que pasarme el día entero en la montaña con los brazos en alto. Si los tenía levantados, ganábamos, pero cuando los bajaba, perdíamos. —Hizo una pausa y continuó—: No pude unirme a la batalla. No pude hacer otra cosa que permanecer allí. No me diste energía suficiente para luchar, pero me hacías responsable de la muerte de mis soldados sin darme la fuerza necesaria para mantener los brazos levantados durante más tiempo.

Dios meditó un momento y dijo:

—Tenías a Aarón y a Hur para que te sostuvieran los brazos.

Moisés dijo:

—Fue el día más humillante de mi vida.

¿Por qué había afectado tanto ese episodio a Moisés? Pues porque le había revelado, en un microcosmos, la verdad sobre su existencia. No tenía ningún poder como individuo. Sólo era un instrumento del poder de Dios.

Su responsabilidad era grande, tan grande como su debilidad. En aquel momento, Moisés se sintió prisionero de la paradoja de su propio libre albedrío.

Todo está previsto, dicen los rabinos, pero se consiente la libertad de elección. Se guiará al hombre a través del camino que él quiera seguir.

# 11

El Instituto Ben Or es un pastillero de piedra entre un conjunto de pastilleros de piedra de diversa altura, enclavado en uno de los barrios periféricos de la zona de poniente. Un edificio de tres plantas en el centro de una avenida tranquila, próximo al pequeño parque público donde me encuentro, bajo el sol de la tarde, comiendo pan de sésamo y bebiendo café que he comprado en un bar.

Dentro del edificio, la escalera es oscura y está impregnada de olor a papel viejo (no me han gustado nunca los ascensores y, en veinte años de vida académica, la costumbre de servirme de la escalera en las diferentes instituciones me ha pertrechado para subir montañas) y cada rellano ofrece una vista a través de una ventana enrejada y mugrienta que ofrece una visión de la masa de cipreses del exterior. La biblioteca se encuentra en el tercer piso, está provista de iluminación fluorescente, es utilitaria y está llena a rebosar, un lugar agradablemente familiar para alguien que ve todas las bibliotecas como si fueran su propia casa. Unos cuantos lectores con gafas, unos cuantos estudiantes de religión, levantan fugazmente los ojos cuando paso. La puerta de la oficina está en el fondo y se encuentra abierta.

—La señorita Shepher. *Shalom, shalom*. Entre, siéntese por favor, póngase cómoda.

Shloime Goldfarb, director ayudante del instituto, es un hombre alto que lleva una camisa astrosa, la calva cabeza medio cubierta por un bonete azul de oración, accesorios religiosos colgados de la cintura, olor a sudor de axila y muchos asuntos pendientes todavía entre manos al acomodarse nuevamente con gesto expansivo detrás del escritorio. Continúa hablando por teléfono. Estantes atiborrados de libros, carpetas y archivadores por los que asoman papeles: unos, descoloridos y polvorientos; otros, de fecha reciente, cubren las paredes. Una ventana sin reja mira al parque; un ventilador zumba suavemente pese a lo temprano de la estación.

Es un caótico ambiente académico al que estoy acostumbrada y que me gusta, que me sosiega, aunque sé de inmediato que ese hombre estentóreo, engreído, pagado de sí mismo, me gusta muy poco. Hace girar la silla para alejarse de mí y se examina los dedos, se da unas palmaditas en el bonete de oración que lleva encasquetado en la parte de atrás de la cabeza; se ríe sin alegría, con una profundidad gutural parecida a un temblor de tierra y remata con un:

—De acuerdo, Uri, *b'seder, sabbat shalom*.

Después cuelga ruidosamente el aparato y revuelve unos papeles importantes; a continuación se digna desviar la atención hacia mí.

—Bien, señorita Shepher, ¿en qué puedo servirla?

—De hecho, soy la doctora Shepher —le digo—. No sé si podría ver el código.

—Sí, sí, claro, por supuesto. Perdona, lo había olvidado. Su tío me lo dijo por teléfono. — Juega nervioso con un bolígrafo; anota unas palabras y desplaza sobre la mesa una hoja de papel con membrete—. O sea, que usted es la sobrina de Cobby. Bien, le enseñaré el código. Está abajo. Perdóneme un minuto, por favor.

Ha vuelto a sonar el teléfono: coge el aparato bruscamente con su enorme manaza y, tras darme la espalda, se enzarza en una larga conversación.

Yo permanezco sentada, inmóvil como una estatua: el bolso en el regazo, las manos enlazadas, la mirada vagando por los descoloridos lomos de libros hebreos: *Ugarit, Hazor*, de Yigael Yadin; unos cuantos libros ingleses y unos treinta números atrasados de *The Journal of Biblical Studies*.

—*Loh loh. Ken. Loh. Az mah?*

A Shloime se le escapa una carcajada que parece más bien un breve ladrido. El anticuado despertador que tiene sobre la mesa deja oír un lúgubre tictac.

Al final, cuelga ruidosamente el teléfono.

—*Nu*. Señorita Shepher, estoy muy ocupado. ¿Vamos abajo?

Menudo seductor, me digo para mis adentros. Seguro que su mujer lo quiere con locura. Mientras voy siguiéndolo a través de la biblioteca como una becaria en periodo de prácticas, le pregunto si ha tenido tiempo de examinar el código a conciencia.

—¿A qué se refiere? ¿Un examen?

Su respuesta ha sido tan tajante que veo que he tocado una fibra sensible.

—No me refiero a nada en particular. Quería saber simplemente si había descubierto algo.

Tira de la pesada puerta y abre la reja de un ascensor inquietante por lo anticuado.

—No es como los Rollos del Mar Muerto. Es una *keter Torah*. ¿Sabe qué es una *keter Torah*? Una copia manuscrita de la Biblia.

—Lo sé. —Entro de mala gana en el ascensor—. ¿No tiene ciertas variantes?

—Bueno, sí —replica, cerrando la reja.

Pulsa después el botón del sótano. De pie a mi lado, en el reducido cubículo, tengo la impresión de que me observa un momento con mayor respeto.

—Hay algunas diferencias textuales.

A medida que el ascensor va descendiendo, voy preparándome. Percibo la creciente densidad del olor que emana su cuerpo.

—Naturalmente, usted lo entenderá —añade—. Mientras no se resuelva la cuestión de la propiedad, no podemos dejar que se haga un estudio más profundo del libro.

—Pero eso puede llevar meses. ¡O años!

Se encoge de hombros con aire de resignación. ¿Qué le vamos a hacer? No está en su mano la posibilidad de solucionar el problema.

Pasados unos segundos nos encontramos en el sótano del instituto, y yo avanzo delante de él a través de un frío corredor revestido de cemento, bien iluminado. Shloime efectúa un rápido adelantamiento, se sitúa delante de mí y abre la marcha. En el fondo del corredor y, tras doblar un ángulo del mismo, hay una pequeña celda sin ventanas con una centralita telefónica, interfono y

pantalla de televisión, además de un hombre de edad, bajo, vestido de uniforme, que está bebiendo un té con limón.

—*Shalom*, Dubi.

Ante la inopinada aparición de Shloime, el viejo se levanta con cachaza y hace matraquear las llaves.

—Aquí, la señorita Shepher. Quiere echar un vistazo al archivo Shepher.

—Doctora Shepher —digo, avanzando la mano.

El archivero no me la estrecha. Me mira desde lo alto con indiferencia.

Mas allá del exiguo cuchitril del archivero, a todo lo largo de la pared, hay una serie de cubículos excavados en el muro, protegidos por una reja y provistos de cerradura, que recuerdan las cárceles del Salvaje Oeste: en el interior de cada uno, dos rimeros de estantes etiquetados y numerados; coincide con la parte superior de cada uno un sector de la ventana del sótano, enrejada y provista de cerradura, por donde se cuele la luz natural del mundo exterior.

El viejo elige uno de esos cubículos y lo abre; no es agradable permanecer en su interior. Encorvando un poco la espalda, hace un gesto despectivo en dirección a una hilera de cajas.

—¿Cuál de ellas quiere ver?

Titubeo.

—No lo sé.

Trato de leer las etiquetas en la penumbra reinante y lo único que consigo ver es una serie de jeroglíficos indescifrables y minúsculos.

El archivero se encoge de hombros.

—¿Cómo? ¿He de saberlo yo, entonces? Quien viene a ver lo que sea es usted.

—Quiere ver el código —interviene Shloime.

—Otra que quiere ver el código —refunfuña el viejo por lo bajo, pero acaba por facilitarme las cosas: alcanza una de las cajas, la saca, la coloca sobre la mesa y la abre; por fin, el código dentro de ella.

No sé muy bien qué me ocurre cuando lo saca de la caja: siento una oleada de algo más potente que la adrenalina. Es como yo lo imaginaba: grande, raído, manoseado, la encuadernación cargada con toda la mugre de siglos de grasas humanas acumuladas, las páginas asomando toscamente por los bordes. El marroquín, de una tonalidad ocre, está decorado con un ligero y primitivo trabajo de estampación no muy elaborado. Cuando lo deja sobre la mesa, a duras penas consigo reprimir el deseo de tocarlo.

Me siento, presurosa, bajo una luz de comisaría.

—Gracias —dice Shloime, y el archivero se retira flemáticamente, con una mueca en el rostro, a su cubil.

—Como puede ver —prosigue Shloime, que continúa de pie—, se trata de un manuscrito del Pentateuco en forma de libro, extraordinariamente bien conservado, a tres columnas sobre pergamino, *masora* completa. Yo diría que es realmente un buen ejemplar.

Lo abre; así que empieza a volver páginas, noto que me recorre un escalofrío: es una violación.

—Me han dicho algo sobre el colofón —consigo articular.

—Sí, el colofón —repite, dando un golpe, que a mí se me antoja brusco, al final del libro—. Era práctica corriente hacer constar algunos datos sobre la procedencia del manuscrito.



Examinamos juntos las escasas líneas que componen el escrito: las muchas abreviaturas escapan a mis conocimientos.

—Es pura fantasía, desde luego. —Se encoge de hombros—. En el colofón se inventan una historia para dar mayor importancia a la procedencia. Es un ardid habitual, ¿sabe usted?, para que el libro parezca más valioso de lo que es realmente.

—¿Realmente?

—Sí. Éste dice... —vacila al traducir— que vino del santuario del Señor de Samaria, que fue trasladado a Asiria con los desterrados, retirado de manos de éstos al otro lado del río Sambation. Propiedad de los ancianos de la tribu de Dan.

—¡Vaya procedencia!

—Bueno, usted ya sabe cómo son esas cosas... —vuelve a encogerse de hombros—, es un cuento inventado. Es evidente que el libro no es tan antiguo como eso.

—Ya comprendo —digo con una sonrisa aduladora—. Es decir, ¿usted no dispone de un departamento especial para averiguar si algo procede realmente de las Diez Tribus Perdidas?

Sonríe a su vez, pero su sonrisa es forzada.

—No sé si usted cree en ese tipo de historias fantásticas, doctora Shepherd. Yo soy un estudioso que se toma las cosas en serio. Mire usted —prosigue volviendo bruscamente las hojas, ya sea arrepentido por sus palabras, ya para escapar más rápidamente de tan ridículo colofón—, voy a mostrarle una de las diferencias que usted había mencionado. Aquí en el Génesis. —Recorre el pasaje, rozando con el dedo las columnas con una falta de respeto tan grande a un libro tan sagrado y antiguo que me causa un hondo desasosiego—. Aquí donde dice «*vayitzer*», «y Él creó», con dos *yods*. En la versión corriente habría una sola, lo que rigurosamente hablando no es consecuente con la gramática. —Observo, impresionada, sintiendo manifestarse los instintos de las generaciones—. *Nu*. Y lo mismo. *Kacha*. Realmente, hay que ser un verdadero estudioso para apreciar ese tipo de cosas.

—Sí, estoy segura de que usted lo es —me aventuro a decir—. ¿Diría, pues, que las diferencias en conjunto mejoran la exactitud del texto o que más bien lo corrompen?

Hace una especie de contoneo con el cuerpo, como si acabara de introducirle una serpiente por debajo del cuello de la camisa.

—Mejorar, corromper... ¿Por qué utiliza estos términos? Tenga presente que, en lo que respecta al texto bíblico, no siempre damos preferencia a una versión sobre otra. Nosotros analizamos las diferencias. Es lo que hacen los científicos.

—Naturalmente —coincido con él, pese a que tengo mis dudas.

—Eso no cambia el sentido. Es como una minúscula diferencia en el ADN.

—Pero ¿no producen cambios importantes en todo el organismo las minúsculas diferencias en el ADN? —digo.

Vuelve a regalarme una de sus retorcidas sonrisas.

—Difícilmente. A menos que estemos hablando de códigos secretos. Y la considero una joven demasiado sensata como para interesarse por ese tipo de cosas. —Yergue la figura—. Bien, dejo que disfrute. No tenga prisa. Tengo que volver arriba. Si necesita algo, pídaselo a Dubi.

—Muchísimas gracias. Le estoy sumamente agradecida. —Parece tener prisa por marcharse, por lo que añado, tal vez con impaciencia excesiva—: ¿Hay algún inconveniente en que vuelva otro día?

—No, en absoluto. —Se despide de mí agitando la mano, como abstraído. Es evidente que mi entusiasmo lo tiene desconcertado—. Venga todas las veces que quiera. Informe a Dubi cuando vaya a salir.

Desaparece y me deja sola en esa cárcel con su prisionero más valioso. Vuelvo hojas; saco la pequeña Biblia hebrea que me he traído dispuesta a iniciar el largo proceso de comparar y descubrir variantes. Pongo manos a la obra, pero el solo hecho de iniciarlo es de por sí un intento desesperado. Es un trabajo esforzado que durará meses, años. De momento tendré que contentarme con sentir su presencia, tocarlo, leerlo y explorarlo.

Me sería imposible explicar la sensación que experimento sentada en esa celda de aislamiento: qué corriente de reconocimiento circula entre el libro y yo. Ya había sentido el suave tirón al hablar del libro con Gideon; ahora, en la austeridad de esta mazmorra, se convierte en una sensación desbordante que me inunda. Las letras negras, amigas, del texto hebreo me parecen las más hermosas que he visto en la vida. Admiro la labor del escriba que las trazó, alguien que murió hace mucho tiempo: lo imagino inclinado sobre su trabajo con su pluma de caña. Vuelvo las páginas perfectas, disfruto del mismo placer que él sintió al hacer su trabajo; me maravillo ante su esplendor y luminosidad. Me parece haber alcanzado la culminación de todas mis indagaciones: una parte integrante del descubrimiento de mí misma.

Pienso en la cadena de hechos que me ha conducido hasta ese momento, en el delicado equilibrio de opciones y circunstancias accidentales, en el azar y la deliberación combinándose para traerme aquí, pienso no ya sólo en mi propia vida, sino en la transmitida a través de las generaciones. Ahora no los juzgo actos fortuitos, los veo como construcciones establecidas de una fórmula química: como si todo hubiera sido previsto, sometido a la inevitabilidad de un propósito determinado cuyo objeto era situarme en esta encrucijada de mi existencia.

Pienso también en la opción que ahora se me presenta, en lo que supone como negación de mí misma. Será un acto perverso, una derrota personal; será incluso un acto de locura. Pero de pronto me recorre el escalofrío de la idea, con todo lo que tiene de péfido y ultrajante, la pura *chutzpah* de la intervención. El solo hecho de pensar en la expresión del rostro de Sara Malkah. ¿Podría escamotearlo? Me impresiona la simetría del hecho, la clara justicia de robar para enmendar un robo. No robar, en realidad, sino devolver: restituir algo a su legítimo propietario.

A Gideon.

Gideon, con sus ojos claros y su serena insistencia, esa extraña sensación de que él pertenece a otro mundo, pero su familiaridad más extraña aún, su presencia ahora casi insoportablemente deseable: ¿creo, pues, finalmente en él? Tengo que optar por creer, aunque no dispongo de una prueba palpable. Debo basarme únicamente en la fuerza de mis propios sentimientos.

Y si estos sentimientos son verdaderos, si cedo a ellos, ¿qué supone esto para el futuro, para las opciones que tomaré después? He mantenido todos estos años mi corazón encerrado en una caja, como el códice que mi bisabuelo llevó con él arriba y abajo de la calle Jaffa: un corazón metido en una caja de un desván, ahora redescubierto. ¿Debo examinarlo ahora, debo descubrir sus errores, sus imperfecciones? Canta en mis oídos el latido de mi corazón. Todavía falta alguna pieza para terminar el rompecabezas.

Cuando finalmente levanto los ojos, veo que ha cambiado la luz que se filtra por la adusta línea de las ventanas del sótano; me levanto, envarada y en contra de mi voluntad, con intención de salir. Dejo el códice sobre la mesa, tal como me han dicho que hiciera, sabiendo que, por lo

menos en esta primera visita, no confiarán en mí para que vuelva a colocarlo en el lugar de la estantería que le corresponde. La repetición de las sesiones, espero, cubrirá esta parte de la rutina. Salgo del cubículo; me cuelgo del hombro el bolso de bandolera. Al pasar por delante de la celda del archivero, introduzco la cabeza.

—Gracias. Me voy.

El viejo, con la mirada fija en la pantalla del televisor, mordisquea con cara de tortuga un pan de pita relleno y se limita apenas a refunfuñar algo y a percatarse de mi presencia. Pulso el botón del ascensor y me meto dentro. Subo renovada de las entrañas de la Tierra y regreso al mundo exterior sin trabas ni obstáculos.

## 12

Me acuerdo del vestido blanco, de que estuvo colgado en el armario del dormitorio año tras año a la espera de que ella pudiera volver a ponérselo; estaba impregnado de un leve olor a alcanfor y tenía un poco de polvo encima; algo hermoso e inasequible, un momento de la juventud imposible de recuperar. Me acuerdo de que yo solía estudiar atentamente aquella fotografía, la imagen increíble de mi madre: esbelta y radiante con un collar de piedras rojas, sus ojos oscuros, su cabellera bajo el sombrero como una negra aureola.

Jamás estuvo a gusto aquí, desde aquel día de su primera visita en que desembarcó, como una estrella de cine, en el muelle de Haifa. No llegó a sobreponerse nunca a aquella primera impresión. Más adelante, un día se llevó aparte a Miriam y le dijo en confianza:

—¡Jamás habría esperado que hubiera tantos árabes! —le dijo.

—Bueno, ¿qué te esperabas, pues? —le respondió Miriam.

Ella había esperado cielos azules y rostros sonrientes, avenidas llenas de verdor, urbanizaciones con casas blancas, monumentos históricos bien conservados: las canciones de campamento de la Guardia Juvenil convertidas en realidad. Pero en lugar de eso había encontrado pobreza y extranjeros, tensiones y malos humores, instalaciones sanitarias primitivas y la amenaza de escorpiones.

Pero lo que más la agobiaba era el calor: líneas candentes de calor que le fajaban la cabeza igual que vendas y se la iban apretando lentamente hasta que sentía palpitations en los ojos y en el cerebro y no le quedaba más remedio que encerrarse en una habitación a oscuras. Era un calor que se le escurría en regueros por el estómago y la parte de atrás de las piernas y le chorreaba desagradablemente entre los omóplatos y sólo se mitigaba al caer la tarde con la llegada de los mosquitos.

Por la noche había el parloteo del salón, que ella dejaba resbalar sobre sí como resbalan las olas sobre los guijarros de una playa, mientras escuchaba ensoñada, sin comprender lo que decían, sintiendo la brisa que soplaba desde el porche; entre tanto iba pensando en qué libro había leído una escena igual que aquélla. Observaba y se inhibía, detectaba los gestos pintorescos, las expresiones abstrusas. Hasta su propio marido se había vuelto un nativo.

Como un talismán capaz de guardarla de los escorpiones, llevaba consigo, dondequiera que

fuese y sin soltarla nunca, una novela: un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* con los cortes de las páginas dorados. La llevaba en la visita que hizo a la playa de Tel Aviv y también, debajo del brazo, cuando se paseó a orillas del mar de Galilea. La familia acabó por darse cuenta y tomárselo a broma: a reírse de aquel fragmento de la vieja Inglaterra a la que se aferraba con tanta tenacidad.

Por la noche, en la penumbra de la habitación de los invitados, con su alto techo, su armario ventrudo y su bosque de fotografías familiares, observaba a Amnon desnudándose en cauto silencio: desabrochándose la camisa, quitándose el reloj. Lo miraba nerviosa, como quien mira a un desconocido con el que se encontrara casada. Él se tumbaba en la oscuridad junto a ella, que permanecía quieta y asustada preguntándose quién sería aquel hombre.

—Me estaba preguntando...

—¿Te estabas preguntando qué?

—Si habrás olvidado el inglés.

(Saul había sonreído de forma inescrutable en el momento de las presentaciones y farfulló un comentario que ella no logró entender. Después ella había preguntado a Batsheva qué había dicho. Batsheva le dijo: «Dice que a Amnon siempre le han gustado las morenas».)

Por la mañana, cuando ella se despertaba, él ya no estaba: había salido a dar su paseo de las cinco bajo el gris frescor de la madrugada; cuando ella aparecía, bajo el oro de las nueve de la mañana, allí se lo encontraba, sentado en el peldaño de la parte trasera de la casa, leyendo el periódico y oreado por la brisa que soplabajo los cipreses. Ella se perdía en el salón, donde encontraba a su suegro instalado en la mesa escribiendo cartas. Él le sonreía; ella le sonreía. Ella se ponía a leer su libro en amigable silencio. Su conocimiento del hebreo era casi nulo. Él no había llegado a terminar nunca sus estudios de la *Gramática inglesa*, de Ohlendorff.

Una vez intentó escapar, echó a andar cuesta abajo por el camino de tierra que había detrás de la casa, pero lo único que consiguió fue llegar hasta abajo agotada, vencida por el súbito peso de la vulnerabilidad y el miedo. Allí se encontró con un hombre con túnica y toca que cuidaba de unas pocas cabras; con la impresión de ser una intrusa, dio media vuelta y escapó.

Más adelante vestiría de romanticismo aquel momento, guardaría la imagen en su memoria como si de una pintura se tratase: *Rebaño de Cabras Árabe en las Colinas de Judea*. Algo hermoso y seguro, exótico y nostálgico; el mito regenerándose como ectoplasma a partir del momento que llegó a casa.

Pasó todos aquellos veranos tumbada en la habitación, a oscuras, cuidando de aquella criatura que era su negro dolor de cabeza: recuerdo su figura inmóvil, su voz emergiendo de la sombra cuando yo le llevaba las píldoras. Una voz de mártir, una voz enervada, una voz que no le conocía.

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé.

—Búscalo. Y dime qué hace.

—Dice Batsheva que ha ido a Tel Aviv.

El vestido blanco se quedó en el armario un verano tras otro, en amigable compañía de túnicas, pichis, llamativos vestidos a rayas naranjas y moradas; en una última fase, de faldas anchas y batas holgadas. Se degradó ligeramente, fue deslustrándose poco a poco. Palideció su brillo; se convirtió en reliquia.

El vestido blanco viajó con nosotros de casa en casa: de la casa adosada con camino de

ceniza a la casa compuesta de dos viviendas, con su jardín y sus rosales, y después al chalé con camino de entrada de ladrillo en las afueras de la ciudad. Bajo los auspicios del vestido blanco nos convertimos en buenos judíos, frecuentamos la sinagoga en sabbats alternos, observamos las fiestas y las normas dietéticas. Ella celebró fiestas y se hizo miembro de la Cofradía de Mujeres, organizó galas y cenas de beneficencia para la recogida de fondos; llevaba para la ocasión deslumbrantes vestidos de noche de color negro. Su sonrisa brillaba como porcelana blanca en salones donde su mirada seguía a mi padre como la de un halcón. Veía que las socias de la Cofradía de Mujeres se lo comían con los ojos, los de la señora Edelstein y de la señora Goldberg, de la Junta Educativa. Él seguía igual de seductor y ella igual de celosa.

(Papá había emitido un juicio cínico cuando Hazel y Amnon fundaron The Outlook Furniture Company [directores: A. y H. Shepher: «Hecho para durar...»]: «No tiene cabeza para los negocios. Siempre será un trabajador de taller», dijo. Mucho después de haberse retirado, seguía visitando las vistosas y flamantes instalaciones con su Jaguar, a fin de inspeccionar el negocio, confraternizar con los trabajadores y recordar a Amnon que él le había enseñado todo lo que sabía.)

Poco a poco ella se había hecho enorme y habían desaparecido de su vestuario los trajes chaqueta y las blusas floreadas. Los vestidos ceñidos al cuerpo habían ido a parar a la cesta de la ropa junto con el vestido tubo de seda, el sombrero campana y los gastados guantes de cabritilla. Como una mariposa en el interior de la crisálida, seguía siendo guapa, el cuerpo almohadillado con mullidos cojinetes de carne. En algún lugar debajo del caparazón de su cuerpo esperaba, pronta a resurgir, la muchacha que había sido en otro tiempo.

Recuerdo el vestido blanco, colgado en el armario un verano tras otro, un año tras otro. Un recuerdo al que ella se aferraba, una esperanza de la que no quería apartarse; hasta que un día miré en el armario y vi que ya no estaba.

## 13

Cobby lleva media hora en el cuarto de baño. Fania da por tercera vez unos golpecitos en la puerta. A través del panel de cristal situado sobre la puerta se filtra la luz encendida del interior.

—*Nu*. ¿Qué pasa?

Un murmullo; un quejido. Se oye una voz débil:

—*Yored li dam*. Estoy sangrando.

—Pues déjame entrar.

Otro gemido, después silencio. Fania hace unos movimientos con la cabeza.

—Lo pone enfermo. Todo ese asunto de la Biblia... lo está poniendo enfermo.

El remordimiento me empuja a la sombra del dormitorio-estudio.

—Ojalá no hubiera encontrado esa cosa estúpida. Ojalá se hubiese quemado. No ha traído más que problemas a esa pobre familia.

A oscuras, me siento en la cama y no digo nada.

Pienso en el códice. Pienso en Gideon. Mi corazón es una oscura maraña de temores. Cargo con un secreto y no puedo decir nada.

¿Podré hacerlo? En ese momento me parece risible; ni siquiera puedo imaginarlo. Intento sonreír ante la idea, pero los labios no me responden. Debo reconocer que no es cosa de risa.

Dice Gideon que me pide lo que está bien, pero ¿cómo voy a saber qué está bien en ese país sin mapa, en ese galimatías de interrogantes, en ese misterio sin resolver? Siento mis instintos herrumbrosos; no he hecho otra cosa en toda mi vida que ir a lo seguro. Ahora voy a dar un paso al vacío, confiar en la fe, esperar que únicamente me guíe la voz de mi corazón.

Estoy sentada y me mantengo todo lo quieta que puedo; retengo el aliento. En la semioscuridad granulosa que me envuelve siento latir mi corazón. Tengo la impresión de que, si consigo concentrarme lo suficiente, surgirá la respuesta, como un nombre en la punta de la lengua o como la palabra oculta en un anagrama: un indicio que sobrevuela en los límites del campo visual, marginal, torturándome al escapar a mi visión. La pieza que falta en el rompecabezas. Pero no se me ocurre nada que pueda ser tan categórico. Lo único que me precipita hacia la acción es el corazón: yo, Shulamit, la que hace y siente tan poca cosa desde hace tanto tiempo.

Mi tío sale por fin del caluroso y exiguo cuarto de baño.

—No, no, no quiero yodo. —Oigo que protesta.



# 14

Mis padres compraron una casa en el barrio de Savyon. Una pequeña casa blanca en medio de un jardín abandonado. Fue suya por espacio de cinco años, pero no vivieron nunca en ella.

Se pasaron cinco años barajando cuestiones prácticas.

Recuerdo la saga de la casa de Savyon: el pequeño y destartado pastillero cúbico que era aquella casa, con su frágil suministro de agua y su pozo séptico, su maltrecho enyesado y sus ventanas rotas; su jardín polvoriento, poblado de aulaga muerta, en el que esperó año tras año a que llegara alguien y la reclamara. La encalaron una vez por dentro y por fuera, como si fuera un pariente pobre y loco a quien se le pone un camisón limpio; y hubo un inquilino que la ocupó un tiempo, un tal señor Martelli, que vivió en la casa cinco biliosos meses antes de esfumarse sin pagar el alquiler. Dormimos en la casa una sola noche en colchones neumáticos, muertos de frío y de terror, mientras por las paredes se deslizaban los lagartos y se escabullían las ratas. Los grifos tosían, pero de ellos no salía nada. Sufrió dos asaltos vandálicos. Era una casa enferma, herida por una grieta que amenazaba con hundirla; el inspector que la visitó aconsejó su demolición.

Recuerdo la saga de la casa de Savyon: los sobres oscuros y las llamadas telefónicas a voz en grito, las innumerables visitas al abogado, el peregrinaje de oficina en oficina en las cálidas tardes de Jerusalén. La abultada cartera negra, con las costuras a punto de reventar, colocada sobre el escritorio de mi padre, que contenía

- documentos jurídicos
- presupuestos de contratistas
- tasaciones
- anuncios de electricistas
- contratos de arrendamiento
- vencimientos de apercibimiento
- contratos de compra
- facturas de pintores

Año tras año proponían mudarse a la casa, año tras año retrasaban el cambio y lo iban posponiendo. La casa se agrisaba y se deterioraba; el jardín se poblaba de pedruscos y

escorpiones. Alrededor de su abandonado estado surgían casas más nuevas, más felices.

Recuerdo las historias de la casa de Savyon. Que estuvo años muerta en el mercado, que no podían desembarazarse de ella por amor ni por dinero. Que al final la vendieron por una suma irrisoria, descontaron las pérdidas y se quedaron sin nada. Unos meses después de efectuada la venta, se disparó el valor del terreno, derruyeron el ruinoso edificio y en el lugar que ocupaba levantaron una mansión de seis dormitorios. Savyon pasó a ser uno de los barrios más distinguidos de la ciudad.

—Si la hubiesen conservado, ahora valdría millones —se lamentaba mi tío Saul.

¿Cómo iban a conservar algo tan tangible, un sueño hecho realidad con toda su ruina y su mundanidad?

Años después de haberla perdido aún soñábamos con la casa de Savyon: una casa de resplandeciente blancura en un jardín de granados. Una casa maravillosa y perfecta en medio de un deslumbrante prado.

# 15

Sola en el dormitorio-estudio, me asomo a la ventana, respiro el aire de la noche impregnado de olores de comida, de incipientes tormentas y de emanaciones de gasolina, contemplo los cuadros de luz que brillan en los otros edificios, los alfilerazos rojos, blancos y dorados de miles de ventanas más. Siento mi soledad, siento hasta qué punto he llegado, cuán extraña y familiar a un tiempo la veo en esta lejana ciudad.

Mi bisabuelo tuvo un absurdo sueño: quería reunir las Diez Tribus Perdidas. Quiso conseguirlo de una manera literal, con barcas y camellos, a través de montañas y desiertos: conducirlas como hizo Moisés, con los pies llagados, hasta la Tierra Prometida.

Toda la gente de aquí habla ahora de milagros, de alfombras mágicas y de alas de águilas. Pero lo que yo veo es la confusión de los milagros, el pragmatismo que obliga a hacer verdad las profecías; la crueldad y desesperación que convierte en reales los sueños.

Me aparto de la ventana y recorro los estantes de libros con la mano, los lomos de papel despegados y descoloridos por el calor de muchos veranos: *Química inorgánica*, *La vida de Louis Pasteur*, el *Boletín de fármacos y terapias*, de 1978. Cojo *Leninismo*, de Stalin, y empiezo a leer:

El leninismo es el marxismo de la  
época del imperialismo y de la  
revolución proletaria en general.

De las páginas del libro cae una polilla muerta.

Me tumbo boca arriba en la semioscuridad. Aspiro el polvo de los libros y cierro los ojos.

## 16

Muchos centenares de años después de muerto, Moisés paseaba con Dios por el Jardín del Edén. Moisés dijo:

—Llevo centenares de años vagando por el Jardín del Edén y mi ignorancia me hace sentir infeliz.

Entonces, Dios condujo a Moisés delante de una doble puerta cincelada con gran esmero y más alta que la torre de Babel. Moisés atravesó las puertas y entró en una biblioteca inmensa como el mar, tapizada toda ella de hileras de monstruosas estanterías cuya altura se perdía de vista.

Acercándose al bibliotecario jefe, que vio rondando por allí y que tenía a la altura del hombro, ocupado en entrar nuevos libros en un enorme catálogo, le dijo:

—Me siento ignorante y necesito aprender —dijo—. ¿Por dónde debo empezar? ¿Qué me recomiendas?

—Depende de lo que quieras aprender.

—Todo —respondió Moisés.

El ángel emprendió rumbo a oriente y, cuando ya se encontraban a unos cuantos kilómetros de distancia, llegaron a un punto donde se iniciaba la biblioteca.

—Empieza aquí —le dijo el ángel— y sigue adelante. Yo estaré por ahí, si me necesitas.

Moisés, pues, se sentó y se puso a leer. Prosiguió de manera sistemática, siguiendo los estantes sin dejar libro por abrir ni hoja por volver.

Pasó el tiempo. Los bibliotecarios ayudantes se deslizaban sin ruido de una nave a otra. De forma casi imperceptible, las naves iban creciendo en longitud, materializándose en la distancia y prolongándose en el azul del aire.

Moisés detuvo a un ángel que pasaba junto a él con un lote de nuevos volúmenes y le preguntó:

—¿No dejan nunca de llegar nuevos libros?

El ángel sonrió.

—Se hacen libros continuamente.

—Quien amplía conocimientos amplía el dolor —añadió otro que estaba flotando por los alrededores.

Moisés volvió a la lectura y prosiguió con la labor emprendida. Leyó los Profetas y los Escritos y los Apócrifos y los Pseudoepígrafos. Leyó a Josefo, a Filón, a Pablo y a Aristóbulo. Leyó la Mesná, la Guemará, a Rashi y a Maimónides. Leyó el Zohar y a Nahmánides. Después, sin dejar de enfrascarse en la lectura, ahora igual que una máquina, se tragó la Edad Media, entró en los siglos xvii y xviii, se enteró de todas las masacres, pogromos, libelos de sangre y expulsiones, se empapó de todos los debates y filosofías, y de la poesía y de la revolución, y, cuando levantó la cabeza y miró el reloj de la biblioteca, vio que habían transcurrido setenta años.

Pero ya no quería parar. De este modo, volvió a bajar la cabeza y se metió en el siglo xix y leyó sobre la Reforma, la Ilustración, el nacionalismo, la emancipación, los pogromos, libelos de sangre, masacres y expulsiones; entre tanto el ángel no paraba de ir incorporando libros a brazadas y, tras cada minuto que pasaba, el final del estante se alejaba más y más. Pero no tenía un minuto que perder ni podía quedarse mirando, por lo que continuó leyendo: *Autoemancipación*, *El amor de Sion* y las memorias de Shalom Shepher, que viajó hasta las Diez Tribus Perdidas, y *El Estado judío*, del doctor Theodor Herzl; seguidamente, sin detenerse, se adentró en la lectura del siglo xx.

Al llegar al siglo xx, tuvo que abrirse trabajosamente camino a través de espesos textos repletos de argumentaciones y estadísticas, de libros blancos y comisiones de investigación que hicieron que la cabeza empezara a darle vueltas. Y leyó acerca de bombas, de pogromos, de crímenes y de asesinatos hasta que llegó al Holocausto. Moisés se puso a leer sobre el Holocausto y se pasó veinte años más leyendo; por muy aprisa que leyera, siempre iban agregándose nuevos libros hasta que llegó un momento en que le entraron ganas de gritar.

Seguidamente comenzó a leer sobre el Estado judío y encontró guerras, bombas, masacres y expulsiones, y canciones, discursos, desfiles y danzas en corro y gran cantidad de libros de fotos en papel satinado sobre Jerusalén. Después de cien años de lectura ya comenzaba a estar un poco cansado, pero quiso sobreponerse porque quería estar al día. Y después de haberse pasado ciento diez años leyendo comenzó a sentirse un poco enfermo, notó cierto mareo y dijo para sí:

—Termino este libro y ya lo dejo.

Pero apenas había terminado aquel libro, cogió otro.

Una mirada al reloj le reveló que había estado ciento veinte años leyendo; le dolía la cabeza y los ojos le ardían como brasas. Entonces advirtió la presencia del bibliotecario, que tenía a su lado.

—¿Por qué no te tomas un descanso? —le insinuó el ángel.

Moisés se tambaleó al ponerse en pie.

—Oye —exclamó el ángel—, ¿te encuentras bien? Tienes mal color.

—Me parece que voy a vomitar.

El ángel retrocedió.

—¡Adelante!

Y justo en aquel momento, Moisés sintió una oleada de papel seco atascado en la garganta, dobló el cuerpo y se levantó. Vomitó todas las páginas de todos los libros que había consumido: todo el pergamino, el papel, la cola y fragmentos de encuadernaciones, guardas, hilo, cartón y cuero repujado, todo le salió por la boca. Cuando terminó, en el Departamento de Historia había un farrago de libros a medio digerir que le llegaba a la rodilla.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Moisés.

—No pasa nada —lo tranquilizó el ángel—. No eres el primero en pasarse. A Isaías le pasó exactamente lo mismo. Vuelve a casa. Diré a uno de los ayudantes que lo limpie todo.

Así pues, Moisés salió dando trompicones de la biblioteca del inframundo y volvió al Jardín del Edén, que es el lugar donde reina la ignorancia. Y lloró amargamente.

## 17

Apoyo las dos manos en la pared baja que tengo delante, hago una profunda aspiración y contemplo el panorama de la ciudad.

—No es real —digo.

—Es irreal —concuerta conmigo Gideon.

También se vuelve a mirar y asimila la imagen: debajo mismo de nosotros, la profunda fisura del valle; ese racimo de casas de tejado plano que es Silwan. A la derecha, el monte de los Olivos. En la lejanía, a la izquierda, las murallas y la cúpula dorada de la Ciudad Antigua.

—Cuesta creer que estamos aquí.

Gideon se limita a hacer unos leves movimientos con la cabeza. Le rebosa el verde por los ojos, se le derrama por ellos: tal vez es excesiva la emoción que le procura la contemplación de esta visión, es incapaz de expresarla. Es grande lo que vemos, algo demasiado mítico y demasiado real al mismo tiempo; en suma, demasiado hermoso. Jerusalén resplandece como una beldad por la que han peleado los siglos.

Es un instante de plenitud, un momento de sentimientos compartidos: una camaradería profunda, tácita, ansiosa. Jerusalén se despliega ante nosotros en todo su esplendor, su indiferencia y su vulnerabilidad. Sólo colinas y una ciudad. Ninguna de las dos cosas puede expresar lo que significa Jerusalén para nosotros.

—Perdonen ustedes, no sé si les molesto —interfiere una voz que fractura nuestra alianza. Nos apartamos; Gideon mira al suelo—. ¿Tendrían la amabilidad de sacarnos una foto?

—Naturalmente —digo, cogiendo la cámara: unos breves momentos para la explicación del mecanismo; disparo a la mujer gorda y a su flaco marido recortados sobre el inmemorial telón de fondo que, pese a todo, todavía no se ha convertido totalmente en un cliché. Cuando me vuelvo hacia Gideon veo que se ha apartado y está a distancia. Me acerco a él, parece ensimismado, traza dibujos en el suelo con el dedo gordo del pie.

—Y bien —digo.

—Y bien —dice.

De pronto, ya no sentimos nada. La vista que contemplamos es una postal despojada de significado y de sentimiento. Una parada a la que un remolino de viento ha obligado en la ruta

turística.

—¿Sí? —El tono de voz es indeciso.

—No sería capaz de hacerlo de la forma adecuada.

—No, claro.

—Ni siquiera sé si sería capaz de hacerlo cualquiera que sea la forma.

—No.

—Tampoco estoy segura de si quiero hacerlo.

Arroja una piedra que tenía en la mano, la lanza con fuerza contra el suelo; levanta una nubecilla de polvo. Me pregunto si lo habré molestado.

—Quizá no debas hacerlo.

—¿Sientes habérmelo pedido? —Sonrío un poco.

—Siento habértelo pedido. —Se aparta un poco—. ¿Estás contenta?

—Pues no lo sientas. Te creo. ¿Estás contento?

—No sé. —Hace una mueca—. Me preocupa.

Me echo a reír.

—A mí también me preocupa. Creo que podría estar empezando a perder la chaveta.

—¿La qué?

—Nada. No importa. Hay que tener en cuenta otras cosas. Mi familia, sin ir más lejos.

—No tienes que pensar en ella —me interrumpe Gideon—. No la traicionas.

—¿Ah, no?

—No —dice, convencido—. Todo lo contrario. —Me mira intensamente, directo a los ojos: su mirada y sus palabras encierran un significado que sólo ahora, vagamente, se me está aclarando.

—Tengo que precisar mis motivaciones —prosigo lentamente.

—¿Qué motivaciones?

—Como, por ejemplo —mi voz se hace más lenta aún, me sale ahogada; creo que acabará por fallarme del todo—, que yo lo hiciera por ti.

Todavía me está mirando y yo le devuelvo la mirada: en torno a nosotros ha descendido una gran quietud. Sobre las colinas y sobre la ciudad, sobre la tierra ha caído una capa de impenetrable, expectante silencio.

—Una motivación tan buena como otra cualquiera —dice Gideon.

Entonces me sonrío y me siento reconfortada. Es una sonrisa amable que me reconforta siempre. Como algo que conociera desde hace mucho tiempo: alguna cosa que por su familiaridad me parte el corazón. Confío plenamente en esa sonrisa y, sin embargo, me entran ganas de llorar. ¿Qué siente Gideon? Me lo pregunto. A siete pasos de distancia, me provoca temblores. Para mis deseos, podrían ser siete kilómetros.

Me estremezco; siento la necesidad urgente de restregarme los ojos, tengo la impresión de estar soñando.

—¿Qué? —pregunto.

—Si tengo que ser tu motivación, déjame que lo sea.

Entonces, como salido de la nada, surge el secreto: suavemente, como un copo de nieve al caer y ocupar su sitio, la pieza encaja donde debe encajar. Y sin embargo, no lo entiendo. Es algo en el rostro, algo en los ojos. Es la risa o son los gestos; es una tontería. Algo y nada. Uno frente a



otro debajo de los cipreses.

—Sea lo que fuere lo que decidas, estoy en tus manos. Pero —su voz es tranquila, sin prisa alguna— recuerda que mi tiempo aquí es limitado, como el tuyo. No puedes quedarte indefinidamente a la espera, Shulamit.

No dice nada más; tampoco yo digo nada más. No hay nada más que decir; los dos, sin embargo, nos sentimos reacios a emprender nuestros caminos separados. Tendríamos que estrecharnos la mano, abrazarnos, tocarnos de alguna manera. Ninguna de estas cosas nos está permitida. Tendríamos que besarnos.

Como si se le hubiera agotado la paciencia de pronto, Gideon da media vuelta y desaparece entre los árboles.

Yo lo observo mientras se aleja; lo observo hasta que su figura es un borrón distante que se encamina decidido a ese lugar secreto del que ha emergido. Yo me vuelvo a mi vez y camino con torpes pasos hacia la carretera donde me espera el coche que ha de devolverme a la ciudad.

## 18

Cuentan de cierto padre que cuando su hijo no acertaba a aprenderse la lección de la Mesná, lo amenazaba con terribles castigos; el chico, aterrado, un día huyó corriendo de su casa y se arrojó al pozo más próximo, en el que se ahogó. Cuando llegó el momento de enterrar al muchacho, el rabino dijo: «No se le niegue rito alguno; no debemos tratarlo como a un suicida. Ningún padre debe amenazar a su hijo. O lo castiga al momento o mantiene cerrada la boca y no dice nada». Y enterraron al muchacho con toda ceremonia.

Recuerdo una noche de agosto. Una noche en la que se operó un súbito cambio y soplaron vientos dulces, estremecedores: las hojas del rosal golpeaban la ventana de mi cuarto. Hace de eso mucho tiempo, casi treinta años.

Aquella noche mi hermano había salido. Yo no sabía adónde había ido, por lo que me quedé despierta esperándole porque sabía que mi padre había cerrado la puerta con llave y se había acostado diciendo que no le importaba que mi hermano se quedase en la calle hasta la mañana siguiente, pues le daba igual que volviera o no. Yo sabía que Reuben había salido sin chaqueta, que no llevaba más que unas pocas monedas en el bolsillo, que era medianoche pasada y que había una tormenta en puertas. Por eso vigilaba la esfera verde luminosa del despertador y encogía los pies debajo del edredón.

Recuerdo que Reuben me habló una vez de los años de infancia; del patio duro que olía a hollín, del exiguo zaguán tapizado de linóleo donde solía jugar; del largo abrigo de corte extranjero que a veces estaba allí colgado y del hombre extraño que era su propietario, un hombre que llegaba de noche a casa con cara de pocos amigos y las manos sucias y que caía dormido en la cocina con la cabeza sobre la mesa.

Mi hermano me dijo que ese hombre le daba miedo.

Era adusto y distante. Olía a serrín y a cola. Rugía furioso ante la menor provocación. El niño, sentado a su lado, hacía los deberes de lectura y las sumas con un lápiz corto y defectuoso. El hombre lo acechaba como una sombra malévola, pronto a echarle en cara la más mínima equivocación.

El niño era tímido y moreno de piel, tenía huesos pequeños y pesaba poco; su rostro era alargado; sus ojos oscuros y de mirada firme miraban sin parpadear, aunque era por miedo, como

hacen los animales. Permanecía sentado, muy quieto, mientras su padre le gritaba; cuando su padre levantaba la mano, se encogía dispuesto a aguantarlo todo.

(El reloj marcaba la una, estaba lloviendo. Oía el tableteo del agua como fuego graneado contra el cristal de la ventana.)

Su padre fue siempre un gran limpiabotas, a veces Reuben se despertaba de madrugada y se lo encontraba encorvado sobre sus zapatones escolares, abriéndolos con los cepillos y la cera rojo cereza. Todas las mañanas se encontraba los zapatos relucientes sobre un papel de periódico, estaban recubiertos con una capa de laca, las señales del uso borradas con nuevo tinte. Jamás le pasó por la cabeza dar las gracias a su padre, cuyo exagerado perfeccionismo no hacía sino provocar en él mayor desidia. Aquello lo hacía un visitante, los gnomos del cuento. Cuando su maestra le alababa su diligencia, no desmentía sus palabras.

En la escuela era callado y nervioso, un alumno modelo al principio, propenso a veces a súbitos accesos de furia semejantes a erupciones de lava, arrebatos de violencia en los que la maestra, tras agarrarlo por el cuello de la camisa, lo sacaba de debajo de un montón de chicos que se habían liado a puñetazos. La maestra no se molestaba nunca en averiguar el motivo. Las maestras cerraban los ojos a las peleas del patio, tenían oídos sordos para lo que se cantaba a la puerta de la escuela:

¡Reu-ben!

¡Reu-ben!

¡Reu-ben!

De todos modos, los primeros seis años de la escuela fue callado y diligente, cortés y ávido, ansioso de complacer, un niño de quien todo el mundo habría dicho que encerraba promesas pese a ser muy desconfiado; un niño que no era rebelde. Le gustaba quedarse solo dibujando en un rincón de la clase. Su padre extranjero no se había dejado ver nunca, pero su madre lo iba a recoger y lo envolvía en un sofocante abrazo que a la mañana siguiente generaba indefectiblemente nuevas peleas.

Su madre lo alimentaba a base de cacao y buñuelos, crepes y gachas dulces, pero era imposible engordar a aquel niño, delgado como un palillo. En eso no se parecía a su padre ni a ella. Lo llevó a médicos y a especialistas, que no le diagnosticaron anomalía ninguna, y le administró los dudosos remedios que le recomendaba la abuela. Lo inundaba de besos y lo asfixiaba con su amor, nunca le permitió desentenderse de su implacable protección.

Cuando cumplió los siete años, se mudaron de la calle gris de las afueras donde vivían a una casa adosada a otra en la que había un bancal de césped donde mi madre cultivaba peonías rojas y begonias, y en la que participaba en las ventas benéficas que se celebraban en la iglesia local. Semana tras semana, él cogía su bicicleta y volvía a Harris Grove. Desde las ventanas de la vieja casa donde creía haber sido feliz un día, se dedicaba a soñar.

(Un leve golpe en la ventana: aparté la cortina y vi a mi hermano, su pálido rostro en la oscuridad chorreando lluvia, los hombros encogidos tratando de resguardarse del aguacero. Me miró y no dijo nada. Nunca lo he visto tan vulnerable como en aquel momento.)

Cuando cumplió doce años, acataron su deber de padres y lo enviaron al rabino para que le enseñara las letras del alfabeto hebreo, se aprendiera de memoria la parte que le correspondía y

entonara las bendiciones a la ley santa. Pero hacía novillos, se quedaba inmóvil como una piedra, se resistía, se guardaba los sobornos, pero se negaba a aprender. Al cabo de tres meses, el rabino fue a ver a sus padres y les dijo:

—Lamento decirles que ese chico no se deja instruir.

El chico entonces se volvió taciturno y silencioso; se hizo amargo y distante; escondía los zapatos para que su padre no pudiera limpiárselos. Por las noches, durante la cena, padre e hijo se desafiaban en la mesa con la misma mirada furiosa, murmuraban frases lacónicas iguales. La casa se llenó de secretos y acusaciones, las comidas familiares se agriaron, el reloj implantó la tensión de su tictac. Repentinamente explosiones de ira y de reproches.

(Abrí la puerta y allí estaba él, balanceándose un poco. Se olía en su aliento la cerveza que había bebido.)

A los quince años mi hermano tuvo una novia. Era rubia, guapa y ceceaba al hablar. Se llamaba Annabel. Mis padres no la aprobaron y cortaron el asunto.

Cuando mi hermano cumplió los diecisiete, se dejó crecer los cabellos y volvía tarde a casa, bebía cerveza, llevaba pantalones tejanos y chaqueta Nehru y se dedicaba a perseguir a las chicas, unas chicas que no gustaban a mis padres. Una vez lo detuvieron y lo llevaron a la comisaría, suspendió los exámenes, escuchaba música estruendosa y frecuentaba malas compañías. Quería tener coche, y mi madre le compró coche; conducía a gran velocidad y fue a parar a una cuneta. Se enfurruñaba y soltaba tacos, tenía la cabeza llena de pájaros, era un irresponsable, no sabía de dónde había venido, no sabía adónde quería ir, no llegaría nunca a nada, eso era lo que decía mi padre. Mi padre decía que no lo entendía, que más adelante mi hermano lamentaría su conducta, que no había ningún padre que mereciera todos los sufrimientos que él tenía que padecer.

Se desafiaban por encima de la mesa durante la cena y escupían veneno; y en los ojos de mi hermano se leía asesinato y suicidio.

Sentado en mi cama en la penumbra de mi cuarto, se reía con las hazañas que había vivido en el bar del Cavendish Hotel, pero por detrás de su risa yo sentía su desvalida tristeza, que era como un halo de oscuridad más profunda en torno a su desgreñada melena. Le toqué la mano y sentí un frío que me reveló que se había pasado mucho tiempo en la calle, caminando bajo la lluvia. Sentí el vértigo de nuestro desastre familiar.

Acantonada en un rincón, yo me atenía a lo recto y estricto: era buena estudiante e hija sumisa. Aprobaba los exámenes, me aprendía la liturgia de memoria, cantaba cuando me lo pedían, memorizaba las declinaciones. Dejaba que mi cerebro absorbiese la arcaica negrura de la Biblia. Parecía que obraba de esa manera para hacer feliz a mi padre, aliviar sus contrariedades, llenar el vacío que sentía, colmar su amor.

Pero cuando mi hermano cumplió los diecisiete años y medio, subió a un autobús Wallace Arnold con una guitarra en una mano y una baquetada maleta en la otra. Llevaba también un bocadillo de jamón y veinte libras en el bolsillo. Y salió para siempre de la vida de mi padre.

# 19

Viajo en tren para ir a ver a Daniel. Vive en una pequeña comunidad rural cercana a la costa.

Consigo su número de teléfono a través del amigo de un amigo. No me sorprende que me conteste la voz de una mujer. Mantengo firme la mía al hablarle. Daniel no está, me dice. En todo caso, me llamará él, si me parece bien. En lugar de eso, me encuentro planeando una visita a su casa.

Miro a través de la ventana de ese tren flamante, brillante, vacío en sus tres cuartas partes y oliendo todavía a alfombra nueva, reluciente y silencioso, que se desliza entre cañaverales, naranjales y campos abruptos, pasa junto a casas de cemento, improvisadas pérgolas y coches abandonados. En un punto pasamos junto a tazas de inodoro rotas. Cerca de mí tengo a una pareja de soldados armados y a un hombre de negocios. Un cristal de una de las ventanas está roto: el vidrio templado está recorrido por una telaraña de grietas que irradian por él igual que venas.

Después de tanto tiempo fuera, estoy cansada de lugares desconocidos, harta de pelear con una lengua y una moneda extranjeras. Mi necesidad de escapar está colmada. Estoy casi preparada para el regreso.

La visita a Daniel es una cuestión pendiente.

Estoy sentada en el vagón casi vacío y contemplo el paisaje que desfila ante mí, acuciante por la mezcla de extrañeza y familiaridad que encierra, sus casas de tejados planos, sus acacias, sus señales de tráfico verdes, sus montones de tierra roja. Es un paisaje impreso en mis recuerdos más antiguos: viñedos y cemento, naranjos polvorientos, montones de escombros y edificios a medio construir. Debajo de éste hay un país que fue hermoso en otro tiempo.

Encerrada en el hermético vagón, contemplo una tierra que carece de sentido sin sus olores: petróleo y alquitrán, fruta demasiado madura, sal marina y excrementos secos de asno.

Alguien me pregunta qué hora es y yo le respondo con mi acento neutro, la lengua de mi padre desleída y eviscerada en mi boca inglesa.

## 20

Me acuerdo del día que fuimos a Vista Sorpresa.

Ya estaba confuso en aquel entonces, no se sentía bien, no estaba del todo seguro de sus pies. Había una especie de desorientación en su mirada, como si se hubiese olvidado de cepillarse el pelo. Recuerdo que llevaba la chaqueta mal abrochada. Se quedó quieto como un niño pequeño, en actitud paciente, mientras yo volvía a abrochársela.

Yo tenía catorce años.

En sus últimos años había vuelto a practicar las ocupaciones de su juventud. Hubo un tiempo en que se fijó modestos objetivos: algo de carpintería, algo de jardinería, incluso algo de bordado, aunque sus dedos ya eran demasiado torpes para la aguja. Se había vuelto lento y manso. Se ocupaba del bancal de rosas desde la mañana hasta el atardecer. Plantó rábanos; construyó una pérgola.

A veces, por la tarde, lo observaba desde la ventana: una sombra difusa y distante a la luz menguante del crepúsculo, ahora agachándose, ahora irguiéndose. Tenía algo de pastoral, era una escena rústica. Y cuando entraba en casa, cansado y silencioso, le observaba las arrugas que le circundaban la boca y los ojos, el contorno triste del rostro, y él entonces me sonreía como si, en ese estadio final, ya aceptase todo lo que había sido y era.

Una vez a la semana iba con él al mercado de la ciudad. Deambulábamos junto a vendedores que se desgañitaban, junto a relumbrantes montañas de hielo, montones de manzanas verdes, carne, centelleante pescado. Comprábamos carretadas de dulces y patatas a bajo precio. Yo cargaba con la vieja bolsa de la compra de asas de plástico rotas cada vez más pesada para mis tobillos.

A veces iba a parar, inadvertido, al fondo de la bolsa, algún elemento desperdigado: una manzana perdida, una piruleta rota. Ni siquiera en esa última fase de su vida lo abandonó el impulso que regía la agilidad de sus dedos.

Caminábamos bajo la lluvia, nos abríamos paso en medio del viento cortante, entre los toscos puestos de madera y las ondulantes lonas. Tenía un aire confundido y cansado, el cuello del largo abrigo torcido, el agua resbalándole por la cara y el cuello. Estaba perdido en el recuerdo, en un pasado desvanecido, buscaba los olores de Machane Yehuda: maíz tostado y sésamo, ajo y zaatar verde, comino y coriandro. Comprábamos coles, manzanas macadas, una bolsa de zanahorias. Él

buscaba arenques salados, montañas de melones, macadamias.

Hacia el final de su vida, su lengua nativa cobró vigor, como una poderosa raíz que hubiera crecido a través de todo lo que había aprendido más tarde. Muy por debajo de las capas de conocimiento sedimentario, sus primeras palabras se habían grabado para siempre hasta el punto de que, a medida que pasaban los años y le fallaba la memoria, las palabras inglesas se iban borrando y se volvía progresivamente más dependiente de su lengua materna.

Estaba volviéndose más y más extranjero, volvía a ser él: aquel muchacho que había llegado a Inglaterra con sus medias frases y su exiguo vocabulario, con un acento tan marcado que apenas se hacía entender de nadie.

Íbamos camino de Vista Sorpresa. Pero él había olvidado el camino. Las antiguas carreteras le eran extrañas. Habían desaparecido las curvas; no había mojones. El mundo ya no concordaba con el mapa que tenía en la cabeza.

Pasamos casi una hora dando vueltas en círculo. Ya estaba empezando a perder la paciencia. Tenía la cara cubierta de sudor. Se le trababa el embrague; se le calaba el motor. Observé que le temblaban las manos, tenía en los ojos una red de venas rotas.

Yo no sabía que estaba enfermo. Se me antojaba algo inexplicable. A los cincuenta y siete años se había convertido, súbitamente, en un viejo. Todo lo conocido se le había vuelto ajeno.

Le hablé en voz baja y tranquila. Quise aliviar sus miedos. Nos paramos y pedimos a una mujer que nos indicara dónde estaba Vista Sorpresa.

Por fin aparcamos, dejamos el coche a un lado y subimos trabajosamente a la cumbre de la colina azotada por el viento. Era un día claro y despejado, un día fresco de verano. Ascendimos a través de la breve ladera que se iba elevando frente al paisaje.

El valle se desplegó a nuestros pies y mi padre me cogió la mano en la suya. Recuerdo el tacto, sus dedos cortos y gruesos; las uñas amarillentas y gastadas por años de trabajo manual.

Se hizo viejo en quince días, de repente. Ya no recordaba las calles de su ciudad. Buscaba en ella el bulevar Rothschild, la avenida Pinsker, la plaza Dizengoff, la calle Ben Yehuda.

## 21

La casa de Daniel tiene una sola planta, es larga y baja, un bloque blanco con una pared de cristal plantado en medio de un jardín verde.

Rachael, su esposa, me saluda en la verja de entrada.

Rachael es pequeña y delgada, lleva los cabellos largos y desgreñados y viste unos minúsculos pantalones cortos blancos y una camiseta a rayas salpicada de manchas de la cocina. Va descalza. Sostiene a un niño de dos años en el escalón de su cadera. En el jardín corretean otros niños.

Nos presentamos. Tiene un acento muy marcado. Desplaza de sitio al pesado niño de dos años, que se chupa el dedo pulgar y me mira con aire aburrido, como evaluándome. En cierto modo esto enfría el calor de la acogida que me dispensa la madre.

Penetro en el jardín. Un sendero serpentea entre limoneros y guayabas. Camino agachada bajo ramas de jazmín y buganvillas. Un niño y una niña de oscuros cabellos se persiguen y ríen a carcajadas en una amplia extensión de césped enmarañado. Rachael los increpa en un hebreo gutural.

Se disculpa conmigo por algo, pero no sé por qué. Percibo olores de cocina: ajo y berenjena. Dice que Daniel está en el taller, pero que no tardará.

Desde el jardín se accede casi imperceptiblemente a la casa. Entramos en una galería acristalada atiborrada de plantas. Desde el exterior, hojas y flores se apretujan contra las paredes. Capto su belleza.

—Cuesta mucho mantener limpio todo eso —dice Rachael—. Daniel hace una limpieza a fondo un par de veces al año.

Parece que fue el propio Daniel quien se encargó de diseñar la galería.

—Yo trabajo aquí —continúa Rachael.

Una habitación estricta en la que hay un ordenador. Es artista gráfica.

Damos un paso más y entramos en un espacio despejado con una cocina en un extremo, una mesa de comedor en otro, un cuadrángulo con sofás grises en un rincón. En todas las ventanas aparece un verdor de invernadero. Me hundo en un sofá. Rachael pregunta:

—¿Qué quieres tomar?



Llevan siete años viviendo aquí. Es una pequeña población en medio de ninguna parte: grandes parcelas, carreteras de tierra, casas blancas, campos de hortalizas y hálito infantil. Una escuela con murales en las paredes exteriores y un autobús que se da una vuelta por el lugar tres o cuatro veces al día. Un sitio muerto, pacífico, con una guardería que funciona a través del voluntariado. Algunos campos están abandonados; la gente trabaja en la ciudad y tarda tres cuartos de hora en cubrir el trayecto.

—¿En qué te ganas la vida? —pregunta Rachael.

Llegan gritos del jardín. Los niños se pelean por una regadera. El sofá es excesivamente blando, no me ofrece apoyo. Noto que me hundo, tengo que luchar para subir a flote. La ropa me tira desagradablemente en el pecho y en los muslos.

Rachael está de pie en el mostrador de la cocina triturando una lechuga. El cuchillo se mueve a la velocidad del rayo. Antes de ser artista gráfica era una experimentada cocinera profesional. Yo bebo a pequeños sorbos. Daniel entra en la habitación.

Casi antes de verme, coge en brazos al niño y lo balancea hasta el techo en un despliegue absoluto de cariño paternal. Me saluda con el niño en brazos. El niño ha heredado sus rasgos, los mismos ojos castaños, la cabeza cubierta de rizos brillantes y oscuros, como la suya en otro tiempo. Cuando crezca, será otro Daniel.

Nunca podemos imaginar cómo será un niño cuando sea mayor. Nos sorprende siempre. Los perfiles de su rostro se van desdibujando y distendiendo. A veces, la ansiedad los afila y contrae. Cobran prominencia rasgos extraños: las aletas de la nariz, las cejas, las orejas.

Tengo delante de mí a un Daniel en edad más temprana que aquella en que lo conocí y a un Daniel más viejo que aquel que conocí. El Daniel al que amé hace quince años se ha desvanecido.

Nos sentamos a una mesa llena de coloridas bandejas de ensalada, *taboulé* y arroz dulce, montones de pan mal cortado; una enorme jarra de cristal llena de limonada hecha en casa.

—Limonos recién cogidos del árbol —dice Daniel.

Está orgulloso de su jardín. Este año cultiva carambolos y mangos. Hace quince años no habría sabido decir qué diferencia hay entre una azada y unas tenacillas de cocina.

Rachael me sorprende observándola y aprovecha la ocasión, sonríe y me ofrece más pan. Espera curiosidad de mi parte. Daniel se entretiene con los niños.

—Y ahora, ¿dónde vives?

Se lo explico brevemente.

—Pero estoy planeando trasladarme —añado.

Hablamos sobre el mercado inmobiliario. Rachael sigue siendo propietaria de medio piso en Londres. No se decide a venderlo. A Daniel le gustaría modernizar el taller. La sola idea de que Daniel tenga algún tipo de taller suena a mis oídos como una rareza.

De repente, Daniel me pregunta:

—¿Sigues cantando?

Explico que dejé de cantar hace tiempo. La pregunta me ha cogido por sorpresa y también me ha llenado de súbita ansiedad. ¿Cómo puede imaginar que siga cantando? Cuando se fue, se llevó la música con él.

—¿Y tú? —contraataco—. ¿Tocas el saxo?

—¡Oh, no! —exclama, escabulléndose, extrañamente incómodo—. Ya sabes qué pasa. Los niños..., la casa..., el trabajo. No queda tiempo para practicar.

Rachael se levanta a preparar el café y los niños se dispersan.

—Son un encanto —digo.

Rachael se toca el estómago.

—Aquí acostumbramos a tener muchos, ¿sabes? Por si acaso.

Reflexiono un momento.

—En Inglaterra tenemos menos. Por si acaso.

Rachael dice:

—¿Por qué no enseñas el jardín a Shulamit?

Daniel me lleva fuera de la casa. Pasamos por delante de las conejeras, del gallinero y del árbol del que cuelga la jaula vacía de algún pájaro, muy sucia.

—Aquí vivía *Joey*. Vivió nueve años.

Los niños han arrastrado tablones hasta algunos rincones del jardín y han construido escondrijos. Hay una hamaca con un lecho de hojas secas.

Lo observo atentamente mientras se abre paso delante de mí: la sombra de barba incipiente en la mejilla, el gris que asoma en sus cabellos, el brillo del cráneo entre los rizos. Lleva una camisa de raya fina y un reloj de oro; la mano con la que me señala las diferentes cosas tiene las venas muy marcadas y está bronceada por el sol. Me asalta una furtiva tristeza: no tanto por él como por el paso del tiempo.

Perdida en lo profundo del follaje, suena una campana agitada por el viento; en los brazos y las caras se desplazan manchas de sol. Las hojas tienen un verde oscuro y brillante. Huelo frutas cítricas. Me indica el carambolo y el quinoto.

—Ella es estupenda —digo.

—¿Rachael? Sí, es una joya.

—Tu casa también es estupenda.

—Eso es un paraíso. ¿Por qué sonríes?

—Me pregunto qué habrá sido de Palael.

Se encoge de hombros, levemente turbado.

—Hace mucho tiempo que superé estas estupideces, ¿sabes?

—Es una lástima —digo.

Aparta la rama de un árbol que no reconozco y me muestra el fruto que cuelga de él, suave y espléndido.

—Aguacate.

## 22

No me casaré nunca, nunca tendré hijos. No sé muy bien cuándo ocurrió que esta sensación, vago indicio durante años, acabó por convertirse en certidumbre. Quizá la última vez que fui a ver a mi hermano.

Ahora Reuben Michael, que renació como Mike, vive en un lugar apartado. Un anónimo pueblecito inglés, habitado por técnicos de la información y gente que va y viene del trabajo: un pequeño hormiguero situado en el borde oeste de Londres, de donde parten y adonde vuelven todos los días ajetreadas colas de gente. Después de denodados esfuerzos, ha conseguido salir adelante. Vive en una casa grande y soleada con su esposa y su hija, una casa sin historia, construida especialmente para él en medio de un prado verde.

Para mí es un lugar extraño esa casa que mi hermano se ha hecho construir, con sus alfombras nuevas flamantes y sus baldosas de diseño, sin el memento de ninguna foto antigua: nada que tenga bordes gastados, nada que despierte asociaciones; en resumen, nada que pertenezca al pasado. Mi propio hermano es un hombre enteramente nuevo, con sus pantalones blancos holgados y su camisa de seda gris, con ese rastrojo de barba que le asoma en la mandíbula. Más viejo y más guapo aún, con más seguridad que nunca. Tiene una mujer rubia de ojos azules que me cae muy bien. Nos prepara jamón cocido y lo comemos un viernes por la noche; sentados alrededor de la mesa de arce, bebemos vino y hablamos de cosas serias.

—No entiendo cómo puedes hacer ese trabajo ridículo —dice—. ¿Puede saberse qué haces en tu torre de marfil?

Cuando menciono a la familia, se pone a la defensiva.

—En lo que a mí toca —dice—, soy la primera generación. No tengo referentes. Todo empieza conmigo.

Más tarde doy una mirada a la niña rubia de ojos azules que duerme a oscuras en su habitación. Tiene cara de ángel, ese curioso toque ultraterreno que tienen los niños dormidos. Me pregunto cómo será esa sobrina mía, esa cabeza sin historia que vive en una casa sin candelabros; me pregunto si ella se pregunta quién es. Es una niña feliz y privilegiada, tiene la habitación llena de juguetes: come bien, duerme profundamente; no como yo.

Fue ese día cuando supe que yo nunca tendría hijos. Porque para tener hijos hay que tener algo

que transmitir. O esto o poseer el fervor del inicio. Yo no tenía ese fervor. ¿Cómo vas a transmitir algo si estás flotando en el vacío? Lo único que yo podría transmitir serían recuerdos y anhelos, la sensación de dislocación, una fuente de dolor.

Entiendo entonces parte de la diferencia existente entre Reuben y yo. Prefiero transmitir dolor que nada. Reuben prefiere no transmitir nada que dolor. Mi hermano se considera primera generación. Yo comprendí entonces que pertenezco a la última.

## 23

Mi padre, en el invierno de 1968, hizo el viaje a Jerusalén solo. Su madre estaba moribunda en el hospital. Hacía tiempo que se esperaba su muerte.

La familia se mantuvo vigilante todo el día y toda la noche a la cabecera de la cama, pero ella no se movía. Tendida en la blanca cama como un pajarillo, aquella mujer que había sido alta y fuerte, que había traído tantos hijos al mundo, había quedado reducida a casi nada, su piel igual que pergamino, sus huesos livianos como si fueran de ceniza.

A veces a la familia le parecía que parpadeaba. Los ojos vidriosos brillaban detrás de unos párpados no del todo cerrados.

Mi padre asumió los turnos de mediodía y de medianoche. Dormía por la mañana. Por la tarde se paseaba por Jerusalén.

A veces llovía, a veces lucía el sol. Cuando llovía caían repentinos aguaceros, en los cruces de las calles se formaban grandes charcos que hacían difícil cruzarlas. Después volvía a salir el sol, el ligero calor iba en aumento.

Jerusalén cuadraba con su manera de ser: una ciudad que está siempre de luto cualesquiera que sean las circunstancias. Aquel invierno, terminada la guerra, la tristeza había alcanzado su máximo nivel: montañas de escombros en torno a la Ciudad Antigua, el barrio de Mamillah en ruinas. Jerusalén se levantaba sobre las cenizas de su decimoséptima destrucción. La única ciudad que tiene el corazón fuera del cuerpo.

Vagó de un lado a otro de la calle Ben Yehuda. Atravesó el parque Sacher. En Beit HaKerem se encontró con un grupo de muchachos que jugaban al fútbol. Se paró a mirarlos vestido como iba, con su largo abrigo. A uno se le escapó la pelota fuera del campo; él la atrapó y se la devolvió. Sus miradas se encontraron.

Decidió volver andando a Kiriath Sholom y llegó empapado y exhausto, temblando de pies a cabeza porque, además, no había comido. Batsheva lo hizo sentar en la cocina y le dio una sopa. La casa estaba extrañamente silenciosa.

Observó que los marcos de las ventanas estaban medio podridos. La casa estaba más ruinosa que nunca. En las baldosas del suelo había grietas, las paredes habían adquirido una tonalidad gris uniforme. Todas las puertas chirriaban.

—Le vendría bien una mano de pintura —observó.

Batsheva se encogió de hombros.

En algún lugar de las habitaciones traseras, Saul se movía pesadamente de aquí para allá. Algunas veces, al entrar en el salón, Amnon se encontraba a su hermano tumbado boca arriba en el diván con un brazo sobre los ojos, escuchando la radio. Shoshanah, entre tanto, trajinaba activamente, no paraba de entrar y salir, convencida de ser la que más hacía por su madre, pese a que los médicos le habían dicho y repetido que ya no se podía hacer nada por ella. Pasaba como una exhalación por la cocina, demasiado atareada para comer una sopa; llevaba un vestido verde ceñido como si tuviera que asistir a una reunión de negocios. Salía por la combada puerta trasera de la casa, que dejaba abierta, mientras proseguía la lucha por calarse guantes y sombrero.

Una vez, al llegar al hospital por la noche, se los encontró lavando a su madre. Tuvo una visión fugaz de su cuerpo desnudo, antes de retirarse, confuso, al pasillo. Permaneció sentado media hora con la imagen del cuerpo desnudo de su madre indeleblemente impresa en los ojos de la mente. Se sentía atrapado por el miedo y la certidumbre de su propia muerte.

Más tarde ocupó su puesto de vigilante en la cabecera de la cama y, agobiado por la soledad, escribió una larga carta, la carta contrita y asustada de un huérfano. Escribió: «Esta separación me ha enseñado que si alguna vez tuviéramos que vivir uno sin otro, sería una lucha terrible. No sé si yo lo superaría. Ya no se trata de amor, sino de vida».

Llegó el día y seguía sin producirse cambio alguno. Entró una enfermera, hizo algunas comprobaciones.

—Tiene un corazón fuerte —comentó.

Abandonó el hospital de madrugada y salió al frescor de las mañanas de Jerusalén, acompañado de los barrenderos, de vendedores ambulantes y de alguna que otra mula; unos pocos judíos acudían presurosos a las primeras oraciones. Soplaba una brisa fría; el cielo estaba lívido. Se oían los sonidos habituales de Jerusalén: esquirlas de piedra, voces nasales, campanas. Compró un *bagel* caliente en una panadería de la calle Jaffa y se lo comió mientras iba camino del autobús.

Le parecía que todos los años de su vida iban cayendo uno sobre otro igual que capas de finísima gasa. El sol en su mejilla era el de su primera infancia.

## 24

No estoy segura de si me gustaría decir ciertas cosas a Daniel. No estoy segura de si a Daniel le gustaría decirme ciertas cosas.

Se me antoja un largo silencio todo el tiempo que permanecemos debajo del aguacate (tiene largas ramas errabundas y varios frutos en diferentes fases de sazón). Tal vez me haya dicho algo que no he oído. Tal vez sólo ha murmurado unas palabras consigo mismo.

—¿Perdón?

—Digo que a ese árbol le convendría una buena poda.

Pasa el momento y seguimos adelante. Así pasan todos los momentos con su imparable inevitabilidad, y gracias a Dios que es así, me digo, gracias a Dios que es así. Sería terrible interpretar mal el momento y confesar algo, algo que no haría ningún bien y que sólo serviría para abrir nuevas perspectivas al remordimiento.

Pero hay más: me doy cuenta de que no tengo nada que confesar. Lo miro serenamente, miro a este hombre que siempre consideraré el amor de mi vida. Lo miro con una benevolencia carente de dolor. Tengo el corazón en otra parte. Y recuerdo que ya ha transcurrido casi la mitad de mi vida.

Nos movemos a través de la verde sombra de los árboles, agachamos la cabeza bajo colgantes capullos y salimos por fin a campo abierto, donde los niños se arrojan agua y se persiguen, y donde el pequeño Daniel está sentado golpeando el suelo con una cuchara. Corremos un poco como torpes personas adultas que somos; en la galería ya está preparado el café.

En una mesa baja hay bizcochos y pastas de cinamomo, vajilla blanca de porcelana y una bandeja de dulces. Los niños entran y salen sin parar; nos sentamos al amor de una cálida brisa que agita las hojas del banano y hablamos de Inglaterra.

Rachael llegó muy joven al país. Dice que es mejor así: cuanto menos sabes, mejor. Cuanto más joven eres, menos tienes que perder. Rachael y Daniel se conocieron cuando él ya se disponía a partir. Ella lo convenció de que se quedara.

—Le dije que eligiera: yo o Inglaterra —dice ella—. Me eligió a mí. —Observo la sonrisa que intercambian—. ¿Por qué no te has venido a vivir aquí, Shulamit?

Me acuerdo de aquel señor Cantor de mi infancia: un alumno de mi padre que se aprendió con gran disciplina los números y las declinaciones y que vendió su farmacia para irse a vivir con su

mujer a un pequeño piso de Netanya situado en la playa. Antes de marcharse dieron una fiesta de despedida; durante todo el trayecto en coche de vuelta a casa, mis padres estuvieron discutiendo con gran acritud la posibilidad de imitarlos. Pero a los nueve meses habían regresado, desilusionados y agotados, repelidos por una malévola burocracia:

—Juro que en aquel país no nos quieren —dijo el señor Cantor a mi padre.

Mi mirada coincide con la de Daniel por espacio de una fracción de segundo.

—Supongo que estaba demasiado enamorada de Inglaterra —replico.

Miramos los dos para otro lado.

El sol se desplaza desde detrás de la hilera de acacias hasta el castaño. El prado cambia de color y pasa del verde oscuro al oro viejo. Rachael, descalza, se balancea hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, sentada en el brazo de su sillón de mimbre, y dice que no volverá nunca más, que no cambiará de actitud en toda la eternidad.

Está haciéndose tarde y corro el riesgo de perder el tren.

Nos despedimos y me piden que vuelva de nuevo, que vuelva otro día y me quede; me dicen que seré siempre bienvenida. Acepto su amabilidad con una sonrisa: Rachael me besa a la manera continental, y cuando él me estrecha la mano, apenas siento nada.



## 25

Estuvo dos horas paseándose arriba y abajo de la calle Allenby antes de decidirse a ir a Trumpeldor. Leyó el periódico. Miró los escaparates de las tiendas forrados con celofán de color naranja. Compró regalos para sus hijos; se comió una bolsa de nueces. Finalmente volvió al edificio que había identificado poco después de su llegada y se quedó delante de él, recorriéndolo con la mirada en un vano intento de adivinar cuál sería su ventana.

Ésa es la imagen que guardo de él, una imagen que no he visto: vestido con sus mejores ropas, de pie en la acera bajo la ventana de la mujer que ama.

Pero tal vez no llevaba sus mejores ropas. Tal vez llevaba los segundos mejores pantalones y una camisa abierta. Era así como iba vestido generalmente en Jerusalén, en Tel Aviv. Tal vez llevaba sus segundos mejores pantalones, la camisa nueva comprada para el viaje y corbata. La corbata azul que yo le regalé el día de su último cumpleaños. Siempre se ponía corbata en las ocasiones de mayor ceremonia.

Reconozco que no sé cómo iba vestido mi padre. No sé cómo se viste un hombre cuando, tras treinta años de ausencia, visita a la mujer que ama.

Tampoco sé cuánto tiempo se quedó en la calle mientras pasaban junto a él viandantes indiferentes, tal vez observado por una desconfiada vienesa que, con una gamuza en la mano, interrumpió un momento la limpieza de las persianas de su mirador. Tampoco sé si, pasado cierto tiempo, entró en el edificio o si prosiguió, cabizbajo, su camino.

¿En qué piensa, de pie en la calle, con un ramo de rosas mustias en la mano (rociadas con agua por el vendedor ambulante para mayor impresión de frescor)? ¿Acaso recuerda? ¿Acaso duda? Hay espacios en los que no debemos curiosear. Pero para él se trata de algo más que de curiosidad: es un impulso que lo arrastra más allá de la conciencia de su calvicie y decrepitud, más allá del temor de cómo pueda ser ella ahora, transcurridos treinta años desde la última vez que la vio. Es una necesidad de consuelo, o quizá de pasión, que responde a una parte de sí mismo perdida hace mucho tiempo.

No sabe por qué está allí, le parece estar soñando, tampoco sabe cuáles son sus esperanzas e intenciones mientras sigue adelante, soñando siempre, camino adelante.

Y suponiendo que llegase a entrar en el edificio, suponiendo que llegase a pulsar el timbre que

le daría entrada (tras localizar el nombre de ella junto al número del piso), o aprovechando la salida de alguien para colarse de manera inadvertida en la fría oscuridad del vestíbulo, que emana un ligero olor húmedo y malsano, con una bicicleta vieja apoyada en una pared bajo la caja de los fusibles, con el brillo rojo desvaído del interruptor de la luz centelleando en la penumbra, con el inicio de una escalera de cemento que se encarama hacia lo alto..., ¿qué pensaba hacer a continuación? ¿Qué podía decirle cuando ella finalmente abriese la puerta a fin de sorprenderla en la mundanidad de aquel momento?

Como si observara toda su vida con un telescopio y como si desde la última vez que la había visto hasta ahora no mediara tiempo alguno.

Pero quizá no importaba, a lo mejor había que actuar como si el tiempo no hubiera pasado. Había que limitarse a ser uno mismo, aunque tuviera la impresión de haberse desperdigado a los cuatro vientos, de sentir confusa la mente mientras subía la escalera y a pesar de haberse apagado con un chasquido la luz automática.

Allí en la oscuridad podía ser cualquiera, incluso podía ser joven. Se entretuvo unos momentos presa de aquella sensación. Se quedó flotando en la ingrátida oscuridad de la escalera hasta que se le adaptaron los ojos. Entonces tentó la pared en busca del interruptor, se hizo la luz, vio un espejo dorado en el rellano.

En él apareció su rostro: el rostro de un viejo.

Imagino que entonces vio el número de la puerta. Y el nombre al lado, escrito en la pequeña ventanita del timbre. Pero me es imposible calcular el tiempo que permaneció allí. Tampoco puedo decir con seguridad si llegó a tocar el timbre.

¿Se abrió la puerta en algún momento y se encontraron frente a frente? ¿Le flaqueó el corazón al verla? ¿Había cambiado tanto que era casi irreconocible?

Y suponiendo que se abriera la puerta, suponiendo que él entrase en el piso pequeño y ordenado (las rosas olvidadas en la mano) donde ella practicaba todavía su música y daba clases de violín, un saloncito sumido en la penumbra que olía a cera y a espliego, con cuadros oscuros colgados de las paredes, ¿qué se dirían, de qué hablarían?

No hay manera de saber si llegó a decirle aquellas cosas que en sueños repetidos salían de él a borbotones, palabras que cuando se despertaba no recordaba ya.

Jamás podré imaginar qué fue lo que ella le dijo a él.

Mientras, espera en el rellano y se apaga la luz con un chasquido. Después, la puerta se cierra detrás de él y desaparece.

Pero no sé si fue a verla alguna vez. Eran cosas que habían ocurrido en el pasado y de ellas hacía muchísimo tiempo, cosas pasadas ocurridas hacía muchísimo tiempo.

Mi padre se demora en la calle Trumpeldor y levanta los ojos hacia las ventanas de cierto edificio. Se cierra una persiana. Deja un ramo de rosas en el suelo. Sigue caminando, dobla la esquina y se pierde de vista.

## 26

Vuelvo a estar sola, ahora en el tren de regreso, pero no me contraría. Incluso me produce un extraño bienestar el asiento vacío que tengo al lado, el suave movimiento del tren, el paisaje exterior que va oscureciéndose poco a poco y contra el cual mi propio reflejo va haciéndose gradualmente más nítido. En todas las estaciones entra y sale gente que lucha con el equipaje, transporta periódicos y maletines en curioso y amigable silencio. El tren me lleva a un territorio nocturno, una oscuridad cálida impregnada de mar, rutilantes distancias, rombos de luz amarilla.

Me alegra estar sola.

Me parece que he llegado al cálido corazón de mi vida, el único sitio seguro, en ese tren que, en lo que a mí concierne, podría viajar indefinidamente sin llegar nunca a destino. Me parece que me demoro en el punto medio, sin lamentar el pasado ni temer el futuro: sólo una calma flotante, una clara sabiduría.

He hecho un largo viaje, me he alejado de las antiguas inseguridades, la antigua confusión, voy en pos de un lugar nuevo, flotante, un sitio por descubrir.

Si por lo menos esa calma perdurara, si permaneciera clara esa sabiduría, si, sabiéndome libre, no juzgada ni condenada por nadie, pudiera abrazar la vida como un amante. Si pudiera por lo menos viajar siempre, decidida e independiente, sabiendo el nombre de la estación donde debo apearme mientras el tren sigue su raudo camino para siempre hacia la noche.

## 27

No sé si las encontró. Si mi madre encontró las cartas que él no llegó a enviar.

Años después de que Reuben se hubiera ido de casa, ella seguía enviando regalos a su hijo, se reunía con él para comer en lejanos lugares del West End, le compraba camisas confeccionadas a mano en Savile Row. Le enviaba dinero por correo, le escribía cartas, le telefoneaba en secreto. Él le decía que lo dejase en paz, pero volvía a por más, como un amante mimado que no sabe resistirse a las bicocas que recibe. Ella fijaba asignaciones, pagaba vacaciones, protestaba a gritos cuando él hería sus sentimientos, pero volvía a caer en lo mismo.

Ella jamás informó a mi padre de esas cosas. Cuando una mujer se siente traicionada necesita tramar sus infidelidades secretas.

Poco a poco fue refugiándose en la comida, su cuerpo adquirió peso, se atiborraba de comida como si se sintiera amenazada de hambre inminente. Llevaba una vestimenta amplia que ondeaba sobre ella como ondean las tiendas de campaña agitadas por la brisa. Compraba objetos, especulaba con antigüedades, coleccionaba alhajas y estatuillas. Su vida estaba hecha enteramente de sentimientos: desmoronamiento ante el menor golpe, aturdida siempre por la ira, los celos, el amor.

En aquellos años finales durmieron siempre uno al lado del otro en la gran cama de matrimonio que él había construido con sus manos, la cama de matrimonio con el cabezal acolchado y tapizado de verde donde ella iba ocupando cada vez mayor espacio y él menos; hasta que llegó un día en que, al despertarse, ella descubrió que llenaba por completo la cama y que él se había ido arrugando, encogiéndose, desapareciendo.

Al morir ella, quemé todas las cartas, quemé todo lo que no había sido leído. El cajón estaba lleno. Era imposible que ella no las hubiese visto.

Hannah no tardó en divorciarse, según dice Miriam. Pasó a ser violinista de la orquesta filarmónica; tenía un apartamento cerca del cementerio Trumpeldor. Daba lecciones. Miriam se la encontraba a veces en la calle Dizengoff. Iba siempre muy bien vestida, arreglada con gusto, pero envejeció rápidamente, como suele ocurrirles a las europeas trasplantadas al clima de aquí. Siempre tenía a punto una sonrisa y una palabra amable. Unas maneras exquisitas. Resultado de su educación. Nunca le preguntó por Amnon. Llevaba abrigo, incluso en pleno calor de verano.

Siempre iba calzada con bonitos zapatos.

## 28

Hago el viaje de vuelta con mi persona claramente reflejada en la oscuridad de la noche: estoy fuera y estoy caliente y segura aquí dentro. Esa imagen flotante me acompaña todo el camino a mi regreso de la casa de Daniel.

¿Quién es esa mujer que se me aparece en el éter, solitaria y sin hijos, fuerte e individualista, que me mira impasible, siempre junto a mí, en el tren, en el taxi, en el avión? No sé muy bien quién es, pero también la veo suspendida en lo alto, en la estratosfera, por encima de media Europa.

Sí sabes quién es: es tu constante, tu lugar seguro. La huérfana valerosa. La madre y el padre que llevas dentro.

## 29

Una convocatoria de los Shepher, que los acerca a la casa de una sola planta de Kiriat Shoshan, los reúne para hablar del código en esta radiante y tranquila tarde de primavera. Cobby y Fania, desmejorados y exhaustos por la excursión de diez minutos que acaban de hacer, encabezan el carnaval y, como corresponde a su condición de patriarca y matriarca, ocupan los mejores asientos del caótico salón. Llega Miriam en su pequeño Suzuki verde, con un echarpe de vivos colores arrollado a la cabeza. Me besa en ambas mejillas mientras su nieto entra con su uniforme militar completo. La estridente mujer con peluca y medias de color marrón que dirige una flotilla de parientes con esa sirena de niebla que es su voz natural no puede ser otra que Sara Malkah y, maravilla de maravillas, ¿quién es ese ser añejo, amojamado y momificado, que tendrá como mínimo ciento diez años, como no sea el hermano mayor de ésta, Yossel, sostenido por una armadura, un ser que es poca cosa más que una telaraña ensartada en vástagos metálicos, los ojos velados por la nube lechosa de la ceguera? Pegados a sus talones, todo el pecio de la estirpe Shepher de cuya existencia no tenía ni idea: los Shepher viejos y los jóvenes, los altos y los bajos, los Shepher varones y las hembras, los ortodoxos y los apóstatas, los Shepher de cuello blanco y los trabajadores, los Shepher con gafas y los que no las usan, los larguiruchos y los achaparrados, los de rostro alargado y rubios cabellos, los de cara de ángel y oscura cabellera. Todos, sin embargo, inequívocamente Shepher, ya repantigados en cajas de embalaje hurgándose las orejas o discutiendo con gestos profusos o escrutando los lomos del cúmulo de libros en su afán por leerlos; y presidiendo en la sombra, si es posible presidir en la sombra, nuestro propio rey Saul en actitud de taciturna rebelión, presa del íntimo deseo de que todos, incluido él mismo, se encontraran muy lejos de donde están ahora.

Y cerrando la marcha, sin que nadie los esperase salvo al parecer tío Cobby, un pequeño equipo de televisión compuesto de una periodista con cara de porcelana, un cámara y un técnico de sonido, relegados al porche (hasta donde se han desparramado también los Shepher excesivos pertenecientes a las ramas más lejanas y los últimos en llegar en general) para que puedan entregarse a la pelea a puñetazo limpio. Entre tanto, intento con escaso entusiasmo la distribución de refrescos. Niños fugaces hacen incursiones rápidas en la bandeja de los pasteles; viejos de barba venerable fruncen desaprobadores el ceño al ver mis pantalones. Nadie sabe quién soy ni

les preocupa saberlo. Sara Malkah mira imperiosamente a través de mí; exploro a los reunidos y creo identificar, a través de las nieblas de la memoria, a un par de primos, mayores que yo, con los que solía jugar en el arenero hace treinta años, primos que, entre todos los vínculos familiares, probablemente sean los más escurridizos.

—¡Shulamit! —me grita uno que se me acerca; siento una desesperante desorientación momentánea mientras hago esfuerzos por identificarlo. Sus cejas son rubias desteñidas, sus ojos son azules penetrantes, su sonrisa es persuasiva; algo en él me resulta provocativamente familiar. Parece un viajero procedente de distantes países.

—Soy tu primo Itai —dice—, el hijo de Batsheva. Pero ¿se puede saber dónde te has escondido todo este tiempo? ¿Por qué no has telefoneado nunca? ¿Por qué no te has venido a vivir con nosotros?

No soy capaz de darle la respuesta adecuada.

—¿No te acuerdas de mí? —insiste—. ¿De cuando jugábamos en la plaza de ahí fuera? ¿De que nos metíamos en el jardín de Plotsky?

A duras penas consigo refrenar o entender mis sentimientos. Me siento confundida, complacida; estoy emocionada.

—Sí —digo—. Sí, claro que me acuerdo.

—Ya te habrás enterado de lo que le ocurrió al desgraciado de Plotsky. ¡El pobre! ¡Qué tragedia! Te aseguro que aquella familia es una saga infernal. La casa ya no existe, el jardín..., en fin, ya lo sabes. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Empiezo a contárselo, pero en ese momento tío Cobby llama al orden a los asistentes: se levanta ante los reunidos y, con trémula autoridad y frágil control, impone silencio; misión nada fácil, ya que surgen numerosas discusiones, como las que suelen producirse entre la audiencia en los debates políticos.

—*Hevre, hevre* —anuncia—. Amigos, amigos, gracias a todos por haber venido. Es realmente un placer poder veros aquí reunidos. ¡Quién iba a pensar que una crisis tan inesperada..., pero no la llamemos crisis, sino ocasión inesperada..., nos depararía una reunión del clan tan sin precedentes como ésta!

Alguien, desde atrás, ya le está gritando que continúe.

—*Hevre, hevre*. Un poco de paciencia, por favor. Estamos aquí para resolver un asunto muy importante. Tal vez el más importante que nuestra familia, como familia, ha tenido que afrontar nunca. Ha ido a parar a nuestras manos un importante tesoro. Un código bíblico de antigüedad y procedencia excepcionales y, quién sabe, tal vez también de considerable valor. —Desde diferentes puntos de la habitación se levantan más voces y más comentarios—. En virtud de una cadena de hechos actualmente cubiertos por los velos del tiempo, se ha convertido en algo que nos pertenece. —Se escucha un coro de murmullos y de mordaces observaciones de reconocimiento, del tipo: «¡Eso ya lo sabemos!»—. La pregunta que debemos hacernos, y que yo prudentemente os hago, es ésta: ¿debemos, en este momento de apuro, este momento, podríamos decir, decisivo, pensando en el honor y prestigio de la familia Shepher, embarullarnos en discusiones y mezquinos litigios? ¿Debemos perseguir únicamente la ganancia personal y material? ¿Debemos, en definitiva, vender el código, enterrar el código o, siguiendo mi parecer, ceder libre y gratuitamente este tesoro de la humanidad a la nación (incluso tal vez por una cantidad simbólica) a fin de que sea totalmente accesible a los entendidos y expertos que sientan la avidez de estudiarlo?



Se levanta gran alboroto; entre la oleada de respuestas, un imponente caballero con aspecto de rabino, coreado por sus satélites, repite con vehemencia:

—¡Enterrar el código! ¡Enterrar el código!

—Sólo quiero que se me conteste una pregunta —interviene alguien de pronto—. ¿Qué hace aquí la televisión?

Acompaña el comentario un coro comunitario de voces de los ultrajados; y el pobre Cobby, tratando de reprimirlo inútilmente con muchos ademanes, explica que un pequeño equipo de fotógrafos filmará el exterior de la casa y sondeará algunas opiniones. Pero no consigue otra cosa que hacer llover una andanada de opiniones sobre su infortunada cabeza.

Mi tío se rinde, momento que aprovecha la oportunista Sara Malkah, su rostro marcado por mil resentimientos, para adueñarse del terreno.

—¡Ha llegado el momento de oír las verdaderas preguntas! —declara.

—Estaba preguntándome si puedo comerme otro de esos sabrosos pastelitos de almendra —manifiesta un anciano que viste un chaleco cuajado de manchas y una camisa con el cuello desabrochado y que me propina un tirón en la manga.

Sería un placer; pero me siento algo sorprendida cuando me sigue a través de la cocina, un oasis de paz ahora, y se me pega detrás cuando cojo el paquete de galletas. Camina encorvado, como si camináramos por una cripta de techo bajo, y adivino que lo que tiene es hambre. ¿Le apetece un poco de té? Sí, por supuesto. ¿Un bocadillo, tal vez? Al poco rato me encuentro haciendo porciones de un pan de pita.

Lo observo, sentado en una de las desvencijadas sillas verdes, cargado con sus ochenta y tantos años; analizo su rostro y me pregunto qué serpentinos vínculos me atan a este hombre. No existe parecido entre nosotros en los rasgos superficiales, aunque su bulbosa nariz me parece familiar. Cuando le ofrezco encurtidos, los rechaza con un profundo bufido y me muestra las palmas de las manos como si acabara de ofrecerle veneno. ¿Será un tío abuelo mío, el primo de alguien o el hijo solterón de alguna tía abuela fallecida hace un montón de tiempo? También podría ser un vagabundo que se ha colado en la casa con intención de saciar el hambre pensando que tal vez pasará inadvertido, si bien de pronto experimento el impacto de una milagrosa idea y me da por pensar que él y yo, para decirlo de algún modo, procedemos de la misma fuente.

Mientras come con distante concentración, me llega desde el salón la voz atrompetada de Sara Malkah, que se ha hecho dueña de la situación ante las mismas narices de Cobby y la disfruta con placer, como todo el mundo suponía que haría. La atisbo a través de la puerta abierta: las manos en las voluminosas caderas, moviendo la cabeza debajo de la planchada peluca, declama en nombre de lo que ella llama la «verdadera familia». El código fue robado una vez, afirma: tendrán que pasar por encima de su cadáver para volver a robarlo.

Cobby: «¿Estás diciendo que mi padre era un ladrón?».

Ella: «¡Afirmo rotundamente que tu padre era un ladrón!».

Y ahora recurre a su anciano hermano, Yossel, como quien exhibe un trofeo a manera de prueba histórica. Temblando, éste se agita metido en su andador.

—Cuéntalo, Yossel. Diles lo que recuerdas.

El hombre farfulla algo inaudible. Mueve peligrosamente la cabeza sostenida por el escuálido cuello y no parece sino que va a desplomarse muerto en el momento más impensado, pero Sara Malkah no se arredra.

—¿Qué dices, Yossel? ¿Qué es lo que recuerdas?

—¿Cómo vamos a enterarnos si no se le oye? —grita uno.

Sacando fuerzas de flaqueza, el anciano levanta la voz. Parece un viejo disco de fonógrafo: una voz espectral, incorpórea, como si viniera de una era pasada.

—Vino a nuestra casa —dice.

—¿Quién vino a vuestra a casa?

—Joseph Shepher, en paz descanse, vino a casa de mi padre cuando yo era niño.

—¡Vaya, eso no tiene nada de particular! Joseph Shepher fue a visitar a su cuñado.

Parece como si Yossel se dispusiera a echar una siesta, pero, obedeciendo una señal de su hermana, continúa:

—Estuvo en casa durante la guerra.

—¿Qué guerra?

Da la impresión de que esta pregunta pone en situación al viejo, que adopta una expresión soñadora, como si se perdiera en el recuerdo de toda una plétora de guerras, indiferenciables y sin fechas.

—¿Cogió el código? —pregunta uno del clan.

—¿El código? —Parece pensarlo—. ¿Cómo voy a saber si cogió el código? ¿Creéis que si yo hubiera sabido que había un código, estaría ahora aquí tan tranquilo?

Una oleada de carcajadas saluda tan sincera declaración, incluso demasiado sincera para Sara Malkah. Ésta se centra rápidamente en su hermano.

—Está cansado —farfulla—. Es evidente que está agotado.

Se produce un desacuerdo entre la multitud: Miriam acaba de ponerse de pie y llama a la calma justo en el momento en que alguien me da un golpecito en el hombro.

—Perdone..., ¿gveret?

Es la periodista, que, sin que nadie se apercebiera de ello, se ha colado por la puerta de la cocina. Al verla siento que se me acelera el corazón.

—No sé si puedo hacerle algunas preguntas.

—Sí, claro —me encojo de hombros—, pero ignoro si podré serle de utilidad.

—Usted es de la familia, ¿verdad?

—Soy pariente lejana. Vivo en Inglaterra y estoy aquí de vacaciones. En realidad, sé muy poco de lo que aquí se discute.

—¿Inglaterra? —Parece sorprendida; quizá se figuraba que era americana—. Así pues, ¿no sabe nada del código?

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé qué es un código.

Nos sonreímos. Garrapatea unas notas, atisba por encima de mi hombro mientras yo reprimo el deseo que acaba de acometerme de huir corriendo, de esconderme donde sea, de refugiarme en el extremo opuesto del edificio. ¿Por qué los periodistas se parecen tanto a los policías?

—Esa señora —y señalo a Miriam— sabrá informarla.

Pero un gigante acaba de apartar a Miriam a un lado: es un coloso con tirabuzones que con toda seguridad no pertenece al clan de los Shepher, pero que en realidad debe de ser un Shepher, ya que ostenta ese nombre: rabino Gershom Shepher de Mea Shearim, quien acaba de declarar, con acentos que hacen retemblar la estructura de la casa, que el código es obra de un impostor, una falsificación, una impostura, un libro embustero que hay que perseguir e incautar, relegar al olvido

y eliminar, y a este efecto agita en sus manos un papel emborronado (que ya ha enviado a todo Mea Shearim): porque esta corrupta Escritura y todo aquel que promueva su propagación merece el extrañamiento inmediato de la Casa de Israel.

Algo demasiado importante para desaprovecharlo: la periodista toma furiosas notas en un bloc y renuncia al resto de interés que yo pudiera despertarle.

—El texto es *pasul...*, sin valor —ruge el rabino—. ¡Hay que enterrarlo como se merece!

—Y eso, ¿cómo lo sabes? —pregunta alguien, un personaje de baja estatura y aspecto académico, vestido con una chaqueta ceñida y con gafas.

Admiro su belicosidad.

—Lo he examinado. He hecho varias visitas al instituto con el fin de explorarlo. Cualquiera puede ver que el texto está plagado de errores.

—¿Cómo sabes que no es la versión de una variante?

—¿La versión de una variante? ¡No necesitamos ninguna versión de una variante! —dice el rabino Shepher, encarándosele con expresión furiosa y el rostro congestionado—. ¿Te figuras que quiero exponer a mis congregantes a la existencia de este tipo de cosas? ¿Qué te parece que harán con conocimientos de ese género? ¿Acaso no les basta con el libro que ya tienen, el libro que Dios les dio?

Un extraño silencio se cierne sobre los circunstantes: todos miran al rabino, sorprendidos, maravillados, airados, poseídos de respeto o de menosprecio, en tanto que él se yergue amenazador ante su débil interlocutor, al que se diría que piensa despedazar miembro a miembro de un momento a otro.

Pero yo miro más allá de la imponente figura del rabino y observo el variopinto surtido de rostros congregados en el extremo opuesto de la habitación. De pronto tengo razones para quedar petrificada, ya que, como en un sueño (¿no es muy parecido a un sueño todo ese escenario?), ha aparecido, mezclada con las demás, una cara pálida tirando a olivácea, una cara en la que no había reparado hasta ahora, al acecho en el fondo de la habitación, un rostro sereno y discreto. Me sería difícil decir si ha entrado más tarde o si lleva aquí todo el tiempo. Se parece tanto a todos que podría ser muy bien que la presencia de Gideon me hubiera pasado inadvertida.

Apenas lo descubro, chocan nuestras miradas, como si hubiera estado todo el rato tratando de que yo notara su presencia, y me indica el corredor trasero con una sonrisa. Y en el corredor nos encontramos un minuto después, en un punto situado entre el cuarto de baño y el armario de las escobas, y antes de que yo haya tenido oportunidad de pronunciar palabra, me estoy encaramando por la escalera de mano y él subiendo detrás de mí, después de lo cual nos encontramos los dos en la cálida y polvorienta quietud del desván.

—Algo de razón tiene —dice Gideon, indicando al rabino de abajo, cuya voz nos llega, vibrante, a través de las tablas del suelo.

No sé si lo dice en serio o si es sarcástico. Lo miro fijamente: observa a su alrededor con el interés propio del arqueólogo o del detective, dando la vuelta a una tela aquí, levantando un documento allí; se yergue y recorre levemente con los dedos las tejas del techo.

—O sea, que éste es el famoso desván —dice—. Ésa es la *guenizá* de la casa de los Shepher.

Nos llegan las voces de abajo, ahora enzarzadas en franca discusión.

—¿Crees que lo saben? —pregunta.

—Aún no —respondo.

—Es natural. Incluso cuando lo sepan, seguirán discutiendo.

—Pero por lo menos no irán a los tribunales —digo.

—Ahí está.

—Aun así, no terminarán los altercados, eso por descontado.

—No, eso está claro.

—Es una cuestión de principios.

—Naturalmente, se trata siempre de una cuestión de principios.

—Todo se reduce a esta pregunta: ¿de quién es el código?

—Y la respuesta es: de ellos no, ésa es la verdad.

Nos sonreímos. Entre nosotros median unos tres metros ocupados por un batiburrillo de objetos curiosos. Su expresión, orlada por el marco oscuro de sus tirabuzones, es tranquila. En ese momento se me hace patente una certeza: es uno de los nuestros.

—Ésa es la caja donde lo encontraron —le digo.

Se la indico con el gesto, y él, de pie, muy cerca, mira la caja, que es pequeña y está astillada, una caja absolutamente corriente, nada llamativa, una caja para guardar sal, quizás, o encurtidos, especias o tabaco, con manchas de algo que parece tinta o marcas de dedos; y cuando me dispongo a abrirla, simplemente para mostrársela, escudriña el interior con la felicidad del descubrimiento pintada en el rostro, con la misma expresión de Alí Babá en la cueva de los ladrones.

Gideon repite como un eco:

—Ésa es la caja donde lo encontraron.

Ahora está todo lo cerca de mí que es posible estar: siento su aliento en la mejilla, rozo su chaqueta con el brazo; su aliento huele a dulces, como el de los niños, y no parece darse cuenta de cuán cerca de mí se encuentra, de la electricidad que circula a través de ese centímetro que nos separa. Levantamos entre los dos la tapadera de la caja de madera y nuestros dedos desnudos se tocan: mi brazo roza el suyo, mi aliento se confunde con su aliento y pienso en lo hermoso que sería que éste fuera el momento del descubrimiento, el momento en que se encontró el código; que fuera posible hacer retroceder el reloj y que lo encontráramos ahora nosotros, Gideon y yo juntos, tal como habría debido ocurrir en realidad. De modo que ahora, al sacarlo de la caja, delicadamente y con el máximo respeto, envuelto en la tela antigua que lo resguardaba, y al dejarlo en el suelo del desván, mi mejilla en contacto con su mejilla, mi mano con su mano, nadie supiese salvo nosotros, y nadie necesitase saber nunca, que habíamos sido nosotros los que habíamos descubierto la Verdad, la Revelación.

«*In flagrante!*»

Un chasquido de la escalera: rápidamente cerramos la caja, nos sacudimos el polvo de encima, nos erguimos azorados, dispuestos a afrontar al intruso. Es Saul, no podía ser otro, subiendo a la chita callando con intención de sorprendernos. Aparece su hirsuta cabeza, cual si careciera de cuerpo, a través de la trampilla, y hace girar la mirada a su alrededor con desconfianza, como el haz de luz de un reflector, dispuesto a escudriñar todo el desván. Ya estoy a punto de balbucir una explicación cuando descubro que las apariencias indican que estoy sola: Gideon se ha esfumado al igual que el libro; a través del tejado, allí donde faltan algunas tejas, retiradas para la iluminación, se filtra un rayo de luz.

—¿Adónde ha ido? —pregunta Saul.

—Adónde ha ido..., ¿quién?

—Os he visto a los dos. Sé qué os lleváis entre manos.

—No tengo ni idea de lo que dices.

Con un gruñido debido al esfuerzo, se aúpa a través de la trampilla y se queda ante mí con aire confundido, la radio en la mano, sin dejar de explorar el desván ni disimular su contrariedad.

—Perdona, por favor —le digo sin darle mayor importancia y, empujándolo a un lado, lo dejo abandonado a su estupefacción.

Bajo rápidamente por la escalera de mano. No tengo tiempo que perder; pero, antes de poder escapar, me sorprende Cobby, que ha estado hablando en secreto con la periodista, la cual en este momento está hablando a través del móvil, que tiene pegado a la oreja. Cobby parece mortificado, como si acabase de dar un terrible paso en falso, y me agarra el brazo con mano temblorosa, desorientado e incrédulo. Tiene los ojos inyectados en sangre y su piel ha cobrado un color grisáceo, pero tengo la lucidez de preguntarme si éste es su estado habitual y la de responderme que probablemente lo sea. Pese a todo, advierto que siente una gran desazón.

—Ayala —murmura indicándola— acaba de hablar con el instituto.

Sonríó a Ayala, tan peripuesta y con la manicura tan cuidada que la veo capaz de hablar con el Taj Mahal.

—Ha desaparecido —dice Cobby, sin más.

—¿El código?

—No lo encuentran.

—¡Vaya! Pues me parecen muy descuidados.

—¿Estaba allí el día que fuiste a verlo? —prosigue Cobby.

—¿El día que fui a verlo? —Me quedo un momento pensativa—. Sí, claro.

Ayala me está mirando con aire perplejo.

—Me figuraba que usted no sabía nada del código —dice.

—Y así es —le replico con una sonrisa—. Pero pensaba verlo.

—Pues alguien lo ha cogido. —Cobby se retuerce las manos.

—A lo mejor lo han colocado en un sitio equivocado. A lo mejor lo tiene en préstamo alguien del departamento.

—¿Estás segura de que entonces estaba allí? —Cobby me mira con aire suplicante.

Ayala frunce el ceño con desconfianza.

—Claro que estoy segura —digo. Y a continuación digo de nuevo—. Perdona, por favor.

Me dirijo como una exhalación a la cocina, donde el viejo está sentado entregado a un banquete de paquetes de galletas, restos de tarta, queso y trozos de pita; en el salón se ha intensificado el griterío; salgo, disparada como un proyectil, por la puerta trasera. Bajo los cipreses veo a un cámara solitario fumando apoyado en un tronco. No hay rastro de persona alguna en la plaza desierta.

Doy una vuelta alrededor de la casa y, al llegar a la parte frontal, veo que la reunión está disolviéndose; en el porche se ha producido una especie de tumulto y, en el centro del mismo, Saul y Cobby están teniendo un ajuste de cuentas. Cobby se desgañita; Saul se desgañita a su vez; Cobby pega un tortazo a Saul en la mandíbula. No me quedo a ver el final. Como una convicta en plena huida, escapo a todo correr de la casa y sigo corriendo sin parar a través de la calle desierta.

## 30

Estaba en la cima y ante él se desplegaba Vista Sorpresa.

Ante sus ojos se exhibía el flanco verde de Inglaterra. Campos y árboles bajo un cielo azul. Cercas y casas; la curva de un río de aguas pardas. Un horizonte de difusas colinas, una neblina plateada.

Por fin había llegado, se encontraba en aquella eminencia. Sirviéndose de qué medios y a través de qué tortuosos caminos eran cosas que no podía recordar. En cierto modo, a lo largo de los años, había ido avanzando a trompicones. Fijos siempre los ojos en el mismo horizonte.

No era lo que había esperado. No era el lugar donde esperaba que se encontraría.

Sin embargo, el horizonte era el mismo, el único que había perseguido durante todos aquellos años, y, si era diferente del que habría deseado, por lo menos era hermoso, por lo menos era verde. Peores horizontes había: estaban al borde del crepúsculo, en la cúspide de la noche, cuando uno se percataba de que había agotado el tiempo y el destino se encontraba tan lejos como siempre.

Ahora le parecía que se había equivocado de camino en la vida, que siempre se había movido a través de la niebla, que había doblado esquinas que no llevaban a ninguna parte, que las cosas que le habían ocurrido eran fortuitas, sin que mediara un propósito de su parte; arrastrado por la angustia y la desazón, empujado por una fuerza que escapaba a su control. Y le parecía también que no había vivido nunca el presente, sino siempre un momento futuro, desgarrado y distraído por las mil cosas que podía haber hecho con su vida, poderoso pero indeciso siempre; ¿y cómo va a lamentar la ausencia de opciones un hombre que no sabe qué quiere?

Y ahora se encontraba al final, finalmente aplastado por el Jerusalén que llevaba en la cabeza, mi melancólico Amnon; mi Tito.

Así pues, contemplamos el paisaje mientras se ponía el sol, mientras los campos cambiaban de color y el ambiente se iba enfriando. Y estuvimos callados porque no teníamos nada que decirnos. Finalmente, volvimos la espalda al horizonte. Y regresamos en coche a casa, sumidos en silencio, a través de la carretera cada vez más oscura.

## 31

Cuando a Moisés le llegó la hora de la muerte, Dios lo llevó a la cima del monte Nebo y desde allí contempló el valle del río Jordán: y vio que había una tierra agradable y propicia, rebosante de leche y de miel.

Y Dios dijo: «Ésa es la tierra que prometí a tus antepasados, a Abraham, a Isaac y a Jacob. Puedes mirarla con tus ojos, pero no puedes entrar en ella».

Y Moisés la miró con sus ojos y vio que era una tierra hermosa. Y Moisés dijo: «Oh, Señor, haz que no muera. Déjame entrar en la Tierra Prometida». Pero Dios le respondió: «Guarda silencio, porque ésta es mi ley».

Y Moisés suplicó diciendo: «Haz que no muera. Déjame vivir aquí como una bestia del campo, como un pájaro del aire». Pero Dios le respondió: «Guarda silencio, porque ésta es mi ley».

Dios llamó entonces al ángel Gabriel y dijo: «Adelante, toma el alma de mi siervo Moisés, porque ha llegado su hora». Pero Gabriel se negó a hacerlo.

Entonces, Dios convocó al ángel Uriel diciendo: «Adelante, toma el alma de mi siervo Moisés, porque ha llegado su hora». Pero Uriel se negó a hacerlo.

Entonces dijo Dios: «¿No hay entre mis ángeles nadie que quiera hacerlo?». Y el ángel Samael dijo: «Iré yo y tomaré el alma de Moisés». Y partió.

Y el ángel Samael se apareció a Moisés y le dijo: «Ven, Moisés. Entrega tu alma, porque tus horas están contadas». Y Moisés se volvió contra el ángel diciendo: «¿Puede uno como tú mandar en el alma de Moisés?». Y el ángel Samael se hizo atrás.

Entonces Dios dijo: «Iré yo mismo a tomar su alma». Y Dios se apareció a Moisés en una cueva de Pisgah.

«Ahora, Moisés —le dijo—, tiéndete en el suelo.» Y Moisés se tendió en el suelo.

«Cierra los ojos, Moisés», le dijo, y Moisés cerró los ojos.

«Cruza las manos sobre el pecho», le dijo, y Moisés cruzó las manos sobre el pecho.

Entonces, Dios ordenó al alma de Moisés que saliera, pero ella se negó, sollozando: «¿No me obligues a abandonarlo!».

Y Dios dijo: «Todos los hombres deben morir. Sal y te daré asiento en mi escabel».

Pero el alma de Moisés siguió negándose.

Entonces, Dios se inclinó y besó a su sirviente Moisés, y le retiró el alma dándole un beso en la boca.

Y Dios lloró y la tierra lloró y los cielos lloraron.



## 32

Saul dice:

—Naturalmente, tú ya sabes que tu padre nunca quiso a tu madre.

Estamos solos en la penumbra y la paz del salón; se ha ido la familia y se ha extinguido el alboroto; nos hemos quedado con el silencio de las cajas de embalaje. Me he pasado el día vagando por las habitaciones de la casa, buscando algún recuerdo que llevarme para dárselo a mi hermano, pero no he encontrado nada que me pareciera apropiado. En el solar desnudo de la parte trasera de la casa, cerca de donde estaba antes el jardín de Plotsky, un rótulo anunciaba la construcción de dieciséis edificios de apartamentos de lujo. Me he quedado un rato sumida en contemplación; después he vuelto a casa y, tras demorarme un momento a la sombra del muro lateral, he recogido semillas de ciprés para que mi sobrina las plante.

He pensado que, cuando vuelva a casa, le diré de dónde proceden: le diré que su abuelo plantó las semillas que las precedieron. Le hablaré de la casa, de los muchos parientes que tiene. Tengo muchas historias que contarle: historias de Metatron y Sandalfon, fábulas de Moisés, mitos de las Diez Tribus Perdidas al otro lado del río Sambation; una historia podría empezar así: «La semana que siguió a su *Bar-mitzvá*, en la primavera de 1853, tu tatarabuelo, Shalom Shepher de Skidel, se casó. Se fue a vivir a casa de su suegro, el rabino de Bielsk...». Ahora estaba preparada para transmitir todas estas cosas: lo haría con gusto y sin excesivo dolor.

Es casi de noche. Barre las calles un ligero viento de tarde. Brillan los faroles fuera de la sinagoga. Se cierne sobre la plaza una inquietud casi ominosa: se diría que está por ocurrir algún hecho fatídico. Saul está de pie en el porche, observando el exterior, es un fantasma local con camisa blanca: aguarda a un visitante largo tiempo esperado.

—Viene el *ballabessel* —observa.

He desembarazado la mesa grande de la esquina del salón; he rescatado los candelabros de plata de mi abuela. Tengo a punto vino y velas, he cocido pan trenzado. Dispongo de todo lo necesario para acoger el sabbat.

Saul se sienta en actitud escéptica en su silla habitual y me observa sin hacer comentario alguno mientras pongo la mesa. Parece confuso, por no decir abiertamente hostil. Desde que se produjo el contratiempo hemos hablado poco: me mira, pero no se atreve a acusarme; yo lo miro,

pero no puedo acusarlo. Es un feliz punto muerto.

Sólo ahora, mientras preparo la bendición, como si estuviera decidido a encontrar el único sitio vulnerable —igual que aquel que tiene una muela cariada y no sabe resistirse a explorarla una y otra vez con la lengua—, repite el viejo mantra, sabiendo que así conseguirá una reacción, sabiendo que esta vez, finalmente, no voy a tolerar sus palabras.

—A ellos también los descubrí, ¿sabes? —me dice—, a él y a su amiguita. *In flagrante*. Arriba en el desván, como a ti hoy mismo. ¡Un asco! ¿Cómo era posible que cayeran en una cosa así? ¡Y en esta casa! Explícamelo, si es que puedes... ¡Con tu abuelo en el piso de abajo!

No habría debido importarle, pero el desván era suyo, era su desván, y en él se refugiaba para estar tranquilo y escribir sus poemas. No había muchos sitios en aquella casa donde encontrar un poco de soledad y de intimidad. No subía allí arriba para fisgonear, porque allí no había nada que fisgonear. Además, de haberlo habido, ¿qué interés podía tener para él? Era un muchacho, era joven, era poeta. Si iba allí, era para encontrar a su musa. Y ellos lo ensuciaron. No volvería a poner los pies en aquel sitio, había quedado manchado para siempre.

—En cuanto a tu madre —dice—, jamás la quiso de veras. Estaba enamorado de Hannah... A quien amaba de verdad era a Hannah.

Capto su mirada y descubro una emoción, algo que está por debajo de las palabras, algo que queda por descubrir. ¿Tiene también Saul sus secretos? ¿Son celos, quizá? ¿Contrariedades que solamente puedo adivinar?

Voy a buscar un sobre que guardo en la bolsa de viaje: ese sobre que llevo siempre conmigo. El único superviviente, el único fragmento que rescaté. Se lo tiendo a Saul y lo observo mientras lee: vigilo su expresión con profunda satisfacción.

Esta separación me ha enseñado que si alguna vez tuviéramos que vivir uno sin otro, sería una lucha terrible. No sé si yo lo superaría. Ya no se trata de amor, sino de vida.

Me mira sin decir palabra. Le arranco la carta de la mano, que tiene abierta.

—No vuelvas a decírmelo nunca más —termino muy seria, doblando la carta; y recojo las cerillas para las luces del sabbat.

Saul se pone de pie de mala gana. Pero comprende mis intenciones y me parece que las aprecia al verme preparar la última santificación de la vieja casa. A su lado, en la lobreguez decadente de Kiriath Shoshan, observo su cara recorrida de surcos, nudosa y retorcida —como esas caras que se descubren a veces en los troncos de los árboles viejos—, y me digo que no será infeliz en su vivienda alta, esa casa que se va desmoronando y que tiene vistas al lago, donde él se sienta, solo, a leer los viejos poetas, donde en días caliginosos las colinas quedan ocultas y sólo ve un horizonte escondido en sus posibilidades imposibles de descubrir. No creo que sea infeliz. Me parece que, en muchos aspectos, Saul es el verdadero norte, el Shepher esencial: solitario, descuidado, lleno de sueños y aspiraciones caducas; alimentándose de pan seco y succulentos remordimientos; a la espera siempre del resultado de un destino postergado.

Ahora, mientras se pone el sol y aparecen las estrellas, cumplo con la bendición, con la melodía que entonaba mi padre, aquella que él utilizaba cuando estábamos todos en casa: él, mi madre, mi hermano Reuben y yo, en aquellos tiempos en que nos congregábamos en torno a la mesa familiar. Las notas, con su frágil peso de melancolía, se elevan contra la noche, solemnes

con su alegría, impregnadas de recuerdos. Oigo mi voz más potente y extraña de lo que esperaba, y compruebo que hace muchísimo tiempo que no intento cantar.

## 33

En los cementerios judíos no se acostumbra a dejar flores en las tumbas, sino piedras. Nada de flores, los guijarros son los únicos testimonios de la visita.

Aquí, en la colina del Reposo, hay muchas tumbas, bloques blancos cubiertos de polvo con letras metálicas negras: vista a distancia, la ladera de la colina parece cubierta de ataúdes blancos. Las tumbas escalan la vertiente en forma de bancales; hay cercas bajas de espliego y romero. Y se baja de una a otra colina a través de blancos peldaños.

Las tumbas se alinean una al lado de otra a la sombra de una conífera; lo bastante cerca para hacerse compañía, pero separadas para siempre. Una relación parecida, quizás, a la que tuvieron en vida, reducidas a su rincón en medio de muchos desconocidos. Distanciadas e independientes: «Fue amable y cordial en vida»; serenas y tranquilas: «Y la muerte no los separó».

En los cementerios judíos no se acostumbra a dejar flores en las tumbas, sino piedras, para simbolizar cuán dura es la aceptación. Como si la lágrima, al salpicar oscuramente la tumba, se endureciera y se convirtiera en piedra, prenda de finalidad y aceptación. Y porque tengo el corazón duro, porque acepto, dejo dos piedras en las tumbas de mi padre y de mi madre, una por mí y otra por mi hermano.

Me quedo contemplando la vista. En la cumbre de las colinas la vanguardia de la torre impide invasiones. Aplasto un brote de romero contra el dedo pulgar y lo huelo.

Hay muchas piedras viejas en la tumba de mi padre, están mezcladas con restos de musgo y agujas de pino secas. Me pregunto quién las habrá dejado, cuándo, cuánto tiempo hace que están aquí, quién llora su ausencia.

## 34

Aquí, en los arrabales de Mea Shearim, me detengo en la esquina de la calle cubierta de charcos, junto a una lóbrega tienda donde venden libros de oraciones, textos religiosos en relieve y ropa para el sabbat, expuesto todo debajo de celofán de color naranja, bajo un balcón herrumbroso y a punto de desplomarse que sobresale del tercer piso del antiquísimo edificio.

Hace mucho tiempo que mi padre me llevó hasta aquí para enseñarme el sitio donde se había caído una vez, según decían, cuando tenía cinco años: el lugar donde se quedó tumbado en el suelo mientras la sangre vital se perdía en la cuneta. Debajo de la oxidada barandilla, se agachó y me mostró una vez más aquella profunda cicatriz en forma de «S», el punto donde el hueso se fruncía y marcaba un permanente surco, brillante, de un tono blanco cremoso, que sugería, aún entonces, una terrible herida. Todavía recuerdo que yo, una niña a la sazón, pasé el dedo por aquel extraño tatuaje que vi como algo simbólico y hasta mágico: una señal que poseía un secreto poder, una «S» que significaba Shepher.

Tal vez, él también se preguntaba si existía algún simbolismo en aquel salvamento tan particular que había sido el suyo, si éste no sería en realidad el momento para el cual lo habían salvado: ningún milagro más grande que mostrar a su propia hija, un día, el lugar donde había estado a punto de morir y donde «lo habían resucitado».

Mi padre me enseñó a amar la lengua hebrea: el anteproyecto del universo en sus siete construcciones, una pizca del infinito en sus números, el humor y la poesía en sus derivaciones: *dikduk*, gramática; *ledakdek*, ser particular; *dakdak*, bueno como el maná en el páramo o como la tenue voz que hablaba en el desierto. Yo era una alumna voluntariosa. Si no escapaba a lomo de caballo como mi hermano, que lo atizaba a desesperados zurriagazos hacia la puesta del sol, tal vez era por estar lastrada por un tesoro demasiado grande: canciones infantiles yidis, retazos de anécdotas, chistes malos y dichos caseros: «*Toirah ist die beste Schoirah*: Aprender es el mejor negocio»; «*Auf ein Goniff brennt der Hittel*: El sombrero quema en la cabeza del ladrón». Un saco lleno de virutas y de cabos sueltos, fragmentos de tradiciones, migajas y piezas que no encajarían nunca: ninguna prenda entera, ningún vestido acabado, sólo restos del exilio, arrebatados y recogidos con una especie de desesperación. «Si crees en algo, no tiene por qué ser un sueño.»

Ahora soy libre de cribar todos estos fragmentos, cuyos colores no palidecen, sino que, por el contrario, van intensificándose con el paso del tiempo, tan vivos como las relucientes aceitunas que selecciono en el mercado cubierto. Ahora me arropo con mi abrigo multicolor. Sola y autónoma, cojo y elijo; me como la carne y escupo el hueso; estoy muy contenta. De algún lugar en medio de tantas caras y voces me llega aún su voz, todavía descubro atisbos del rostro de mi padre.

## 35

Las calles de la Ciudad Antigua están casi clínicamente limpias. Huelen a limpiametales y a ácido fénico. Los peldaños de la calle David han sido restregados, la piedra es peligrosamente resbaladiza: todo está recién pintado y los toldos son nuevos. Sobre la Ciudad Antigua se cierne un aire higiénico: una modernidad civilizada y rigurosa.

En otro tiempo, hace mucho de eso, el bazar era un lugar mágico. Cogida de la mano de mi padre, entraba en un túnel de luz y color, de sartas y abalorios deslumbrantes y de objetos brillantes, música y griterío, cálidos aromas de especias, multitud de rostros desconocidos. Me rozaban cuerpos de olores acres; gente extraña se me agarraba a la manga. Estaba rodeada de un peligro torturante, pero sonriente. Me sentía ávida de adquirir cosas, la cabeza me daba vueltas debido a lo mucho que deseaba, arrastrada por un antojo tras otro.

Cuando llego al barrio judío, lo encuentro vacío y silencioso, el pavimento liso, los edificios pulcros y limpiamente diseñados: es como un campus universitario.

La Casa de la Mano de la calle Habad fue volada y reducida a escombros por los jordanos junto con la sinagoga Hurvah, la *yeshiva* Árbol de la Vida y el sótano donde Shalom Shepher guardaba su cafetera.

El pueblo de Deir Yassin fue destruido igual que tantos otros después de la guerra de 1948. El camino que en otro tiempo llevaba hasta allí es ahora una carretera asfaltada. Los campos donde antes pastaban cabras están ahora cubiertos de edificios.

## 36

Saul declara que el código lo tiene Cobby; Cobby piensa que lo dejaron en préstamo a Miriam; Miriam dice que se lo devolvieron a Saul. Shloime Goldfarb se limita a negarlo todo. Nadie parece saber dónde está el código.

Sola en mi habitación, paso revista a los sospechosos. El ladrón podría ser cualquiera de nosotros. Tal vez Sara Malkah lo ha enterrado en su ajuar; o su hermano Yossel lo ha escondido entre sus libros sagrados. Tal vez el nieto de Miriam, simulando indiferencia, urdió una operación secreta. O quizás el rabino Gershom Shepher lo oculta culpablemente en su atiborrado estudio de Mea Shearim porque pretende encontrar en su vedado texto las claves del fin del universo.

Cualquiera de nosotros puede ser el culpable; salvo yo. He respondido a sus preguntas, he prestado toda la ayuda posible. He dejado incluso que registraran mis pertenencias. El testimonio de Dubi puede exculparme; aunque desgraciadamente para él, hace mucho tiempo que ha dejado de seguir el procedimiento: igual que su registro de visitantes es inexistente, hay algunas cámaras que, escandalosamente, han dejado de filmarlo; y habrá que revisar el sistema de seguridad del archivo. Me han eximido de la investigación. Estoy libre de sospecha. ¿Cómo iba a robar algo que después no me podría llevar?

Miriam especula que lo tiene Saul. Es posible que él no reconozca nunca que lo tiene. Se irá con él, piensa Miriam, a su piso de Tiberíades; lo dejará sobre una mesa; no tardará en quedar cubierto por una capa de desechos. Un día levantará el montón de cosas inútiles junto con el libro y lo dejará todo en el suelo, en un rincón; y allí permanecerá años, enterrado cada vez a mayor profundidad mientras el misterio del código va creciendo más y más, y Cobby, Miriam y Sara Malkah, los detectives, los estudiosos y el Neturei Karta, el inmenso clan de la familia Shepher, se afanan inútilmente en descubrir qué ha sido de él.

Sólo Saul sospechará la verdad.

La familia tampoco osará llevarse el disgusto de volver la vista atrás y examinar aquel milagroso momento, aquella ventana que se abrió, tal vez un solo día, a la oportunidad de vender el código y salvar la casa.

Y yo me digo: olvídalo, olvídalo. Deja que sus secretos sigan encerrados en su interior. ¿Qué habríamos hecho, en cualquier caso, con la esterilidad de un precepto immaculado? Por eso,



cuando llegó el momento, anhelé y temí a la vez examinar el código. Prefiero que siga siendo la idea inasequible: la verdad buscada, la revelación perfecta. El cuadro terminado.

Nadie visitará ni pensará en Saul, encerrado en la lejana torre de su soledad. Sólo la asistenta que le prepara la comida vendrá un día para limpiar la mugre del piso abandonado, retirar los montones de periódicos y alimentos putrefactos, las ropas y zapatos viejos, todos los detritos de una vida acabada. Entonces, como es una buena ciudadana y tiene buen corazón, lo meterá todo en bolsas negras y lo llevará al vertedero municipal de basura.

## 37

Recuerdo estas cosas sentada en un desván, un trastero, lo que podría llamarse la *guenizá* de casa de los Shepher. Estoy sola, una escalera de mano de cinco peldaños me separa del mundo.

El desván está lleno de polvo. Respiro polvo. Hay polvo suspendido en el doble rayo de sol que penetra por los dos huecos del tejado del que se retiraron dos tejas para que entrara la luz. El polvo se me posa en el cabello y en la ropa. Me llama la atención comprobar que no se trata de polvo corriente. Son motas grandes de color gris oscuro, plumosas, como esas partículas que vuelan en el aire cuando se quema un libro y, cuando muevo los pies en el mar de papeles, siguen volando y se quedan flotando en el aire.

Estoy sentada en una caja de embalaje con la enseña del Beth Din de Jerusalén. La caja está boca abajo y parece una isla en un mar inmenso. A mi alrededor hay más cajas de embalaje, cajas de cartón, montones de documentos, viejas bolsas de lona de la lavandería, un baúl de madera, todo volcado y su contenido derramado en una orgía de confusión. El caos parece extenderse por todos lados, llega hasta penumbrosas distancias donde no alcanza la luz; debajo de los más apartados cabríos cuyos secretos ya no serán nunca descubiertos.

Hoy en día hay tesoros de manuscritos cuyos guardianes, para protegerlos contra los rigores del tiempo, los conservan en cámaras acorazadas controladas por complejos equipos que calibran la humedad y la sequedad, el calor y el frío. El tesoro de la familia Shepher no ha recibido ese trato. Ha sufrido durante siete décadas las fluctuaciones de los veranos de Jerusalén, las heladas de Jerusalén. Lo ha penetrado la humedad de las lluvias de octubre y se ha calentado con los soles de agosto. El endeble escudo de las tejas, el cartón y la lona no le han prestado mucha protección. Y, como todo el mundo sabe, un desván es un medio donde reinan los extremos. No es de extrañar, pues, que al agacharme para coger un manuscrito, el borde del mismo se me desmigaje en la mano como si de una oblea se tratara.

Encuentro muchos de esos fragmentos, van desintegrándose lentamente antes de convertirse en polvo blando y granuloso. Una capa de un centímetro de esa materia cubre el suelo. Me parece harina cuando la toco con las manos.

Mi tío me dijo: «Si quieres algo, lo coges. Lo que queda irá al fuego».

Cojo, pues, un solo papel de escritura aracnoidea, ilegible casi: una receta para encurtir

pepinillos, quizás, o una nota recordatoria oficial o una de las muchas listas de la compra escritas por mi abuelo. Conservo un pequeño fragmento como recordatorio y cargo con el peso de todo lo que se ha perdido.

Tampoco examino todo el tesoro de los trastos restantes que serán polvo y cascotes: las seis tinajas de tierra procedente de los Territorios, los cálculos que establecen la fecha del fin del mundo, el manuscrito desvaído de una novela inacabada; un retrato de Theodor Herzl que el moho y los hongos han borrado casi.

Me quedo mucho rato en el desván. Y pienso en todos los demás manuscritos y en todos los demás desvanes: en códices desvanecidos y desvanecidas verdades; en la sinagoga de Bielsk que fue incendiada con sus congregantes dentro; y en los centenares y millares de almas olvidadas, los miembros perdidos de un clan vasto y diseminado: los Shepher, los Shaffer y los Shaeffer, los Shifrin y los Shapiro y las Shapira, los Siffre y los Saffre, de los que no queda zapato ni guante, cuyos huesos son polvo que hoy circunda la tierra; y en todos los textos que a causa de sus muchos errores no eran válidos, pero que, por llevar el nombre de Dios, no se destruirán nunca.

## 38

En noviembre de 1938, mi padre subió a bordo del barco *Matusalén* en el puerto de Jaffa y embarcó para Southampton. Llevaba camisa blanca sin corbata. Estaba poseído de un gran anhelo espiritual. Abajo, en el muelle, la mujer que amaba le dijo adiós agitando la mano.

Había estado meses dudando sobre si partir o no. Había pasado semanas dándole vueltas. Ahora se encontraba en el momento inevitable: la separación que no creía fuese a llegar nunca.

Y si el hecho encerraba una contradicción, si la separación que él veía inevitable nunca le había parecido real, era porque reflejaba su vida en general, que aun prosiguiendo imperturbable tampoco le había parecido nunca del todo real.

Sólo que esta mañana, al despertarse juntos en la blanca habitación de la calle Gordon, las rayas de luz en el suelo, el maletín, la respiración de ella a su lado eran indiscutiblemente reales.

Habían estado hablando hasta tarde, pese a que lo era ya demasiado, y al final se habían acostado, agotados, uno al lado del otro. Ella le besó la mejilla; le acarició las rubias cejas; y cuando le rozó con el dedo la marca de la frente que dijo alto a la muerte, con voz que era a la vez cansada y cariñosa, le dijo:

—Al final del día lo que te guía no es lo que quieres, sino lo que piensas que deberías querer.

Él no tenía idea de la diferencia. En los ojos de la mente tenía siempre presente el grave rostro de su padre. Permaneció despierto toda la noche junto a ella mientras dormía como si tuviera la conciencia clara.

Ya había llegado la mañana y ella seguía allí, demasiado real para dudarlo, demasiado carnal para creerlo. Acercó el rostro a sus cabellos y aspiró su perfume. También ese momento se le escapó rápidamente.

En todos los años que siguieron volvería a ese momento, recordaría aquel perfume como esa palabra que uno tiene en la punta de la lengua. Era la letra que había cambiado en el manuscrito de su vida: el factor que variaba la suma total, el elemento que contaba una historia diferente.

Ahora estoy en el aeropuerto, a punto de volar a casa. Voy vestida con unos tejanos y una camiseta gris. Llevo unos bocadillos en el bolso de viaje. El inventario de lo que he cargado en el equipaje es el siguiente: una colección de cartas, un diario manuscrito, un par de candelabros del sabbat. Mi tía Miriam me desea buen viaje.

Tiene un aire animoso y a la vez immaculado con sus pantalones verdes floreados y el pelo sujeto con una cinta juvenil. Pero también la veo pequeña en la inmensidad del aeropuerto: frágil y endeble, vulnerable y débil. Me vienen a las mientes de pronto todas las preguntas que quisiera hacerle. ¿Quién sabe si llegaré a hacérselas algún día?

—No tardes tanto en volver —me dice cuando nos abrazamos—. Espero poder verte otra vez.

Después se va; y me siento todo lo sola que es posible estar, mezclada con la barahúnda de itinerantes que parten hacia diferentes destinos: Atenas y Londres, Budapest y Roma. Acepto la soledad al igual que la capacidad de recuperación del viajero; aburrída de antemano ante las distancias que he de cubrir, las muchas esperas que debo afrontar.

Resignándome a la situación, me siento en una silla dura y hago lo que vienen haciendo muchas generaciones de viajeros en circunstancias similares: abro un libro. Es denso y onírico, me transmite aromas de mar y niebla inglesa: algo tan alejado de esta realidad que me permite sumergirme en él y olvidarme de mí, olvidar incluso por un breve instante el brillante y discordante ambiente que me rodea. Estar sentada en un aeropuerto, leer una descripción de la orilla del mar parece resumir ahora mi puesto en la vida.

He leído apenas tres frases cuando advierto una presencia a mi lado, alguien sentado en la silla contigua que atisba el libro que estoy leyendo con atrevida curiosidad. Es Gideon, naturalmente. Lleva una mochila colgada del hombro, tiene aspecto animoso y ponderado, está a punto de partir; pero en esta fase de la situación ni siquiera hay espacio para la sorpresa, si bien me desconcierta secretamente lo mucho que me complace verlo, el alivio que me causa el simple hecho de haberlo encontrado.

—Vuelves a estar en camino —dice.

—También tú vuelves a estar en camino —replico.

—Así es.

—¿Hacia dónde?

Gideon suelta una risita.

—A Oriente.

—¿A Bakú?

Me observa con atención.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—¡Ah, dispongo de fuentes de información particulares! —replico, serena.

Vuelve a mirar mi libro: ve que utilizo una foto como señal de lectura.

—¿Has encontrado lo que viniste a buscar? —continúa.

Coloco la foto de Hannah entre las páginas.

—Sí, en efecto. ¿Y tú?

—¡Oh, sí! —dice Gideon.

—¿Dónde está el código ahora?

—De momento, en lugar seguro. —Su sonrisa se hace más franca—. En una *guenizá*.

No puedo evitar una sonrisa.

—¿Cómo lo devolverás a su sitio?

—¿Cómo va a ser? Hoja por hoja. No te preocupes. Lo volveremos a encuadernar. Así que... —mira con inquietud a su alrededor—, volverás, ¿verdad?

—Sí, pronto, espero. ¿Y tú?

—Pronto, quizá —reflexiona—, pero aún no.

—Dime una cosa. ¿Está perfecto el códice?

Lo miro a los ojos.

—Tan perfecto para nosotros como el vuestro para vosotros. ¿Quién sabe? A lo mejor un día tienes ocasión de comprobarlo por ti misma. —Hurga en el bolsillo—. Tengo algo para ti. No es más que un trocito de papel —dice dándomelo—. Una muestra de lo que podríamos calificar de prueba.

En realidad, es un pergamino: una carta, cerrada en otro tiempo, ahora abierta, empalidecida por el paso del tiempo y los muchos pliegues con que fue doblada muchas veces.

—¿Prueba? —Siento el peso en los dedos—. Si es una prueba, ¿por qué no me la diste antes?

—A veces vale la pena ver si una persona confía en ti sin necesidad de que exista una prueba.

—¿Y Cobby...?

—Él no habría creído en mí por muchas pruebas que existieran. Algunas personas sólo creen en su escepticismo. —Indica el pergamino con un gesto de la cabeza—. Hace ciento treinta años que tu bisabuelo se la dio al mío, y ahora yo te la devuelvo. Pero no la abras todavía. Y ahora —dice Gideon— voy a cogerte la mano.

Y para sorpresa mía, la coge.

—Y ahora te diré adiós.

Y para mayor asombro, me besa en la mejilla.

—Un saludo entre primos. Y una muestra de agradecimiento. Mi madre no me lo perdonaría —añade—, si no te invitara a ir a ver a la familia. Nos veremos en Bakú.

Se levanta bruscamente y se aleja, la mochila colgada descuidadamente del hombro, haciendo un leve gesto con la mano.

Sigo largo rato mirando ese punto distante entre la muchedumbre que se ha tragado la figura bíblica de Gideon. Me embarga una inmensa carga de sentimientos; ahora me parece absurdo, imposible, salir volando de aquí. Me levanto por fin, entro en el lavabo de señoras, me mojo la cara con un poco de agua tibia. El rostro que veo en el espejo está abotargado, refleja un gran cansancio. No por primera vez, sino una más, me veo como una mujer de mediana edad.

Entre angustiada y curiosa, desdoble el pergamino:

Con la ayuda de Dios, La Ciudad Santa, kisleb 5, 5626

Honorables y amados hermanos, desde que vimos claramente que se acercan para nosotros los días de la disolución y que tenemos al alcance de la mano los días del Mesías, nos sentimos poseídos del anhelo de reunirnos con nuestros hermanos dispersos, que el Señor ha diseminado por los rincones más apartados de la Tierra, y por eso deseamos ardientemente ver el rostro de nuestros hermanos, dondequiera que el Señor los haya desperdigado, hasta que llegue el tiempo en que vuelva a reunirlos, como las corrientes del Néguev y en alas de águila, en la Ciudad Santa de Jerusalén. Y por eso nuestro amado hermano reb shalom de skidel ha querido emprender ese peligroso viaje, movido por el afán de buscar a los que se perdieron y lamentar con ellos la gloria de Sion, que ya pasó, y regocijarse con ellos por la llegada del Rey Mesías, que está a punto de sobrevenir.

Paso la hora siguiente, y más tiempo, con la mirada fija en las páginas del libro que vuelvo sin leer. Cuando me sujeto con el cinturón en el asiento del avión, miro sin ver a través de la exigua ventana. Del asfalto muerto se levanta el trémulo resplandor del calor. El verano está de camino. No sé cuándo volveré ni en qué estación del año. Mientras despega el avión con sus inmisericordes bandazos, levanto la cabeza para atisbar esa estrecha cinta de tierra desplegada delante de un Mediterráneo azul que se va ensanchando.

Ahora somos viajeros los dos: yo hacia Occidente; Gideon hacia Oriente. Portadores ambos de la tradición familiar. Nos elevamos cada vez a mayor altura, atravesamos una cordillera de nubes. Como mi padre hizo antes que yo, me vuelvo a mirar el horizonte.

# Agradecimientos

Me siento deudora de la labor de mi difunto abuelo, Yitzhak Yaacov Yellin, cuyas memorias, cartas y diario han sido para mí una valiosísima fuente y en cuya relación de la vida del rabino Samuel Salant se basa en cierto modo la primera parte de la vida de Shalom Shepher. Las personas siguientes leyeron toda la novela o parte de la misma en diferentes fases de su desarrollo y me brindaron ánimo y consejos: Zoran Zivkovic, Jeff VanderMeer, Dawn Andrews; mi editora, Deborah Meghnagi; Victoria Hobbs, Alexandra Pringle, Des Lewis y Neil Williamson. Doy también las gracias a mis hermanas Judy y Sharon y a mi otra hermana, Monica Deb, por su amistad incondicional.

Y por encima de todo, vaya mi amor y gratitud a mi esposo, Bob, cuyo apoyo de todo tipo me ha permitido terminar este libro.